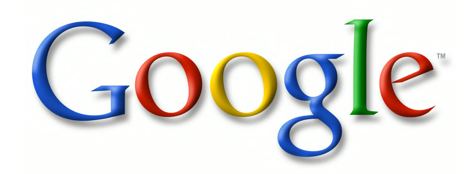
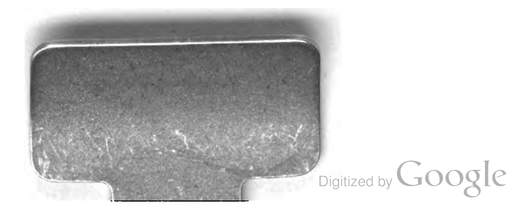


Así hablaba Zaratustra

Friedrich Wilhelm Nietzsche




Ex-
Libris
Biblioteca
Central
de la
Diputación
Provincial
de
Barcelona



ASÍ HABLABA ZARATUSTRA

BIBLIOTECA SELECTA. — 9

FEDERICO NIETZSCHE

ASÍ HABLABA ZARATUSTRA

UN LIBRO PARA TODOS Y PARA NINGUNO

Versión castellana directa del alemán

DE

ANTONIO DE VILASALBA

BARCELONA
Imprenta de F. Badia, Dr. Dou, 14
1905



los bosques y á la soledad? ¿No era porque amaba demasiado á los hombres?—Ahora amo á Dios; no amo á los hombres. El hombre es para mí una cosa demasiado incompleta. El amor al hombre me mataría.»

Zaratustra contestó: «¡Qué hablo yo de amor! ¡Si traigo un presente para los hombres!»

«No les des nada (dijo el santo). Antes bien, quítales alguna cosa y ayúdalos en lo que puedas con tal á tí te convenga. Nada les vendrá mejor.—Y si quieres dar, no les des más que una limosna; y espera á que te la pidan.»

«No (respondió Zaratustra): yo no doy limosnas. No soy bastante pobre para eso.»

El santo se echó á reir de Zaratustra, y habló de esta suerte: «Entonces mira cómo te arreglas para que acepten tus tesoros. Desconfían de los solitarios y no creen que vayamos á dar.—Nuestras pisadas son las de un forastero; retumban demasiado en sus calles. Y, al oirlas, se preguntan lo mismo que de noche, cuando, acostados en sus camas, oyen pasar un hombre mucho antes de amanecer: ¿á dónde írá el ladrón? —¡No vayas con los hombres! ¡Quédate en el bosque! ¡Antes que con ellos, vete con las bestias! ¿Por qué no quieres ser, como yo, oso entre los osos, ave entre las aves?»

«Y qué hace el santo en el bosque?», preguntó Zaratustra.

El santo contestó: «Hago cantos y los canto; y cuando hago cantos, río, lloro y murmullo. Así alabo á Dios.—Con cantos, lágrimas, risas y murmullos alabo al Dios que es mi Dios. Pero veamos: ¿qué presente nos traes?»

Al oir Zaratustra estas palabras, saludó al santo y le dijo: «¿Qué tendría yo que daros á vosotros? Lo

que has de hacer es dejarme marchar, corriendo, para que no os quite nada.»

Y así se separaron uno de otro, el anciano y el hombre, riendo como ríen dos criaturas.—Pero cuando Zaratustra estuvo solo, habló así á su corazón: «¿Será posible? ¡Ese santo anciano no ha oído aún en su bosque que *Dios ha muerto!*»

3.—Cuando Zaratustra llegó á la ciudad más próxima enclavada en los bosques, encontró un gran gentío en la plaza pública: porque se había anunciado que iba á verse un bailarín de cuerda. Y Zaratustra habló así al pueblo: «*Yo os anuncio el Superhombre.* El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarle?—Hasta ahora todos los seres han dado de sí algo superior á ellos; y vosotros, ¿queréis ser el reflujo de ese gran flujo, y volver á la bestia mejor que superar al hombre?—¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión ó una vergüenza dolorosa. Pues eso es lo que debe ser el hombre para el superhombre: una irrisión ó una vergüenza dolorosa.—Habéis recorrido el camino que media desde el gusano hasta el hombre, y aún queda en vosotros mucho del gusano. En otro tiempo érais monos, y ahora el hombre es todavía más mono que ningún mono.—Aun el más sabio de vosotros no es sino una cosa disparatada, una mezcla híbrida de planta y de fantasma. Sin embargo, ¿os he dicho yo que os hagáis planta ni fantasma?—¡Yo os anuncio el Superhombre!—El Superhombre es el sentido de la tierra. Diga vuestra voluntad: que el Superhombre *sea* el sentido de la tierra.—¡Yo os exhorto, hermanos míos, á *permanecer fieles á la tierra*, y á no creer á los que os hablan de esperanzas supraterrestres! Esos son envenenadores, mal que les pese.—Son menosprecia-

dores de la vida, moribundos que están á su vez envenenados, seres de quienes la tierra se halla fatigada; ¡acaben de irse de una vez!—Antaño, la blasfemia contra Dios era la mayor blasfemia; pero Dios ha muerto, y han muerto con Él esos blasfemos. Ahora, lo más espantoso es blasfemar de la tierra y tener en más las entrañas de lo impenetrable que el sentido de la tierra.—En otros días, el alma miraba al cuerpo con desdén, y no había entonces nada superior á ese desdén: ¡quería el alma un cuerpo flaco, horrible, consumido de hambre! Pensaba así librarse de él y de la tierra.—¡Oh! Aquella misma alma era un alma flaca, horrible y consumida; y para ella la crueldad era un deleite.—Pero vosotros también, hermanos míos, decidme: ¿qué anuncia vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es vuestra alma pobreza, suciedad y conformidad lastimosa?—Verdaderamente, el hombre es un río turbio. Precisa volverse Oceano para poder recibir, sin ensuciarse, un río turbio.—Pues bien; yo os anuncio el Superhombre: él es ese mar; en él puede abismarse vuestro gran menosprecio.—¿Qué es lo más grande que os puede acontecer? Que llegue la hora del gran menosprecio, la hora en que hasta vuestra felicidad, se convierte en hastío de igual suerte que vuestra razón y vuestra virtud.—La hora en que digáis: «¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza, suciedad y conformidad lastimosa. ¡Es una felicidad cuya existencia no se justifica!—La hora en que digáis: «¡Qué importa mi razón! Anda tras el saber como el león tras su pasto. ¡Mi razón es pobreza, suciedad y conformidad lastimosa!»—La hora en que digáis: «¡Qué importa mi virtud! No me ha puesto frenético todavía. ¡Qué harto estoy de mi bien y de mi mal! ¡Todo eso es pobreza, suciedad y conformidad lastimosa!»—La hora en que digáis: «Qué impor-

ta mi justicia! No veo que yo sea fuego y carbón. ¡Sólo el justo es fuego y carbón!»—La hora en que digáis: «¡Qué importa mi piedad! ¿No es la piedad la cruz donde se clava al que ama á los hombres? Pues mi piedad no es una crucifixión.»—¿Habéis hablado ya así? ¿Habéis gritado ya así? ¡Ah! ¡Que yo no os haya oído gritar ya así!—¡No vuestros pecados; vuestra resignación es lo que clama al cielo! ¡Vuestra mezquindad hasta en el pecado, eso es lo que clama al cielo!—¿Dónde está, pues, el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde el delirio que haría falta inocularos?—Ved; yo os anuncio el Superhombre: «¡El es ese rayo! ¡El es ese delirio!»

Luego que Zaratustra se hubo expresado así, uno de la multitud exclamó: «Ya hemos oído hablar bastante del que baila en la cuerda; ahora, haz que venga.» Y todo el pueblo se rió de Zaratustra. Pero el bailarín de maroma, que creía que iban con él esas palabras, se puso á trabajar.

4.—Zaratustra, entre tanto, miraba á la gente y se asombraba. Luego habló así: «El hombre es una cuerda tendida entre la bestia y el Superhombre: una cuerda sobre un abismo; peligrosa travesía, peligroso caminar, peligroso mirar atrás, peligroso temblar y pararse.—Lo grande del hombre es que es un puente, y no una meta; lo que se puede amar en el hombre es que es un *tránsito* y un *acabamiento*.—Yo amo á los que no saben vivir sino para extinguirse, porque esos alcanzan un más allá.—Amo á los grandes desdeñosos, porque son los grandes adoradores, las flechas del anhelo hacia la otra orilla.—Amo á los que no buscan detrás de las estrellas una razón para perecer y ofrecerse en sacrificio sino á los que se sacrifican á la tierra, para que la tierra pertenezca un día al

Superhombre.—Amo al que vive para conocer, y que quiere conocer para que un día viva el Superhombre: porque así quiere él su acabamiento.—Amo al que trabaja é inventa, á fin de erigir una morada al Superhombre y preparar para él la tierra, los animales y las plantas: porque así quiere él su acabamiento.—Amo al que ama su virtud: porque la virtud es voluntad de extinción y una flecha del anhelo.—Amo al que no reserva para sí ni una partícula de su espíritu, sino que quiere ser por entero el espíritu de su virtud, porque así atraviesa el puente como espíritu.—Amo al que hace de su virtud su inclinación y su destino, pues así, por su virtud, querrá vivir aún y no vivir más.—Amo al que no quiere tener demasiadas virtudes. Una virtud es más virtud que dos, porque dos forman un nudo á que se aferra el destino.—Amo al que prodiga su alma, al que no quiere recibir gracias ni restituye, porque da siempre y no quiere preservarse.—Amo al que se avergüenza de ver caer el dado en su favor, y que pregunta entonces: «¿Soy yo un jugador tramposo?», porque quiere irse á pique.—Amo al que suelta palabras de oro delante de sus obras y cumple siempre con usura lo que promete, porque quiere su perecimiento.—Amo al que justifica á los venideros y redime á los pasados, porque quiere que le hundan los presentes.—Amo al que castiga á su Dios, porque ama á su Dios, pues la cólera de su Dios habrá de hundirle.—Amo á aquel cuya alma es profunda, aun en la herida, y á quien puede aniquilar un leve accidente, porque así pasará el puente de buen grado.—Amo á aquel cuya alma se desborda, en términos que se olvide de sí mismo y que todo esté en él, porque así todas las cosas le empujarán al abismo.—Amo al libre de corazón y de espíritu, porque así su cabeza no sirve más que de

entrañas á su corazón, pero su corazón le lleva á sucumbir.—Amo á todos los que son como gotas pesadas que caen una á una de la sombría nube suspendida sobre los hombres, anuncian el relámpago que viene y desaparecen como mensajeros.—Ved: yo soy un mensajero del rayo y una pesada gota procedente de la nube; pero ese rayo se llama el Superhombre.»

5.—Dichas estas palabras, Zaratustra volvió á mirar al pueblo y calló. «Ahí están riéndose (dijo á su corazón). No me comprenden; no soy yo la boca que necesitan esos oídos.—¿Hay que empezar por romperles los oídos para que aprendan á oir con los ojos? ¿Hay que atronar á modo de timbales ó predicadores de Cuaresma? ¿O no tienen fe más que en los tartamudos?—Hay algo de que están orgullosos. ¿Cómo llaman, pues, á eso de que están orgullosos? Lo llaman civilización: es lo que los distingue de los cabreros.—Por eso no les gusta oir, por lo que hace á sí propios, la palabra «desdén». Hablaré, pues, á su orgullo.—Les hablaré de lo más menospreciable que existe, del *último hombre*.»

Y Zaratustra hablaba así al pueblo: «Es tiempo de que el hombre se fije su objetivo. Es tiempo de que el hombre plante el germen de su más alta esperanza.—Su suelo es todavía bastante rico; pero un día será pobre y estéril y ya no podrá crecer en él ningún árbol elevado.—¡Ay! Se acerca el tiempo en que el hombre no lanzará ya por encima del hombre la flecha de su anhelo, y en que las cuerdas de su arco no sabrán ya vibrar.—Yo os lo digo: hace falta tener aún un caos dentro de sí, para poder dar á luz una estrella bailadora. Yo os lo digo: tenéis aún un caos dentro de vosotros.—¡Ay! Se acerca el tiempo en que el hombre no dará ya á luz estrellas; se acerca el

tiempo del más despreciable de los hombres, del que no puede ya despreciarse á sí mismo.—¡Ved! Yo os muestro el *último hombre.*—«¿Qué es eso de amor, de creación, de anhelo, de estrella?»—así pregunta el último hombre y entorna los ojos.—La tierra se tornará entonces más pequeña, y sobre ella andará á saltitos el último hombre, que todo lo empequeñece. Su raza es indestructible como la del pulgón; el último hombre es el que más tiempo vive.—«Hemos descubierto la felicidad»—dicen los últimos hombres, y guiñan los ojos.—Han abandonado las comarcas donde era duro vivir: porque la gente necesita calor. Se ama todavía al vecino, y se restriega uno con él: porque la gente necesita calor.—Enfermar y desconfiar les parece pecaminoso: se anda con cautela. ¡Insensato el que tropieza todavía con las piedras y en los hombres!—Un poco de veneno alguna que otra vez: eso procura ensueños agradables. Y muchos venenos á la postre, para morir agradablemente.—Se trabaja aún, porque el trabajo es una distracción. Pero se procura que la distracción no debilite.—Ya no se hace uno ni pobre ni rico: son dos cosas demasiado penosas. ¿Quién quiere aún gobernar? ¿Quién quiere aún obedecer? Son dos cosas demasiado penosas.—¡Ningún pastor, y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: el que piensa de otra manera va por su voluntad al manicomio.—«En otro tiempo todo el mundo era loco»—dicen los sutiles, y entornan los ojos.—Se es prudente y se está al tanto de todo lo acontecido: así cabe bromearse sin fin. Se disputa aún, pero se hacen las paces en seguida; lo contrario altera la digestión.—No falta su poquito de placer para el día y su poquito de placer para la noche; pero se respeta la salud.—«Hemos des-

cubierto la felicidad»—dicen los últimos hombres—y entornan los ojos.»

Aquí acabó el primer discurso de Zaratustra—que también se llama «el prefacio»—porque en este punto fué interrumpido por los gritos y el alborozo de la muchedumbre. «¡Danos ese último hombre, Zaratustra (exclamaban); haznos semejantes á esos últimos hombres! Te perdonaremos el Superhombre.» Y todo el pueblo era júbilo y chasqueaba la lengua. Zaratustra se puso triste y dijo á su corazón: «No me comprenden; no soy yo la boca que necesitan esos oídos. —He vivido demasiado en las montañas, he escuchado demasiado los arroyos y los árboles, y ahora les hablo como un cabrero.—Plácida es mi alma y luminosa como el monte á la mañana. Pero ellos creen que soy frío y un zumbón redomado.—Y helos ahí mirándome y riéndose; y mientras ríen, siguen odiándome. Hay hielo en su risa.»

6.—Pero entonces sucedió algo que hizo callar todas las bocas y atrajo todas las miradas. Porque, en el interín, se había puesto á trabajar el volatinero: había salido de una pequeña poterna, y andaba por la maroma tendida entre dos torres sobre la plaza pública y la multitud. Cuando estaba justamente á mitad de camino, se abrió otra vez la puertecilla, saltó fuera un segundo acróbata que parecía un payaso con sus mil colorines, y siguió rápidamente al primero. «¡Andando, cojitranco! (gritó su horrible voz). ¡Andando, haragán, malas mañas, cara descolorida! ¡Que no te pise yo los talones! ¿Qué haces aquí entre estas torres? ¡Mejor estarías encerrado en una de ellas! ¿No reparas que obstruyes el camino á uno más diestro que tú?» Y á cada palabra se acercaba más; pero, cuando ya no estuvo sino á un paso, entonces

ocurrió esa cosa terrible que hizo callar todas las bocas y atrajo todas las miradas: lanzó un grito diabólico y saltó por encima del que le interceptaba el camino. Este, al ver victorioso á su rival, perdió la cabeza y la maroma, soltó el balancín y se precipitó al abismo como un remolino de brazos y piernas. La plaza pública y la muchedumbre parecían el mar cuando se levanta tempestad. Todos huyeron atropelladamente con especialidad del sitio donde debía caer el cuerpo.

Zaratustra permaneció inmóvil, y junto á él precisamente cayó el cuerpo, destrozado, pero vivo aun. Al cabo de un rato, el herido recobró el conocimiento, y vió á Zaratustra arrodillado junto á él: «¿Qué haces ahí? (le dijo). Yo sabía hace tiempo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno. ¿Quieres tú impedírselo?»

«Amigo (respondió Zaratustra), por mi honor, todo eso de que hablas no existe: no hay diablo ni infierno. Tu alma morirá antes que tu cuerpo; no temas ya nada.»

El hombre miró receloso. «Si dices la verdad (respondió), no pierdo nada con perder la vida. Yo no soy mucho más que una bestia á quien se ha enseñado á bailar á fuerza de golpes y de hambre.»

«No (dijo Zaratustra); has hecho del peligro tu oficio, cosa que no es de desdeñar. Ahora por tu oficio sucumbes, y en atención á eso voy á enterrarte con mis manos.»

El moribundo no respondió ya; pero movió la mano como si buscase la de Zaratustra para darle las gracias.

7.—En esto se acercaba la noche, y la plaza se desvanecía en las tinieblas. Entonces dispersóse la

muchedumbre, porque hasta la curiosidad y el pavor se fatigan. Zaratustra, sentado junto al cadáver, se hallaba tan abismado en sus reflexiones, que olvidó el tiempo. Pero al fin se hizo noche y sopló sobre el solitario un viento frío. Zaratustra se levantó entonces, y dijo á su corazón: «¡Verdaderamente, Zaratustra ha hecho hoy una buena pesca! No ha cogido un hombre, sino un cadáver.—Cosa para preocupar es la vida humana, y desnuda siempre de sentido: un payaso puede serla fatal.—Quiero enseñar á los hombres el sentido de su existencia, y quien es el Superhombre, ese relámpago que brota de la sombría nube hombre.—Pero aún estoy lejos de ellos, y mi sentido no dice nada á sus sentidos. Para los hombres, yo soy aún una cosa intermedia entre un loco y un cadáver.—Obscura es la noche; obscuras son las vías de Zaratustra. ¡Ven, compañero frío y rígido! Te llevo al sitio en que voy á enterrarte con mis manos.»

8.—Después de decir esto á su corazón, Zaratustra se echó el cadáver á cuestas y se puso en camino. No había andado cien pasos, cuando se le acercó furtivamente un hombre y le habló muy quedo al oído. Y hete aquí que el que le hablaba era el payaso de la torre. «Vete de esta ciudad, Zaratustra (dijo); tienes aquí demasiados contrarios. Los buenos y los justos te odian y te llaman su enemigo y despreciador; los fieles de la verdadera creencia te odian y te llaman el peligro de la muchedumbre. Suerte tuviste en que se burlaran de tí; y realmente hablabas como un bufón. Suerte tuviste en asociarte al perro muerto; al rebajarte así, te has salvado por hoy. Pero vete de esta ciudad, ó salto yo mañana por encima de ti—un vivo por encima de un muerto.»—Cuando hubo dicho estas cosas, el hombre desapareció; y Zaratustra siguió su

camino por las obscuras calles.—A la puerta de la ciudad encontró á los sepultureros. Los hombres le examinaron la cara á la luz de su hachón; reconocieron á Zaratustra, y se burlaron mucho de él. «Zaratustra lleva al perro muerto. ¡Bravo! ¡Zaratustra se ha hecho enterrador! Porque nuestras manos son demasiado límpias para coger esa pieza. ¿De modo que Zaratustra quiere robar su pitanza al diablo? ¡Vaya! ¡Buen provecho! ¡Eso si el diablo no es más hábil ladrón que Zaratustra, y los roba á los dos, y se los zampa á los dos!» Y reían enire sí, cuchicheando.—Zaratustra no respondió una palabra, y siguió su camino. Cuando llevaba dos horas andando á orillas de bosques y de ciénagas, y oyendo sin cesar el aullido de los lobos famélicos, se le abrió el apetito. En su consecuencia, se paró ante una casa aislada, donde ardía una luz.—«El hambre se apodera de mí como un salteador (dijo Zaratustra): en medio de los bosques y de las ciénagas, y en la obscura noche, me sorprende.—Mi hambre tiene extraños caprichos. A menudo no viene sino después de la comida, pero hoy no ha venido en todo el día. ¿Dónde se ha entretenido, pues?»—Diciendo así, Zaratustra llamó á la puerta de la casa. Apareció al punto un viejo, con una luz, y preguntó: «¿Quién se acerca á mí y á mi mal sueño?»—«Un vivo y un muerto (dijo Zaratustra). Déme de comer y beber; me he olvidado de hacerlo durante el día. El que da de comer al hambriento reconforta su propia alma: así habla la sabiduría.»—El viejo se retiró; pero volvió al momento, y ofreció á Zaratustra pan y vino: «Mala tierra es esta para los que tienen hambre (dijo); por eso habito yo en ella. Hombres y animales acuden á mí, al solitario. Pero llama también á tu compañero á comer y beber; está

más fatigado que tú.» Zaratustra respondió: «Mi compañero está muerto; no es fácil que le decida á comer.»—«A mí nada me importa (dijo el viejo refunfuñando). El que llama á mi puerta debe tomar lo que le ofrezco. Comed y que os vaya bien.»

Después de esto Zaratustra volvió á andar durante dos horas, confiándose al camino y á la luz de las estrellas: porque estaba acostumbrado á las marchas nocturnas y le gustaba mirar cara á cara todo lo que duerme. Cuando empezó á rayar el alba, encontrábase en un espeso bosque y no veía ya ningún camino. Entonces colocó el cadáver en el hueco de un árbol á la altura de su cabeza—porque quería defenderle de los lobos—y se acostó en el suelo sobre el musgo. Se durmió al instante, fatigado de cuerpo, pero tranquilo de alma.

9.—Zaratrusta durmió tanto que por delante de él pasó, no sólo la aurora, sino toda la mañana. Por fin abrió los ojos y miró asombrado en medio del bosque y del silencio; miró asombrado dentro de sí mismo. Luego se levantó precipitadamente, como un navegante que ve la tierra de pronto, y lanzó un grito de alegria: había visto una verdad nueva Y habló así á su corazón. «Un rayo de luz atraviesa mi alma: necesito compañeros vivos, no compañeros muertos y cadáveres, que llevo conmigo á donde quiero.—He menester compañeros vivos, que me sigan—porque deseen seguirse á sí propios—por donde quiera que vaya —Un rayo de luz atraviesa mi alma: ¡no es á la muchedumbre á quien debe hablar Zaratustra, sino á compañeros! ¡Zaratustra no debe ser pastor y perro de un rebaño!—Para apartar á muchos del rebaño, para eso he venido. El pueblo y el rebaño se irritarán contra mí. Zaratustra quiere ser tratado de ladrón por

los pastores.—Yo digo pastores, pero ellos se llaman los buenos y los justos. Yo digo pastores, pero ellos se llaman los fieles de la verdadera creencia.—¡Ved los buenos y los justos! ¿A quién odian más? A quien rompe sus tablas de valores, al infractor, al destructor. Pero ese es el creador.—¡Ved los fieles de todas las creencias! ¿A quién odian más? Al que rompe sus tablas de valores, al infractor, al destructor. Pero ese es el creador.—Compañeros busca el creador, y no cadáveres, rebaños ni creyentes; busca colaboradores que inscriban valores nuevos en tablas nuevas.—Compañeros busca el creador para segar con él; porque en él todo está maduro para la siega. Pero le faltan las cien hoces; y así arranca espigas contrariado. —Compañeros que sepan afilar sus hoces, eso es lo que busca el creador. Se los llamará destructores y despreciadores del bien y del mal; pero ellos cosecharán y se holgarán.—Colaboradores que cosechen y se huelguen con él, eso es lo que busca Zaratustra. ¡Qué tiene él que ver con rebaños, pastores y cadáveres!— ¡Y tú, primer compañero mío, descansa en paz! Te he enterrado bien en tu árbol hueco; te dejo bien defendido de los lobos.—Pero me separo de ti; ha pasado el tiempo. Entre dos auroras ha venido á alumbrarme una nueva verdad.—No debo ser pastor ni sepulturero. No volveré á hablar al pueblo nunca; por última vez he hablado con un muerto.—Quiero unirme á los creadores, á los que cosechan y se regocijan; yo les enseñaré el arco iris y todas las escaleras que llevan al Superhombre.—Entonaré mi canto á los solitarios y á los que son dos en la soledad; y á quienquiera que tenga oídos para las cosas inauditas le abrumaré el corazón con mi ventura.—Marcho hacia mi fin; sigo mi camino; saltaré por encima de los negligentes y de los rezagados. ¡Mi marcha puede aniquilarme!»

10.—Así había hablado Zaratustra á su corazón cuando el sol estaba en la mitad de su carrera; luego dirigió á las alturas una mirada interrogadora, porque oía por encima de él el grito penetrante de un ave. Y vió un águila que se cernía en los aires, trazando dilatados círculos y llevando una serpiente que no parecia una presa, sino un amigo, porque iba enroscada á su cuello. «¡Son mis animales!—dijo Zaratustra, y se regocijó con toda su alma.—El animal más arrogante y el animal más astuto que hay bajo el sol han salido á explorar.—Querían descubrir si Zaratustra vive aún. ¿Vivo todavía de veras?—He encontado más peligros entre los hombres que entre los animales; peligrosas vías sigue Zaratustra. ¡Que mis animales me guíen!»

Después de decir esto, Zaratustra se acordó de las palabras del santo del bosque, suspiró y habló así á su corazón: «¡Sea yo más juicioso! Sea yo profundamente astuto, como mi serpiente.—Pero pido lo imposible; ¡ruego, pues, á mi altivez que açompañe siempre á mi prudencia!—Y si un día me abandona la prudencia—¡ay! ¡se complace en huir!—¡pueda al menos mi altivez volar con mi locura!»

Así empezó el ocaso de Zaratustra.

LOS DISCURSOS DE ZARATUSTRA

DE LAS TRES TRANSFORMACIONES.—Tres transformaciones del espíritu os menciono: de cómo el espíritu se trueca en camello, y el camello en león, y el león finalmente en niño —Muchas cargas pesadas hay para el espíritu, para el espíritu paciente y vigoroso, lleno de respeto. La fuerza de ese espíritu

está pidiendo á voces cargas pesadas, y de las más pesadas.—¿Qué es pesado? (pregunta el espíritu sólido); y se arrodilla como el camello y quiere que se le cargue bien.—¿Qué es lo más pesado? (pregunta el espíritu sólido); decídmelo héroes, á fin de echarlo sobre mí para que se huelgue mi fuerza.—¿No es rebajarnos para que padezca nuestro orgullo? ¿Dejar brillar nuestra locura para burlarnos de nuestra sensatez?—¿O bien es separarnos de nuestra causa, cuando ella celebra su victoria? ¿Escalar altos montes para tentar al tentador?—¿O es sustentarse con las bellotas y la hierba del conocimiento y padecer hambre en el alma por causa de la verdad?—¿O es estar enfermo y despedir á los consoladores, y trabar amistad con sordos que no oyen nunca lo que quieres?—¿O es zabullirse en agua sucia, cuando es el agua de la verdad, y no apartar de sí á las viscosas ranas y á los purulentos sapos?—¿O es amar á los que nos desprecian y tender la mano al fantasma cuando quiere asustarnos?

El espíritu sólido echa sobre sí todas estas cargas pesadísimas; y á semejanza del camello, que una vez cargado corre hacia el desierto, así va él hacia su desierto.—Pero en el desierto más solitario se cumple la segunda transformación; aquí el espíritu se torna león; quiere conquistar la libertad y ser amo en su propio desierto.—Busca aquí su último amo: quiere ser enemigo suyo como lo es de su último dios; quiere luchar por la victoria con el gran dragón.— ¿Cuál es el gran dragón que el espíritu no quiere ya llamar ni dios ni amo? «Tú debes». se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice: «Yo quiero».—El «tú debes» se halla apostado en su camino, como animal escamoso de áureo fulgor; y en cada una de sus escamas brilla en doradas letras: «¡Tú debes!»—Valores

milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones habla así: «En mí brilla todo el valor de las cosas. Todos los valores han sido creados ya; y yo soy todos los valores creados. En adelante no debe existir el *¡yo quiero!*» Así habló el dragón.

Hermanos míos, ¿qué falta hace el león en el espíritu? ¿No basta la bestia de carga, que abdica y venera?—Crear valores nuevos, eso no lo puede aún el león; pero crearse una libertad para la creación nueva, eso lo puede el poder del león.—Crearse la libertad, oponer una divina *negación*, aunque sea al deber: para eso, hermanos míos, hace falta el león.—Tomarse el derecho de crear nuevos valores es la más terrible apropiación á los ojos de un espíritu paciente y respetuoso. Eso, para él, es una verdadera rapiña y cosa propia de un animal rapaz.—Como lo más santo amó en su día el «tú debes», y ahora ha de ver ilusión y arbitrariedad aun en lo más santo, para conquistar la libertad á expensas de su amor. Hace falta un león para esa fechoría.—Pero decidme, hermanos, ¿qué puede hacer el niño que no haya podido hacer el león? ¿Para qué hace falta que el fiero león se trueque en niño?—El niño es inocencia y olvido, una primavera, un juego, una rueda que gira sobre sí, un primer movimiento, una santa afirmación.—Sí: para el juego divino de la creación, hermanos míos, hace falta una santa afirmación: el espíritu quiere ahora *su* voluntad, el que ha perdido el mundo quiere ganarse *su* mundo.—Tres transformaciones del espíritu os he mencionado: de cómo el espíritu se trocaba en camello, y el camello en león, y el león, finalmente, en niño.

Así hablaba Zaratustra. Y á la sazón residía en la ciudad que se llama la «Vaca pintoja.»

DE LAS CÁTEDRAS DE VIRTUD.— -Alababan á Zaratustra un sabio que hablaba doctamente del sueño y la virtud: por cuyo motivo veíase colmado de honores y recompensas; y todos los jóvenes acudían á su cátedra. Hacia él se fué Zaratustra, y con todos los jóvenes, se sentó delante de su cátedra. Y el sabio habló así: «¡Honrad el sueño y respetadle! Eso es lo primero. Y huid de todos los que duermen mal y están despiertos de noche.—El ladrón mismo se avergüenza en presencia del sueño. Siempre se desliza silenciosamente durante la noche. Pero el sereno es insolente é insolentemente lleva su cuerno.—No es poca cosa saber dormir; ya por el pronto hay que velar para eso todo el día.—Diez veces al día debes vencerte á ti mismo; eso crea una buena fatiga, y es la adormidera del alma.—Diez veces debes reconciliarte contigo mismo: porque es amargo vencerse, y el que no está reconciliado duerme mal.—Diez verdades has de encontrar durante el día; de otro modo, buscarás aún verdades durante la noche, y tu alma estará hambrienta.—Diez veces al día necesitas reir y estar alegre; si no, te molestará de noche el estómago, ese padre de la aflicción.—Pocas personas lo saben, pero es preciso tener todas las virtudes para dormir bien. ¿Levantaré falsos testimonios? ¿Cometeré adulterio? —¿Codiciaré la sirvienta del prójimo? Todo eso se avendría mal con un buen sueño.—Y, si se tuviesen todas las virtudes, habría que saber hacer una cosa: mandar á dormir á tiempo á las mismas virtudes.— ¡Que no disputen entre sí las lindas mujercitas! ¡Y por causa tuya, desdichado!

Paz con Dios y con el prójimo: así lo quiere el buen sueño. Y paz también con el diablo del prójimo; si no, te asediará por la noche.—¡Honor y obediencia

á la autoridad, aun á la autoridad que claudique! Así lo quiere el buen sueño. ¿Tengo yo la culpa de que al poder le guste andar con piernas cojas?—El que lleva sus ovejas al prado más verde, será siempre para mí el mejor pastor: eso es conveniente para el buen sueño.

Yo no quiero ni muchos honores ni grandes tesoros: eso exacerba la bilis. Pero se duerme mal sin una buena reputación y un pequeño tesoro.—Prefiero poca á mala compañía, con la condición de que venga y se marche en el momento oportuno. Eso es lo conveniente para el buen sueño.—Mucho me complacen también los pobres de espíritu: aceleran el sueño. Son bienaventurados, sobre todo cuando se les da siempre la razón.—Así pasan el día los virtuosos. Cuando viene la noche, me guardo bien de llamar al sueño. El sueño, que es el rey de las virtudes, no quiere ser llamado.—Sino que pienso en lo que he hecho y pensado durante el día. Rumiando, me interrogo pacientemente como una vaca: Veamos ¿cuáles fueron tus diez victorias sobre ti mismo?—¿Y cuáles fueron las diez reconciliaciones, y las diez verdades, y las diez risas con que se holgó mi corazón?—Cavilando en esas cosas y arrullado por cuarenta pensamientos, el sueño, el que no he llamado, el rey de las virtudes, me sorprende de pronto.—El sueño me da en los ojos, y los siento pesados. El sueño toca mi boca, y la boca queda abierta.—Calladamente se desliza en mí el preferido de los ladrones y me roba mis pensamientos. Yo estoy de pie, hecho un tronco.—Pero no tardo en tenderme »

Oyendo hablar al sabio, Zaratustra se rió interiormente: porque había surgido en él una luz: Y habló así á su corazón: «Loco me parece este sabio con sus cuarenta pensamientos; pero creo que entiende

bien el sueño.—¡Bienaventurado ya el que habite cerca de este sabio! Tal sueño es contagioso, aun al través de un muro espeso.—En su cátedra misma hay un hechizo. Y no en balde estaban sentados los jóvevenes ante el predicador de la virtud.—Su sabiduría dice: velar para dormir bien. Y verdaderamente, si la vida careciere de sentido, y yo tuviese que elegir un contrasentido, este contrasentido me parecería el más digno de elección.—Ahora comprendo lo que se buscaba ante todo en otros días, cuando se buscaban maestros de virtud. Lo que se buscaba era un buen sueño, y para ello virtudes coronadas de adormideras.

Para todos esos sabios de la cátedra, tan ponderados, la sabiduría era dormir sin soñar: no conocían mejor sentido de la vida.—Hoy aún hay algunos como este predicador de la virtud, y no siempre tan honrados como él; pero ha pasado su tiempo. Y á poco que estén de pie ya procuran acostarse.—Bienaventurados esos adormecidos, porque no tardarán en dormirse.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS CREYENTES EN ULTRAMUNDOS.— Un día Zaratustra proyectó su ilusión allende los hombres, á la manera de todos los que creen en ultramundos: «Obra de un dios doliente y atormentado me pareció el mundo entonces.—Sueño me parecía, y ficción de un dios: vapor coloreado ante los ojos de un divino descontento.—Bien y mal, alegría y pena, yo y tú... vapor coloreado me parecía todo ante los ojos creadores. Apartar de sí mismo la mirada quería el creador... y creó el mundo.—Para el que sufre es una alegría embriagadora apartar los ojos de su sufrimiento y olvidarse. Alegría embriagadora y olvido

de sí me pareció un día el mundo.—Este mundo eternamente imperfecto, imagen imperfecta de una eterna contradicción, me pareció una alegría embriagadora para su imperfecto creador.—Y entonces yo también proyecté mi ilusión allende los hombres, á la manera de todos los creyentes en ultramundos. ¿Allende los hombres en realidad?—¡Ay, hermanos míos! Este dios que yo he creado era obra humana y humano delirio, como todos los dioses.—Hombre era, y no más que un fragmento de hombre y de *yo*. Ese fantasma salía de mis propias cenizas y de mi propia brasa, y nunca vino realmente del más allá.—¿Qué sucedió, hermanos míos? Yo, que sufría, me dominé; llevé mi propia ceniza á la montaña; inventé para mí una llama más clara. ¡Y ved! ¡El fantasma se *alejó!*—Ahora que estoy curado, sería para mí un sufrimiento y una humillación creer en semejantes fantasmas. Así hablo yo á los que creen en ultramundos.—Sufrimientos, impotencias, y ese breve desvarío de la felicidad que sólo conoce el que más sufre, he ahí el germen de los ultramundos.—La fatiga, que de un salto, y de un salto mortal, quiere llegar hasta el extremo, una fatiga pobre é ignorante, que no quiere ni aun querer más: esa es la que creó todos los diose y todos los ultramundos.—¡Creedme, hermanos míos! El cuerpo fué el que desesperó del cuerpo: con los dedos del espíritu extraviado palpó las últimas paredes.—¡Creedme, hermanos míos! El cuerpo fué el que desesperó de la tierra: oyó hablar al vientre del Ser.—Entonces quiso meter la cabeza al través de las últimas paredes, y no solo la cabeza: quiso pasar al «otro mundo».—Pero el «otro mundo», ese mundo deshumanizado é inhumano, que es una nada celeste, está bien oculto de los hombres; y el vientre del Ser no habla al hombre, si no es como hombre.—Difícil de veras

es demostrar el Ser, y difícil es hacerle hablar. Pero decidme, hermanos: ¿no es la más singular de todas las cosas la mejor demostrada?—Sí: este *Yo*, que crea, que quiere, y que da la medida y el valor de las cosas, este *Yo* y la contradicción y confusión del *Yo* hablan con la mayor lealtad de su Ser.—Y este Ser lealísimo, el *Yo*, habla del cuerpo, y quiere el cuerpo, aunque sueñe y divague y revolotee con las alas rotas.—El *Yo* aprende á hablar más lealmente cada vez; y cuanto más aprende, más palabras halla para honrar al cuerpo y á la tierra.—Mi *Yo* me ha enseñado un nuevo orgullo, que yo enseño á los hombres: no ocultar la cabeza en la arena de las cosas celestes, sino llevarla al descubierto, llevar alta una cabeza terrestre que crea el sentido de la tierra.—Yo enseño á los hombres una nueva voluntad: querer el camino que han seguido los hombres ciegamente, y darle por bueno, y no arrastrarse más fuera de él como los enfermos y los decrépitos.—Enfermos y decrépitos fueron los que menospreciaron el cuerpo y la tierra, los que inventaron las cosas celestes y las gotas de sangre redentora; ¡ pero aun esos dulces y lúgubres venenos los sacaron del cuerpo y de la tierra!—Querían huir de su miseria, y las estrellas estaban demasiado lejos para ellos. Entonces suspiraron: «¡Oh! ¡qué haya caminos celestes para alcanzar otra vida y otra felicidad!» Entonces inventaron sus artificios y sus bebiditas sangrientas.—Entonces se creyeron arrebatados lejos de su cuerpo y de esta tierra esos ingratos. Pero ¡á quién debían su espasmo y el deleite de su arrobamiento! A su cuerpo y á esta tierra.—Zaratustra es indulgente con los enfermos. No le enojan sus maneras de consolarse, ni su ingratitud. ¡Qué curen, y se dominen, y se creen un cuerpo superior!—Zaratustra no se enoja tampoco con el convaleciente

que mira con cariño sus ilusiones perdidas y divaga á media noche en torno de la tumba de su Dios; pero tengo sus lágrimas por enfermedad y cuerpo enfermo.—Hubo siempre muchos enfermos entre los que sueñan y suspiran por Dios; odian furiosamente al que busca el conocimiento y á la más joven de las virtudes, que se llama lealtad.—Miran siempre atrás, hacia tiempos obscuros; entonces, ciertamente, la ilusión y la fe eran otra cosa. El delirio de la razón era cosa divina, y la duda pecado.—Conozco demasiado bien á esos semejantes á Dios: quieren que se crea en ellos, y que la duda sea un pecado. Sé también de sobra en lo que más fundan sus creencias.—No es ciertamente en ultramundos y en gotas de sangre redentora, no; ellos también creen más que en nada en el cuerpo, y su propio cuerpo es lo que miran como la cosa en sí.—Pero cosa enfermiza es ese cuerpo suyo, y de buena gana saldrían de su pellejo. Por eso escuchan á los predicadores de la muerte y predican ellos mismos los ultramundos.—Antes que todo, hermanos míos, oid la voz del cuerpo curado: es una voz más leal y más pura.—El cuerpo sano, el cuerpo pleno, de ángulos rectos, habla con más lealtad y más pureza: habla del sentido de la tierra.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS QUE DESPRECIAN EL CUERPO.—«A los que desprecian el cuerpo quiero decirles mi opinión. Lo que deben hacer no es cambiar de aprendizaje y de enseñanza, sino simplemente despedirse de su propio cuerpo, y, por consiguiente, quedarse mudos.—«Yo soy cuerpo y alma»—así habla el niño.—Pues ¿por qué no hablar como los niños?—Pero el que está despierto y atento dice: todo yo soy cuerpo y nada más; el alma no es sino nombre de un algo del

cuerpo.—El cuerpo es una razón en grande, una multiplicidad con un solo sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.—Instrumento de tu cuerpo es también tu razón pequeña, hermano, la que llamas espíritu: un instrumentillo y juguetito de tu razón grande.=Tú dices *Yo*, y te enorgulleces de esa palabra. Pero lo más grande—cosa que tú no quieres creer—es tu cuerpo y su gran razón: esa no dice *Yo*, sino que es *Yo*.—Lo que experimentan los sentidos, lo que el espíritu conoce, jamás tiene en sí su fin. Pero los sentidos y el espíritu querrían convencerte de que ellos son el fin de todo: tan vanos son.—Los sentidos y el espíritu son instrumentos y juguetes; detrás de ellos se encuentra aún nuestro *propio ser*. Nuestro *propio ser* escudriña con los ojos de los sentidos y escucha con los oídos del espíritu.—Siempre escucha y escudriña el *propio ser:* concierta, somete, conquista y destruye. El reina, y es también soberano del *Yo*.—Detrás de tus pensamientos y sentimiento, hermano mío, hay un amo más poderoso, un guía desconocido. Se llama «uno mismo». Habita en tu cuerpo; es tu cuerpo.—Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente de tu mejor sabiduría? El *propio ser* se ríe de tu *Yo* y de sus saltos arrogantes. «¿Qué son para mí esos saltos y vuelos del pensamiento? (dice). Un rodeo hacia mi fin. Yo soy los andadores del *Yo* y el inspirador de sus ideas». —Nuestro *propio ser* dice al *Yo:* «¡Experimenta dolores!» Y, sufre y medita en no sufrir más; y para eso *debe* pensar. Nuestro *propio ser* díce al *Yo* «¡Experimenta alegrías!» Entonces el *Yo* se regocija y medita en seguir rogocijándose á menudo; y para eso *debe* pensar.

Quiero decir una cosa á los despreciadores del

cuerpo: que desprecian aquello á que deben su estima. ¿Quién creó la estima y el menosprecio y el valor y la voluntad?—El *propio ser* creador se creó la estima y el menosprecio, se creó la alegría y la pena. El cuerpo creador se creó el espíritu como una mano de su voluntad.—Aun en vuestra locura y en vuestro desdén, servís á vuestro *ser propio*, despreciadores del cuerpo. Yo os digo: vuestro *propio ser* quiere morir y se aparta de la vida.—No puede hacer ya lo que más quiere: crear superándose á sí mismo. Eso es lo que más quiere: esa es toda su pasión.—Pero es demasiado tarde para eso. De aquí que vuestro *ser propio* quiere desaparecer, despreciadores del cuerpo.—Vuestro *ser propio* quiere desaparecer: ¡por eso desdeñáis el cuerpo! Porque no podéis crear ya superándoos á vosotros.—Por eso os revolvéis contra la vida y la tierra. En la mirada oblicua de vuestro menosprecio se trasluce una envidia inconsciente. —¡Yo no sigo vuestro camino, despreciadores del cuerpo! ¡Vosotros no sois para mí puentes hacia el Superhombre».

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS ALEGRÍAS Y PASIONES.——«Hermano, cuando tienes una virtud y esa virtud es tuya, no la tienes en común con nadie.—A decir verdad, tú quieres llamarla por su nombre y acariciarla; quieres cogerla de la oreja y divertirte con ella.—¡Y ya ves! ¡Ahora tienes su nombre en común con el pueblo, y te has hecho pueblo y rebaño con tu virtud!—Harías mejor en decir: «Cosa inexpresable y sin nombre es lo que constituye el tormento y la dulzura de mi alma, y lo que es tambien el hambre de mis entrañas».—Que tu virtud sea demasiado alta para la familiaridad de las denominaciones; y, si necesitas hablar de ella,

no te avergüences de balbucear.—Habla y balbucea así: «Este es *mi* bien, el que yo amo; así es como me agrada enteramente, así sólo es como *yo* quiero el bien.—No le quiero como el mandamiento de un dios, ni como una ley y una necesidad humana: no ha de ser para mí un guía hacia tierras superiores y paraísos.—Lo que yo amo es una virtud terrena, que tiene poco que ver con la sabiduría y con el sentir común. —Pero este pájaro se ha construído su nido en mí; por eso le quiero y le estrecho contra mi corazón. Ahora incuba en mí sus dorados huevos.»—Así es como debes balbucear y alabar tu virtud.—Antes tenías pasiones, y las llamabas males. Pero ahora no tienes ya más que tus virtudes: nacieron de tus pasiones.—Tú pusiste en esas pasiones tu objeto más alto; entónces pasaron á ser tus virtudes y alegrías.—Y así fueses de la raza de los coléricos, ó de los voluptuosos, y de los fanáticos, ó de los vengativos, todas tus pasiones acabaron por trocarse en virtudes, todos tus diablos en ángeles.—Antes tenías en tu cueva perros salvajes, pero acabaron por convertirse en pájaros y en amables cantoras.—Con tus venenos te has preparado tu bálsamo; has ordeñado tu vaca *aflicción* y ahora bebes la dulce leche de sus ubres.—Y ningún mal nace ya en ti, si no es el mal que nace de la lucha de tus virtudes.—Hermano, cuando gozas de dicha, tienes una virtud y nada más; así pasas el puente más ligero.—Es una distinción tener muchas virtudes, pero es una suerte bien dura; y no falta quien ha ido á matarse al desierto por estar harto de ser combate y campo de batalla de virtudes.—Hermano, ¿la guerra y las batallas son males? Pues son males necesarios; la envidia, la desconfianza y la calumnia son necesarias entre tus virtudes.—Mira cómo cada una de las virtudes desea lo más alto que hay: quiere todo tu es-

píritu para que sea *su* heraldo: quiere toda tu fuerza en la cólera, el odio y el amor.—Celosa es cada virtud de las otras virtudes, y los celos son una cosa terrible. También las virtudes pueden perecer por los celos.—El que gira en torno de la llama de los celos, al modo del escorpión, acaba por volver contra sí mismo el aguijón envenenado.—¡Ay, hermano mío! ¿No has visto tú nunca á una virtud calumniarse y aniquilarse á sí misma?—El hombre es algo que debe ser superado. Por eso necesitas amar tus virtudes: porque perecerás por ellas.»

Así hablaba Zaratustra.

DEL PÁLIDO CRIMINAL.——¿Vosotros no queréis matar, jueces y sacrificadores, hasta que la bestia haya inclinado la cabeza? Ved: el pálido criminal ha inclinado la cabeza; en sus ojos habla el supremo desprecio. «Mi *Yo* es algo que debe ser superado: mi *Yo* es para mí el gran desprecio del hombre». Así hablan sus ojos.—Su más alto momento fué aquel en que se juzgó á sí mismo. ¡No dejeis al sublime volver á caer en su bajeza!—Para el que tanto sufre por sí, no hay más salvación que la muerte rápida,—Vuestro homicidio, ¡oh jueces!, debe ser compasión y no venganza. ¡Y al matar, ved de justificar la vida misma!—No os basta reconciliaros con el que matáis. Que vuestra tristeza sea amor al Superhombre: ¡así justificáis vuestra supervivencia!—Decid «enemigo» y no «malvado»; decid «enfermo» y no «infame»; decid «insensato» y no «pecador».—Y tú, juez rojo, si dijeses en alta voz cuanto has hecho ya en pensamiento, todo el mundo gritaría: «¡Fuera esa inmundicia y ese gusano venenoso!»—Pero una cosa es el pensamiento, otra la acción, otra la imagen de la acción. La rueda de la casualidad no gira entre ellas.—Una imagen hizo pa-

lidecer á ese hombre pálido. El estaba á la altura de su acto cuando lo realizó, pero no soportó su imagen después de haberle consumado.—Siempre se vió solo como el autor de un acto. Yo llamo á eso locura; la excepción se ha convertido en regla para él.—Una raya trazada con yeso fascina á la gallina: la acción consumada por el criminal fascina su pobre razón: á eso llamo yo la locura *después* del acto.—¡Oid, jueces! Todavía hay otra locura: la locura *antes* del acto. ¡Ah, no habéis penetrado bastante profundamente en ese alma!—He aquí lo que dice el juez rojo: «¿Por qué ha matado ese criminal? Quería robar.» Pero yo replico: Su alma quería sangre y no el robo: ¡tenía sed del placer del cuchillo!—Pero su pobre razón no comprendía esa locura y le decidió. «¡Qué importa la sangre! (dijo ella). ¿No deseas aprovecharte de tu crimen para robar y vengarte al mismo tiempo?»—Y escuchó á su pobre razón, cuyo discurso pesaba sobre él como un plomo; entonces robó, al asesinar. No quería avergonzarse de su locura.—Y otra vez pesa sobre él el plomo de su falta; otra vez se halla su pobre razón tan embotada, tan paralizada, tan torpe. —Si al menos pudiese sacudir la cabeza, su carga rodaría abajo; pero ¿quién sacude esa cabeza?— ¿Qué es ese hombre? Un montón de enfermedades que, por el espíritu, se abren paso fuera del mundo: allá quieren recoger su botín.—¿Qué es ese hombre? Un pelotón de fieras serpientes que rara vez pueden avenirse; así cada una se va por su lado á buscar botín por el mundo.—¡Ved ese pobre cuerpo! Lo que él sufrió y lo que él deseó, lo interpretó para sí esa pobre alma: lo interpretó como goce y deseo sanguinario del placer del cuchillo.—El que ahora enferma se ve dominado por el mal que es mal ahora: quiere

hacer sufrir con lo que le hizo sufrir. Pero hubo otros tiempos y otros males y bienes.—Antes eran un mal la duda, y la ambición personal. Entonces el enfermo se hacía hereje y bruja; como hereje y bruja padecía y quería hacer padecer.—Pero eso no quiere entrar en vuestros oídos: perjudica, decís, á vuestros buenos. Pero ¡qué me importan á mí vuestros buenos!—En vuestros buenos hay muchas cosas que me repugnan, y no es su mal ciertamente. Yo quisiera que tuviesen una locura que los llevase á sucumbir, como ese pálido criminal.—Yo quisiera que su locura se llamase verdad ó fidelidad ó justicia; pero tienen su virtud para vivir mucho tiempo en mísera conformidad.—Yo soy un pretil á orillas del río: que el que pueda asirme lo haga. Pero yo no soy vuestra muleta.»

Así hablaba Zaratustra.

LEER Y ESCRIBIR.——«De todo lo escrito no me gusta más que lo que uno escribe con su sangre. Escribe con sangre, y aprenderás que la sangre es espíritu.—No es fácil comprender sangre extraña: yo aborrezco á todos los ociosos que leen.—El que conoce al lector no hace ya nada por el lector. Un siglo más de lectores, y hasta el espíritu olerá mal.—Que todo el mundo tenga el derecho de aprender á leer es cosa que estropea á la larga, no sólo la letra, sino el pensamiento.—En otro tiempo el espíritu era Dios; luego se hizo hombre; ahora se ha hecho populacho. El que escribe en máximas y con sangre no quiere ser leído, sino aprendido de memoria.—En las montañas el camino más corto va de cima á cima; más para eso es menester que tengas piernas largas. Los aforismos deben ser cimas, y aquellos á quienes se habla, hombres altos y robustos.—El aire ligero y

puro, el peligro próximo y el espíritu lleno de una alegre malignidad, son cosas que se compaginan bien. —Yo quiero ver duendes en torno mío, porque soy valeroso. El valor que ahuyenta los fantasmas, se crea sus propios duendes: el valor quiere reir.—Yo no siento ya al unísono con vosotros. Esa nube que veo por debajo de mí, esa negrura y esa pesadez de que me río, es precisamente vuestra nube tempestuosa.—Vosotros miráis arriba cuando aspiráis á la elevación. Yo, como estoy alto, miro abajo.—¿Quién de vosotros puede estar alto y reir al mismo tiempo?—El que escala los más altos montes, se ríe de todas las tragedias de la escena y de la vida.—Valerosos, despreocupados, burlones, violentos: así nos quiere la sabiduría. Es mujer y no puede amar más que á un guerrero.—Vosotros me decís: «La vida es una carga pesada.» Mas ¿á qué vuestro orgullo por la mañana y vuestra sumisión por la tarde?—La vida es una carga pesada; pero no os pongáis tan compungidos. Todos somos asnos cargados.—¿Qué tenemos de común con el capullo de rosa que tiembla porque le oprime una gota de rocío?—Es verdad: amamos la vida, no porque estemos habituados á la vida, sino al amor.—Hay siempre algo de locura en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la locura.—Y yo, que estoy á bien con la vida, creo que, para saber de felicidad, no hay como las mariposas y las burbujas de jabón, y lo que se les asemeja entre los hombres.—Ver revolotear esas almitas ligeras y locas, encantadoras y bullidoras, es lo que arranca á Zaratustra lágrimas y canciones.—Yo no podría creer más que en un Dios que supiese bailar.—Y cuando ví á mi demonio, me apareció serio, grave, profundo y solemne: era el espíritu de la pesadez. Por él caen todas las cosas.—No con la cólera, sino con la risa



se mata. ¡Adelante! ¡matemòs el espíritu úe la pesadez!—Yo aprendí á andar; desde entonces corro. Yo aprendí á volar; desde entonces no quiero que me empujen para cambiar de sitio.—Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo por debajo de mí, ahora baila en mí un Dios.»

Así hablaba Zaratustra.

DEL ÁRBOL DE LA MONTAÑA.——Zaratustra apercibióse de que un joven rehuía su presencia. Y una tarde atravesando solo las montañas que rodean á la ciudad llamada «la Vaca pintoja» encontró á ese joven sentado junto á un árbol y dirigiendo al valle una mirada fatigada. Zaratustra agarró el árbol en que el joven se apoyaba y dijo: «Si yo quisiera sacudir este árbol con mis manos, no podría.—Pero el viento, que no vemos, le atormenta y le dobla á su voluntad, en tanto que á nosotros nos doblan y atormentan manos invisibles».—En esto el joven se levantó asustado y dijo: «Oigo á Zaratustra y cabalmente estaba pensando en él.» Zaratustra preguntó: «¿Por qué te asustas? Lo mismo le pasa al hombre que al árbol.—Cuanto más quiere subir á las alturas y á la luz, más vigorosamente tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo obscuro y profundo: hacia el mal».—«¡Sí: hacia el mal!—exclamó el joven.—¿Cómo es posible que hayas decubierto mi alma?»—Zaratustra sonrió y dijo: «Hay almas que no se descubrirán nunca, como no se empiece por inventarlas.»

«¡Sí: hacia el mal!—exclamó de nuevo el joven.—Tú decías la verdad, Zaratustra. No tengo yo confianza en mí mismo desde que quiero subir á las alturas, y nadie tiene ya confianza en mí. ¿A qué se debe esto?—Yo me transformo demasiado deprisa: mi pre-

sente contradice á mi pasado. Con frecuencia salto escalones cuando subo—cosa que no me perdonan los escalones.—Cuando estoy arriba, siempre me encuentro solo. Nadie me habla; el frio de la soledad me hace tiritar. ¿Qué es lo que quiero, pues, en las alturas?—Mi desprecio y mi deseo crecen á la par; cuanto más me elevo, más desprecio al que se eleva. ¿Qué quiere él, pues, en las alturas?—¡Cuánto me avergüenzo de mi subida y de mis tropezones! ¡Cuánto me río de tanto jadear! ¡Cuánto odio al que vuela! ¡Qué cansado me siento en las alturas!»

El joven calló. Zaratustra miró atentamente el árbol junto al cual se encontraban, y habló así: «Este árbol está solo en la montaña. Crece muy por cima de los hombres y de los animales.—Y, si quisiese hablar, no habría nadie que pudiese comprenderle: tanto ha crecido.—Ahora espera y espera siempre. ¿Qué espera, pues? Habita demasiado cerca del asiento de las nubes: ¿espera quizá el primer rayo?»—Al acabar de decir esto Zaratustra, el joven exclamó con ademanes vehementes: «Sí, Zaratustra, dices bien. Yo he deseado mi caída, al querer llegar á las alturas, y tú eres el rayo que esperaba. Mira: ¿qué soy yo desde que tú nos has aparecido? ¡La *envidia* me ha aniquilado!» Así habló el joven, y lloró amargamente. Zaratustra le ciñó la cintura con el brazo y le llevó consigo.—Y cuando hubieron andado juntos durante algún tiempo, Zaratustra empezó á hablar así: «Tengo desgarrado el corazón. Mejor que tus palabras, tus ojos me dicen todo el peligro que corres.—Tú no eres libre aún; tú *buscas* aún la libertad. Tus pesquisas te han desvelado y desvanecido en demasía.—Quieres escalar la altura libre; tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad.—Tus perros salvajes quieren ser libres;

ladran de alegría en su cueva, cuando tu espíritu tiende á abrir todas las prisiones.—Para mí, tú eres todavía un preso qne sueña en la libertad. ¡Ay! el alma de tales presos se torna prudente, pero también astuta y mala.—El que ha libertado su espíritu necesita aún purificarse. Quedan en él muchos rastros de cárcel y de cieno: todavía hace falta que su ojo se purifique.—Verdaderamente, conozco tu peligro. Pero ¡por mi amor y mi esperanza te exhorto á no arrojar lejos de ti tu amor y tu esperanza!—Tú te reconoces aún noble, y también te reconocen noble los demás, los que están á mal contigo y te miran con malos ojos. Sabe que todos tropiezan con algún noble en su camino.—También los buenos tropiezan con algún noble en su camino; y así le llamen bueno, no es más que para apartarle á un lado.—El noble quiere crear alguna cosa nueva y una nueva virtud. El bueno desea lo viejo y que lo viejo se conserve.—Pero el peligro del noble no es que se haga bueno sino insolente, burlón y destructor.—¡Ay!, yo he conocido nobles que perdieron su más alta esperanza. Y ahora han calumniado todas las altas esperanzas.—Ahora han vivido abiertamente con menguadas aspiraciones, y apenas se han trazado un fin de un día para otro.—*El espíritu es también voluptuosidad* (decían). Y entonces su espíritu se quebró las alas; ahora se arrastra de acá para allá manchando todo lo que roe.—En otro tiempo pensaban hacerse héroes; ahora son holgones. El héroe es para ellos aflicción y espanto.—Pero por mi amor y mi esperanza te lo digo: No arrojes lejos de sí al héroe que hay en tu alma! ¡Santifica tu más alta esperanza!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS PREDICADORES DE LA MUERTE.—

«Hay predicadores de la muerte; y llena está la tierra de individuos á quienes hay que predicar que desaparezcan de la vida.—La tierra está llena de superfluos, y los que están de más perjudican á la vida. ¡Que los saquen de esta vida con el señuelo de la «eterna!»—«Amarillos»: así se llama á los predicadores de la muerte; ó bien «negros». Pero yo quiero presentároslos también bajo otros colores.—Los más terribles son los disfrazados de aves de rapiña, y que no pueden escoger más que entre las concupiscencias y las mortificaciones. Y sus mismas concupiscencias son mortificaciones.—Ni siquiera han llegado á ser hombres esos seres terribles. ¡Que prediquen el abandono de la vida, y que se marchen también ellos!—He aquí los tísicos del alma. Apenas han nacido cuando empiezan ya á morir, y sueñan con las doctrinas del cansancio y la renuncia,—Querrían estar muertos, y nosotros debemos santificar su voluntad. Guardémonos de resucitar esos muertos y de violar esos srcórfagos vivientes.—Encuentran un enfermo, un viejo ó un cadáver, y enseguida dicen: «¡refutada la vida!»—Pero los refutados son ellos solamente, así como sus ojos, que no ven más que un solo aspecto de la existencia.—Sumidos en densa melancolía y ávidos de los ligeros accidentes que matan: así esperan apretando los dientes.—O bien alargan la mano hacia confites y se burlan de sus propias niñerías: están asidos á la vida como á una pajita, y se burlan de asirse aún á una pajita.—Su sabiduría dice: «Loco el que permanece vivo; pero ¡así somos de locos! ¡Y esta es la mayor locura de la vida!»—«La vida no es más que sufrimiento» (dicen otros), y no mienten. ¡Daos, pues, trazas para que cese la *vuestra!* ¡Haced cesar la vida que no es más que sufrimiento!—¡Y he aquí la enseñanza de vuestra virtud: «¡tú debes matarte á tí mismo! ¡Debes

quitarte tú mismo de delante!»—«La lujuria es un pecado (dicen algunos de los que predican la muerte). ¡Apartémonos y no engendremos hijos!»—«¡Es doloroso dar á luz (dicen otros). ¿Por qué seguir dando á luz? ¡No se da a luz más que desgraciados!» Y ellos también son predicadores de la muerte.—«Hay que ser compasivos (dicen los terceros). ¡Tomad lo que tengo! ¡Tomad lo que soy! ¡Así me atará menos la vida!»—Si fuesen verdaderamente compasivos, procurarían disgustar de la vida á sus prójimos. Ser malos: esa sería su verdadera bondad.—Pero ellos quieren librarse de la vida. ¡Qué les importa atar á otros á ella más estrechamente con sus cadenas y sus dones!—Y vosotros también, los que llevais una vida de inquietudes y de trabajo furioso, ¿no estáis muy cansados de la vida? ¿No estáis bien maduros para la predicación de la muerte?—Vosotros todos, los que amáis el trabajo furioso y todo lo que es rápido, nuevo, extraño, os soportáis mal á vosotros mismos: vuestra actividad es huída y deseo de olvidarse uno á sí propio.—Si tuvieseis más fe en la vida, os abandonaríais menos al momento corriente. Pero no tenéis bastante fondo para la espera, ni aun para la pereza.—Por todas partes resuena la voz de los que predican la muerte, y la tierra está llena de seres á quienes hay que predicar la muerte.—O «la vida eterna», que para mí es lo mismo—siempre que se marchen pronto.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA GUERRA Y LOS GUERREROS.—«No queremos ser tratados con indulgencia por nuestros más tenaces enemigos ni tampoco por aquellos á quienes amamos de corazón. ¡Dejadme, pues, deciros la verdad!—¡Hermanos en la guerra! Os amo de todo

corazón; yo soy y era vuestro semejante. Soy también vuestro mejor enemigo. ¡Dejadme, pues, deciros la verdad!—Conozco el odio y la envidia de vuestro corazón. No sois bastante grandes para no odiar ni envidiar. ¡Sed, pues, bastante grandes para no avergonzaros de ello!—Y si no podéis ser los santos del conocimiento, sed al menos sus guerreros. Ellos son los compañeros y los precursores de esa santidad.—Yo veo muchos soldados; ¡ojalá pueda ver muchos guerreros! Se llama «uniforme» lo que llevan; ¡que no sea uni-forme lo que ocultan debajo!—Vosotros debéis ser de aquellos cuyos ojos buscan siempre un enemigo, *vuestro* enemigo. Y en algunos de vosotros se descubre odio á primera vista.—Vosotros debéis buscar á vuestro enemigo y hacer vuestra guerra, una guerra por vuestros pensamientos. Y, si vuestro pensamiento sucumbe, vuestra lealtad, sin embargo, debe cantar victoria.—Debéis amar la paz como un medio de guerras nuevas; y la paz corta mejor que la larga.—Yo no os aconsejo el trabajo, sino la lucha. Yo no os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Que vuestro trabajo sea una lucha! ¡que vuestra paz sea una victoria!—No es posible callarse y permanecer tranquilo sino cuando se tienen flechas y un arco; de otro modo, se charla y disputa. ¡Que vuestra paz sea una victoria!—¿Vosotros decís que la buena causa es la que santifica aún la guerra? Yo os digo: la buena guerra es la que santifica todas las cosas.—La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo. No vuestra piedad, vuestra bravura es la que salvó hasta el presente á los náufragos.—¿Qué es bueno? preguntáis. Ser valiente: he ahí lo bueno. Dejad decir á las niñas: «Bueno es lo bonito y tierno.» —Se os llama gente sin corazón; pero vuestro corazón es sincero, y á mí me gusta el pudor de vuestra

cordialidad. Vosotros os avergonzáis de vuestro flujo, y otros se avergüenzan de su reflujo.—¿Sois feos vosotros? ¡Pues bien, hermanos míos, envolveos en lo sublime, el manto de la fealdad!—Cuando vuestra alma crece, se hace arrogante, y hay maldad en vuestra elevación. Yo os conozco.—En la maldad el arrogante se encuentra con el débil; pero no se comprenden. Yo os conozco.—No debéis tener enemigos más que para odiarlos, y no para despreciarlos. Debéis estar orgullosos de vuestro enemigo; entonces los triunfos de él serán tambien triunfos vuestros.—La rebelión es la nobleza del esclavo. ¡Sea vuestra nobleza la obediencia! ¡Sea obediencia vuestro mandato mismo!—Para el verdadero hombre de guerra suena más agradablemente «tú debes» que «yo quiero». Y vosotros debéis procurar mandaros todo lo que queráis.—Que vuestro amor á la vida sea amor á vuestras más altas esperanzas; y que vuestra más alta esperanza sea el más alto pensamiento de la vida.—Y vuestro más alto pensamiento debéis oirle de mí, y es éste: el hombre es algo que debe ser superado.—Así, vivid vuestra vida de obediencia y de guerra. ¡Qué importa la longitud de la vida! ¡Qué guerrero quiere reservarse!—¡Yo no uso de blanduras con vosotros, yo os amo de todo corazón, hermanos en la guerra!»

Así hablaba Zaratustra.

DEL NUEVO ÍDOLO.——En alguna parte, aun hay pueblos y rebaños; pero no entre nosotros, hermanos míos; entre nosotros hay Estados.—¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Ea! abrid los oídos, porque voy á hablaros de la muerte de los pueblos.—Estado se llama al más frío de los mónstruos. Miente también friamente, y he aquí la mentida rastrera que sale de su

boca: «Yo, el Estado, soy el Pueblo.»—¡Es una mentira! Los que crearon los pueblos y suspendieron sobre ellos una fe y un amor, esos eran creadores: servían á la vida.—Los que ponen lazos para el gran número y llaman á eso un Estado son destructores: suspenden por encima de ellos una espada y cien apetitos.—Donde aún hay pueblo no se comprende el Estado y se le detesta al igual que al hechicero y como una transgresión de las costumbres y de las leyes.—Yo os doy este signo: cada pueblo habla una lengua del bien y del mal, que el vecino no comprende. Esta lengua fué inventada para sus costumbres y sus leyes.—Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y en cuanto dice, miente; y cuanto tiene, lo ha robado.—Todo es falso en él; muerde, el muy arisco, con dientes robados. Hasta sus entrañas son falsas.—Una confusión de las lenguas del bien y del mal: os doy ese signo como el signo del Estado. A la verdad, lo que indica ese signo es la voluntad de la muerte: está llamando á los predicadores de la muerte.—Vienen al mundo demasiados hombres; ¡para los supérfluos se inventó el Estado!—¡Ved cómo atrae á los supérfluos! ¡Cómo se los engulle, cómo los masca y remasca!—«En la tierra no hay nada más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios»—así brama el mónstruo. ¡Y no son sólo los que tienen orejas largas y vista corta los que caen de rodillas!—¡Ay! ¡también en vosotras, almas grandes, murmura sus sombrías mentiras! ¡Ay! ¡él adivina los corazones ricos que gustan prodigarse!—¡Sí: os adivina á vosotros también, vencedores del antiguo Dios! ¡Salisteis rendidos del combate, y ahora vuestra fatiga sirve aún al nuevo ídolo!—El quisiera colocar en torno suyo héroes y hombres de respeto. A ese frío mónstruo le gusta calentarse al

sol de la pura conciencia.—A *vosotros* quiere dároslo todo, si le adoráis. Así compra el brillo de vuestra virtud y la altiva mirada de vuestros ojos.—¡Con vosotros quiere atraer á los supérfluos! Sí: ha inventado con eso una artimaña infernal, un corcel de la muerte, enjaezado con el adorno relumbrante de los honores divinos.—¡Sí: ha inventado para el gran número una muerte que se precia de ser la vida, una servidumbre á medida del deseo de todos los predicadores de la muerte!—El Estado es donde todos beben veneno, los buenos y los malos; donde todos se pierden á sí mismos, los buenos y los malos; donde el lento suicidio de todos se llama «la vida».—¡Ved, pues, esos supérfluos! Roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios; llaman civilización á su latrocinio, y todo se les vuelve enfermedades y reveses.—¡Ved, pues, esos superfluos! Siempre están enfermos; echan la bilis, y llaman á eso periódicos. Se devoran, y no pueden digerirse siquiera.—¡Ved, pues, esos supérfluos! Adquieren riquezas, y se hacen más pobres. ¡Quieren el poder esos impotentes, y ante todo, la palanca del poder: mucho dinero!—¡Ved trepar á esos ágiles monos! Trepan los unos sobre los otros y se arrastran así al cieno y al abismo.—Todos quieren acercarse al trono: es su locura—¡como si la felicidad estuviese en el trono!—Frecuentemente el cieno está en el trono, y frecuentemente, también, el trono está en el cieno.—Para mí todos ellos son locos y monos trepadores y bullidores. Su ídolo, ese frío monstruo, huele mal; todos ellos, esos idólatras, huelen mal.—¡Hermanos míos, queréis, pues, ahogaros en la exhalación de sus bocas y de sus apetitos! Antes que eso ¡romped las ventanas y saltad al aire libre!—¡Evitad el mal olor! Alejaos de la idolatría de los supérfluos.—¡Evitad el mal olor! ¡Alejaos del hu-

mo de esos sacrificios humanos!—Aun ahora es libre el mundo para las almas grandes. Para los que viven solitarios ó entre dos aún hay vacantes muchos sitios, donde se aspira el olor de los mares silenciosos. —Aún tienen abierta una vida libre las almas grandes. En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído. ¡Bendita sea la pequeña pobreza!—Allí donde acaba el Estado, empieza el hombre que no es supérfluo: allí empieza el canto de los que son necesarios, la melodia única é insustituíble.—Allá, en donde *acaba* el Estado... ¡Mirad, hermanos míos! ¿No veis el arco iris y el puente del Superhombre?»

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS MOSCAS DE LA PLAZA PÚBLICA.

——«¡Huye, amigo mío, á tu soledad! Te veo aturdido por el ruído de los grandes hombres y acribillado por los aguijones de los pequeños.—Dignamente saben callarse contigo los bosques y las peñas. Aseméjate de nuevo á tu árbol querido, al árbol de ancho ramaje, que escucha silencioso, suspendido sobre el mar.—Donde cesa la soledad empieza la plaza pública; y donde empieza la plaza pública empiezan también el ruído de los grandes cómicos y el zumbido de moscas venenosas.—En el mundo las mejores cosas no valen nada sin alguien que las represente; el pueblo llama á esos representantes grandes hombres.—El pueblo comprende mal lo que es grande, es decir, lo que crea. Pero tiene un sentido para todos los representantes y cómicos de las grandes cosas.—El mundo gira alrededor de los inventores de valores nuevos; gira invisiblemente. Pero alrededor de los cómicos giran el pueblo y la gloria: así «va el mundo».—El cómico tiene espíritu, pero poca conciencia del espíritu. Cree siempre en aquello que produce

más efecto en los oyentes y que les induce á creer *en él.*—Mañana tiene una fe nueva y pasado mañana otra más nueva. Posee sentidos rápidos como el pueblo y temperaturas variables.—Derribar: á eso llama demostrar. Volver loco: á eso llama convencer. Y la sangre es para él el mejor de todos los argumentos. —Llama mentira y nada á una verdad que no penetra más que en oídos finos. Verdaderamente él no cree más que en dioses que hagan mucho ruído en el mundo.—La plaza pública está llena de bufones atronadores... ¡y el pueblo se vanagloria de sus grandes hombres! Son para él los dueños del momento.—Pero el momento los apremia, y ellos te apremian á tí. También á tí te exigen un sí ó un no. ¡Desgraciado! ¿quieres colocar tu silla entre un pro y un contra? —No tengas celos de esos espíritus apremiantes y absolutos, ¡oh amante de la verdad! Jamás la verdad se ha colgado del brazo dn un espíritu absoluto.— Vuelve á tu asilo, lejos de esa gente atropellada: sólo en la plaza pública le asedian á uno con el «¿sí ó no?» —Las fuentes profundas tienen que aguardar mucho tiempo para saber *lo que* ha caído en su profundidad. —Todo lo grande pasa lejos de la plaza pública y de la gloria. Lejos de la plaza pública y de la gloria vivieron siempre los inventores de valores nuevos.— Huye, amigo mío, á la soledad; te veo acribillado por moscas venenosas. ¡Huye á las alturas, hacia donde sopla un viento recio!—¡Huye á tu soledad! Has vivido demasiado entre los pequeños y míseros. ¡Huye de su venganza invisible! Para tí no son más que venganza.—¡No levantes más el brazo contra ellos! Son innumerables, y tu destino no es ser mosqueador. —Innumerables son esos pequeños y míseros; y altivos edificios se han visto destruídos por gotas de lluvia y malas hierbas.—Tú no eres una piedra, pero ya

te resquebrajan infinidad de gotas. Infinidad de gotas te seguirán rajando y partiendo.—Te veo fatigado por las moscas venenosas, te veo rasguñado y ensangrentado por mil sitios; y tu orgullo no quiere encolerizarse uno sola vez.—Ellas desearían tu sangre con la mayor inocencia; sus almas anémicas reclaman sangre, y pican con la mayor inocencia.—Pero tú, que eres profundo, sufres profundamente; tanto, que sientes las más pequeñas heridas. ¡Ay! antes de curarte te lanzarán el gusano venenoso.—Me pareces demasiado altivo para matar á esos golosos. ¡Pero cuidado; no venga á ser tu destino soportar toda su venenosa injusticia!—También zumban alrededor de ti con sus alabanzas. Importunidades: he ahí sus alabanzas. Quieren estar cerca de tu pellejo y de tu sangre.—Te adulan como un dios ó un diablo; lloriquean delante de ti como delante de un dios ó de un diablo. ¡Qué importa! Son aduladores y lloricones, y nada más.—También suelen hacerse los amables contigo. Pero esa fué siempre la astucia de los cobardes. ¡Sí: los cobardes son astutos!—Piensan mucho en ti con su alma estrecha. ¡Les eres siempre sospechoso! Todo lo que da mucho que pensar se hace sospechoso. —Te castigan por todas tus virtudes. No te perdonan de veras más que tus faltas.—Como tú eres benévolo y justo, dices: «Son inocentes de la pequeñez de su existencia.» Pero su alma estrecha piensa: «Toda gran existencia es culpable.»—Aunque seas benévolo con ellos, se consideran aún despreciados por tí, y te pagan tu beneficio con fechorías disimuladas. Tu callado orgullo los contraría siempre; y se alborozan cuando aciertas á ser bastante modesto para ser vanidoso.—Lo que reconocemos en un hombre lo inflamamos también en él. ¡Guárdate, pues, de los pequeños!—En tu presencia se sienten pequeños, y su ba-

jeza arde en invisible venganza contra ti.—¿No has notado cómo solían enmudecer cuando te acercabas á ellos, y cómo los abandonaban las fuerzas al modo que abandona el humo un fuego que se apaga?—Sí, amigo mío, tú eres la roedora conciencia de tus prójimos: porque no son dignos de ti. Por eso te odian y querrían chupar tu sangre.—Tus prójimos serán siempre moscas venenosas. Lo que es grande en tí, eso precisamente debe hacerlos más venenosos y más semejantes á moscas.—Huye, amigo mío, á tu soledad, allá arriba en donde sopla un viento rudo y fuerte. No es tu destino ser espanta-moscas.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA CASTIDAD.——Amo el bosque. Es difícil vivir en las ciudades: abundan en ellas demasiado los ardorosos,—¿No vale más caer en manos de un asesino que en los ensueños de una mujer ardiente?—Mirad, si no, esos hombres; sus ojos lo dicen: no conocen nada mejor en la tierra que acostarse con una mujer.—Tienen cieno en el fondo del alma; ¡y pobres de ellos, si su cieno tiene inteligencia!—¡Si al menos fueseis bestias del todo! Pero para ser bestia hace falta inocencia.—¿Es que os aconsejo que matéis vuestros sentidos? Yo os aconsejo la inocencia de los sentidos.—¿Es que os aconsejo la castidad? En algunos la castidad es una virtud; pero en muchos es casi un vicio.—Estos serán continentes; pero la perra *sensualidad* husmea celosa todo lo que hacen.—Hasta las alturas de su virtud y hasta su frío espíritu los sigue ese animal con su discordia.—¡Y con qué gentileza sabe mendigar la perra *sensualidad* un trozo de espíritu cuando se le niega un trozo de carne!—¿A vosotros os gustan las tragedias y todo lo que lacera el corazón? Pues yo miro con desconfianza á vuestra

perra—Tenéis ojos demasiado crueles, y miráis, llenos de deseos, á los que sufren. ¿No será simplemente que vuestra lascivia se ha disfrazado y tomado el nombre de compasión?—Y os doy también esta parábola: No pocos, que querrían expulsar sus demonios, entraron en los cerdos. —Si la castidad pesa á alguno, hay que apartarle de ella para que la castidad no llegue á ser el camino del infierno; es decir, el fango y la hoguera del alma.—¿He hablado de cosas sucias? No es eso lo peor á mis ojos.—No cuando la verdad es sucia, sino cuando es somera, es cuando baja de mala gana á sus aguas el investigador.—Verdaderamente hay quienes son castos por esencia: son de corazón más dulce, les gusta más reir y ríen más que vosotros.—Se ríen también de la castidad, y preguntan: «¿Qué es la castidad?—¿Es vanidad? Pero esa vanidad ha venido á nosotros; no hemos ido nosotros á ella.—Hemos ofrecido á ese huésped albergue y simpatía: ahora habita en nósotros. ¡Que se quede mientras quiera!»

Así hablaba Zaratustra.

DEL AMIGO.——«Uno solo me asedia siempre con exceso (así piensa el solitario). Uno tras de uno acaba por hacer dos!» — *Yo y Me* están siempre en conversación demasiado seguida. ¿Cómo podría soportarse eso, si no hubiese un amigo?—Para el solitario, el amigo es siempre el tercero; el tercero es el corcho que impide á la conversación de los otros dos abismarse en las profundidádes.—¡Ay! Existen demasiadas profundidades para todos los solitarios! Por eso aspiran á un amigo y á su altura.—Nuestra fé en los demás revela aquello en que desearíamos creer en nosotros. Nuestro deseo de un amigo es nuestro dela-

tor.—Y frecuentemente no se quiere con la amistad sino saltar por encima de la envidia. Y frecuentemente atacamos y nos creamos enemigos para ocultar que nosotros mismos somos atacables.—«¡Sé al menos mi enemigo!»—Así habla el verdadero respeto, el que no se atreve á solicitar la amistad.—Si se quiere tener un amigo, hay que querer también hacer la guerra por él; y para hacer la guerra hay que *poder* ser enemigo.—Es preciso honrar en el amigo el enemigo. ¿Puedes acercarte á tu amigo sin pasar á su bando? —En el amigo debe verse el mejor enemigo. Debes estar lo más cerca de su corazón, cuando le opones resistencia.—¿No quieres llevar vestido delante de tu amigo? ¿Debe ser gloria de tu amigo que te entregues á él tal cual eres? ¡Pues es por lo que te manda al diablo!—El que no se recata, escandaliza. ¡He aquí por qué debéis temer la desnudez! ¡Compréndese que siendo dioses os avergonzárais de vuestros vestidos! —Nunca te adornarás bastante bien para tu amigo: porque debes ser para él una flecha y un anhelo hacia el Superhombre.—¿Has visto ya dormir á tu amigo para que sepas cómo es? ¿Cuál es, pues, la cara de tú amigo? Es tu propia cara en un espejo tosco é imperfecto.—¿Has visto ya dormir á tu amigo? ¿No te ha espantado el aspecto que tenía? ¡Oh, amigo mío, el hombre es algo que debe ser superado!—El amigo debe ser maestro en la adivinación y en el silencio: no debes querer verlo todo. Tu sueño debe revelarte lo que hace tu amigo durante la vigilia.—Sea tu compasión una adivinación: es menester que sepas ante todo si tu amigo quiere compasión. Quizá le gustan en ti los ojos altivos y la mirada de la eternidad.— Que la compasión con el amigo se oculte bajo una ruda corteza; has de dejarte un diente en él. Así tená tdru compasión su delicadeza y su dulzura.—¿Eres

tú para tu amigo aire puro y soledad, pan y medicina? Hay quienes no pueden desatar sus propias cadenas, y, sin embargo, para sus amigos son salvadores.— ¿Eres un esclavo? Entonces no puedes ser amigo. ¿Eres un tirano? Entònces no puedes tener amigos.— Hace demasiado tiempo que se escondían en la mujer un esclavo y un tirano. Por eso la mujer no es aún capaz de amistad: no conoce más que el amor.— En el amor de la mujer hay injusticia y ceguedad para cuanto ella no ama. Y aun el amor reflexivo de la mujer oculta siempre, al lado de la luz, la sorpresa, el rayo y la noche.—La mujer no es aún capaz de amistad: las mujeres siguen siendo gatas y pájaros. O, en el caso mejor, vacas.—La mujer no es aún capaz de amistad. Pero decidme vosotros los hombres: ¿quién de vosotros es por ventura capaz de amistad?—¡Ay, hombres! ¡qué pobreza y avaricia la de vuestra alma! Cuanto vosotros dais á vuestros amigos quiero darlo yo aun á mis enemigos, sin hacerme más pobre por eso —Hay compañerismo: que haya amistad.»

Así hablaba Zaratustra.

LOS MIL OBJETOS Y EL OBJETO ÚNICO.—— «La visita á muchos países y pueblos me hizo descubrir el bien y el mal y me evidenció que el poder más grande de la tierra consiste en el bien y en el mal.— Ningún pueblo podría vivir sin valuar: pero, si quiere conservarse, no debe valuar como su vecino —Muchas cosas, que un pueblo llamaba buenas, eran para otros vergonzosas y despreciables: he ahí lo que yo he descubierto. A muchas cosas, que acá calificaban de malas, las adornaban ellos con el manto de púrpura de los honores.—Jamás un vecino ha comprendido al otro; siempre se asombró su alma de la locura y la maldad del vecino.—Sobre cada pueblo hay suspendi-

da una tabla de bienes. Y ved: es la tabla de los triunfos de sus esfuerzos; es la voz de su voluntad de poder.—Es honroso lo que le parece difícil; lo que es indispensable y difícil se llama bien; y lo que libra de las mayores miserias, lo más raro y difícil, se santifica.

Lo que le permite reinar, vencer y brillar con temor y envidia de su vecino, eso es para él lo más alto, lo primero, la medida y el sentido de todas las cosas —Verdaderamente, hermano, si tú conoces la necesidad, el país, el cielo y el vecino de un pueblo, adivinas también la ley de sus triunfos y por qué sube á sus esperanzas por esos grados.—«Tú debes ser siempre el primero y aventajar á los otros; tu alma celosa no debe amar á nadie más que al amigo»:—esto hizo temblar el alma de un griego y le llevó á seguir la senda de la grandeza.—«Decir la verdad y saber manejar bien el arco y las flechas»:—esto parecía caro al par que difícil al pueblo de donde viene mi nombre —el nombre que es para mí caro al par que difícil.— «Honrar padre y madre y tener para ellos profunda sumisión»:—esa tabla de las victorias sobre sí, otro pueblo la echó al aire y convirtióse en eterno y poderoso.—«Rendir culto á la fidelidad, y, por la fidelidad, dar sangre y honor, aun tratándose de cosas malas y peligrosas»:—por esa enseñanza se venció á sí mismo otro pueblo, y, al vencerse de ese modo, llegó á henchirse de grandes esperanzas.—La verdad es que los hombres se dieron todo su bien y todo su mal. La verdad es que no le tomaron, que no le encontraron, que no les cayó como una voz del cielo.—El hombre es el que puso valores en las cosas á fin de conservarse, él fué el que dió sentido á las cosas, un sentido humano. Por eso se llama «hombre», es decir, el que valúa.—Valuar es crear. ¡Oid, creadores! Valuar

es hacer tesoros, y joyas todas las cosas valuadas.—Por la valuación se da el valor; sin la valuación, la nuez de la existencia sería vana. ¡Oidlo, creadores! —El cambio de los valores es cambio del que crea. Siempre destruye el que ha de ser creador.—Los creadores fueron en un principio pueblos, y sólo más tarde individuos. ¡Y pensar que el individuo mismo es la más reciente de las creaciones!—Antiguamente algunos pueblos suspendían sobre sí una tabla del bien. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer se crearon juntos tales tablas.—El placer del rebaño es más antiguo que el placer del *Yo*. Y mientras la buena conciencia se llama rebaño, sólo la mala dice: *Yo*.—A la verdad, el *Yo* astuto, el *Yo* insensible que busca su bien en el bien de muchos, no es el origen del rebaño, sino su destrucción.—Siempre fueron fervientes y creadores los que crearon el bien y el mal. El fuego del amor y el fuego de la cólera arden bajo el nombre de todas las virtudes.—Muchos países y muchos pueblos vió Zaratustra. No ha encontrado poder más grande en la tierra que la obra de los fervientes; «bien» y «mal» es su nombre.—A la verdad, el poder de estas alabanzas y de estas censuras es semejante á un monstruo. Decidme, hermanos míos: ¿quién me le derribará? Decid: ¿quién echará una cadena sobre las mil cervices de esa bestia?—Hasta el presente ha habido mil objetos, porque ha habido mil pueblos. No falta más que la cadena de las mil cervices: falta el objeto único. La humanidad no tiene aún objeto.—Pero, decidme, hermanos, si falta objeto á la humanidad, ¿no es que ella misma falta aún?»

Así hablaba Zaratustra.

DEL AMOR AL PRÓJIMO.——«Vosotros andáis muy solícitos alrededor del prójimo, y lo manifestáis

con bellas palabras. Pero *yo* os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor á vosotros mismos.—Huís de vosotros en busca del prójimo, y quisierais convertir eso en una virtud; pero yo penetro vuestro «desinterés».—El *Tú* es más viejo que el *Yo*; el *Tú* se halla santificado, pero no aún el *Yo*. Por eso el hombre anda diligente en pos del prójimo.—¿Os aconsejo yo el amor al prójimo? ¡Antes os aconsejo la huida del «próximo» y el amor á lo remoto!

Más alto que el amor á lo próximo es el amor á lo lejano y á lo que está por venir. Más alto aún que el amor al hombre coloco el amor á las cosas y á los fantasmas.—Ese fantasma que corre delante de ti, hermano mío, es más bello que tú. ¿Por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero le tienes miedo, y te escapas en busca de tu prójimo.—No os soportáis á vosotros mismos y no os queréis bastante; ahora desearíais seducir al prójimo por vuestro amor y doraros con su engaño.—Yo quisiera que todos esos prójimos y sus vecinos se os hiciesen insoportables; así tendríais que crear por vosotros mismos vuestro amigo y su corazón fervoroso.—Llamáis á un testigo cuando queréis hablar bien de vosotros; y luego que le habéis inducido á pensar bien de vuestra persona, vosotros mismos pensais bien de vuestra persona, —No sólo miente el que habla contra su conciencia, sino sobre todo el que habla contra su inconsciencia. Y así habláis de vosotros en el trato social, engañando al vecino.—Así habla el loco: «El trato con los hombres daña el carácter, sobre todo cuando no se tiene.»—El uno va en pos del prójimo, porque se busca; el otro porque quisiera olvidarse. Vuestra malquerencia con respecto á vosotros mismos convierte vuestra soledad en un cautiverio.—Los más lejanos son los que pagan vuestro amor al prójimo; y ya

cuando os juntáis cinco, debe morir un sexto.—No me gustan tampoco vuestras fiestas; he encontrado en ellas demasiados cómicos, y los mismos espectadores se conducían frecuentemente como cómicos.—Yo no hablo del prójimo, sino del amigo. Que el amigo sea para vosotros la fiesta de la tierra y un presentimiento del Superhombre.—Yo os hablo del amigo y de su corazón exuberante. Pero hay que saber ser una esponja cuando se quiere ser amado por corazones exuberantes.—Yo os hablo del amigo que lleva en sí un mundo disponible, una envoltura del bien—del amigo creador que tiene siempre un mundo disponible que dar.—Y como se desarrolló el mundo para él, así se arrolla de nuevo; tal es el advenimiento del bien por el mal, del designio por el acaso.—Que el porvenir y lo más remoto sean para tí la causa de tu hoy; en tu amigo debes amar al Superhombre, como tu razón de ser.—Hermanos míos, yo no os aconsejo el amor al prójimo; os aconsejo el amor á lo más lejano.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS VÍAS DEL CREADOR.——«¿Quieres, hermano mío, ir al aislamiento? ¿Quieres buscar el camino que lleva á ti mismo? Aguarda aún un poco, y escúchame.—«El que busca se pierde fácilmente á sí mismo. Todo aislamiento es una falta»:—así habla el rebaño. Y tú has pertenecido al rebaño durante mucho tiempo.—En ti también resonará todavía la voz del rebaño. Y cuando digas: «No tengo ya una conciencia en común con vosotros», será eso una queja y un dolor.—Mira: ese dolor mismo es hijo de la conciencia común, y el último destello de esa conciencia brilla aún en tu aflicción.—Pero ¿quieres seguir el camino de tu aflicción, que es el camino hacia

ti mismo? ¡Demuéstrame tu derecho y tu fuerza para tanto!—¿Eres tú una fuerza nueva y un derecho nuevo? ¿Un primer movimiento? ¿Una rueda que gira sobre sí misma? ¿Puedes obligar á las estrellas á girar alrededor de tí?—¡Ay! ¡Existe tanta ansia por las alturas! ¡Hay tantas convulsiones de ambiciones! ¡Demuéstrame que no eres de los codiciosos ni de los ambiciosos! — ¡Ay! ¡Existen tantos grandes pensamientos que no hacen más que lo que un fuelle! Inflan y ahuecan.—¿Tú te llamas libre? Yo quiero que me digas tu pensamiento cardinal, y no que has escapado de un yugo.—¿Eres tú alguien que tuviese el derecho de librarse de un yugo? Hay quienes pierden su valor último al librarse de su sujeción.—¿Libre *de qué?* ¡Qué le importa eso á Zaratustra! Pero tu mirada debe anunciarme claramente: ¿libre, *para qué?*—¿Puedes darte á ti mismo tu bien y tu mal y suspender tu voluntad por encima de ti como una ley? ¿Puedes ser tu propio juez y el vengador de tu ley?—Terrible es estar á solas con el juez y el vengador de la propia ley. Esto semeja una estrella lanzada á la extensión vacía en medio del soplo helado de la soledad.—Hoy aún te atormenta la muchedumbre; aún conservas todo tu valor y todas tus esperanzas.—Sin embargo, un día te fatigará la soledad, se abatirá tu orgullo y rechinarás los dientes. Un día clamarás: «¡Estoy solo!»—Un día no verás ya tu altura, y tu bajeza estará demasiado cerca de tí. Tu sublimidad misma te amedrentará como un fantasma. Un dia gritarás: «¡Todo es falso!»—Hay sentimientos que quieren matar al solitario. ¿No lo consiguen? ¡Pues que mueran ellos! Pero ¿eres tú capaz de ser asesino?—Hermano mío, ¿conoces ya la palabra «desprecio»? ¿Y el tormento de tu justicia de ser justo con los que le menosprecian?—Tú obligas á muchos á cambiar de

opinión sobre tí; eso te lo tienen muy en cuenta. Te acercaste á ellos y pasaste adelante sin decirles nada: eso no te lo perdonarán nunca.—Tú te elevas sobre ellos; pero cuanto más alto subes, tanto más pequeño te ven los ojos de la envidia. Y nadie tan odiado como el que vuela.—«¡Cómo querríais ser justos conmigo! —así debes hablar.—Yo elijo para mí vuestra injusticia, como el lote que me está destinado.»—Injusticia y basura es lo que arrojan ellos al solitario. Pero, hermano mío, si quieres ser una estrella, no has de alumbrarlos menos por eso.—¡Y guárdate de los buenos y los justos! Les gusta crucificar á los que se inventan su propia virtud: odian al solitario.—¡Guárdate asimismo de la santa simplicidad! No es santo á sus ojos lo que no es simple, y les gusta jugar con el fuego... de las hogueras.—¡Y guárdate también de los impulsos de tu amor! El solitario alarga la mano demasiado deprisa al que encuentra.—Hay hombres á quienes no debes dar la mano, sino sólo la pata; y quiero que tu pata tenga también garras.—Pero el enemigo peor que puedes encontrar serás siempre tú mismo; á ti propio te acechas en las cavernas y en los bosques.—¡Solitario, tú sigues el camino que lleva á ti propio! ¡Y tu camino pasa por delante de ti y de tus siete demonios!—Serás hereje para ti mismo, serás hechicero, adivino, loco, incrédulo, impío y malvado.—Es menester que quieras consumirte en tu propia llama. ¿Cómo querrías renovarte sin reducirte ante todo á cenizas?—Solitario, tú sigues el camino del creador: ¡quieres sacar un dios de tus siete demonios!—Solitario, tú sigues el camino del amante: te amas á ti mismo, y por eso te desprecias, como sólo desprecian los amantes.—¡El amante quiere crear, porque desprecia! ¡Qué sabría del amor el que no debiese menospreciar precisamente lo que amaba!

—Vete á tu aislamiento, hermano mío, con tu amor y con tu creación; y será tarde cuando te siga la justicia renqueando.—Vete á tu aislamiento con mis lágrimas, hermano mío. Yo amo al que quiere crear algo superior á él y de esa suerte sucumbe.»

Así hablaba Zaratustra.

LA VIEJA Y LA JOVEN.——«¿Por qué te deslizas furtivamente durante el crepúsculo, Zaratustra? ¿Y qué ocultas con tanta precaución debajo de tu manto?—¿Es algún tesoro que te dieron? ¿Es un niño que te ha nacido? ¿Seguirías tú también ahora el camino de los ladrones, amigo del mal?»—«¡Cierto, hermano mío!—respondió Zaratustra.—Un tesoro llevo: una pequeña verdad.—Pero es rebelde como un niño; y, si no la tapase la boca, gritaría desaforadamente.—Siguiendo hoy solitario mi camino, á la hora en que se ponía el sol, me topé con una vieja que habló así á mi alma: «Zaratustra ha hablado mucho, aun con nosotras las mujeres, pero jamás nos ha hablado de la mujer.»—Yo respondí: «No hay que hablar de la mujer más que á los hombres.»—«Háblame á mí también de la mujer—dijo ella.—Soy bastante vieja para olvidar al momento lo que me digas.»—Cedí á los deseos de la vieja, y la hablé así: «En la mujer todo es un enigma, y todo tiene una solución: se llama preñez.—El hombre es para la mujer un medio; el fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el hombre?—El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso quiere la mujer, el juguete más peligroso.—El hombre debe ser educado para la guerra, y la mujer para solaz del guerrero. Todo lo demás es locura.—Al guerrero no le agradan los frutos demasiado dulces. Por eso le gusta la mujer: la mujer más dulce tiene siempre algo de

amarga.—La mujer comprende mejor que el hombre á los niños; pero el hombre es más infantil que la mujer.—En todo verdadero hombre se esconde un niño: un niño que quiere jugar. ¡Ea, mujeres! ¡descubrid el niño en el hombre!—Que la mujer sea un juguete puro y fino como el diamante, abrillantado por las virtudes de un mundo que aún no existe.—¡Centellée en vuestro amor el fulgor de una estrella! Diga vuestra esperanza: «¡que yo dé á luz al Superhombre!»—¡Que haya valentía en vuestro amor! Con vuestro amor debéis afrontar al que os inspire miedo! —Cífrese vuestro honor en vuestro amor. Generalmente la mujer entiende poco de honor. Pero sea vuestro honor amar siempre más de lo que seáis amadas, y no ser nunca las segundas.—Que el hombre tema á la mujer, cuando la mujer ama: entonces es cuando hace ella todos los sacrificios, y cualquier otra cosa la parece desprovista de valor.—Que el hombre tema a la mujer, cuando la mujer odia: porque, en el fondo, el hombre es simplemente malo, pero la mujer es aviesa.—¿A quién odia más la mujer? El hierro hablaba así al imán: «Te odio más que á nada, porque atraes sin ser bastante fuerte para sujetar.»

La felicidad del hombre es: yo quiero. La felicidad de la mujer es: él quiere.—«¡Vamos! ¡Ya nada falta en el mundo!»—así piensa cada mujer, cuando obedece de todo corazón.—Y es preciso que la mujer obedezca y que encuentre una profundidad para su superficie. El alma de la mujer es superficie: móvil y borrascosa película de aguas someras.—Pero el alma del hombre es profunda; su corriente muge en grutas subterráneas: la mujer presiente su fuerza, pero no la comprende.»—Entonces me respondió la vieja: «Zaratustra ha dicho cosas muy bonitas, sobre todo para

las que son jóvenes y dispuestas á aprovecharlas.—¡Cosa singular! ¡Zaratustra conoce poco á las mujeres, y, sin embargo, tiene razón en lo que dice de ellas! ¿Será porque en la mujer nada es imposible?—Y ahora ten en recompensa una pequeña verdad. Soy bastante vieja para decírtela.—Tápala y ciérrala la boca, porque, si no, gritará demasiado alto.»—«Venga tu verdad, mujer!» dije yo, y la vieja habló así: «¿Vas con las mujeres? ¡No olvides el látigo!»

Así hablaba Zaratustra.

LA PICADURA DE LA VÍBORA.——Un día dormitaba Zaratustra á la sombra de una higuera, porque hacía calor; y tenía puesto el brazo sobre la cara. Vino en esto una víbora, le mordió en el pescuezo, y él lanzó un grito de dolor. Apartó el brazo de la cara, y miró á la sierpe. Entonces la sierpe reconoció los ojos de Zaratustra, se retorció torpemente y quiso marcharse. «¡No—dijo Zaratustra,—no te he dado aún las gracias! Me has despertado á tiempo; aún es largo mi camino.»—«Tu camino es corto—dijo tristemente la víbora:—mi veneno mata.» Zaratustra se echó á reir. «¿Cuándo mató á un dragón el veneno de una serpiente?—dijo.—¡Recobra tu veneno! No eres bastante rica para regalármele.» Entonces la víbora volvió á abrazarle el cuello y le lamió la herida. —Cuando un día Zaratustra contó esto á sus discípulos, ellos le preguntaron: «¿Y cuál es la moraleja de tu cuento?» Zaratustra respondió: «Los buenos y los justos me llaman el destructor de la moral: mi cuento es inmoral.—Pero, si tenéis un enemigo, no le devolváis bien por mal, porque se vería humillado. Demostradle á la inversa, que os ha hecho un bien.—Y, antes que humillar, encolerizaos. Y cuando se os maldice, no me gusta que queráis bendecir. ¡Maldecid

tambien un poco, por vuestra parte!—Y si os hacen una gran injusticia, haced vosotros al punto cinco pequeñas. Horroriza ver al que sufre por sí solo el peso de la injusticia.—¿Sabíais ya esto? Injusticia repartida es semiderecho. ¡Y el que puede traer la injusticia debe llevarla!—Una pequeña venganza es más humana que ninguna. Y si el castigo no es también un derecho y un honor para el transgresor, yo no quiero vuestro castigo.—Es más noble condenarse que porfiar, sobre todo cuando se tiene razón. Sólo que hay que ser bastante rico para eso.—No me agrada vuestra fría justicia: en los ojos de vuestros jueces se trasluce siempre la mirada del verdugo y su helada cuchilla.—Decidme: ¿Dónde se encuentra la justicia que es amor con ojos perspicaces?—¡Inventadme, pues, el amor que soporta, no sólo todos los testigos, sino también todas las faltas!—¡Inventadme la justicia que absuelve á todos, salvo al que juzga!—¿Queréis oir más? En el que quiere ser verdaderamente justo, la mentira misma se trueca en filantropía.—Pero ¿cómo podría yo ser verdaderamente justo? ¡Cómo podría dar á cada uno *lo suyo!* Básteme esto: Yo doy á cada uno *lo mío.*—En fin, hermanos, guardaos de ser injustos con los solitarios. ¿Cómo podría olvidar un solitario? ¿Cómo podría devolver?—Un solitario es como un pozo profundo. Es fácil echar en él una piedra; pero, si la piedra cae al fondo, decidme: ¿quién querrá volver á sacarla?—Guardaos de ofender al solitario. Pero, si le habéis ofendido, ¡entonces matadle tambien!»

Así hablaba Zaratustra.

DEL HIJO Y DEL MATRIMONIO.——«Tengo una pregunta para ti solo, hermano mío. La arrojo como una sonda á tu alma, á fin de conocer su pro-

fundidad.—Eres joven y deseas hijo y matrimonio. Pero yo te pregunto: ¿Eres tú un hombre que tenga *el derecho* de desear á un hijo?—¿Eres tú el victorioso, el vencedor de ti, el soberano de los sentidos, el dueño de tus virtudes? Eso es lo que yo te pregunto.—¿O es que hablan de tu deseo la bestia y la necesidad física, ó el aislamiento, ó la discordia contigo mismo?—Yo quiero que tu victoria y tu libertad aspiren á perpetuarse en un hijo. Tú debes erigir monumentos vivientes á tu victoria y á tu liberación.—Debes construir algo más que tú. Pero primeramente hace falta que te hayas construído á ti mismo, rectangular de cuerpo y de alma.—¡No debes solo reproducirte, sino superarte! ¡Sírvate para eso el jardín del matrimonio!—Debes crear un cuerpo superior, un primer movimiento, una rueda que gire sobre sí: debes crear un creador.—Matrimonio: así llamó á la voluntad de dos de crear uno que sea más que los que le han creado. Respeto recíproco es el matrimonio—respeto recíproco de los que coinciden en tal voluntad.—Sea este el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que llaman matrimonio los que están de sobra, los superfluos, ¿á eso cómo lo llamaré?—¡Ay! ¡Qué pobreza de alma entre dos! ¡Qué inmundicia de alma entre dos! ¡Qué mísera conformidad entre dos! —A todo eso llaman matrimonio; y dicen que contraen sus uniones en el cielo.—¡Pues bien! ¡yo no quiero ese cielo de los superfluos! ¡No: yo no quiero esas bestias enlazadas con redes divinas!—¡Quédese también lejos de mí el Dios que viene cojeando á bendecir lo que no ha unido!—¡No os riáis de semejantes matrimonios! ¿Cuál es el hijo que no tendría razón para llorar por causa de sus padres?—Tal hombre me pareció digno y maduro para el sentido de la tierra; pero, cuando ví á su mujer, al

tierra me pareció una morada para insensatos.—Sí; yo querría que la tierra entrase en convulsión cuando se aparean un santo y una gansa.—Cual otro partió como un héroe en busca de verdades, y no trajo más botín que una mentirita engalanada. A eso llaman su matrimonio.—Este era reservado en sus relaciones y escogía con detenimiento. Pero de un solo golpe rompió con sus amigos para siempre. A eso llama su matrimonio.—Aquél buscaba una sirviente con las virtudes de un ángel. Pero de pronto se hizo sirviente de una mujer, y ahora necesitaría él volverse ángel.—En todas partes he visto compradores muy sobre sí y con ojos astutos. Pero aun el más astuto compra á su mujer á ciegas.—A muchas locuras breves llamáis amar. Y vuestro matrimonio pone fin á muchas locuras cortas para hacer de ellas una tontería larga.—Vuestro amor á la mujer y el amor de la mujer por el hombre, ¡oh! ¡sea compasión para dioses dolientes y velados! Pero dos bestias se adivinan casi siempre.—Sin embargo, vuestro mejor amor no es aún más que una imágen extasiada y un ardor doloroso. Es una antorcha que debe iluminaros hacia caminos superiores.—¡Un día deberá elevarse vuestro amor por encima de vosotros! *¡Aprended,* pues, primero á amar! Por eso os fué preciso beber el amargo cáliz de vuestro amor.—Amargura existe, aun en el cáliz del mejor amor; así te hace desear el Superhombre; así te da sed á ti ¡oh creador!—Sed del creador, flecha y deseo del Superhombre; dime, hermano mío, ¿es esa tu voluntad del matrimonio?—Santa es para mí tal voluntad, santo tal matrimonio.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA MUERTE LIBRE.——«Muchos mueren demasiado tarde y algunos demasiado pronto. La doc-

trina que dice: «¡muere á tiempo!» parece extraña aún.—Muere á tiempo: he ahí lo que enseña Zaratustra.—Claro que el que nunca vivió á tiempo, ¿cómo habría de morir á tiempo? ¡Que no nazca nunca! He ahí lo que aconsejo á los superfluos.—Pero hasta los superfluos se hacen los importantes con su muerte, y hasta la nuez más huera pretende ser cascada.—Todos conceden importancia á la muerte; pero la muerte no constituye todavía una fiesta para ellos. Los hombres no saben aun cómo se consagran las más bellas fiestas.—Yo os predico la muerte que consagra, la muerte que, para los vivos, viene á ser un aguijon y una promesa.—El que cumple muere de *su* muerte, victorioso, rodeado de los que esperan y prometen.—Así habría que aprender á morir; y no debería haber fiesta sin que tal moribundo santificase los juramentos de los vivos.—Morir así es la cosa mejor; pero la segunda es ésta: morir en el combate y prodigar una gran alma.—Pero el combatiente y el victorioso odian por igual vuestra muerte aspaventera, que viene arrastrándose como un ladrón, y que, sin embargo, se acerca como soberana.—Yo os hago el elogio de mi muerte, de la muerte libre, que viene porque *yo* quiero.—¿Y cuándo he de querer? El que tiene un fin y un heredero, quiere la muerte á tiempo para el fin y el heredero.—Y, por respeto al fin y al heredero, no colgará ya coronas marchitas en el santuario de la vida.—En verdad, yo no quiero parecerme á los cordeleros: estiran sus hilos, y ellos van siempre hacia atrás.—Hay también quienes se hacen demasiado viejos para sus verdades y sus victorias: una boca desdentada no tiene ya derecho á todas las verdades.—Y el que quiera disfrutar de gloria debe despedirse á tiempo de los honores y ejercer el arte difícil de retirarse oportunamente.—Hay que cesar de

dejarse comer en el momento en que os toman más el gusto. Los que quieren ser amados mucho tiempo lo saben.—Hay también manzanas ágrias cuyo destino es esperar hasta el último día del otoño. Y se ponen amarillas y arrugadas en el momento mismo en que maduran.—En unos envejece primero el corazón; en otros la inteligencia. Y algunos son viejos en su juventud; pero, cuando se es joven muy tarde, se conserva uno joven mucho tiempo.—Los hay que fallan su vida; un gusano venenoso los roe el corazón. Que traten al menos de acertar mejor en su muerte.—Los hay que jamás están dulces; se pudren ya en verano. La cobardía es la que los retiene en su rama.—Hay demasiados que viven y permanecen fijos en su rama excesivo tiempo. ¡Venga una tempestad que sacuda del árbol toda esa podredumbre agusanada!—¡Vengan predicadores de la muerte *rápida!* Serían las tempestades y las sacudidas oportunas del árbol de la vida. Peró yo no oigo predicar más que la muerte lenta y la paciencia con todo lo que es «terrestre».—¡Ay! ¿Predicáis la paciencia con lo que es terrestre? ¡Lo terrestre es lo que tiene demasiada paciencia con vosotros, blasfemos!—En verdad, murió demasiado pronto aquel Hebreo á quien honran los predicadores de la muerte lenta; y para muchos fué una fatalidad que muriese demasiado pronto.

Ese Jesús hebreo no conocía aún más que las lágrimas y la tristeza del hebreo, juntamente con el odio de los buenos y de los justos; así le acometió el deseo de la muerte.—¿Por qué no permaneció en el desierto, lejos de los buenos y de los justos? ¡Quizá hubiera aprendido á vivir y á amar la tierra—y también la risa!—¡Creedme, hermanos míos! Murío demasiado pronto; ¡se hubiera retractado de su doctrina.

si hubiese vivido hasta mi edad! ¡Era bastante noble para saber retractarse!—Pero no estaba aún maduro. El amor del joven carece de naturaleza, y por eso odia á los hombres y á la tierra. Tiene aún atadas y torpes el alma y las alas del pensamiento.—Pero en el hombre hay más de niño que en el joven, y menos tristeza: comprende mejor la muerte y la vida.—Libre para la muerte y libre en la muerte; divino negador, cuando no es ya tiempo de afirmar: así comprende la vida y la muerte.—Que vuestra muerte no sea una blasfemia contra los hombres y contra la tierra, amigos míos: eso es lo que yo reclamo de la miel de vuestra alma.—Vuestro espíritu y vuestra virtud deben inflamar aún vuestra agonía, como el arrebol del poniente inflama la tierra; si no, vuestra muerte será malograda.—Así quiero morir yo para que, por mí, améis más la tierra, amigos míos; y quiero volverme tierra para encontrar mi reposo en la que me ha engendrado.—En verdad, Zaratustra tenía un objetivo; lanzó la pelota. Ahora, amigos, vosotros sois los herederos de mi objetivo; á vosotros os envío la pelota dorada.—Prefiero á todo, amigos míos, veros lanzar la pelota dorada. Y por eso permanezco aún un poco sobre la tierra. ¡Perdonadmelo!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA VIRTUD DADIVOSA.—1.—Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad que amaba su corazón y que tiene por nombre «la Vaca pintoja», muchos de los que se llamaban sus discípulos salieron acompañándole. Llegaron así á una encrucijada. Entonces Zaratustra les dijo que quería quedarse solo, porque era amigo de las marchas solitarias. Sus discípulos, al despedirse de él, le ofrecieron como regalo un bastón, cuyo puño de oro figuraba una serpiente

enroscándose alrededor del sol. Zaratustra le recibió con alegría y se apoyó en él. Luego habló así á sus discípulos: «Decidme: ¿por qué alcanzó el oro el más alto valor? Porque es raro é inútil, de brillo centelleante y dulce; todo lo cual se hace siempre estimar. —Sólo como símbolo de la más alta virtud alcanzó el oro el más alto valor. Reluciente es como el oro la mirada del que da. El brillo del oro ajusta la paz entre la luna y el sol.—La más alta virtud es rara é inútil; es resplandeciente y de un brillo dulce: una virtud dadivosa es la más alta virtud.—Seguramente penetro vuestras intenciones, discípulos míos: vosotros aspiráis como yo á la virtud dadivosa. ¿Qué tendríais de común con los gatos y los lobos?—Vuestra sed es querer convertiros vosotros mismos en ofrendas y presentes. Por eso tenéis sed de acumular todas las riquezas en vuestras almas.—Vuestra alma anhela insaciablemente tesoros y joyas, porque es insaciable la voluntad de dar de vuestra virtud.—Obligáis á todas las cosas á acercarse á vosotros y á penetrar en vosotros, para que vuelvan á manar de vuestra fuente, como los dones de vuestro amor.—En verdad, es preciso que tal amor dadivoso se haga saqueador de todos los valores; pero yo llamo sano y sagrado á ese egoísmo.—Hay otro egoísmo, un egoísmo demasiado pobre y hambriento, que quiere robar siempre: el egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo.—Con ojos de ladrón mira todo lo que reluce; con la avidez del hambre mide al que tiene en abundancia qué comer, y siempre se arrastra en torno de la mesa del que da.—La enfermedad y una invisible generación hablan en tal apetito; la avidez de robo de ese egoísmo pregona un cuerpo valetudinario.—Decidme, hermanos míos: ¿qué cosa nos parece mala, y la más mala de todas? ¿No es la *degeneración?* Pues, ¿á qué

pensar siempre en la degeneración cuando falta el alma que da?—Nuestro camino va hacia arriba, de la especie á la especie superior. Pero el sentido que degenera, el sentido que dice: «Todo para mí», nos espanta.—Nuestro sentido vuela hacia arriba, convirtiéndose en un símbolo de nuestro cuerpo, en símbolo de una elevación. Los símbolos de esas elevaciones son los nombres de las virtudes.—Así atraviesa el cuerpo la historia, luchando y elevándose. Y el espíritu, ¿qué es para el cuerpo? Es el heraldo de sus luchas y victorias, su compañero y su eco.—Todos los n mbres del bien y del mal son símbolos: no hablan; se limitan á hacer señas. ¡Loco es el que quiere pedirles el conocimiento!—Hermanos míos, estad atentos á las horas en que vuestro espíritu quiere hablar en símbolos: entonces asistís al origen de vuestra virtud.—Entonces es cuando vuestro cuerpo se ha elevado y resucitado; entonces arrebata al espíritu con sus transportes para que se haga creador, y apreciador, y amante y bienhechor de todas las cosas.—Cuando vuestro corazón bulle, amplio y lleno, como el gran río, bendición y peligro de los ribereños, entonces asistís al origen de vuestra virtud.—Cuando os eleváis por encima de la alabanza y de la censura, y cuando vuestra voluntad, como voluntad de un hombre que ama, quiere mandar en todas las cosas, entonces asistís al origen de vuestra vtrtud.—Cuando desdeñáis lo que es agradable, la cama blanda, y cuando nunca os creéis bastante lejos de la molicie para reposar, entonces asistís al origen de vuestra virtud.—¡Verdaderamente, vuestra virtud es un nuevo *bien y mal*, un nuevo murmullo profundo, y la voz de un manantial nuevo!—Esa nueva virtud es poder, es un pensamiento dominador guiado por un alma sagaz, es un

sol dorado en el cual se enrosca la serpiente del conocimiento.»

2.—Aquí Zaratustra calló un rato y miró á sus discípulos con amor. Luego prosiguió hablando así, y su voz se había transformado: «¡Hermanos míos, permaneced fieles á la tierra con todo el poder de vuestra virtud! Sirvan al sentido de la tierra vuestro amor dadivoso y vuestro conocimiento. Yo os lo ruego y á ello os conjuro.—¡No dejéis huir á vuestra virtud de las cosas terrestres y aletear contra paredes eternas! ¡Ay! ¡Hubo siempre tanta virtud extraviada!—Restituid, como yo, á la tierra la virtud extraviada. Sí; restituidla al cuerpo y á la vida, para que dé á la tierra su sentido, un sentido humano.—La inteligencia y la virtud se han extraviado y engañado de mil maneras diferentes. ¡Ay! Aun ahora habitan en nuestro cuerpo esa locura y ese engaño: ¡se han hecho cuerpo y voluntad!—La inteligencia y la virtud se han ensayado y extraviado de mil maneras diferentes. Sí: el hombre era un ensayo. ¡Ay! ¡cuántas ignorancias y errores se han incorporado á nosotros!—No sólo la razón de los milenarios, sino también su locura, sale á luz en nosotros. Es peligroso ser heredero.—Luchamos aún paso á paso con el gigante *azar*, y en la humanidad entera reinaba hasta el presente la falta de sentido.—Que vuestra inteligencia y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos; y el valor de todas las cosas será renovado por vosotros. ¡Para eso debéis ser combatientes! ¡Para eso debéis ser creadores!—El cuerpo se purifica por el saber, se eleva con el esfuerzo inteligente; todos los instintos del que piensa y conoce se santifican; el alma del que se eleva se alboroza.—Médico, ayúdate á ti mismo; así ayudas también á tu enfermo. Que la mejor asistencia del en-

fermo sea ver con sus propios ojos al que se cura á sí mismo.—Hay mil sendas que nunca han sido holladas, mil fuentes de salud y mil tierras ocultas de la vida. Aun no se han descubierto ni agotado el hombre ni la tierra de los hombres.—¡Vigilad y escuchad, solitarios! Soplos de aleteos secretos vienen del porvenir y á oídos finos llega un fausto mensaje.—Solitarios de hoy, día vendrá en que vosotros los apartados seréis un pueblo. Vosotros, que os habéis entresacado á vosotros mismos, formaréis un día un pueblo elegido; y de él nacerá el Superhombre.—En verdad, la tierra se hará un día un lugar de curación. Y ya la envuelva un olor nuevo, un efluvio de salud y una nueva esperanza.

3.—Dicho esto, Zaratustra se calló como quien no ha dicho aún la última palabra y estuvo sopesando el bastón largo rato con perplejidad. Por fin, con voz nuevamente transformada, dijo: «¡Ahora, discípulos míos, me voy solo! ¡Marchaos vosotros solos también! Lo quiero así.—De todas veras os doy este consejo: ¡Alejaos de mí y precaveos contra Zaratustra! Y mejor aun: ¡Avergonzaos de él! Quizá os ha engañado. —El hombre de reflexión, no sólo debe saber amar á sus enemigos, sino también odiar á sus amigos.—Mal corresponde con un maestro el que no pasa nunca de discípulo. ¿Y por qué no queréis arrancar mi corona?—Vosotros me veneráis; pero, ¿qué ocurriría si un día viniese al suelo vuestra veneración? ¡Cuidad de que no os aplaste una estatua!—¿Decís que creéis en Zaratustra? Pero ¡qué importa Zaratustra! Vosotros sois mis creyentes; pero ¡qué importan todos los creyentes!—Antes de buscaros á vosotros mismos ya me habéis encontrado á mí. Así hacen todos los creyentes: por eso es la fé tan poca cosa.—Ahora os mando

que me perdáis y que os encontréis á vosotros mismos; y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré á vosotros.—En verdad, hermanos míos, yo buscaré entonces con otros ojos á mis ovejas descarriadas; yo os amaré entonces con otro amor.—Y llegará el día en que volveréis á ser mis amigos é hijos de una sola esperanza; entonces quiero estar á vuestro lado por tercera vez para festejar con vosotros el gran mediodía.—Y este mediodía se realizará cuando el hombre esté á la mitad de su trayecto, entre la bestia y el Superhombre, y celebre como su esperanza suprema su camino hacia el ocaso: porque será el camino hacia una nueva mañana.—Entonces el que desaparece se bendecirá á sí mismo, á fin de pasar al otro lado; y el sol de su conocimiento estará en su medio día.—«¡TODOS LOS DIOSES HAN MUERTO; ÁHORA, VIVA EL SUPERHOMBRE!» ¡Sea esta, llegado el gran medio día, nuestra postrera voluntad!»

Así hablaba Zaratustra.



SEGUNDA PARTE

«... y sólo cuando todos hayáis renegado de mí, volveré á vosotros.—En verdad, hermanos míos, yo buscaré entonces con otros ojos á mis ovejas descarriadas; yo os amaré entonces con otro amor.»

ZARATUSTRA.

(De la virtud dadivosa 1.ª parte, página 71.)

EL NIÑO DEL ESPEJO.——Después de esto, Zaratustra se apartó de los hombres tornando á la montaña y á la soledad de su caverna, cual sembrador que ha arrojado la semilla y aguarda descansando su reproducción. Pero su alma se llenó de impaciencia y de anhelo por los que amaba, porque aún tenía muchas cosas que darles. Y aquí de lo más difícil: cerrar por amor la mano abierta y conservar el pudor al dar.—Así transcurrieron para el solitario meses y años; pero su sabiduría crecía y le hacía padecer con su plenitud.—Pero una mañana, despertando antes de amanecer, meditó largo rato en la cama, y al fin dijo á su corazón: «¿Por qué me he asustado tanto soñando? ¿Por qué me he despertado? Un niño que llevaba un espejo se acercó á mí diciéndome: «¡Zaratustra! ¡Mírate en el espejo!»—Pero, cuando miré al espejo, lancé un grito y me dió un vuelco el corazón: porque

no era á mí á quien ví, sino la catadura y la risa sarcástica de un demonio.—A la verdad, comprendo de sobra el significado y la advertencia del sueño: mi *doctrina* corre riesgo; la cizaña quiere llamarse trigo. —Mis enemigos se han hecho poderosos, y han desfigurado la imagen de mi doctrina, en términos que mis preferidos se han avergonzado de los presentes que les dí.—¡He perdido mis amigos! ¡Es llegada la hora de buscar á los que he perdido!»

Al decir estas palabras, Zaratustra se sobresaltó, no como quien tiene miedo y pierde el aliento, sino como un visionario y un poeta inspirados. El águila y la serpiente le miraron asombradas: porque, á imagen de la aurora, una próxima ventura reposaba en su semblante: «Pero ¿qué me ha pasado, animales míos? —dijo Zaratustra.—¡No estoy transformado! ¿No ha venido á mí la dicha como una tempestad?—Mi dicha es loca y no dirá más que locuras: aún es demasiado joven. ¡Tened, pues, paciencia con ella!—Me anonada la dicha. ¡Sean mis médicos cuántos sufren!—¡Puedo volver á bajar al lado de mis amigos y también de mis enemigos! ¡Zaratustra puede volver á hablar y á dar y á hacer bien á sus predilectos!—Mi impaciente amor se desborda á torrentes, precipitándose desde el oriente al ocaso. Mi alma bulle en los valles, abandonando los montes silenciosos y las borrascas del dolor.—¡Hace tanto tiempo que peno y miro en lontananza, tanto tiempo que me posee la soledad, que he llegado á olvidar el silencio!—Me he vuelto todo como boca y mugido de un río que salta de elevados peñascos: quiero precipitar mis palabras á los valles.—¡Y que el río de mi amor corra por lo infranqueable! ¿Cómo un río no encontraría al fin el camino del mar?—Un lago hay, sin duda, en mí, un lago solitario que se basta á sí propio; pero mi río de

amor le arrastra consigo al mar.—Yo sigo vías nuevas y encuentro un nuevo lenguaje; á semejanza de todos los creadores, me cansé de las lenguas antiguas. Mi espíritu no quiere ya correr con suelas gastadas.—Todo lenguaje se me hace lento. ¡Salto á tu carro, tempestad! ¡Y á tí también quiero fustigarte aún con mi malicia!—Quiero pasar por vastos mares como una exclamación ó un grito de alegría, hasta que encuentre las *Islas Bienaventuradas*, donde moran mis amigos... ¡y entre ellos mis enemigos! ¡Cómo amo ahora á cuantos puedo hablar! Mis enemigos también forman parte de mi ventura.—Y cuando quiero montar en mi más fogoso caballo, nada me ayuda como mi lanza; siempre está pronta á servir á mi pie la lanza que blando contra mis enemigos. ¡Cuántas gracias doy á mis enemigos por poder lanzarla al fin!—Era harto grande la tensión de mi nube: entre las risas de los relámpagos quiero lanzar granizadas á las profundidades.—Formidablemente se levantará mi pecho; formidablemente soplará su tempestad en las montañas: así se aliviará.—¡Verdaderamente, mi felicidad y mi libertad sobrevienen como tempestades! Pero es menester que mis enemigos se figuren que *el demonio* se desencadena sobre sus cabezas.—Sí: también á vosotros, amigos míos, os espantará mi salvaje sabiduría; y acaso os pongais en fuga con mis enemigos.—¡Ah! ¡Sepa yo volver á atraeros con caramillos de pastores! ¡Aprenda á rugir con ternura mi leona sabiduría! ¡Hemos aprendido ya tantas cosas juntos!—Mi sabiduría salvaje se hizo preñada en los montes solitarios; sobre las duras piedras parió el más joven de sus hijuelos.—Ahora corre loca por el desierto árido y busca sin cesar el blando césped.—¡Sobre el blando césped de vuestros cora-

zones, amigos míos... sobre vuestro amor desearía depositar lo más caro que poseo!»

Así hablaba Zaratustra.

EN LAS ISLAS BIENAVENTURADAS.——«Los higos caen de los árboles: son buenos y dulces; y, conforme caen, se abre su roja piel. Yo soy un viento del Norte para los higos maduros.—Así, como higos, caen en vosotros estas enseñanzas: tomad su jugo y su dulce carne. A nuestro alrededor reina el otoño, reina la tarde, con un cielo sereno.—¡Ved qué plenitud á nuestro alrededor! ¡Y qué bello, desde el seno de la abundancia, mirar hacia fuera, hacia los mares lejanos!—En otro tiempo, cuando se miraba á los mares lejanos, se decía: «Dios»; pero ahora yo os he enseñado á decir: «Superhombre».—Dios es una conjetura; pero yo quiero que vuestra conjetura no vaya más lejos que vuestra voluntad creadora.—¿Podríais *crear* un Dios? ¡Pues entonces no me habléis de dioses! Sin embargo, podríais crear el Superhombre.—¡No lo seréis quizá vosotros, hermanos míos! Pero podríais transformaros en padres y ascendientes del Superhombre: ¡que éste sea vuestra mejor creación!—Dios es una conjetura; pero yo quiero que vuestra conjetura se circunscriba á lo imaginable.—¿Podríais *imaginar* un Dios? ¡Que la voluntad de verdad signifique para vosotros que todo se transforme en lo que el hombre puede pensar, ver y sentir! ¡Debéis pensar hasta lo último vuestros propios sentidos!—Y lo que llamabais mundo debe ser creado desde luego por vosotros: ¡vuestra razón, vuestro pensamiento, vuestra voluntad, vuestro amor deben hacerse vuestro mundo mismo! ¡Y para vosotros que deseais aprender será una verdadera dicha!

¿Cómo soportaríais la vida sin esa esperanza los

que deseais aprender? No deberíais persistir en lo que es incomprensible ni en lo que es irracional.—Pero he de abriros todo mi corazón, amigos míos: *si* existiesen dioses, ¡cómo soportaría yo no ser un dios! *Luego* no hay dioses.—Yo soy, es verdad, el que he sacado esta consecuencia; pero ahora me saca ella á mí mismo.—Dios es una conjetura; pero ¿quién bebería, sin morir, todos los tormentos de esa conjetura? ¿Se quiere quitar su fe al creador, y al águila su vuelo por las regiones remotas?—Dios es un pensamiento que tuerce todo lo que está derecho y hace dar vueltas á todo lo que está fijo. ¡Cómo! ¿No existiría ya el tiempo, y todo lo perecedero sería mentira?—Pensar eso no es más que remolino y vértigo de los huesos humanos, y da náuseas al estómago: verdaderamente, conjeturar así es como padecer la modorra.—Yo llamo mala é inhumana á toda esa enseñanza del único, del lleno, del inmóvil, del saciado, y del inmutable.—¡Todo lo inmutable no es más que símbolo! Y los poetas mienten demasiado.—Pero las mejores parábolas deben hablar del tiempo y del suceder: deben ser una alabanza y una justificación de todo lo que es perecedero.—Crear es la gran emancipación del dolor y el alivio de la vida. Mas, para que exista el creador, se necesitan muchos dolores y transformaciones.—Sí, creadores: menester es que haya en vuestra vida muchas muertes amargas. Así seréis los defensores y justificadores de todo lo que es perecedero.—Para que el creador sea el hijo que renace, se necesita que quiera ser la madre con los dolores de la madre.—En verdad, mi vía ha atravesado cien almas, cien cunas y cien dolores de parto. Muchas veces me he despedido: conozco las últimas horas que desgarran el corazón.—Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. O para decíroslo

más francamente: ese destino quiere mi voluntad.—Todos mis sentimientos penan en mí y están aprisionados; pero mi querer llega siempre como libertador y mensajero de alegría.—«Querer» liberta: esa es la verdadera doctrina de la voluntad y de la libertad; así os la enseña Zaratustra.—¡No querer más, no estimar más, y no crear más! ¡Oh! ¡que ese gran desfallecimiento quede siempre lejos de mí!—En la investigación del conocimiento yo no siento tampoco más que la alegría de mi voluntad, la alegría de engendrar; y, si hay inocencia en mi conocimiento, es porque hay en él voluntad de engendrar.—Esa voluntad me ha apartado de Dios, y de los dioses. ¿Qué habría, pues, que crear, si hubiese dioses?—Pero mi ardiente voluntad de crear me impulsa siempre de nuevo hacia los hombres, del mismo modo que es impelido el martillo hacia la piedra.—¡Ay, hombres! ¡Una imagen dormita para mí en la piedra, la imagen de mis imágenes! ¡Ay! ¡y que haya de dormir en la piedra más fea y más dura!—Ahora mi martillo se desencadena cruelmente contra su prisión. La piedra se despedaza ¿qué me importa?—Quiero acabar esta imagen: porque una sombra me ha visitado. ¡La cosa más silenciosa y ligera ha venido hacia mí!—La belleza del superhombre me ha visitado como una sombra. ¡Ay, hermanos míos! ¡Qué me importan ya los dioses!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS COMPASIVOS.——«Amigos míos, á oídos de vuestro amigo han llegado palabras burlonas: «¿Acaso no veis á Zaratustra pasar por medio de nosotros como por entre animales?»—Bien que, valdría más decir: «El que desea aprender pasa por medio de los hombres lo mismo que por entre los animales.»—El que discurre y sabe, llama al hombre el animal de

mejillas encarnadas.—¿Le llamará así porque ha debido avergonzarse demasiadas veces?—¡Oh, amigos míos, oid al que piensa y sabe: «¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza! ¡esa es la historia del hombre. —Y por eso el hombre noble se impone el deber de no avergonzar: quiere tener recato de todo lo que le hace sufrir.—De veras lo digo, no me gustan los misericordiosos, los que se complacen en su piedad: están demasiado faltos de pudor.—Si he de ser compasivo, no quiero al menos que se diga que lo soy; y cuando lo soy, que sea sólo á distancia.—Me gusta también velar mi cara y huir antes de ser reconocido. ¡Amigos míos, os invito á hacer lo propio!—Que mi destino ponga siempre en mi camino aquellos que, como vosotros, no sufren, y aquellos con quienes *pueda* compartir esperanzas, comidas y miel.—En verdad, yo he hecho esto y aquello por los que sufren; pero siempre me ha parecido hacer mejor cuando aprendía á regocijarme más.—Desde que hay hombres, el hombre se ha regocijado demasiado poco: ese es, hermanos míos nuestro único pecado original.—Y cuando aprendemos mejor á regocijarnos, entonces nos olvidamos mejor de hacer mal á los demás y de inventar dolores. —Por eso me lavo la mano que ha ayudado al que sufre. Por eso aún ahora me restriego el alma.—Porque me avergüenzo de haber visto sufrir al que sufre, á causa de la vergüenza de él; y cuando acudí en su ayuda, herí duramente su orgullo.—Grandes favores no hacen á nadie agradecido, sino vengativo; y aun el corto beneficio, si no se olvida, llega á ser un gusano roedor.

«¡Sed rehacios para tomar! Y distinguid al aceptar!» Eso aconsejo á los que no tienen qué ofrecer.— Pero yo soy de los que dan: á mí me gusta dar, como amigo, á los amigos. Sin embargo, que los extraños y

los pobres cojan por sí mismos el fruto de mi árbol: eso es menos humillante para ellos.—¡Pero habría que suprimir enteramente los mendigos! A la verdad, se enoja uno por darles y se enoja uno por no darles.—¡Lo mismo pasa con los pecadores y las conciencias ulceradas! Creedme, amigos míos, los remordimientos impulsan á morder.—Pero lo peor de todo son los pensamientos mezquinos. A la verdad, vale más hacer mal que pensar ruinmente.—Cierto que vosotros decís: «El placer de las pequeñas maldades nos ahorra más de una mala acción.» Pero en eso no se debería querer eeonomizar.—La mala acción es como una úlcera: desazona, irrita y hace erupción: habla lealmente.—«Ved: soy una enfermedad»—así habla la mala acción: eso es nobleza.—Pero el pensamiento pequeño es como el fango: se arrastra, se agacha y no quiere estar en ninguna parte, hasta que las pequeñas excrecencias pudren y mustian al cuerpo entero.—Entre tanto yo digo estas palabras al oído del que está poseído del demonio: «¡Lo mejor es que dejes crecer tu demonio, pues todavía existe para ti un camino de grandeza!»

¡Ay, hermanos míos! ¡Se sabe demasiado de cada cual! Y hay quienes llegan á ser transparentes para nosotros; pero eso no basta, ni con mucho, para que podamos atravesarlos.—Es difícil vivir con los hombres, toda vez que es tan difícil guardar silencio.—Y aquel con quien somos más injustos no es el que nos es antipático, sino el que no nos va ni nos viene.—Con todo, si tienes un amigo que sufre, sé un asilo para su sufrimiento, pero en cierto modo un lecho duro, un lecho de campaña: así le serás más útil.—Y si un amigo te hace mal, dile: «Te perdono lo que me has hecho; pero que te lo hayas hecho *á ti*, eso ¿cómo podría perdonarlo yo?»—Así habla todo amor grande:

sobrepuja aun al perdón y á la piedad.—Hay que contener al corazón: porque, si se le deja libre, ¡qué de prisa se pierde la cabeza!—¡Ay! ¿Dónde se hicieron más locuras en la tierra que entre los que compadecen y qué hizo más daño en la tierra que la locura de los que compadecen?—¡Pobres de los que aman sin tener una altura que esté por cima de su piedad!—El diablo me dijo un día así: «Dios tiene también su infierno: es su amor por los hombres.»—Y últimamente le oí decir estas palabras: «Dios ha muerto; su piedad por los hombres es lo que le ha matado.»—Guardaos, pues, de la piedad: *¡por ella* viene sobre el hombre un nublado denso! ¡Conozco yo los signos del tiempo!—Retened también estas palabras: todo gran amor está aún por encima de su piedad, porque aquello que ama quiere aún... crearlo.—Yo me ofrezco á mi amor, *y á mi prójimo como á mí*—de ese modo se expresan todos los creadores.—Sin embargo, todos los creadores son duros.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS SACERDOTES.—Un día Zaratustra hizo una seña á sus discípulos y les habló así: «Ved aquí sacerdotes. Aunque sean mis enemigos, ¿pasáis por delante de ellos silenciosamente y con la espada en la vaina?—También entre ellos hay héroes; muchos han sufrido demasiado: por eso quieren hacer sufrir á los demás.—Son malos enemigos: nada hay más vengativo que su humildad. Y fácilmente se amancilla á sí propio el que los ataca.—Pero mi sangre es pariente de la suya; y yo quiero que mi sangre sea honrada aun en la suya.»

Y cuando pasaron, embargó á Zaratustra el dolor; y después de haber luchado algún tiempo con el dolor, empezó á hablar así: «Esos sacerdotes me dan lástima.

Además, me son antipáticos; pero, desde que estoy entre los hombres, eso es para mí lo de menos.—Sin embargo, me han hecho y me hacen sufrir: los veo aprisionados y marcados. El que llaman Salvador les ha puesto las cadenas.—¡Las cadenas de los valores falsos y de las palabras ilusorias! ¡Ah! ¡Que haya quien los salve de su Salvador!—Cuando el mar los arrollaba un día creyeron arribar á una isla; pero ¡resultó que era un monstruo dormido!—Falsos valores y palabras ilusorias: he ahí para los mortales los monstruos más peligrosos—en ellos dormita y espera largo tiempo el destino.—Mas al fin se despierta y devora lo que en él se albergó.—¡Oh! ¡Ved los albergues que se han construído esos sacerdotes! Llaman iglesias á sus antros de blandos olores.—¡Oh! ¡Esa luz artificial! ¡esa atmósfera pesada! ¡Aquí el alma no *puede* volar hasta su propia altura!—Porque su creencia ordena esto: «¡Vosotros, los pecadores, subid los escalones de rodillas!»—¡En verdad, prefiero ver el impúdico á esos ojos desencajados por la vergüenza y la devoción!—¿Quién, pues, se ha creado semejantes antros y semejantes escalones de penitencia? ¿No eran los que querían esconderse y á quienes ofendía el cielo puro?—Y sólo cuando el cielo puro mire de nuevo al través de las rotas bóvedas, y contemple la hierba y las rojas amapolas de los ruinosos muros, sólo entonces inclinaré mi corazón de nuevo ante las moradas de ese Dios.—Llamaron Dios á lo que les contrariaba y hacía daño; y á la verdad, ¡había en su adoración mucho heroísmo!—¡Y no supieron amar á su Dios más que crucificando al hombre!—Pensaron vivir como cadáveres; amortajaron sus cadáveres de negro; y hasta en sus palabras percibo el mal olor de las cámaras mortuorias.—Y el que habita junto á ellos habita

junto á negros estanques donde se oye cantar al sapo con dulce melancolía.—Haría falta que me entonasen mejores cantos para que yo aprendiese á creer en su Salvador; haría falta que sus discípulos tuviesen más trazas de redimidos.—Yo quisiese verlos desnudos: porque sólo la belleza debería predicar el arrepentimiento. Pero ¿á quién va á convencer esa compunción enmascarada?—Ciertamente, los mismos salvadores de esos hombres no descendían de la libertad y del séptimo cielo de la libertad. ¡No anduvieron nunca sobre las alfombras del conocimiento!—El espíritu de esos salvadores era todo huecos; pero en cada hueco habían puesto su locura, su suplefaltas, á que llamaron Dios —Su espíritu estaba anegado en piedad, y cuando se henchían de piedad, siempre sobrenadaba una gran locura.—Con ardimiento echaban á su rebaño por la senda, dando gritos: ¡como si no hubiese más que una senda que llevara al porvenir! ¡En verdad, esos pastores formaban parte también de las ovejas!—Esos pastores tenían espíritus pequeños y almas sensitivas espaciosas; pero, hermanos míos, ¡qué pequeños países fueron hasta el presente aun las almas sensitivas más espaciosas!—En el camino que seguían escribieron signos de sangre, y su locura enseñaba que con la sangre se da testimonio de la verdad.—Pero la sangre es el peor testimonio de la verdad; la sangre envenena la doctrina más pura, y la trueca en locura y en odio de los corazones.—Y cuando alguien atraviesa el fuego por su doctrina, ¡qué prueba eso! Muy otra cosa es cuando del incendio propio surge la propia doctrína.—El corazón ardiendo y la cabeza fría: cuando se juntan esas dos cosas, nace el torbellino llamado «Salvador».—En verdad, hubo nacidos mejores y más grandes que los que el pueblo llama salvadores, esos arrebatadores torbelli-

nos.—Y es menester, hermanos míos, que seáis salvados por otros más grandes aun que todos los salvadores, si queréis encontrar el camino de la libertad.—Jamás ha habido aun Superhombre. Yo he visto desnudos á todos los hombres, al más grande y al más pequeño.—Se parecen todavía demasiado unos á otros: aun el más grande era demasiado humano.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS VIRTUOSOS.——A fuerza de truenos y de fuegos artificiales celestes, hay que hablar á los sentidos flojos y adormecidos.—Pero la voz de la belleza habla bajo: no se insinúa sino en las almas más despiertas.—Hoy mi escudo se ha reído y estremecido suavemente; ¡era el estremecimiento y la risa sagrada de la belleza!—¡De vosotros, oh virtuosos, se reía mi belleza! Y su voz llegaba á mí de esta suerte: «¡Todavía quieren ser pagados!»—¡Queréis aún ser pagados, virtuosos! ¿Queréis recompensa por vuestra virtud, y el cielo en vez de la tierra, y la eternidad en vez de vuestro hoy?—¿Y ahora me tenéis ojeriza porque enseño que no hay remunerador ni pagador? Y, en verdad, ni siquiera enseño que la virtud sea recompensa de sí propia.—¡Ay! ¡Esa es mi pena! ¡Se ha introducido astutamente la recompensa y el castigo en el fondo de las cosas—y hasta en el fondo de vuestras almas, virtuosos!—Pero mi palabra, semejante al colmillo del jabalí, debe desgarrar el fondo de vuestras almas; yo quiero ser para vosotros reja de arado.—Que todos los secretos de vuestro fondo salgan á luz; y cuando os veáis expuestos al sol, escarbados y despedazados, vuestra mentira quedará separada también de vuestra verdad.—Porque esta es vuestra verdad: sois demasiado *limpios* para la mancha de las palabras venganza, castigo, recompensa,

represalías.—Amáis vuestra virtud como la madre ama á su hijo; y ¿cuándo se oyó decir que una madre quisiese ser pagada por su amor?—Vuestra virtud es lo más caro de vosotros mismos. Tenéis la sed del anillo, que se retuerce para volver sobre sí.—Y toda obra de vuestra virtud es como estrella que se apaga: su luz se halla todavía en camino y sigue viajando. ¿Cuándo dejará de estar en camino?—Así la luz de vuestra virtud se halla todavía en camino, aun después de cumplida la obra. Quede, pues, olvidada y muerta: su rayo de luz prosigue su viaje.—Que vuestra virtud sea vuestro ser mismo, y no algo extraño, una epidermis, una capa: ¡he ahí la verdad del fondo de vuestra alma, oh virtuosos!

Pero hay también algunos para quienes la virtud es un espasmo producido por las disciplinas ¡y vosotros habéis oído de sobra los gritos de esos!—Y hay otros que llaman virtud á la pereza de su vicio; y cuando alguna vez se desperezan su odio y su envidia, su «justicia» se despierta y se restriega los ojos soñolientos.—Y hay otros que se ven atraídos hacia abajo: tiran de ellos sus diablos. Pero, cuanto más se hunden, más se encienden sus ojos y más codician su Dios.—¡Ay! También el grito de esos llegó á vuestros oídos virtuosos: «¡Lo que yo *no* soy, eso, eso es para mi Dios y la virtud!»—Y hay otros que andan pesadamente y rechinando, como carros que tansportan piedras cuesta abajo: hablan mucho de dignidad y de virtud—llaman virtud á su freno.—Y hay otros que parecen relojes á que se da cuerda: producen su tictac, y quieren que el tictac se llame virtud.—A la verdad, estos me divierten: dondequiera que encuentre esos relojes, les daré cuerda con mi ironía, y no tendrán más remedio que ponerse en marcha.—Y otros se enorgullecen de su puñado de justicia, y en nom-

bre de él lo atropellan todo, en términos que el mundo se ahoga en su injusticia.—¡Qué náuseas cuando les sale de la boca la palabra virtud! Y cuando dicen: «Soy justo», suena como si dijesen: «¡Estoy vengado!»—Quieren desojar á sus enemigos con su virtud; y no se elevan sino para rebajar á los demás.—Y hay otros aún que se pudren en su pantano y que hablan entre sus cañas: «Virtud es estarse quieto en el pantano.—No mordemos á nadie y nos apartamos del que quiere morder; y en todas las cosas somos de la opinión que se nos da».—Y hay otros aún que gustan de la mímica y que piensan: «la virtud es una especie de mímica».—Sus rodillas están siempre en adoración y sus manos se juntan en loor de la virtud; pero su corazón no sabe nada de eso.—Y hay otros que creen que es virtuoso decir: «La virtud es necesaria»; pero en el fondo no creen más que una cosa: que es necesaria la policía.—Y algunos que no saben ver lo que hay de elevado en el hombre, hablan de virtud cuando ven demasiado cerca su bajeza: así llaman «virtud» á sus malos ojos.—Los unos quieren ser edificados y enderezados, y llaman á eso virtud; los otros quieren ser derribados... y también llaman á eso virtud.—Y así casi todos creen tener alguna parte en la virtud; y todos quieren, por lo menos, ser inteligentes en cuestión de «bien» y de «mal».—Pero Zaratustra no ha venido para decir á todos esos embusteros é insensatos: «¡Qué sabéis *vosotros* de la virtud! ¿Qué *podriais* saber de la virtud?»—Ha venido, amigos míos, para que os canséis de las añejas palabras que habéis aprendido de los embusteros y de los insensatos.—Para que os canséis de las palabras «recompensa», «represalías», «castigo», «venganza en la justicia».—Para que os canséis de decir que «una acción es buena, porque es desinteresada».—¡Ay; amigos

míos! Que *vuestro* propio ser esté en la acción como la madre en el hijo: ¡que esta sea *vuestra* palabra de virtud!— Verdaderamente, yo os he quitado cien palabras y los más caros juguetes de vuestra virtud; y ahora me ponéis jeta como los niños.—Jugaban cerca del mar, y ha venido la ola llevándose sus juguetes á las profundidades. Ahora lloran.—Pero la misma ola debe traerles nuevos juguetes y esparcir delante de ellos nuevas conchas de colores.—Así se consolarán; y vosotros también, amigos míos, tendréis, como ellos. vuestros consuelos—y nuevas conchas de colores».

Así hablaba Zaratustra.

DE LA CANALLA.——La vida es una fuente de alegría; pero donde quiera que la canalla va á beber, todas las fuentes están envenenadas.—Me gusta todo lo limpio; pero no puedo ver las bocazas grotescas y la sed de los impuros.—Han lanzado su mirada al fondo del pozo; ahora, desde el fondo se refleja hacia mi su odiosa sonrisa.—Han envenenado el agua santa con su concupiscencia; y, al llamar alegría á sus torpes ensueños, envenenaron hasta las palabras.—La llama se indigna cuando ponen al fuego sus corazones húmedos; el espíritu mismo hierve y humea cuando la canalla se acerca al fuego.—La fruta se pasa y se vuelve empalagosa en sus manos; su mirada es viento que seca el árbol frutal.—Y más de uno de los que se apartaron de la vida, no se apartó sino de la canalla: no quería partir con la canalla el agua, la llama y el fruto.—Y más de uno que se retiró al desierto para sufrir allí la sed con los animales salvajes, lo hizo por no sentarse junto á la cisterna en compañía de sucios camelleros.—Y más de uno que avanzaba como exterminador y como granizada por los sem-

brados, sólo quería meter el pie en la boca de la canalla para taparla èl gaznate.—Y lo que más se me atragantaba no era saber que la vida misma se halla necesitada de enemístad, de muerte y de cruces de mártires —Sino que me pregunté un día, y casi me sofocaba mi pregunta: ¿Cómo? ¿La vida tendría *necesidad* también de la canalla?—¿Las fuentes envenenadas, los fuegos pestilentes, los ensueños mancillados, los gusanos en el pan de la vida, son cosa necesaria?—¡No era el odio, sino el asco lo que devoraba mi vida! ¡Ay! ¡muchas veces ha llegado á hastiarme el ingenio, cuando veía que también la canalla era ingeniosa!—Y volví la espalda á los dominadores desde que vi lo que llaman hoy dominar: ¡Traficar y regatear en materia de poder... con la canalla!—Y permanecí entre los pueblos como extranjero, y con los oídos cerrados, á fin de que fuesen cosa extraña para mí el lenguaje de su tráfico y su regateo por el poder.—Y, apretándome las narices, atravesé con desaliento todo el ayer y el hoy: á la verdad, el ayer y el hoy apestan á populacho de pluma.—Como un inválido que se ha quedado sordo, ciego y mudo, así he vivido mucho tiempo por no vivir con la canalla del poder, de la pluma y de los placeres.—Penosamente y con cautela ha subido escalones mi espíritu; las limosnas de la alegría fueron su consuelo; la vida del ciego se deslizaba apoyada en un báculo.—¿Qué me ha pasado, pues? ¿Cómo me he curado de la aversión? ¿Quién ha rejuvenecido mis ojos? ¿Cómo me he remontado á las alturas donde ya no hay canalla sentada á orillas de las fuentes?—¿Me ha dado mi misma aversión alas y fuerzas que presentían los manantiales? ¡En verdad que he debido volar á lo más alto para volver á encontrar la fuente de la alegría!—¡Oh! ¡la he encontrado, hermanos míos! ¡Aquí, en lo

más alto, brota para mí la fuente de la alegría! ¡Y hay una vida en que se puede beber sin la canalla!—¡Fuente de la alegría, casi brotas con demasiada violencia! ¡Y á menudo vacías de nuevo la copa al querer llenarla!—Aún tengo que aprender á acercarme á ti más moderamente: afluye á tu encuentro con harta violencia mi corazón—este corazón donde arde mi estío, el breve, ardiente, melancólico y venturoso estío. ¡Como anhela tu frescura mi corazón estival!—¡Pasó la aflicción de mi primavera! ¡Pasaron los malignos copos de nieve en pleno Junio! ¡Heme convertido en estival y en tarde de verano!—Un estío en las mayores alturas, con frescos manantiales y dichosa tranquilidad. ¡Oh! ¡Venid, amigos míos! ¡que sea más dichosa aún esta tranquilidad!—Porque esta es *nuestra* altura y nuestra patria: nuestra mansión es demasiado elevada y escarpada para todos los impuros y para la sed de los impuros.—¡Lanzad, pues, vuestras puras miradas á la fuente de mi alegría, amigos míos! ¿Cómo habría de enturbiarse? Os sonreirá con *su* pureza.—Nosotros los solitarios construímos nuestro nido en el árbol del porvenir: las águilas nos traerán en sus picos el sustento.—¡Y no será ciertamente un sustento de que puedan participar los impuros! ¡Porque los impuros creerían que devoraban fuego y se abrasaban las fauces!—¡No preparamos aquí, en verdad, moradas para los impuros! ¡Nuestra ventura parecería glacial á sus cuerpos y á sus espíritus!—Y nosotros queremos vivir por cima de ellos como vientos fuertes, vecinos de las águilas, vecinos del sol: así viven los vientos fuertes.—Y, á semejanza del viento, quiero soplar entre ellos un día y cortar la respiración á su espíritu con mi espíritu: así lo quiere mi porvenir. —Zaratustra, en verdad, es un viento fuerte para todas las tierras bajas, y da este consejo á sus enem

gos y á cuantos escupen y vomitan: «¡Guardaos de escupir *contra* el viento!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS TARÁNTULAS.—¡Mira: esta es la guarida de la tarántula! ¿Quieres verla á ella misma? Aquí está su tela: tócala para que tiemble.—Hela ahí sin hacerse de rogar. ¡Bien venida, tarántula! En tu espalda negrea la marca triangular característica; y yo sé también lo que hay en tu alma.

En tu alma anida la venganza: dondequiera que picas se forma una costra negra. ¡Torbellinos de venganza levanta en el alma tu veneno!—¡Por eso os hablo en parábolas ¡oh vosotros! los que levantáis torbellinos en el alma, predicadores de la *igualdad!* ¡Vosotros sois para mí tarántulas sedientas de secretas venganzas!—Pero yo acabaré por revelar vuestros escondrijos: ¡por eso me río en vuestra cara con mi risa de las alturas!—Por eso desgarro vuestra tela: para que la cólera os haga salir de vuestro antro de mentira y para que resulte vuestra venganza detrás de vuestras palabras de «justicia».—*Que el hombre sea salvado de la venganza:* ese es para mí el puente de la esperanza superior y un arco iris tras largas tormentas.—Sin embargo, las tarántulas lo ven de otro modo. «Precisamente, cuando llenan el mundo las tempestades de nuestra venganza, es cuando decimos nosotras que hay justicia»—de esa suerte hablan ellas entre sí.—«Queremos ejercer nuestra venganza y lanzar nuestros ultrajes sobre todos los que no son semejantes á nosotras»—eso se juran á sí mismas las tarántulas.—Y añaden: «¡Voluntad de igualdad: este será en lo sucesivo el nombre de la virtud; y queremos alzar el grito contra todo lo que es poderoso!»—Sacerdotes de la igualdad: la tiránica locura

de vuestra impotencia reclama á gritos la «igualdad»; ¡detrás de las palabras de virtud se esconde vuestra más secreta concupiscencia de tiranos!—Vanidad agriada, envidia contenida—quizá la vanidad y la envidia de vuestros padre ;—de vosotras salen esas llamas y esas locuras de venganza.—Lo que el padre calló habla en el hijo; y muchas veces he visto revelado en el hijo el secreto del padre.—Se parecen á los extáticos; pero no es el corazón lo que las extasía, sino la venganza. Y si se vuelven fríos y sutiles, no es por agudeza, sino por envidia.—Los celos los llevan también al camino de los pensadores; y he aquí el signo de su emulación: siempre van demasiado lejos, tan lejos, que á la postre su fatiga tiene que dormirse en medio de la nieve.—Todas sus quejas tienen acentos de venganza; todas sus alabanzas ocultan maleficios; y á sus ojos, ser jueces es la felicidad suprema.—He aquí, sin embargo, el consejo que os doy, amigos míos: ¡desconfiad de todos los que sienten poderosamente el instinto de castigar!—Son gente de mala ralea y de mala casta: por sus ojos asoman el polizonte y el verdugo.—¡Desconfiad de todos los que hablan mucho de su justicia! No es sólo míel lo que falta á sus almas.—Y si se llaman á sí mismos «los buenos y los justos», no echéis en olvido que, para ser fariseos, no les falta más que... el poder.—Amigos míos, yo no quiero que se me mezcle y me confunda.—Hay quienes predican mi doctrina de la vida; pero son á la vez predicadores de la igualdad y tarántulas.—Esas arañas venenosas hablan á favor de la vida, á pesar de estar agazapadas en sus cavernas y alejadas de la vida: porque así quieren hacer daño. —Quieren hacer daño á los que ahora tienen el poder: porque entre éstos es aún la cosa más familiar la predicación de la muerte.—A ser de otro modo, de

otro modo enseñarían las tarántulas: porque en otro tiempo ellas fueron precisamente las que mejor supieron calumniar al mundo y quemar herejes.—Con esos predicadores de la igualdad es con los que no quiero que se me mezcle y me confunda. Porque así *me* habla la justicia: «Los hombres no son iguales». ¡No deben tampoco llegar á serlo! ¿Qué sería, pues, mi amor al Superhombre, si hablase yo de otro modo?—Por mil puentes y por mil caminos deben precipitarse hacia el porvenir, y siempre habrá que poner entre ellos más guerras y desigualdades: ¡así me hace hablar mi gran amor!—Deben hacerse inventores de imágenes y de fantasmas en sus enemistades, y, con sus imágenes y sus fantasmas, deberán reñir entre sí el mayor combate.—Bueno y malo, rico y pobre, alto y bajo, todos los nombres de valores deben ser armas y símbolos bélicos, en señal de que la vida siempre ha de superarse nuevamente á sí propia.—Ella, la vida misma, quiere elevarse á las alturas con pilares y gradas: quiere escrutar los lejanos horizontes y penetrar con sus miradas las supremas bellezas —*para eso* necesita las alturas.—¡Y, pues necesita alturas, necesita escalones y contradicción de los escalones y de los que se elevan! La vida quiere elevarse, y superarse á sí misma.—¡Y ved, amigos míos! Aquí donde está la caverna de la tarántula, se elevan las ruinas de un templo antiguo—¡mirad con ojos iluminados! —A la verdad, aquel que se inspiraba antiguamente en un edificio de piedra construído en las alturas, debió conocer el secreto de toda la vida, como el más sabio.—Que aun en la belleza haya lucha y desigualdad y guerra por el poder y la supremacía; eso nos enseña *él* aquí en el símbolo más iuminoso.—Al modo que aquí bóvedas y arcos se traban cuerpo á cuerpo en divino combate, y al modo que luz y sombra pug-

nan entre sí en divina competencia: ¡así, firmes y nobles seamos enemigos también nosotros, amigos míos! ¡Pugnemos divinamente los unos *contra* los otros!

¡Desventura! ¡A mí también me ha picado la tarántula, mi antigua enemiga! Segura de su divina belleza, me ha picado en el dedo!—«Ha de haber castigo y justicia (piensa la tarántula):» Por algo canta ella himnos en honor de la enemistad!—¡Ya está vengada! ¡Pobre de mí! ¡va á hacer girar mi alma como un torbellino de venganza!—Mas, para que *no* gire, amigos míos, atadme fuertemente á esta columna. ¡Mejor quiero ser un estilita que un torbellino de venganza! —Zaratustra no es un torbellino y una tromba; y si es bailarín, no es bailarín de tarantela.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS SABIOS CÉLEBRES.—¡Todos vosotros, sabios célebres, habéis servido al pueblo y á la superstición del pueblo, *no* á la verdad! Y por eso precisamente os han honrado.—Y por eso también se toleró vuestra incredulidad: porque era un rodeo ingenioso hacia el pueblo. No de otra suerte el amo deja hacer á sus esclavos y se entretiene con su petulancia.—Pero á quien el pueblo aborrece como los perros al lobo es al espíritu libre, al enemigo de las trabas, al que no rinde adoración y habita en los bosques.—Echarle de su escondrijo es lo que el pueblo llamó siempre el «sentido de la justicia»; y siempre azuza aún contra el espíritu libre á sus perros más feroces.—«¡Porque la verdad está donde está el pueblo! ¡Desgraciado, desgraciado del que busca!»—He aquí lo que en todo tiempo se ha repetido.—Queríais justificar la veneración de vuestro pueblo: á eso es á lo que habéis llamado «voluntad de verdad» ¡oh sabios célebres!—Y vuestro corazón se ha dicho siempre:

«Yo he salido del pueblo; de allí también me ha venido la voz de Dios.»—Sufridos y astutos, como el asno, habéis intercedido siempre por el pueblo.—Y más de un poderoso, que quería marchar bien con el pueblo, enganchó delante de sus corceles un borriquín, un sabio célebre.—Y ahora, ¡oh sabios célebres!, yo quisiera que acabarais de arrojar lejos de vosotros la piel del león.—La pintada piel de la fiera y el pelaje del explorador, del investigador y del conquistador.—¡Ay! para aprender á creer en vuestra «veracidad», necesitaría veros romper con vuestra voluntad veneradora.—Verídico llamo, por mi parte, al que se va á los desiertos sin Dios, aniquilando su corazón reverente.—En medio de la amarilla arena y abrasado por el sol, suele mirar con avidez hacia las islas, de copiosas fuentes, donde, bajo umbrosos árboles, reposa la vida.—Pero su sed no le decide á imitar á esos regalones, porque, donde hay oasis, hay también ídolos.—Hambrienta, violenta, solitaria, sin dioses: así se quiere á sí propia la voluntad-león.—Libre de los deleites de los siervos, libre de los dioses y de las adoraciones, sin espanto y espantoso, grande y solitario: tal es la voluntad del verídico.—En el desierto han vivido siempre los verídicos, los espíritus libres, como señores del desierto; pero en las ciudades habitan los sabios célebres y bien alimentados—los animales de tiro.—¡Porque tiran siempre, como burros, del carro del *pueblo!*—Yo no se lo echo en cara; pero no pasan de servidores y de seres uncidos, aunque lleven dorados arreos.—Y muchas veces han sido buenos servidores, dignos de loa. Porque así habla la virtud: «Si es forzoso que seas servidor, busca á aquel á quien sean más útiles tus servicios.—El espíritu y la virtud de tu amo deben crecer por

estar tú á su servicio: así creces tú mismo con su espíritu y su virtud.»

¡Y en verdad, sabios célebres, servidores del pueblo, os habéis crecido con el espíritu y la virtud del pueblo, y el pueblo ha crecido por vosotros! Lo digo en vuestro honor.—Pero seguís siendo pueblo, aun en vuestras virtudes, pueblo de ojos débiles—pueblo que no sabe lo que es el *espíritu.*—El espíritu es la vida que saja la vida misma: con su propio sufrimiento acrece ella su propio saber—¿lo sabíais ya?—Y la felicidad del espíritu consiste en esto: en ser ungido por las lágrimas, en ser víctima sagrada del holocausto—¿lo sabíais ya?—Y la ceguera del ciego, sus tanteos y vacilaciones darán testimonio de la potencia del sol á que miró—¿lo sabíais ya?—¡Y el que piensa y conoce debe aprender á *construir* con montañas! Que el espíritu transporte montañas es poca cosa. ¿Lo sabíais ya?—Vosotros sólo veis las chispas del espíritu; pero no qué clase de yunque es, ni á dónde llega la crueldad de su martillo.—¡En verdad vosotros no conocéis la altivez del espíritu! ¡Pero aún soportaríais menos su modestia, si la modestia del espíritu quisiese hablar!—Y jamás habéis podido arrojar aún vuestro espíritu en simas de nieve: ¡no tenéis bastante calor para eso! Ignorais también, por consecuencia, los arrobamientos de su frescura.—Pero en todas las cosas me parecéis tomaros demasiadas libertades con el espíritu; y muchas veces habéis hecho de la sabiduría un asilo y hospital de malos poetas.—Vosotros no sois águilas: por eso no habéis conocido el goce en el espanto del espíritu. El que no es ave no debe de cernerse sobre abismos.—Me parecéis tibios, y la corriente de todo conocimiento profundo es fría. Glaciales son las fuentes interiores del espíritu: un consuelo para manos y trabajadores

ardientes.—¡Vosotros, sabios célebres, permanecéis ahí, respetables y tiesos, con el espinazo erguido! No os empuja un viento fuerte y una voluntad poderosa.—¿No habéis visto nunca cruzar por el mar una vela trémula, redondeada é inchada por la impetuosidad del viento?—¡Como vela que tiembla con la impetuosidad del espíritu, cruza el mar mi sabiduría—mi selvática sabiduría.—Pero vosotros, servidores del pueblo, sabios célebres, ¿cómo *podriais* venir conmigo?»

Así hablaba Zaratustra.

EL CANTO DE LA NOCHE.—Es de noche; ahora se eleva más la voz de los surtidores. Y mi alma es también un surtidor.—Es de noche; ahora se despiertan todos los cantos de los amantes. Y mi alma es también canto de amante.—Algo hay en mí no aplacado ni aplacable, que quiere alzar la voz. Hay en mí un anhelo de amor que habla la lengua del amor.—Yo soy luz. ¡Ah! ¡si fuese noche! Pero esta es mi soledad: verme envuelto en luz.—¡Ah! ¡si yo fuese sombrío y nocturno! ¡cómo sorbería los senos de la luz!—¡Y os bendeciría también á vosotras, estrellitas que brilláis allá arriba como luciérnagas! Y sería venturoso con vuestros regalos de luz.—Pero yo vivo de mi propia luz, yo absorbo en mí mismo las llamas que de mí brotan.—Yo no conozco el placer de recibir; y frecuentemente he soñado que robar debe ser mayor deleite aún que recibir.—Mi pobreza estriba en que mi mano no descansa nunca de dar; mi envidia son los ojos que veo esperando, y las noches iluminadas de anhelo.—¡Oh miseria de todos los que dan! ¡Oh eclipse de mi sol! ¡Oh deseo de desear! ¡Oh hambre devoradora en la hartura!—Ellos toman de mí; pero ¿toco yo siquiera su alma? Entre dar y to-

mar hay un abismo; y es muy difícil salvar el más pequeño abismo.—Mi belleza es hambrienta: yo quisiera hacer daño á los que ilumino; yo quisiera saquear á los que colmo de presentes: así tengo sed de maldad.—Retirando la mano, cuando ya la mano se alarga; vacilando como la cascada que vacila aún en su caída: así tengo yo sed de maldad.—Tales venganzas medita mi plenitud; tales malicias nacen de mi soledad.—Mi gozo de dar ha muerto á fuerza de dar, mi virtud se ha cansado de sí misma por su exuberancia.—El que da siempre corre peligro de perder el pudor; al que reparte siempre, á fuerza de repartir, acaban por encallecérsele la mano y el corazón.—Mis ojos no se arrasan ya en lágrimas al ver la vergüenza de los que imploran; mi mano se ha endurecido en demasía para experimentar el temblor de las manos llenas.—¿A dónde se fueron las lágrimas de mis ojos y el plumón de mi corazón? ¡Oh soledad de todos los que dan! ¡Oh silencio de todos los que brillan!—Muchos soles gravitan en el espacio vacío; su luz habla á todo lo que es obscuro; sólo callan para mí.—¡Ay! ¡Tal es la enemistad de la luz contra lo luminoso! Despiadada sigue su camino.—Hondamente injusto contra lo luminoso, frío para con los soles, así camina todo sol.—Cual una tempestad, vuelan los soles por sus órbitas: esa es su marcha. Su voluntad inexorable siguen: esa es su frialdad.—¡Ay! ¡Sólo vosotros, obscuros y nocturnos, que sacáis vuestro calor de lo luminoso, sólo vosotros bebéis leche y bálsamo en las ubres de la luz!—¡Ah, hielo hay en torno de mí, hielo quema mis manos! ¡Una sed tengo yo que suspira por vuestra sed!—Es de noche. ¡Ay! ¡Por qué he de ser yo luz! ¡Y sed de lo nocturno! ¡Y soledad!—Es de noche: ahora, cual una fuente, brota mi anhelo—mi anhelo de hablar.—Es de noche: ahora se eleva más

la voz de los surtidores. Y mi alma es también un surtidor.—Es de noche: ahora se despiertan todos los cantos de los enamorados. Y mi alma es también un canto de enamorado.»

Así cantaba Zaratustra.

EL CANTO DE LA DANZA.——Una tarde atravesó Zaratustra el bosque con sus discípulos: y yendo en busca de una fuente, llegó á una verde pradera, rodeada de árboles y matorrales: allí estaban bailando unas jóvenes. En cuanto vieron á Zaratustra, dejaron de bailar; pero Zaratustra se acercó amistosamente y habló estas palabras: «No dejéis de bailar, encantadoras jóvenes. No es un ataja-solaces el que se acerca á vosotras, no es un enemigo de las jóvenes.—Soy el abogado de Dios ante el diablo; y el diablo es el espíritu de la gravedad. ¿Cómo, ¡oh, ligeras!, podría ser yo enemigo de las divinas danzas ó de los pies juveniles de lindos tobillos?—Cierto que soy nna selva y una noche de obscuros árboles; pero el que no tema mi obscuridad encontrará bajo mis cipreses sendas de rosas.—Sabrá encontrar también el diosecillo que prefieren las jóvenes: echado está junto á la fuente, silencioso, con los ojos cerrados.—¡Se ha dormido en pleno día, el holgazán! ¿Anduvo demasiado afanado á caza de mariposas?—No os enfadéis conmigo, hermosas bailarinas, si fustigo algo al diosecillo. Puede que él se ponga á gritar y á llorar; pero, aun llorando, se presta á risa.—Y con lágrimas en los ojos debe pediros un baile; y yo mismo acompañaré su baile con una canción.—Una canción de baile y una sátira sobre el espíritu de la gravedad, sobre mi diablo soberano y omnipotente, que dicen que es el «dueño del mundo.»—Y he aquí la canción que cantó Zaratustra

mientras danzaban Cupido y las jóvenes: «No ha mucho miré á tus ojos, ¡oh vida! ¡y me parecía caer en lo insondable!—Pero tú me sacaste con dorados anzuelos; sonreías burlonamente cuando yo te llamaba insondable.—«Así hablan todos los peces (decías); lo que *ellos* no pueden penetrar es insondable.—Pero yo no soy sino voluble y salvaje mujer en todo, y no una mujer virtuosa.—Aunque para vosotros, los hombres, sea «la profunda» ó «la fiel», «la eterna», «la misteriosa».—Pero vosotros los hombres ¡oh virtuosos! nos prestáis siempre vuestras propias virtudes.»—Así reía ella, la increíble; pero yo no la creo nunca ni á ella ni á su risa, cuando habla mal de sí propia.—Y cuando yo hablaba á solas con mi salvaje sabiduría, me dijo ella irritada: «¡Tú quieres, tú deseas, tú amas! ¡por eso sólo es por lo que *alabas* la vida!»—Me faltó poco para responder mal y decir la verdad á la irritada; y no puede uno responder peor que cuando «dice la verdad» á su sabiduria.—Porque es así para entre nosotros tres. Yo no amo profundamente más que la vida—y más aún, cuando la detesto.—Si me inclino á la sabiduría, y á menudo con exceso, es porque me recuerda bastante la vida.—Tiene sus ojos, su risa y hasta su anzuelo dorado. ¿Qué he de hacer, si se parecen tanto las dos?—Y cuando un día me preguntó la vida: «¿Pero qué es la sabiduría?» yo respondí presuroso: «¡Ay, sí! ¡la sabiduría!—Sediento está uno de ella, y no se sacia: mira uno al través de sus velos; quiere cogerla al través de su red.—¿Es hermosa? ¡Qué sé yo! Pero hasta las carpas más viejas se dejan coger por ella.—Es veleidosa y testaruda, muchas veces la he visto morderse los labios y enmarañarse el pelo con el peine.—Quizá es mala y falsa y mujer en todo; pero, cuando habla mal de sí misma, es cuando más seduce.»—Cuando dije esto á la vida, se rió ma-

lignamente y cerró los ojos. «Pero ¿de quién hablas tú? (dijo). ¿Sería por ventura de mí? Y aunque tuvieses razón, ¡decirme eso en mi misma cara! ¡Habla, pues, de tu propia sabiduría!»—¡Ay! Y entonces volviste á abrir los ojos, ¡oh amada vida! Y me parecía volver á caer en lo insondable.»

Así cantó Zaratustra. Pero cuando, acabado el baile, se alejaron las jóvenes, se quedó triste. «El sol se ha puesto hace mucho (dijo al fin). La pradera está húmeda, y llega la frescura de los bosques.—Algo desconocido hay en torno de mí, que mira pensativo. ¡Cómo! ¿Todavía vives, Zaratustra?—¿Por qué? ¿Para qué? ¿En virtud de qué? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿No es una locura vivir todavía?—¡Ay, amigos míos! La noche es quien así interroga en mí. ¡Perdonadme mi tristeza!—¡Ha cerrado la noche! ¡Perdonadme que haya cerrado la noche!»

Así hablaba Zaratustra.

EL CANTO DEL SEPULCRO.——«Allá está la isla de los sepulcros, la silenciosa; allá están también los sepulcros de mi juventud. Allí quiero llevar una corona inmarcesible de la vida.»—Habiendo decidido esto en mi corazón, atravesé el mar.—¡Oh imágenes y visiones de mi juventud! ¡Oh miradas de amor, momentos divinos! ¡Qué deprisa os desvanecísteis! Hoy pienso en vosotros como en mis muertos.—De vosotros, muertos predilectos, llega hasta mí un dulce perfume que alivia el corazón y hace correr las lágrimas. Verdaderamente agita y alivia ese perfume el corazón del que navega solitario —¡Yo soy siempre el más rico y envidiable—yo el solitario!—Porque os *he poseído* á vosotros, y vosotros me poseéis aún. Decidme: ¿para quién, como para mí, cayeron del árbol manzanas tan sonrosadas?—Yo soy siempre el he-

redero y el terreno propio de vuestro amor, donde florecen, en memoria vuestra, amados míos, silvestres virtudes de todos los colores.—¡Ay! nosotros estábamos hechos para permanecer los unos junto á los otros; y vosotras, extrañas y deliciosas maravillas, no os habéis acercado á mí y á mi deseo como tímidas aves sino confiadas en el que confía.—Sí: hechos para la fidelidad, como yo, y para la dulce eternidad. ¿Habré de llamaros ahora infieles ¡oh miradas y momentos divinos? Es que todavía no he aprendido otro nombre.—Habéis muerto, fugitivos, demasiado pronto para mí. Sin embargo, ni habéis huído de mí, ni yo he huído de vosotros: no somos culpables, unos para con otros, de nuestra infidelidad.—¡Os han estrangulado para matarme *á mí*, aves de mis esperanzas! Sí: hacia vosotros, amados míos, disparó siempre flechas la maldad, para dar en mi corazón.—¡Y ha dado! Porque vosotros habéis sido siempre lo más caro para mí, mi bien, mi posesión: *¡por eso* habéis debido morir jóvenes y demasiado pronto!—Hacia lo más vulnerable que en mí había se ha disparado la flecha: hacia vosotros, cuya piel semeja el pulmón, y mas aun la sonrisa que muere de una mirada.—Pero yo he de decir esto á mis enemigos: ¿Qué es matar á un hombre en comparación con lo que á mí me habéis hecho?—Lo que habéis hecho conmigo es peor que un asesinato: me habéis quitado lo irrestituible. ¡Así os hablo yo, enemigos míos!—¡Habéis matado las visiones de mi juventud y mis más caras maravillas! ¡Me habéis quitado mis compañeros de juego, los espíritus bienaventurados! En memoria suya deposito esta corona y esta maldición.—¡Esta maldición contra vosotros, enemigos! ¡Porque habéis acortado mi eternidad como se trunca un sonido en la fría noche! Sólo ha venido á mí la eternidad como mirada de ojos divinos, como una





ojeada!—Así me dijo un día mi pureza en hora propicia: «Para mí, todos los seres deben ser divinos.»—Entonces precipitásteis vosotros sobre mí inmundos fantasmas. ¡Ay! ¿á dónde ha huído aquella hora propicia?—«Todos los días deben ser sagrados para mí» —así me habló una vez la sabiduría de mi juventud: —¡palabras, en verdad, de una placentera sabiduría! —Pero vosotros, enemigos, me robásteis entonces mis noches para trocarlas en desvelo tormentoso. ¡Ay! ¿á dónde ha huído aquella placentera sabiduría? —En otro tiempo suspiraba yo por presagios felices, y vosotros hicísteis pasar por mi camino un monstruoso y siniestro buho. ¡Ay! ¿á dónde huyó entonces mi dulce deseo?—Un día hice voto de renunciar á toda repugnancia, y vosotros convertísteis en úlceras cuanto me rodea. ¡Ay! ¿á dónde huyeron entonces mis más nobles votos?—Como ciego recorrí yo venturosos caminos: vosotros arrojásteis inmundicias al camino del ciego, y ahora me repugna la antigua senda del ciego.—Y cuando consumé lo más árduo para mí, y celebraba el triunfo de mis esfuerzos, hicísteis clamar á los que me amaban que yo les infería el mayor daño. —Así habéis procedido siempre: me habéis acibarado mi mejor miel y la diligencia de mis mejores abejas. —Siempre habéis enviado á mi caridad los mendigos más insolentes; siempre habéis apiñado en torno de mi compasión los descocados más incurables. Así habéis herido á mis virtudes en su fe.—Y cuando yo hacía la ofrenda de lo más sagrado que poseía, vuestra «devoción» se apresuraba á añadir dones más pingües: de modo que las emanaciones de vuestra grasa ahogaban lo más sagrado que yo tenía.—Y una vez quise bailar como nunca había bailado aún: quise bailar allende todos los cielos. Entonces ganásteis á mi más querido cantor.—Y entonó su canto más lúgubre y

sombrío. ¡Ay! ¡me zumbó en los oídos como el cuerno más fúnebre!—¡Cantor mortífero, instrumento de maldad, tú el más inocente! Yo estaba dispuesto para el mejor baile, y tú con tus notas mataste mi éxtasis.—Sólo danzando sé yo decir los símbolos de las cosas más sublimes; y ahora mis miembros no han podido figurar mi más alto símbolo.—¡Inexpresada é irredenta ha quedado en mí mi más alta esperanza! ¡Y todas las visiones y todos los consuelos de mi juventud han muerto!—¿Como he podido soportarlo? ¿Cómo he podido sobreponerme á semejantes heridas? ¿Cómo ha resucitado mi alma de esas tumbas?—Está visto: algo invulnerable hay en mí, algo que no puede enterrarse y que hace saltar las peñas: se llama *mi voluntad*. Esa atraviesa los años silenciosa é inmutable.—Mi antigua voluntad quiere andar á su paso con mis pies; su sentido es duro é invulnerable.—Yo no soy invulnerable más que en el talón. ¡Ah! vives tú siempre, pacientísima, igual á ti propia! ¡Siempre has pasado por todas las tumbas!—En ti vive todavía lo no redimido de mi juventud, y viva y joven permaneces sentada ahí llena de esperanza, sobre los amarillos escombros de las tumbas.—Sí: tú eres aún para mí la destructora de todas las tumbas: ¡Salve, voluntad mía! Sólo donde hay tumbas hay resurrecciones.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA VICTORIA SOBRE SÍ MISMO. —— Llamáis «voluntad de verdad» á lo que os impulsa é inflama á vosotros, los más sabios.—Voluntad de imaginar todo lo que es: así llamo *yo* á vuestra voluntad.—Queréis *hacer* imaginable todo lo que existe: porque dudáis con justa desconfianza que ello sea ya imaginable.—¡Pero es menester que se amolde y doblegue á vosotros! Así lo quiere vuestra voluntad. Es

menester que quede pulimentado y sumiso al espíritu como su espejo y su imagen.—He ahí toda vuestra voluntad, sapientísimos, como una voluntad de poder; y eso aunque habléis del bien y del mal y de las apreciaciones de valores.—Queréis crear un mundo ante el cual podáis arrodillaros: he ahí vuestra última esperanza y vuestra última embriaguez.—Los sencillos, sin embargo, esos llamados pueblo, son semejantes al río por donde avanza una barquilla; y en la barquilla van, solemnes y enmascaradas, las apreciaciones de los valores.—Vosotros habéis puesto vuestra voluntad y vuestros valores en el río del porvenir; lo que el pueblo reputa bueno y malo me revela una antigua voluntad de poder.—Vosotros, los más sabios, sois los que habéis puesto tales huéspedes en esa barquilla; vosotros y vuestra voluntad dominante los habéis engalanado con adornos y nombres suntuosos.—Ahora el río lleva más lejos vuestra barquilla: *tiene que* llevarla. Poco importa que la rota ola espume y contradiga con cólera su quilla.—No es el río vuestro peligro y el fin de vuestro bien y de vuestro mal, sapientísimos; sino esa voluntad misma, la voluntad de poder—la voluntad vital, inagotable y creadora.—Mas, para que comprendáis mi palabra sobre el bien y el mal, os diré mi palabra sobre la vida y la condición de todo lo vivo.—Yo he seguido lo que es vivo, lo he perseguido por los caminos grandes y pequeños á fin de conocer su naturaleza.—Cuando la vida callaba, recogí su mirada en un espejo de cien facetas, á fin de que me hablasen sus ojos. Y sus ojos me han hablado.—Mas, por donde quiera que he encontrado lo que es vivo, he oído la palabra obediencia. Todo lo viviente es obediente.—Y he aquí la segunda cosa: Se manda al que no sabe obedecerse á sí propio. Tal es la condición natural de lo vivo.—He aquí lo que

oí en tercer lugar: Mandar es más difícil que obedecer. Porque el que manda lleva el peso de todos los que obedecen, y esa carga le aplasta fácilmente.—Mandar me parece un peligro y un riesgo. Por eso siempre que un vivo manda arriesga su vida.—Y cuando se manda á sí propio, tiene también que expiar su autoridad: tiene que ser juez, vengador y víctima de sus propias leyes.—¿Cómo es esto, pues? me he preguntado. ¿Qué es lo que decide á lo vivo á obedecer, á mandar y á ser obediente, aún mandando? —¡Escuchad mis palabras, sapientísimos! ¡Examinad seriamente si he penetrado en el corazón de la vida y si he descubierto sus raíces!—Donde quiera que he encontrado lo que es vivo, he encontrado la voluntad de poder; y aun en la voluntad de lo que obedece he hencontrado la voluntad de ser amo.—Que lo más débil sirva á lo más fuerte: He ahí á lo que le incita su voluntad, que quiere ser señora de lo más débil. Esa es la única alegría de que no quiere privarse.—Y como lo más pequeño se abandona á lo más grande, para que lo más grande goce de lo más pequeño y lo domine, así lo más grande se abandona aún y arriesga su vida por el poder.—He ahí el abandono de lo más grande: que haya temeridad y peligro y que se juegue la vida á un golpe de dados.—Y donde hay sacrificio y servicio y mirada de amor, hay también voluntad de ser amo. Por caminos secretos se desliza el más débil á la fortaleza y hasta el corazón del más poderoso—y allí roba el poder.—La vida misma me ha confiado este secreto: «Mira (dijo): yo soy *lo que debe superarse siempre á sí propio*.—Seguramente vosotros llamáis á eso voluntad de crear ó impulso hacia el fin, hacia lo más sublime, hacia lo más lejano, hacia lo más múltiple; pero todo eso no es más que una sola cosa y un solo secreto.—Yo prefiero des-

aparecer á renunciar á esa cosa única: y en verdad donde hay perecimiento y caída de hojas, allí se sacrifica la vida por el poder.—Que es menester que yo sea lucha y suceder y fin y contradicción de los fines. ¡Ay! El que adivina mi voluntad adivina también los caminos *tortuosos* que necesita seguir.—Sea cual fuere la cosa que yo cree y el amor que la tenga, á poco debo ser su adversario y el adversario de mi amor: así lo quiere mi voluntad.—Y tú también, investigador, no eres más que la senda y la pista de mi voluntad: ¡mi voluntad de poder sigue también las huellas de tu voluntad de verdad!—Seguramente, no ha encontrado la verdad el que hablaba de la «voluntad de existir»; no hay tal voluntad.—Porque lo que no es no puede querer. Así pues, ¿cómo lo quc existe podría aún desear la existencia?—Sólo donde hay vida hay voluntad; pero no voluntad de vida, sino como yo enseño, voluntad de poder.—Hay muchas cosas que el viviente aprecia más que la vida; pero en las apreciaciones mísmas habla la voluntad de poder.»

Esto me enseñó un día la vida; y por eso, sapientísimos, resuelvo yo el enigma de vuestro corazón. —En verdad os digo: ¡el bien y el mal imperecederos no existen! Es menester que se superen siempre de nuevo á sí mismos. —Con vuestros valores y vuestras palabras del bien y del mal, vosotros, los apreciadores del valor, ejercéis poderío: y éste es vuestro amor oculto y el esplendor, el temblor y el desbordamiento de vuestra alma.—Pero de vuestros valores surge un poder más fuerte y una nueva victoria sobre sí, que rompe los huevos y las cáscaras de huevo.— Y el que debe ser creador en el bien y en el mal, debe empezar por ser destructor y romper los valores.— Así la mayor malignidad forma parte de la mayor benignidad; pero esta benignidad es la creadora.—*Di-*

gámoslo, sapientísimos, aunque nos cueste mucho; callarse es más duro aun: todas las verdades calladas se vuelven venenosas.—¡Y que se aniquile todo lo que pueda ser aniquilado por nuestras verdades! ¡Hay aún muchas casas que edificar!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS HOMBRES SUBLIMES.——«Tranquilo es el fondo de mi mar. ¡Quién adivinaría que oculta monstruos joviales!—Inconmovible es mi profundidad pero radiante de enigmas y carcajadas.—Hoy he visto un hombre sublime, solemne, un expiador del espíritu. ¡Cómo se ha reído mi alma de su fealdad!—Sacando el pecho, como el que aspira, estaba allí silencioso el hombre sublime, engalanado con feas verdades, su botín de caza, y rico en vestidos rotos: también había en él muchas espinas—pero no vi ninguna rosa.—No conoce aún la risa y la belleza. Con semblante adusto ha vuelto ese cazador del bosque del conocimiento.—Viene de luchar con animales salvajes; pero su severa fisonomía refleja aún el animal salvaje—¡un animal no domeñado!—Ahí está siempre como un tigre que quiere dar un salto; pero no me agradan á mí esas almas tirantes; no son de mi gusto todos esos retraídos.—Y vosotros, amigos, me decís que no hay que disputar por cuestión de gustos y colores. ¡Pero toda vida es lucha por los gustos y colores!—El gusto es á la vez la pesa, la balanza y el pesador; y ¡ay de toda cosa viva que quisiese vivir sin la lucha por las pesas, las balanzas y los pesadores!—Si ese hombre sublime se hastiara de su sublimidad, entonces es cuando empezaría su belleza—y sólo entonces querría yo gustarle, sólo entonces le sacaría gusto.—Y sólo cuando se aparte de sí, saltará por encima de su sombra, y penetrará en *su* sol.—

Harto tiempo estaba sentado á la sombra; el expiador del espíritu ha visto palidecer sus mejillas; y casi le ha matado de hambre la espera.—Todavía hay desdén en sus ojos y oculta repugnancia en sus labios. Verdad es que ahora reposa, pero aun no se ha acostado al sol su reposo.—Debería hacer como el toro; y su felicidad debería trascender á tierra, y no á desprecio de la tierra.—Quisiera verle como un toro blanco que resopla y muge delante del arado; y su mugido debería cantar la alabanza de todo lo terrestre.—Su rostro es sombrío: en él se proyecta la sombra de la mano. Todavía está en la sombra su mirada. —Su misma acción no es todavía en él más que una sombra: la mano obscurece al que obra. Aun no ha superado su acto.—Me gusta ver en él el cuello del toro; pero ahora me gustaria ver también la mirada del angel.—Hace falta igualmente que olvide su voluntad de héroe: debe ser para mí un hombre elevado y no sólo sublime—¡el éter mismo debería levantarle, á ese hombre sin voluntad!—Ha vencido monstruos, ha adivinado enigmas; pero necesitaría también salvar sus monstruos y sus enigmas: necesitaría transformarlos en hijos divinos.—Su conocimiento no ha aprendido aún á sonreir y á no tener envidia: la ola de su pasión no se ha calmado aún en la belleza.—No es en la saciedad ciertamente donde debe callar y sumergirse su deseo, sino en la belleza. La gracia forma parte de la generosidad de los que piensan con elevación.—Con el brazo sobre la cabeza: así debería reposar el heroe; así debería superar su reposo.—Pero precisamente para el héroe la *belleza* es lo más difícil de todas las cosas. La belleza es inasequíble para toda voluntad violenta.—Un poco más, un poco menos, aún siendo poco es mucho, es hasta lo esencial.—Permanecer con los músculos inactivos y la vo-

luntad desembarazada es lo más difícil que hay para vosotros, hombres sublimes.—Cuando el poder se hace clemente y desciende á lo visible, á tal clemencia llamo belleza yo.—De nadie exijo la belleza tanto como de ti, que eres poderoso: sea tu bondad tu última victoria sobre ti mismo.—Te creo capaz de todas las maldades: por eso exijo de ti el bien.—¡A la verdad, me he reído á menudo de los débiles que se creen buenos porque tienen tullidas las patas!—Tú debes imitar la virtud de la columna, que va siendo más bella y más fina, pero más dura y resistente interiormente á medida que sube.—Sí, hombre sublime: un día serás bello, y presentarás el espejo á tu propia belleza.—¡Entonces se estremecerá tu alma con deseos divinos, y habrá en tu vanidad adoración!—Porque he aquí el secreto del alma: cuando el héroe la abandona, entonces es cuando se acerca en sueños el superhéroe.»

Así hablaba Zaratustra.

DEL PAÍS DE LA CIVILIZACIÓN.——Volé demasiado lejos por el porvenir, y me sobrecogí de horror.—Cuando miré en torno mío, me encontré con que el tiempo era mi único contemporáneo.—Me volví entonces, huyendo hacia atrás más deprisa cada vez: así he llegado hasta vosotros, hombres actuales; así he venido al país de la civilización.—Por primera vez os he mirado con ojos favorables y con buenos deseos: á la verdad, he venido con el corazón anhelante.—¿Y qué me ha ocurrido? A pesar del miedo que me dió... ¡tuve que echarme á reir! ¡Jamás vieron mis ojos nada tan abigarrado!—Yo reía y reía al par que me temblaban los pies y también el corazón: ¿Será este (dije) el país de todos los tarros de colores?—Con el rostro y los miembros pintarrajeados de mil

maneras: así os ofrecíais á mi asombro, hombres actuales.—Y con mil espejos á vuestro alrededor, que adulaban y repetían el juego de vuestros colores.—¡Ciertamente, no podíais llevar mejores caretas que vuestra propia cara, hombres actuales! ¿Quién podría *reconoceros?*—Pintarrajeados con los signos del pasado, recubiertos á su vez por otros signos: ¡así os habéis escondido de todos los intérpretes!—Y aunque se supiese escudriñar las entrañas, ¡quién creería que tuvieseis entrañas! Parecéis hechos de colores y de papeles pegados.—Todos los tiempos y todos los pueblos miran revueltamente al través de vuestros velos; todas las costumbres y todas las creencias hablan revueltamente al través de vuestras actitudes.—El que os quitase vuestros velos, vuestros revoques, vuestros colores y vuestras actitudes, no dejaría más que un espanta-pájaros.—En verdad, yo mismo soy el pájaro espantado, que os vió una vez desnudos y sin colores; y cuando ese esqueleto me hizo señas amorosas, huí despavorido.

¡Porque preferiría bajar á los profundos y confundirme entre las sombras del pasado!—¡Las sombras de los que fueron tienen más consistencia que vosotros!—¡La amargura de mis entrañas, hombres actuales, es que no puedo soportaros ni desnudos ni vestidos!—Todo lo que inquieta en el porvenir y todo lo que ha podido ahuyentar á un pájaro espantado inspira verdaderamente más quietud y más calma que vuestra «realidad».—Porque vosotros decís: «Somos enteramente *reales*; no tenemos creencias ni supersticiones»; así ahuecáis el buche sin tener buche siquiera.—Porque, ¿cómo sería *posible* que creyéseis vosotros, que sois tan abigarrados, vosotros que sois pinturas de lo que nunca se ha creído?—Sois una refutación andando de la fe misma, y la ruptura de todos

los pensamientos. ¡Seres *increíbles!* ¡Así os llamo *yo* á vosotros, «hombres de la realidad!»—Todas las épocas declamaron unas contra otras en vuestros espíritus; y los sueños y las declamaciones de todas las épocas eran más reales aun que vuestra vigilia.— Sois estériles: *por eso* carecéis de fe. Pero el que debía crear tenía también siempre sus ensueños de verdad y sus signos estelares, ¡y tenía fe en la fe!—Sois puertas entreabiertas en donde aguardan los sepultureros. Y he aquí *vuestra* realidad. «Todo merece desaparecer.»—¡Ah! ¿Cómo estáis ahí delante de mí, hombres estériles? ¡Qué pobreza de costillas! Y no falta entre vosotros quien lo ha echado de ver.—Esos dicen: «¿Me habría sacado algo un dios mientras yo dormía?» ¡Ciertamente, lo bastante para formar una mujer!—«¡Es prodigiosa la pobreza de mis costillas!» Así han hablado ya muchos hombres actuales.—¡De veras me hacéis reir, hombres actuales! ¡y sobre todo cuando os asombráis de vosotros mismos!—¡Pobre de mí, si no pudiese reirme de vuestro asombro y si hubiese de tragar todo lo repugnante que hay en vuestras escudillas!—Pero yo os tomo á la ligera, puesto qúe tengo *cosas pesadas* que llevar; y ¡qué me importa que se posen en mi carga insectos y moscas!— ¡La verdad es que mi carga no será más pesada por eso! No sois vosotros, contemporáneos, los que me habéis de ocasionar la gran fatiga.—¡Ay! ¿A dónde debo subir aún con mi deseo? Miro desde lo alto de todas las cumbres en busca de patrias y de tierras natales.—Pero en ninguna parte las encuentro: ando errante por todas las ciudades y salgo de todas las puertas.—Los hombres actuales, hacia quienes no ha mucho se inclinaba mi corazón, ahora son extraños para mí y provocan mi risa; y me veo expulsado de las patrias y las tierras natales.—No amo ya, pues,

más que el *país de mis hijos*, la tierra incógnita entre mares lejanos: esa es la que mi vela debe buscar incesantemente.—¡En mis hijos quiero reparar el ser hijo de mis padres; y en todo el porvenir quiero reparar *este* presente!»

Así hablaba Zaratustra.

DEL INMACULADO CONOCIMIENTO.——Al salir ayer la luna, me parecía como si quisiere dar á luz un sol: tan abultada y preñada yacía en el horizonte.—Pero mentía eon su preñez; y antes creería yo hombre á la luna que mujer.—Cierto que también es muy poco hombre ese tímido noctámbulo, ya que anda por los tejados con la conciencia turbia.—Ese monje de luna está lleno de codicia y de envidia: codicia la tierra y todas las alegrías de los que aman.—No, no me gusta ese gato de los tejados: me previenen todos los que acechan las ventanas entornadas.—Manso y callado, anda por alfombras de estrellas; pero yo aborrezco todos los pies sigilosos en que ni aun las espuelas hacen ruido.—Las pisadas del hombre leal hablan: pero el gato anda con sigilo. Ved: la luna camina deslealmente como el gato.—¡A vosotros, hipócritas remilgados, que buscáis el «conocimiento puro» ofrezco esta parábola! ¡A vosotros os llamo yo lascivos!—Vosotros amáis también la tierra y todo lo terrestre: ¡os he comprendido bien! Pero vuestro amor se avergüenza con una conciencia torturada: os parecéis á la luna.—Se ha convencido á vuestro espíritu de que debe menospreciar todo lo terreno; pero no se ha convencido á vuestras entrañas. ¡Sin embargo, *ellas* son lo más fuerte que hay en vosotros!—Y ahora vuestro espíritu se avergüenza de obedecer á vuestras entrañas, y sigue caminos escondidos y engañadores para librarse de su propia vergüenza.

«Para mí sería la cosa más alta (se dice á sí propio vuestro falso espíritu) mirar la vida sin codicia, y no como los perros con la lengua fuera.—Ser feliz en la contemplacion, con la voluntad muerta, exento de rapacidad y de apetito egoísta, frío y gris de cuerpo, pero con ojos embriagados de luna.—Para mí sería lo mejor (así se engaña á sí mismo el engañado) amar la tierra como la ama la luna y no tocar su belleza más que con los ojos.—Y he aquí lo que yo llamo el *inmaculado* conocimiento de todas las cosas: no querer de las cosas más que poder estar delante de ellas como un espejo de cien miradas.»

¡Hipócritas remilgados y lascivos! ¡Os falta la inocencia en el deseo, y por eso calumniáis al deseo!—No amáis vosotros la tierra como creadores, como generadores, gozosos de crear.—¿Dónde hay inocencia? Donde hay voluntad de engendrar. Y el que quiere crear algo por cima de sí mismo, ese tiene para mí la voluntad más pura.—¿Dónde hay belleza? Allí donde *es menester que yo quiera* con toda mi voluntad, donde yo quiero amar y desaparecer, para que una imagen no quede reducida á una pura imagen.—Amar y desaparecer: he ahí cosas aparejadas desde hace eternidades. Querer amar es también estar pronto á morir. ¡Así os hablo yo, cobardes!—¡Pero vuestra mírada ambigua y afeminada quiere ser «contemplatíva»! ¡Y para vosotros, que mancilláis los nombres nobles, lo que se puede tocar con ojos pusilánimes debe llamarse «bello»!—Pero ha de ser vuestra maldición—¡oh inmaculados que buscáis el conocimiento puro!—que no lleguéis nunca á dar á luz—por muy abultados y preñados quc aparezcáis en el horizonte.—Llenáis vuestra boca de nobles palabras, y ¿habríamos de creer que rebosa vuestro corazón, embusteros?—*Mis* palabras son palabras groseras, menospreciadas é in-

formes: á mí me gusta recoger lo que cae en vuestros festines debajo de la mesa.—¡Con mis palabras digo siempre la verdad á los hipócritas! ¡Sí: mis raspas, mis conchas y mis hojas espinosas deben cosquillearos las narices, hipócritas!—Siempre hay aire viciado alrededor de vosotros y de vuestros festines: porque en el aire flotan vuestros lascivos pensamientos, vuestras mentiras y vuestros disimulos.—¡Atreveos, pues, ante todo á tener fe en vosotros mismos—en vosotros y en vuestras entrañas!—El que no tiene fe en sí mismo miente siempre—Habéis puesto delante de vosotros la máscara de un dios, hombres «puros»: vuestra afrentosa y rastrera larva se ha escondido tras la máscara de un dios.—¡La verdad es que engañáis, «contemplativos»! Zaratustra también ha sido juguete de vuestras pieles divinas; no sospechó qué serpientes llenaban esa piel —¡En vuestros juegos creía yo ver jugar el alma de un Dios, investigadores puros! ¡Yo no conocía mejor arte que vuestros artificios!—Vuestra distancia me ocultaba inmundicias de serpiente y malos olores; y no sabía yo que por aquí rondaba, lasciva, la astucia de un lagarto.—Pero me *acerqué* á vosotros: entonces llegó á mí la luz—y ahora llega á vosotros;—¡los amores de la luna están en su declive! —¡Miradla! ¡Ahí la tenéis sorprendida y pálida ante la aurora!—Porque ya surge ardiente la aurora—*¡su* amor por la tierra se aproxima! Todo amor solar es inocencia y deseo de creador.—¡Ved qué impaciente pasa la aurora por el mar! ¿No sentís la sed y el cálido aliento de su amor?—Quiere aspirar el mar y beber sus profundidades; y el deseo del mar se eleva con mil senos.—Porque el mar *quiere* ser besado y aspirado por el sol; *quiere* tornarse aire y altura y senda de luz, y luz también.—Yo, á semejanza del

sol, amo la vida y todos los mares profundos.—Y tal es *para mí* el conocimiento: todo lo profundo debe subir á mi altura.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS DOCTOS.——Estando yo dormido, una oveja se puso á ramonear la corona de hiedra de mi cabeza, y decía comiendo: «Zaratustra no es ya un sabio.»—Diciendo así, se marchó altiva y desdeñosa. Me lo ha contado un niño.—Me gusta estar echado donde los niños juegan, junto al muro agrietado, bajo los cardos y las rojas amapolas.—Todavía soy un sabio para los niños, y también para los cardos y las rojas amapolas. Todos ellos son inocentes hasta en su maldad.—No soy ya un sabio para las ovejas: así lo quiere mi suerte. ¡Bendita sea!—Porque he aquí la verdad: yo he salido de la casa de los sabios dando un portazo.—Harto tiempo estuvo sentada á su mesa mi alma hambrienta; yo no estoy adiestrado al modo de ellos, para el conocimiento como para cascar nueces.—Amo la libertad y el aire en la tierra fresca; y aún me gusta más dormirme en pieles de bueyes que en sus honores y dignidades.—Soy demasiado ardiente y estoy demasiado consumido por mis propios pensamientos; á menudo me falta la respiración, y entonces necesito buscar el aire libre y salir de todos los cuartos empolvados.—Pero ellos están sentados muy frescos á la fresca sombra: en ninguna parte quieren ser más que espectadores, y se guardan mucho de sentarse donde el sol caldea los escalones.—A imagen de los que se plantan en la calle mirando con la boca abierta á los que pasan, así aguardan ellos con la boca abierta los pensamientos de los demás.—Si se los toca con las manos, involuntariamente levantan polvo en torno de sí, como sacos de harina; pero

¿quién sospecharía que su polvo procede del grano y de las doradas delicias de los campos de estío?— Si dan muestras de sabios, me horripilan con sus sentencitas y sus verdades: su sabiduría huele á menudo como si saliera de un pantano, é indudablemente ya he oído cantar en ella á las ranas.—Son diestros y tienen dedos sutiles: ¿qué quiere *mi* sencillez con su complejidad? Sus dedos entienden á maravilla todo lo que sea hilar, anudar y tejer; así que hacen las medias del espíritu.—Son buenos relojes—siempre que se tenga cuidado de darles cuerda.—Entonces señalan la hora sin fallar y hacen un ruído moderado.— Trabajan como molinos y morteros: ¡no hay sino echarles grano! Ellos saben ya moler bien el grano y convertirle en blanca harina.—Unos á otros se miran atentamente los dedos con desconfianza. Inventivos en malicias menudas, acechan á aquellos cuya ciencia cojea—acechan como arañas.—Siempre los he visto preparar veneno con precaución, y siempre se cubrian los dedos con guantes de cristal.—Saben jugar también con dados falsos; y los he visto jugar con tal ardimiento que estaban bañados en sudor.—Somos extraños los unos á los otros, y sus virtudes me contrarían aún más que sus falsedades y sus fullerías.— Y cuando yo andaba entre ellos, me mantenía por cima de ellos. He ahí por qué me miran de reojo — No quieren oir andar á nadie por encima de sus cabezas; por eso entre mí y sus cabezas pusieron ramamaje, tierra y basura.—Así ahogaron el ruído de mis pàsos; y hasta ahora los más doctos son los que menos me han oído.—Entre ellos y yo han puesto todas las flaquezas y todas las faltas de los hombres: «piso falso» llaman á eso en sus casas.—Pero, á pesar de todo, yo voy *por encima* de sus cabezas con mis pensamientos; y, así quisiese andar con mis propios

defectos, andaría aún por encima de ellos y de sus cabezas.—Porque los hombres *no* son iguales: así habla la justicia. ¡Y lo que quiero yo no podrían quererlo ellos!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS POETAS.—«Desde que conozco mejor el cuerpo (decía Zaratustra á uno de sus discípulos), el espíritu no es ya espíritu para mí más que hasta cierto punto; y todo lo «imperecedero» tampoco es más que símbolo».—«Ya te oído hablar así (respondió el discípulo), y añadías entonces: «Pero los poetas mienten demasiados.» ¿Por qué decías que los poetas mienten demasiado?»—¿Por qué? (dijo Zaratustra). ¿Preguntas por qué? Yo no formo parte de aquellos á quienes es lícito interrogar sobre su por qué.—¿Por ventura es de ayer lo que yo he experimentado? Hace mucho tiempo que he experimentado los fundamentos de mis opiniones.—¿No necesitaría ser un tonel de memoria para poder guardar conmigo mis razones? —Me cuesta ya demasiado guardar mis opiniones; y hay más de un pájaro que se me escapa.—Y también suele meterse en mi palomar algún bicho extraño para mi, y que tiembla cuando le echo la mano.—Sin embargo, ¿qué te decía un día Zaratustra? ¿Que los poetas mienten demasiado?—Pero también Zaratustra es un poeta.—¿Crees tú, pues, que dijese en eso la verdad? ¿Por qué lo crees?—El discípulo contestó: «Yo creo en Zaratustra». Pero Zaratustra meneó la cabeza sonriendo.—«No me salva la fe (respondió), y menos que ninguna la fe en mí mismo.—Pero, suponiendo que alguien dijera seriamente que los poetas mienten demasiado, tendría razón: *nosotros* mentimos demasiado.—Sabemos también demasiado poco y aprendemos demasiado mal; luego es forzoso que

mintamos.—¿Y quién, pues, entre nosotros los poetas, no habría adulterado su vino? Muchas mezclas envenenadas se han hecho en nuestras bodegas: se ha realizado allí lo indescriptible.—Y. por lo mismo que sabemos poco, nos enamoran los pobres de espíritu, especialmente cuando son mujeres jóvenes.—Y deseamos hasta las cosas que las viejas se cuentan por la noche. Es lo que llamamos en nosotros mísmos lo eterno femenino.—Y como si existiera un camino secreto que llevase al saber y se *sustrajese* á los que aprenden algo, así creemos en el pueblo y en su «sabiduría».—Pero todos los poetas creen que el que está tendido en la hierba ó en una pendiente solitaria, con el oído en acecho, aprende algo de lo que pasa entre el cielo y la tierra.—Y, si experimentan tiernas emociones, los poetas suponen siempre que la naturaleza misma está enamorada de ellos.—Y que se desliza á su oído para murmurar en él cosas secretas y palabras cariñosas. ¡De ello se alaban y glorían ante todos los mortales!—¡Ay! ¡Existen tantas cosas entre el cielo y la tierra que sólo los poetas han soñado!—Y sobre todo *en* el cielo: porpue todos los dioses son símbolos y artificios de poeta.—La verdad es que siempre nos sentimos atraídos hacia lo alto—es decir; hacia el reino de las nubes: allí colocamos nuestros maniquíes de mil colores y los llamamos dioses y superhombres—¡Porque todos esos dioses y superhombres son bastante ligeros para poder ocupar esos sitios!—¡Ah! ¡Qué harto estoy de todo lo deficiente que se empeña en ser un acontecimiento! ¡Ah! ¡qué harto estoy de los poetas!»

Cuando dijo esto Zaratustra, su discípulo estaba irritado contra él; pero calló. Zaratustra calló igualmente, y sus ojos se habían vuelto hacia el interior como si mirase á lo lejos. Por fin, empezó á suspirar

y á tomar aliento. «Yo soy de hoy y de antes (dijo); pero en mí hay algo qne es de mañana y de pasado mañana y del porvenir.—Estoy hastiado de los poetas, de los antiguos y de los nuevos: para mí todos son superficiales, todos son mares desecados.—No pensaron bastante profundamente; por lo mismo no sintieron hondo.—Algo de voluptuosidad y algo de tedio: á eso se han reducido sus meditaciones —Sus arpegios no me parecen más que hálito y huída de fantasmas: ¡Qué sabían ellos hasta ahora del ardor de los sonidos!—Tampoco son bastante limpios para mí: todos enturbian sus aguas para que parezcan profundas.—Les gusta hacerse pasar por conciliadores; pero, para mí, son siempre gente de términos medios y de componendas y mezcolanzas, y sucios.—¡Ay! Yo he echado mis redes en sus mares para coger buenos peces, pero siempre he sacado la cabeza de un antiguo Dios.—Así dió el mar una piedra al hambriento. Y los poetas mismos parecen venir del mar.—Ciertamente, en ellos se encuentran perlas: á eso se debe que se asemejen más aún á duros testáceos. Y en vez de alma he visto con frecuencia en su seno espuma salada.—También han aprendido del mar su vanidad: ¿no es el mar el primero de los pavos reales?—Aun delante del más feo de los búfalos, despliega su cola: nunca se cansará de su abanico de encajes, plata y seda.—El búfalo mira con ceño esas cosas, puesto como tiene el pensamiento en arenales, malezas y pantanos. —¡Qué le importa á él la belleza y el océano y las galas del pavo real! Tal es el símbolo que ofrezco á los poetas.—¡Su espíritu mismo es el rey de los pavos reales y un mar de vanidad!—El espíritu del poeta quiere espectadores, ¡así fuesen búfalos!—Por eso yo me he hastiado de ese espíritu, y veo venir un tiempo en que él mismo se hastiará de si.—Ya he vis-

to á los poetas transformarse y dirigir su mirada contra sí propios.—Ahora veo venir expiadores del espíritu, los cuales han salido de los poetas.»

Asi hablaba Zaratustra.

DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS.—Hay una isla en el mar—no lejos de las Islas Bienaventuradas de Zaratustra—donde humea de continuo un volcán. El pueblo, y sobre todo las viejas, dicen que esa isla está colocada como un peñasco delante de la puerta del infierno; pero la misma vía angosta que baja á esa puerta atraviesa la ignea montaña.—Sucedió, pues, que en la época en que Zaratustra vivía en las Islas Bienaventuradas, ancló un bajel en la isla donde se encuentra la montaña humeante, y su tripulación saltó á tierra para tirar á los conejos. Pero al medio día cuando se hallaban nuevamente reunidos el capitán y su gente, vieron de pronto un hombre que atravesaba el aire acercándose á ellos, y una voz pronunció claramente estas palabras: «¡Ya es tiempo! ¡no hay momento que perder!» Cuando más cerca estuvo la visión (pasaba muy de prisa, como una sombra, en dirección á la montaña de fuego) reconocieron azorados que era Zaratustra: porque ya le habían visto todos, excepto el capitán, y le querían, como quiere el pueblo, mezclando en partes iguales el amor y el temor. «¡Mirad! (dijo el piloto). ¡Zaratustra que va al infierno!»

Y en la misma época en que esos marineros arribaron á la isla del fuego, corrió el rumor de que había desaparecido Zaratustra; y, cuando se preguntó á sus amigos, contaron que, durante la noche, se había embarcado sin decir á dónde iba.—Hubo, por consiguiente, cierta inquietud; pero al cabo de tres días aumentó esa inquietud con el relato de los marinos, y

todo el pueblo contaba que el diablo se había llevado á Zaratustra. Verdad es que sus discípulos se reían de esos rumores, y hasta uno de ellos llegó á decir: «Yo creo más bien que Zaratustra es el que se habrá llevado al diablo.» Pero en lo íntimo de su alma todos estaban llenos de angustia y de zozobra. Grande fué, pues, su alborozo, cuando, al cabo de cinco días, apareció en medio de ellos Zaratustra.—Y he aquí el relato de la conversación de Zaratustra con el perro del fuego: «La tierra (dijo) tiene piel, y esa piel padece enfermedades. Una de ellas, por ejemplo, se llama «hombre».—Y otra se llama «perro de fuego». Acerca de él los hombres se han dicho y se han dejado decir muchas mentiras.—Para profundizar ese secreto, crucé el mar, y he visto la verdad desnuda, lo que se llama desnuda de pies á cabeza.—Ahora sé á qué atenerme sobre el perro del fuego, como sobre todos los demonios de erupciones y estragos, que atemorizan, y no sólo á las viejas.—¡Sal de tu profundidad, perro de fuego (exclamé), y confiesa cuán profunda es esa profundidad! ¿De dónde sacas lo que vomitas?—Tu bebes copiosamente del mar: eso es lo que revela la sal de tu facundia. Verdaderamente, para un perro de las profundidades, tomas demasiado alimento de la superficie.—Yo te miro á lo sumo como el ventrílocuo de la tierra; y siempre que he oído hablar á demonios de erupciones y estragos, me han parecido semejantes á ti, con tu sal, tus mentiras y tus trivialidades.—¡Vosotros sabéis mugir y obscurecer con cenizas! Sois las mejores bocazas, y habéis aprendido bastante el arte de hacer hervir fango.—Por dondequiera que vais, siempre ha de haber cerca de vosotros fango y cosas esponjosas, cavernosas y comprimidas: todo eso quiere libertad.—«¡Libertad!» es vuestro grito predilecto; pero yo he perdido la fe

en los «grandes acontecimientos», desde que hay en torno suyo muchos aullidos y mucha humareda.—¡Créeme á mí, ruido del infierno! Los acontecimientos más grandes no son los más ruidosos, sino nuestras horas más silenciosas.—El mundo gira, no alrededor de los inventores de estruendos nuevos, sino alrededor de los inventores de valores nuevos: gira *sin ruído*.—¡Y confiésalo! ¡Cuando tu ruído y tu humo se disipaban, resultaba siempre que lo que había pasado era bien poco! ¡Qué importa que se vuelva momia una ciudad y que caiga en el fango una columna!—Y añadiré estas otras palabras á los destructores de columnas. Es la mayor locura echar sal en el mar y columnas en el fango.—La columna yacía en el fango de vuestro menosprecio; pero su ley quiere que surja del menosprecio con nueva vida y belleza.—¡Ahora se alza con apariencia más divina y un sufrimiento seductor; y todavía os dará las gracias, destructores, por haberla derribado!—Pero ese es el consejo que doy á los reyes y á las iglesias y á cuanto flaquea por la edad y la virtud: ¡dejaos derribar, para que volváis á la vida y torne á vosotros la virtud!»

Así hablé delante del perro del fuego; pero él me interrumpió gruñendo y me preguntó: «¿Iglesia? ¿Y eso qué es?»

«¿Iglesia? (respondí.) Es una especie de Estado, y la especie más falaz. ¡Pero cállate, perro hipócrita: conoces ya tu ralea mejor que nadie!—El Estado es un perro hipócrita como tú; como á tí le gusta hablar humeando y aullando, para hacer creer, como tú, que habla saliendo de las entrañas de las cosas.—Porque el Estado se empeña en ser la bestia más importante de la tierra; y se le cree también.»

Cuando dije esto último, el perro del fuego pareció loco de celos. «¡Cómo! (exclamó). ¿La bestia más

importante de la tierra? ¿Y se le cree?» Y salieron de su gaznate tantos vapores y voces tan terribles que yo creí que se iba á ahogar de cólera y de envidia.—Por fin, empezó á callar y disminuyeron sus hipos: pero, en cuanto calló, dije yo riendo: «¡Te encolerizas, perro de fuego! ¡Luego es que tengo razón sobre tí!—Y para que yo conserve la razón, óyeme hablar de otro perro de fuego: éste habla realmente desde el corazón de la tierra.—Su hálito es de oro y una lluvia de oro: así lo quiere su corazón. Las cenizas y el humo y la espuma caliente, ¿qué son para él?—Una risa vuela de su seno como nube coloreada: ¡es enemigo de tus gorgoteos, de tus escupitajos, de la rabia de tus entrañas!—Pero el oro y la risa los saca del corazón de la tierra—porque, para que tú lo sepas, *¡el corazón de la tierra es de oro!*»

Al oir esto el perro de fuego, no pudo escucharme más. Vergonzosamente, metió el rabo entre piernas, y arrastrándose hacia su guarida, iba diciendo confuso: «¡Guau, guau!»

Así contaba Zaratustra. Pero sus discípulos apenas le escuchaban: tantas ganas tenían de hablarle de los marineros, de los conejos y del hombre volador. «¿Qué he de pensar yo de eso? (dijo Zaratustra). ¿Soy por ventura un fantasma?—Eso debió ser mi sombra. ¿Habéis oído ya hablar del viajero y de su sombra?—Lo seguro es que debo atarla más corto, ó volverá á perjudicar á mi reputación.»

Y Zaratustra tornó á mover la cabeza con asombro:» ¿Qué debo pensar de eso?—repitió.—¿Por qué gritó el fantasma?: «¡Ya es tiempo! ¡No hay momento que perder!—Pero *¿para qué* es ya tiempo?»

Así hablaba Zaratustra.

EL ADIVINO.——«... y vi á los hombres sumirse

en una gran tristeza. Los mejores se cansaron de sus obras.—Se proclamó una doctrina, y circuló con ella una creencia: «¡Todo es vacío, todo es igual, todo pasó!»—Y el eco de los cerros respondía: «¡Todo es vacío, todo es igual, todo pasó!»—Verdad es que hemos cosechado; pero ¿por qué se han podrido y ennegrecido nuestros frutos? ¿Qué es lo que ha caído la última noche de la mala luna?—Nuestro trabajo ha sido inútil; nuestro vino se ha vuelto veneno; las maldiciones han amarilleado nuestros campos y nuestros corazones.—Nos hemos secado todos; y, si cae fuego sobre nosotros, volarán hechas polvo nuestras cenizas, puesto que hemos fatigado al mismo fuego.—Todas las fuentes se han secado para nosotros, y se ha retirado el mar. ¡Todos los suelos quieren abrirse, pero los abismos no quieren tragarnos!—«¡Oh! ¿Dónde hay aún un mar en que pueda uno ahogarse?»—Así retumba nuestra queja cruzando los pantanos.—A la verdad nos hemos fatigado ya demasiado para morir; ¡ahora seguimos viviendo despiertos en bóvedas funerarias!»

Así oyó Zaratustra hablar á un adivino; y su predicción le llegó al alma derechamente y le transformó. Erró triste y fatigado, y se hizo semejante á aquellos de quienes había hablado el adivino: «En verdad (dijo á sus discípulos), poco falta para que venga ese largo crepúsculo. ¡Ay! ¡Cómo haré para atravesarle salvando mi luz!—¡Cómo haré para que mi luz no se ahogue en esa tristeza! ¡Debe ser todavía la luz de mundos lejanos é iluminar las noches más lejanas!»

Así, preocupado hondamente, empezó á vagar Zaratustra de una á otra parte; y durante tres días no tomó alimento ni bebida, no tuvo descanso y perdió la palabra. Al fin acabó por caer en un profundo sueño. Pero sus discípulos pasaban largas vigilias, sentados en torno de él, y aguardaban intranquilos á ver si des-

pertaba y volvía á hablar y se curaba de su tristeza. —Pero he aquí el discurso que les dirigió Zaratustra al despertarse, aunque su voz les parecía venir de lejos: «¡Escuchad el sueño que he tenido, amigos míos, y ayudadme á adivinar su significación!—Para mí, todavía es un enigma ese sueño; su sentido permanece oculto en él y velado; no vuela aún libremente por encima de él.—Yo había renunciado á toda vida: tal soñaba. Me había convertido en vigilante nocturno y guardián de las tumbas, allá en la montaña solitaria del alcázar de la Muerte.—Allá arriba guardaba yo sus ataúdes: llenas estaban las bóvedas sombrías de tales trofeos de sus victorias. Al través de los féretros de cristal, me miraban las vidas vencidas.—Yo respiraba el olor de eternidades reducidas á polvo: mi alma yacía sofocada y polvorienta. ¿Y quién hubiese podido crear allá su alma?—Rodeábame la claridad de la noche: á su lado se acurrucaba la soledad, y un sepulcral silencio agónico, el peor de mis amigos.—Yo llevaba mis llaves, las llaves más herrumbrosas que han podido verse; y sabía abrir con ellas las puertas más rechinantes.—Como gritos roncos de cólera corrían los sonidos por largas galerías, cuando se abrían las alas de la puerta: el ave daba gritos siniestros; no quería ser despertada.—Pero aún era más espantoso, y más se me oprimía el corazón, cuando todo callaba nuevamente, y yo volvía á verme solo en medio de aquel pérfido silencio.—Así pasó el tiempo, lentamente, si es que aún podía hablarse de tiempo: ¡qué sé yo! Pero al fin ocurrió lo que vino á despertarme.—Tres golpes sonaron en la puerta como truenos; las bóvedas retumbaron y aullaron tres veces seguidas; yo me acerqué á la puerta.—¡Alpa! (exclamé). ¿Quien lleva su ceniza hacia la montaña?—Y apretaba la llave, y empujaba la puerta y forcejeaba. ¡Pero la puerta no

cedía un dedo!—En esto el huracán la separó las alas con violencia; y, en medio de silbidos y de gritos agudos que cortaban el aire, me arrojó un negro ataúd.—Y silbando y rugiendo, el ataúd se rompió y escupió mil carcajadas.—Mil muecas de niños, de ángeles, de buhos, de locos y de mariposas tamañas como niños se reían y burlaban de mí.—Yo tenía un susto horrible; caí al suelo, y grité de pavor como jamás había gritado.—Pero mi propio grito me despertó, y volví en mí.»

Así contó su sueño Zaratustra; después calló: porque no conocía aún la significación de su sueño. Pero el discípulo á quien más quería se levantó inmediatamente, le cogió de la mano y dijo: «¡Tu vida misma nos explica este sueño, Zaratustra.—¿No eres tú mismo el viento de silbidos agudos que arranca las puertas del alcázar de la Muerte?—¿No eres tú mismo el ataúd atestado de malignidades y de angélicas muecas de la vida?—En verdad, como mil carcajadas de niños llega Zaratustra á todas las cámaras mortuorias, riéndose de todos esos vigilantes nocturnos y de todos esos guardianes de las tumbas, que agitan sus llaves con siniestro soniqueo.—Tú los espantarás y los derribarás con tu risa; el síncope y el despertar probarán tu poder sobre ellos.—¡Y aun cuando llegue el largo crepúsculo y la mortal lasitud, tú no desaparecerás de nuestro cielo, patrocinador de la vida!—Tú nos has hecho ver nuevas estrellas y nuevos esplendores nocturnos; tú has extendido sobre nosotros la risa misma como un toldo ricamente matizado.—Ahora brotarán siempre de los féretros risas infantiles; ahora vendrá siempre victorioso de todos los desfallecimientos mortales un viento potente: ¡De ello eres tú fiador y adivino!—En verdad, *has soñado con ellos*—con tus enemigos;—ha sido tu sueño más penoso.—Pero, así co-

mo tú te has despertado de ellos y has vuelto en ti mismo, así deben ellos despertarse de sí propios... y venir á ti.»

De esa suerte habló el discípulo; y todos los demás se apiñaban alrededor de Zaratustra, y le cogían las manos, y querían inducirle á dejar su lecho y su tristeza para volver á ellos. Pero Zaratustra seguía incorporado en su lecho, con una mirada extraña. Como el que vuelve de una larga ausencia, contempló á sus discípulos é interrogó sus semblantes: y no les reconocía aún. Pero, cuando le levantaron y le pusieron en pie, se transformaron sus ojos de repente; comprendió todo lo que había sucedido, y, acariciándose la barba, dijo con voz firme: «¡Vaya! todo eso vendrá á su tiempo; pero ahora, discípulos míos, procurad que tengamos una buena comida, y al instante. ¡Así pienso hacer penitencia por mis malos sueños!— Pero el adivino debe comer y beber á mi lado; y yo le enseñaré un mar donde pueda ahogarse.»

Así habló Zaratustra. Después miró de lleno largo rato al discípulo que le había explicado el sueño, y meneó la cabeza.

DE LA REDENCIÓN.—Un día que Zaratustra pasaba por el gran puente, le rodearon los lisiados y los mendigos, y un jorobado le habló así: «¡Mira, Zaratustra! También el pueblo aprende de ti y empieza á creer en tu doctrina; mas, para que te crea del todo, aún falta una cosa: necesitas convencernos también à nosotros los lisiados. ¡Aquí tienes bien donde elegir y una bonita ocasión para ensayarte en más de una cabeza! Puedes curar ciegos, hacer andar á cojos y aliviar un poco al que lleva á la espalda una carga demasiado pesada. Ese, á mi ver, sería el mejor modo de hacer que los lisiados crean en Zaratustra.»

Pero Zaratustra respondió asi al que acababa de hablar: «Si al jorobado se le quita la joroba, se le quita á la par su espíritu—así enseña el pueblo.—Y si al ciego se le devuelven los ojos, ve en la tierra demasiadas cosas malas; de manera que maldice al que le ha curado. Pero el que hace correr al cojo le hace el mayor de los males: porque, apenas puede correr, se desbocan en él sus vicios.—He aquí lo que enseña el pueblo sobre los lisiados. ¿Y por qué Zaratustra no aprendería del pueblo lo que el pueblo ha aprendido de Zaratustra?—Desde que habito entre los hombres, lo de menos para mí es ver: «Que á este le falta un ojo, á aquel un oído, á un tercero la pierna, y que hay otros que han perdido la lengua ó la nariz ó la cabeza.»—Yo veo y he visto cosas peores, y las hay tan espantosas que no quisiese hablar de todas ellas ni tampoco guardar silencio sobre alguna, á saber: hombres que carecen de todo, sin perjuicio de tener algo en exceso—hombres que no son nada más que un gran ojo ó una gran boca ó un gran vientre ó cualquier otra cosa grande. Yo los llamo lisiados al revés. —Y cuándo, al venir de mi soledad, atravesaba por vez primera este puente, no dí crédito á mis ojos, no cesé de mirar y acabé por decir: «¡Esto es una oreja! ¡Una oreja tamaña como un hombre!» Miraba más de cerca, y, á la verdad, detrás de la oreja se movía aún algo tan pequeño, pobre y débil, que daba compasión. Y efectivamente: la monstruosa oreja descansaba en un tenue cabillo—¡y ese cabillo era un hombre!—Mirando al través de un anteojo; se podía aun reconocer una carita envidiosa, y tàmbién una almita hinchada que se agitaba en el remate del cabillo. Con todo, el pueblo me decía que la oreja grande era, no sólo un hombre, sino un gran hombre, un genio. Pero yo nunca he creído al pueblo cuando hablaba de grandes

hombres, y sostengo mi idea de que era un lisiado al revés que tenía demasiado poco de todo y una cosa en demasía.»

Luego que Zaratustra habló así al jiboso y á aquellos de quienes era intérprete y representante, se volvió á sus discípulos con profundo descontento y les dijo: «¡En verdad, amigos míos, que ando entre los hombres como entre fragmentos y miembros de hombres!—Es para mis ojos lo más horrible verlos destrozados y esparcidos como en campo de batalla y de matanza —Y, si mis ojos huyen del presente al pasado, siempre encuentran lo mismo: fragmentos, miembros y casos espantosos... ¡pero no hombres!—El presente y el pasado sobre la tierra... ¡ay, amigos míos! he ahí *para mí* lo más insoportable; y yo no viviría, si no fuese un visionario de lo que debe venir.—Un vidente, un voluntarioso, un creador, un porvenir y un puente hacia el porvenir—y también ¡ay! hasta cierto punto, un lisiado en medio de ese puente:—todo eso es Zaratustra.—Y vosotros también os preguntáis á menudo: «¿Quién es para nosotros Zaratustra? ¿Cúmo podemos nombrarle?» y á semejanza de mí, disteis vuestras preguntas por respuestas.—¿Es el que promete ó el que cumple? ¿Un conquistador ó un heredero? ¿El otoño ó la reja de un arado? ¿Un médico ó un convaleciente? ¿Es poeta ó dice la verdad? ¿Es libertador ó dominador? ¿Bueno ó malo?—Yo ando entre los hombres como entre los fragmentos del porvenir: de ese porvenir que penetran mis miradas.—Y todos mis pensamientos y mis esfuerzos tienden á condensar y unir en una sola cosa lo que es fragmento y enigma y espantoso azar.—¡Y cómo soportaría yo ser hombre, si el hombre no fuese también poeta, adivino de enigmas y redentor del azar! —Redimir á los pasados y transformar todo «fué» en



un «así lo quise yo»—solo eso es redención para mí. —¡Voluntad!—así se llama al libertador y el mensajero de alegría: he ahí lo que yo os enseño, amigos míos. Pero aprended esto también: la voluntad misma es todavía un cautivo.—El querer liberta; pero ¿cómo se llama lo que encadena al mismo libertador?— «Eso fué»: así se llama el rechinar de dientes y la más solitaria aflicción de la voluntad. Impotente contra lo hecho, la voluntad es para todo lo pasado un malévolo espectador.—La voluntad no puede querer hacia atrás; no poder aniquilar el tiempo y el deseo del tiempo es su más solitaria aflicción.—El querer liberta: ¿qué imagína el querer mismo para librarse de su aflicción y burlarse de su calabozo?—¡Ay! ¡Todo preso se vuelve loco! Locamente se liberta también la voluntad cautiva.—Que el tiempo no retroceda, esa es su rabia concentrada; «lo que fué»—así se llama la piedra que no puede remover la voluntad.—Y por eso, por rabia y por despecho, remueve piedras y se venga del que no siente, como ella, rabia y despecho. —Así la voluntad, la liberadora, se ha vuelto maléfica; y se venga, en todo lo que es capaz de sufrir, de no poder volver ella hacia atrás.—Eso, y no más que eso, es la *venganza* misma: la repulsión de la voluntad contra el tiempo y su «fué».—Realmente alienta una gran locura en nuestra voluntad; y ha venido á ser maldición de todo lo humano el que esa locura haya aprendido á tener espíritu.—*El espíritu de la venganza:* amigos míos, tal fué hasta el presente la mejor reflexión de los hombres; y *donde quiera* que hubo dolor, debió siempre haber castigo.—«Castigo»: así se llama á sí propia la venganza: con una palabra engañadora se finge una limpia conciencia.—Y como en el que quiere hay sufrimiento, puesto que no cabe

querer hacia atrás, ¡la voluntad misma y toda vida debían ser castigo!—Y así se ha acumulado en el espíritu una nube tras otra, hasta que la locura proclamó: «¡Todo pasa; por consiguiente, todo merece pasar!—Y aquella ley que dice que el tiempo debe devorar á sus propios hijos, esa ley es la justicia misma»: asi ha proclamado la locura.—«El orden moral de las cosas descansa en el derecho y el castigo. ¡Ay! ¿Cómo librarse de la corriente de las cosas y del castigo de la «existencia?» Así ha proclamado la locura. —«¿Puede haber redención, si hay un derecho eterno? ¡Ay! ¡No se puede remover la piedra del pasado: menester es también que todos los castigos sean eternos!» Así ha proclamado la locura.—«Ningún hecho puede ser destruído: ¡cómo podría ser deshecho por el castigo! Y he aquí, he aquí lo que hay de eterno en el castigo de la existencia: que la existencia debe ser una vez y otra vez, eternamente, acción y dèuda. —A menos que la voluntad acabe por libertarse á sí misma, y que el querer se trueque en no querer», ¡pero, hermanos míos, vosotros conocéis estas canciones de la locura!—Yo os alejé de ellas cuando os dije: «La voluntad es un creador».—Todo «fué» es fragmento y enigma y espantoso azar, hasta que la voluntad creadora añade: «¡Pero así lo quería yo!»—Hasta que la voluntad creadora añade: «¡Pero así lo quería yo! Así lo querré».—Mas, ¿ha hablado ya así? ¿Y cuándo sucederá eso? ¿Se ha librado ya la voluntad de su propia locura?— ¿Se ha hecho ya la voluntad para sí misma redentora y mensajera de alegría? ¿Ha olvidado el espíritu de venganza y todos los rechinamientos de dientes?—¿Y quién, pues, le ha enseñado la reconciliación con el tiempo y algo más alto que toda reconciliación?—Algo más alto que toda reconciliación hace falta que quiera la voluntad que es

voluntad de poder; mas ¿cómo? ¿quién la enseñará aun á «retroquerer?»

Pero en este punto de su discurso Zaratustra se detuvo de repente como sobrecogido de terror. Contempló á sus discípulos con ojos espantados; su mirada penetraba como con flechas sus pensamientos y el fondo de sus pensamientos. Pero al cabo de un rato volvio ya á reir y dijo con calma: «Es difícil vivir entre los hombres, porque ¡es tan difícil callarse! ¡Sobre todo para un hablador!»

Así dijo Zaratustra. Pero el jiboso había escuehado la conversación tapándose la cara. Cuando oyó reir á Zaratustra alzó los ojos con curiosidad y dijo lentamente: «¿Por qué nos habla Zaratustra de otro modo que á sus discípulos?»—Zaratustra respondió: «¿Qué tiene de extraño? ¡Con seres contrahechos bien se puede hablar de una manera contrahecha!»—«¡Sí! (dijo el jiboso). Y con escolares bien se puede hacer el dómine.—Pero ¿por qué Zaratustra habla á sus discípulos de otro modo que á sí propio?»

DE LA CORDURA HUMANA.——No es la altura lo terrible; ¡lo terrible es la pendiente!—La pendiente desde donde la mirada se precipita *á lo hondo* y la mano se extiende *hacia la cumbre*. Allí es donde se apodera del corazón el vértigo de su doble voluntad.—¡Ay, amigos míos! ¿Adivináis vosotros la doble voluntad de mi corazón?—Ved, ved cuál es *mi* pendiente y mi peligro: ¡mi mirada se precipita hacia la cumbre, mientras mi mano quisiera afianzarse y sostenerse... en el abismo!—Al hombre se aferra mi voluntad, al hombre me ato con cadenas, mientras me atrae hacia lo alto el Superhombre: porque allá quiere ir mi otra voluntad.—Y *por eso* vivo ciego entre los hombres, como si no los conociese: para que mi mano

no pierda enteramente su fe en las cosas sólidas.—No os conozco á vosotros, hombres: esa es la obscuridad y el consuelo que á menudo me envuelve.—Yo me siento al paso de todos los pícaros, y pregunto: ¿Quién quiere engañarme?—Mi primera cordura humana es dejarme engañar para no verme obligado á estar en guardia contra los engañadores.—¡Ay! Si yo estuviese en guardia ante el hombre, ¡cómo podría ser el hombre un áncora para mi globo! ¡Fácilmente me vería arrastrado á lo alto y á lo lejos!—No precaverme: tal es la providencia que preside á mi destino.—Y el que no quiera morir de sed entre los hombres debe aprender á beber en todos los vasos; y el que quiera permanecer puro entre los hombres debe aprender á lavarse con agua sucia.—Y he aquí lo que me he dicho muchas veces á guisa de consuelo: «¡Vamos, querido corazón! Te marró un infortunio: ¡huélgate de ello como de una dicha!»—Pero he aquí mi otra cordura humana: yo trato con más miramiento á los *vanidosos* que á los orgullosos.—La vanidad herida, ¿no es madre de todas las tragedias? Pero donde es herido el orgullo, crece algo mejor que él.—Si ha de recrear el espectáculo de la vida, es menester que sea bien representado; mas, para eso, se necesitan buenos actores. —Todos los vanidosos me han parecido buenos actores: representan y quieren que se disfrute en verlos: todo su espíritu está en esa voluntad.—Ellos se ponen en escena, se inventan; á su lado gozo yo en la contemplación de la vida: así se cura la melancolía.—Por eso soy deferente con los vanidosos: porque son los médicos de mi melancolía y me apegan al hombre como á un espectáculo.—Y luego ¡quién mide en toda su profundidad la modestia del vanidoso! Yo le quiero bien y le tengo lástima por su modestia.—De vosotros quiere aprender su fe en sí mismo; de vuestras

miradas se alimenta; de vuestras manos recoge el elogio.—Cree hasta en vuestras mentiras; si mentís bien acerca de él—porque en el fondo de su corazón suspira: «¿Qué soy *yo?*»—Y si la verdadera virtud es la que no sabe nada de sí misma, ¡el vanidoso no sabe nada de su modestia!—Pero he aquí mi tercera cordura humana: yo no quiero privarme de la vista de los *malos* por una timidez como la vuestra.—Yo disfruto viendo los portentos que hace brotar el ardiente sol: tigres y palmeras y culebras de cascabel.—También se ven entre los hombres hermosas crías del ardiente sol, y muchas cosas maravillosas entre los malos.—Verdad es que, así como los más juiciosos de entre vosotros no me lo parecen completamente, así también la maldad de los hombres me ha parecido inferior á su reputación.—Y muchas veces me he preguntado agitando la cabeza: ¿por qué sonáis todavía, culebras de cascabel?—¡Aun para el mal hay un porvenir! Y todavía no se ha descubierto para el hombre el Mediodía más ardiente.—¡Cuántas cosas hay que empiezan ya ha ser llamadas las peores de las maldades, y que, sin embargo, no tienen más que doce pies de anchas y tres meses de largas! Pero un día vendrán al mundo dragones mayores.—¡Porque, para que el Superhombre tenga su dragón, el superdragón digno de él, hacen falta muchos soles ardientes que caldeen las húmedas selvas vírgenes!—Es menester que vuestros gatos monteses se hayan trocado en tigres y vuestros sapos venenosos en cocodrilos: ¡porque el buen cazador debe tener una buena caza!—¡Y la verdad, justos y buenos! Hay en vosotros muchas cosas que se prestan á risa, especialmente vuestro temor al que hasta ahora se ha llamado «demonio!»—¡Vuestra alma está tan lejos de lo que es grande que el Superhombre os *espantaría* con su bondad!—Y vosotros,

¡sabios é ilustrados, huiríais ante el ardor solar de la sabiduría, en que, gozoso, baña su desnudez al Superhombre!—¡Hombres superiores con que ha tropezado mi mirada! He aquí mi duda sobre vosotros y mi risa secreta. ¡Adivino que llamaríais... diablo á mi Superhombre!—¡Ay! me he hastiado de esos superiores y mejores: anhelo subir y alejarme, alejarme cada vez más de su altura, con rumbo al Superhombre.—Me dió un escalofrío cuando ví desnudos á los mejores de ellos, y entonces me salieron alas para cernerme en remotos porvenires.—¡En porvenires más remotos, en mediodías más meridionales que los que pudo soñar jamás la fantasía, allá, donde los dioses se avergüenzan de todo vestido!—Pero á *vosotros*, hermanos y prójimos míos, quiero veros disfrazados y bien adornados, y vanidosos, y dignos, como «los buenos y los justos».—Y disfrazado quiero estar yo también entre vosotros, para *desconoceros* y desconocerme á mí mismo: porque esta es mi última cordura humana.»

Así hablaba Zaratustra.

LA HORA SILENCIOSA.——¿Qué me ha pasado, amigos míos? Me veis confuso, hostigado, obedeciendo á mi pesar, dispuesto á marcharme... ¡ay! ¡A marcharme lejos de *vosotros!*—Sí: es preciso que Zaratustra vuelva otra vez á su soledad; pero esta vez el oso vuelve sin alegría á su caverna.—¿Qué me ha pasado? ¿Qué me obliga á esto? ¡Ay! Mi *dueña* irritada lo quiere así: me ha hablado. ¿Os he dicho alguna vez su nombre?—Ayer, hacia la noche, me habló *mi hora más silenciosa:* tal es el nombre de mi terrible dueña.—Y ved lo que pasó—porque tengo que decíroslo todo, para que vuestro corazón no endurezca contra el que se va precipitadame

¿Conocéis el terror del que se adormece?—Tiembla de pies á cabeza, porque acaba de faltarle el suelo y principia á soñar.—Os digo esto en parábola. Ayer, á la hora más silenciosa, el suelo me faltó: dió principio el ensueño.—Avanzaba el minutero; el reloj de mi vida respiraba..., jamás oí tal silencio en torno mío: mi corazón se estremecía de espanto.—En esto me dijeron sin voz: *«¡Tú lo sabes, Zaratustra!»*—Y yo gritaba de terror al oir esos cuchicheos, y la sangre huía de mi rostro; pero callé.—Entonces volvieron á decirme sin voz: «¡Tú lo sabes, Zaratustra, pero no lo dices!»—Y respondí al fin como un testarudo: «¡Sí: lo sé, pero no quiero decirlo!»—Entonces volvieron á decirme sin voz: «¿No *quieres*, Zaratustra? ¿Es de veras? ¡No te parapetes tras tu terquedad!»—Yo lloraba, temblaba como un niño, y dije: «¡Ay! Bien quisiera; pero ¿cómo he de poder? ¡Dispénsame de eso! ¡Es cosa superior á mis fuerzas!»—Entonces volvieron á decirme sin voz: ¿Qué importas tú, Zaratustra? ¡Dí tu palabra y sucumbe!»—Y respondí: «¡Ay! *¿mi* palabra? ¿Quién soy *yo?* Espero uno más digno; yo no soy digno siquiera de sucumbir.—Entonces volvieron á decirme sin voz: «¿Qué importas tú? Tú no eres aún bastante humilde para mí; la humildad tiene la piel más dura.»—Y yo respondí: «¡Qué no ha llevado ya la piel de mi humildad! Yo habito á los pies de mi altura: ¿hasta dónde se elevan mis cimas? Nadie me lo ha dicho aún. Pero yo conozco bien mis valles.»—Entonces volvieron á decirme sin voz: «¡Oh Zaratustra!, quien tiene que transportar montañas, transporta también valles y hondonadas.»—Y yo respondí: «Mi palabra no ha transportado aún montañas, y lo que yo he dicho no ha llegado á los hombres. Es verdad que he andado tras los hombres, pero no los he alcanzado aún.»—Entonces volvieron á decirme

sin voz: «¿Qué sabes tú *de eso?* El rocío cae sobre la hierba en el momento más silencioso de la noche.» —Y yo contesté: «Se han burlado de mí cuando he descubierto y seguido mi propia vía. Los pies me temblaban y ellos me dijeron: «¡Olvidaste el camino, y ahora has olvidado hasta el andar!»—Entonces volvieron á decirme sin voz: «¿Qué importan sus burlas? Tú eres uno que ha olvidado obedecer: ahora debes mandar.—¿No sabes tú de quién tienen todos más necesidad? Del que ordena las grandes cosas.—Realizar grandes cosas es difícil; pero lo más difícil aún es ordenar grandes cosas.—Lo más imperdonable en tí es que tienes el poder y no quieres reinar.»—Y yo respondí: «Me falta la voz del león para mandar.»—Entonces volvieron á decirme como murmurando: «Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Los pensamientos que vienen con pies de paloma son los que dirigen el mundo.—Zaratustra, es preciso que marches como una sombra de lo que ha de venir: así mandarás, y, mandando, irás delante.»—Y yo respondí: «Me da vergüenza.»—Entonces volvieron á decirme sin voz: «Es necesario que te vuelvas niño y deseches la vergüenza.—Tienes todavía el orgullo de la juventud; te has hecho joven muy tarde; pero el que quiere hacerse niño debe también vencer su juventud.»—Y yo reflexioné mucho temblando. Pero al fin repetí lo primero que había dicho: «¡No quiero!»—Entonces se oyó una risa alrededor de mí. ¡Desgraciado! ¡Cómo me desgarraba las entrañas aquella risa, y cómo me partía el corazón!—Y por última vez me dijeron: ¡Zaratustra, tus frutos están maduros, pero tú no estás maduro para tus frutos!—Necesitas volver á la soledad, porque necesitas ponerte más tierno.»—Y se oyó otra risa que huía; luego quedó todo en calma, como en un doble silencio.

Pero yo estaba tendido en el suelo, bañado en sudor. —Ahora lo habéis oído todo, y sabéis por qué debo volver á mi soledad. Nada os he ocultado, amigos míos.—Pero también aprendísteis de mí *quién* es siempre el más discreto entre los hombres... y quién quiere serlo.—¡Ay, amigos míos! ¡Algo tendría aún que deciros, algo tendría que daros! ¿Por qué no os lo doy? ¿Es que soy un avaro?»

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, le embargó la fuerza del dolor y el pensamiento de abandonar enseguida á sus amigos, en términos que empezó á llorar sollozando, y nadie llegaba á consolarle. En esto, cerró la noche, y Zaratustra, se fué solo, dejando á sus amigos.



TERCERA PARTE

«Vosotros miráis arriba, cuando aspiráis á la elevación. Yo, como estoy alto, miro abajo.—¿Quién de vosotros puede estar alto y reir al mismo tiempo?—El que escala los más altos montes se ríe de todas las tragedias de la escena y de la vida.»

ZARATUSTRA.

(Leer y escribir. — Primera parte, pag. 35).

EL VIAJERO.——Era alrededor de media noche cuando Zaratustra tomó su camino por la cumbre de la isla para llegar de madrugada á la otra ribera: porque allí quería embarcarse. Había en esa parte una buena rada, donde solían anclar también barcos extranjeros, los cuales recibían á bordo algunos de las Islas Bienaventuradas que querían pasar el mar. Conforme subía la montaña, iba pensando Zaratustra en los muchos viajes solitarios que había hecho desde su juventud y en las muchas montañas, crestas y cimas que ya había escalado.—«Yo soy un viajero y un trepador de montañas (dijo á su corazón); no me gustan las llanuras, y parece que no puedo estarme quieto mucho tiempo.—Y sea el que quiera mi destino ó la eventualidad que me aguarde, siempre será para mí un viaje y una ascensión: á la postre se vive uno á sí propio solamente.—Pasó el tiempo en que podían

sobrevenirme azares; y ¿qué me *sucedería* aún que no me pertenezca ya?—Acaba de volver, está al fin de regreso mi ser propio y cuanto de él anduvo durante mucho tiempo por extrañas tierras y desperdigado entre todas las cosas y todos los azares.—Y todavía sé otra cosa: que estoy ahora delante de mi última cima y de lo que me ha sido ahorrado durante más tiempo. ¡Ay! ¡tengo que seguir mi camino más duro! ¡He empezado mi más solitario viaje!—Pero el que es de mi condición no se libra de semejante hora, de la hora que le dice: «¡Sólo al presente sigues tu camino de grandeza! ¡Al presente se han confundido en uno la cumbre y el abismo!—Sigues tu camino de grandeza: ¡ahora ha venido á ser tu último refugio lo que hasta aquí se llamó tu último peligro!—Sigues tu camino de grandeza: ¡ahora ha de ser tu mejor animación el que ya no existen caminos detrás de tí!—Sigues tu camino de grandeza: ¡aquí nadie ha de deslizarse en tu seguimiento! Tus mismos pies han borrado el camino que dejas á la espalda, y sobre él está escrito: Imposibilidad.—Y si en adelante te faltan todas las escalas, será preciso que sepas trepar sobre tu propia cabeza; ¿cómo querrías, si no, subir más alto?—¡Sobre tu propia cabeza y por encima de tu propio corazón! Ahora lo más suave va á hacérsete lo más duro.—Al que siempre se ha cuidado mucho, el exceso de cuidado acaba por ponerle enfermizo. ¡Bendito sea lo que endurece! ¡No alabo yo al país donde fluyen manteca y miel!—Para ver *muchas cosas*, hay que aprender á mirar lejos de *sí:* esta dureza es necesaria para todos los que escalan los montes.—Pero el que investiga con ojos indiscretos, ¿cómo podría ver más que el primer término de las cosas?

¡Pero tú, Zaratustra, que querías ver todas las ra-

zones y el fondo de las cosas, necesitas pasar por encima de ti mismo, y ascender, ascender hasta que tus mismas estrellas queden *por debajo* de tí!—¡Sí! ¡Verme á mí mismo y hasta mis estrellas mirando hacia abajo: á eso solo llamo mi *cumbre*, esa es la *última* cumbre que me queda por escalar!»

Así se hablaba Zaratustra mientras subía, consolando su corazón con duras máximas: porque tenía herido el corazón como nunca. Y cuando llegó á lo alto de la cresta, vió extenderse ante él el otro mar: se quedó inmóvil y calló largo rato. En aquella altura era la noche fría y clara y estrellada.—«Reconozco mi suerte (dijo al fin con tristeza). ¡Ea! Estoy pronto. Acaba de dar comienzo mi última soledad.—¡Qué mar tan triste y negro á mis pies! ¡Qué sombría y nocturna pesadumbre! ¡Oh destino y océano! ¡Hacia vosotros es menester que yo *descienda* ahora!—Estoy delante de mi más alta montaña y de mi más largo viaje: por eso tengo que descender más de lo que nunca descendí—más á lo hondo del dolor de lo que nunca bajé, ¡hasta sus ondas más negras! Así lo quiere mi destino. ¡Ea! Estoy pronto.—¿De dónde vienen las más altas montañas?, preguntaba yo en otro tiempo. Entonces supe que vienen del mar.—Ese testimonio está escrito en sus piedras y en los muros de sus cimas. Desde lo más bajo ha de alcanzar su ápice lo más alto.»

Así hablaba Zaratustra en la cúspide de la montaña donde reinaba el frío; pero, cuando llegó cerca del mar y acabó por encontrarse solo entre las rocas de la orilla, se sintió rendido del camino y más lleno aún que ántes de ardientes anhelos. «Todo duerme todavía (dijo); también está dormido el mar. Hacia mí dirige una mirada extraña y soñolienta.—Pero su aliento es cálido, lo siento. Y veo á la vez que sueña.

Se agita soñando sobre duros almohadones.—¡Escucha! ¡Escucha! ¡Qué gemidos le arrancan los malos recuerdos! ¿O son malos presagios?—¡Ay! Yo estoy triste contigo, sombrío mónstruo, y enojado conmigo mismo por tí.—¡Ay! ¡Por qué no tiene bastante fuerza mi mano! ¡Qué de veras querría librarte de los malos sueños!»

Hablando de esta suerte, Zaratustra se reía de sí mismo con melancolía y amargura. «¡Cómo; Zaratustra! (dijo.) ¿Todavía quieres cantar consuelos al mar? —¡Ay, Zaratustra! ¡Loco rico en amor, ébrio de confianza! Pero así fuiste siempre: siempre te has acercado familiarmente á todas las cosas terribles.—Tú querías acariciar á todos los mónstruos. Un soplo de hálito caliente, un poco de vellosidad suave en las garras..., é inmediatamente estabas dispuesto á amar y atraer.—El *amor,* el amor á cualquier cosa, *con sólo que viva,* es el peligro del más solitario. Verdaderamente se prestan á risa mi locura y mi modestia en el amor!»

Así hablaba Zaratustra, y se echó á reir otra vez. Pero entonces pensó en sus amigos abandonados, y, como si hubiese pecado contra ellos en pensamiento, se enojó consigo mismo por su pensamiento. Y al punto la risa se trocó en llanto: Zaratustra lloró amargamente de cólera y ansiedad.

DE LA VISIÓN Y DEL ENIGMA.——1.—Cuando fué notorio entre los marineros que se encontraba en el barco Zaratustra—porque, á la vez que él, había ido á bordo un hombre de las Islas Bienaventuradas—hubo una gran curiosidad y una gran espectación. Pero Zaratustra guardó silencio durante dos días, y permaneció frío y sordo, de puro triste; de manera que no respondió ni á las miradas ni á las preguntas.

Sin embargo, á la noche del segundo día se abrieron de nuevo sus oídos, aunque él callaba aún: porque en aquel barco, que venía de lejos y que quería ir más lejos todavía, se podía oir una porción de cosas extrañas y peligrosas. Pero Zaratustra era amigo de todos los que hacen largos viajes y que no aciertan á vivir sin peligro. Por fin, escuchando, se le desató la lengua y se rompió el hielo de su corazón. Entonces empezó á hablar así:—«A vosotros, quien quiera que seais, intrépidos exploradores y aventureros, que os habéis embarcado con velas astutas en mares temibles:—A vosotros, ebrios de enigmas, gozosos de las medias luces, almas atraídas por flautas á todas las voragines falaces; porque no queréis seguir á tientas y con mano medrosa un hilo conductor; y donde quiera que podéis *adivinar* detestáis *concluir*;—A vosotros, pues, y sólo á vosotros, cuento el enigma que he *visto*—la visión del más solitario.—Sombrío atravesé últimamente el pálido crepúsculo—sombrío y duro, con los labios apretados.—Más de un sol se había puesto para mí.—Un sendero que subía con aire de desafío por entre derrumbamientos, un sendero avieso y solitario que no quería ya hierba ni matorrales, un sendero de montaña rechinaba ante el reto de mis pasos.—Mudos en medio del irónico crugir de los guijarros, aplastando la piedra que los hacia resbalar, mis pies pugnaban hacia arriba.—Hacia arriba—á despecho del espíritu que los atraía hacia abajo, hacia el abismo: á despecho del espíritu de la pesadez, mi demonio y enemigo mortal.—Hacia arriba—aunque gravitase sobre mí ese espíritu, entre enano y topo, paralizado y paralizador, vertiendo plomo en mis oídos y destilando pensamientos de plomo en mi cerebro.—«¡Oh Zaratustra! (me cuchicheaba con tono burlón, sílaba á sílaba). ¡Piedra de la sabiduría! ¡tú te

has lanzado á lo alto: pero toda piedra arrojada debe... volver á caer!—¡Oh Zaratustra, piedra de la sabiduría, piedra arrojada, destructor de estrellas! A ti mismo es á quien has lanzado tan alto..., pero toda piedra arrojada debe... volver á caer.—Condenado á ti mismo y á tu propia lapidación, ¡oh Zaratustra! has arrojado muy lejos la piedra..., pero ¡volverá á caer sobre *tí!*»—Calló aquí el enano, y pasó así mucho tiempo. Pero su silencio me oprimía: ¡cuando se desdobla uno en dos se encuentra más aislado que cuando es uno solo!—Yo subí, subí más, soñando y pensando; pero todo me oprimía. Me asemejaba á un enfermo rendido por la acerbidad de su padecer y á quien despierta de su sopor una pesadilla.—Pero yo tengo algo que llamo valor, algo que hasta ahora ha matado en mí todo humor sombrío. Ese valor me hizo al fin detenerme y decir: «¡Enano! ¡ó tú ó yo!»

El valor es el mejor de los matadores—el valor que *ataca:* porque siempre se ataca á tambor batiente.—Y el hombre es el animal más valeroso: por eso ha vencido á todos los animales. A tambor batiente ha triunfado de todos los dolores; y el dolor humano es el dolor más profundo.—El valor mata también el vértigo al borde de los abismos; ¿y dónde no estaría el hombre al borde de abismos? Aun mirar... ¿no es mirar abismos?—El valor es el mejor de los matadores: mata también la compasión. Y la compasión es el abismo más profundo: tan hondo como el hombre ve en la vida, así de hondo ve en el sufrimiento.—Pero el valor, el valor que ataca, es el mejor de los matadores; mata á la muerte misma, porque dice: «¿Cómo? ¿Era eso la vida? ¡Vaya! ¡Volvamos á empezar!»—En tal sentencia retumba mucho el tambor bélico. Que el que tenga oídos oiga.

2.—«¡Alto, enano! (dije). ¡Yo ó tú! Pero yo soy el

más fuerte de los dos: ¡tú no conoces mi más profundo pensamiento! *¡Ese...* no podrías llevarle!»—Y en esto se aligeró mi carga, porque el indiscreto del enano saltó de mis hombros. Se acurrucó en una piedra delante de mí. Pero en el sitio en que nos detuvimos se encontraba como por casualidad un pórtico. —«¡Enano! (proseguí). ¡Mira ese pórtico! Tiene dos caras. Dos caminos se juntan aquí: nadie los ha seguido aun hasta el término.—Esta larga calle que baja, dura una eternidad, y esa otra larga calle que sube... es otra eternidad.—Esos caminos se contradicen, van uno contra otro, y aquí, en este pórtico, se encuentran. El nombre del pórtico está escrito encima; se llama «instante».—Pero, si alguien siguiese siempre, cada vez más lejos, uno de estos caminos, ¿crees tú, enano, que se contradirían eternamente?»

«Todo lo recto miente (murmuró el enano con desdén). Toda verdad es sinuosa; el tiempo mismo es un círculo.»

«¡Espíritu de la pesadez! (dije con ira). ¡No tomes las cosas tan ligeramente! ¡O te dejo ahí, pateta, donde estás arrebujado, pero no olvides que he sido yo quien te ha traído *aquí arriba!*—¡Considera este instante! (continué). Desde este pórtico improvisado va *hacia atrás* una larga y eterna calle: detrás de nosotros hay una eternidad.—Todo lo *capaz* de correr, ¿no debe haber recorrido ya alguna vez esta calle? Todo lo que *puede* suceder, ¿no debe haber sucedido, ocurrido, pasado ya alguna vez?—Y si todo ha existido ya por aquí, ¿qué piensas tú, enano, de este instante? Este pórtico, ¿no debe también... haber ya existido por aquí?—¿Y no están todas las cosas trabadas de tal modo que este instante atrae en pos de sí todo lo venidero? *¿Por consiguiente...* aún á sí mismo?—¡Porque todo lo *capaz* de correr *debe* re-

correr también una vez más esta larga calle que sube! —Y esa araña perezosa que se arrastra á la luz de la luna, y esa misma luz de la luna, y yo y tú, que ahora nos encontramos juntos en el pórtico cuchicheando sobre cosas eternas, ¿no debemos haber pasado ya por aquí todos nosotros, y volver y correr por la otra calle que sube? ¿No debemos volver eternamente por esa larga y lúgubre calle?»

Así hablaba yo, con voz cada vez más baja, porque me asustaban mis propios pensamientos y su fondo oculto, cuando de pronto oí aullar á un perro cerca de allí.—¿He oído alguna vez á un perro aullar de esa suerte? Mis pensamientos volvieron hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en mi más lejana infancia.—Entonces fué cuando oí aullar así á un perro. Y le ví también, con el pelo erizado, con la cabeza alzada, temblando, en medio de la noche más silenciosa, cuando los perros mismos creen en fantasmas.—Y me dió lástima de él. Porque acababa de aparecer silenciosamente la luna llena por encima de la casa; acababa de detenerse, con el disco inflamado, sobre la plana techumbre, como sobre hacienda ajena.—¡Eso es lo que exasperó al perro! porque los perros creen en ladrones y fantasmas. Y cuando volví á oir aullar así, volví á sentir lástima.—Pero ¿qué había sido del enano, del pórtico, de la araña y de los cuchicheos? ¿Había soñado yo? ¿Había despertado? Me encontré de repente entre agrestes breñas, solo, abandonado, á la luz de la luna más solitaria.—*¡Pero allí yacía un hombre!* Y el perro, saltando y gimiendo, con el pelo erizado (puesto que me veía llegar) empezó á aullar otra vez, se puso á *gritar*. ¿He oído yo nunca á un perro pedir así socorro?—A la verdad, no he visto nunca nada semejante á lo que allí ví. Ví á un pastor

joven que se retorcía, anhelante y convulso, con el rostro descompuesto y una pesada serpiente negra colgando de su boca.—¿Vi yo jamás tal repugnancia y tan pálido espanto en *un* semblante? ¿Se había dormido quizá, y la serpiente se le había metido en la garganta y se había aferrado allí?—Mi mano empezó á tirar de la serpiente, á tirar... ¡en vano! No conseguía arrancarla de la garganta. Entonces salió un grito de mí: ¡Muerde! ¡muerde! ¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!»—Así gritaba algo en mí; mi espanto, mi odio, mi repugnancia, mi compasión, todo mi bien y mi mal se pusieron á gritar en mí con un solo grito.

¡Valientes que me rodeáis! ¡exploradores, aventureros, y quien quiera que seáis los que os habéis embarcado con velas astutas en mares inexplorados! ¡vosotros, que gozáis con los enigmas, adivinadme el enigma que ví entonces y explicadme la visión del más solitario!—Porque fué una visión y una previsión: *¿qué* símbolo era el que ví entonces? ¿Y *quién* es el que aún debe venir?—*¿Quién* es el pastor á quien se le ha metido la serpiente en la garganta? *¿Quién* es el hombre en cuya garganta se atravesará así lo más negro y más pesado que existe?—Pero el pastor empezó á morder como mi grito le aconsejaba; ¡dió una dentellada firme! Escupió lejos de sí la cabeza de la serpiente, y saltó al aire.—No era ya ni hombre ni pastor; estaba transformado, radiante; *¡reía!* ¡Jamás hubo hombre en la tierra que riese como *él!*—¡Oh, hermanos míos! Yo he oído una risa que no era la risa de un hombre..., y ahora me devora una sed, un ansia que nunca se aplacará.—Me devora el ansia de esa risa. ¡Oh! ¿Cómo he podido avenirme á vivir aún? ¡Y cómo podría avenirme á morir ahora!»

Asi hablaba Zaratustra.

DE LA BEATITUD INVOLUNTARIA.—Con semejantes enigmas y semejantes amarguras en el corazón, pasó Zaratustra el mar. Pero cuando estuvo á cuatro jornadas de las Islas Bienaventuradas y de sus amigos, había dominado todo su dolor: victorioso y con seguro paso, se afirmaba de nuevo en su destino. Y entonces Zaratustra habló así á su conciencia radiante de alegría: «Estoy de nuevo solo y quiero estarlo, solo con el cielo sereno y el mar libre; y de nuevo reina la tarde en torno mio.—A la tarde encontré por vez primera á mis amigos; á la tarde también las otras veces—á la hora en que toda luz se torna más tranquila.—Porque los rayos de ventura que aún están en camino entre el cielo y la tierra se buscan un asilo en un alma luminosa. Ahora la *ventura* ha vuelto más tranquila toda luz.—¡Oh tarde de mi vida! También mi ventura bajó un día al valle para buscarse un asilo: entonces encontró esas almas abiertas y hospitalarias.—¡Oh tarde de mi vida! ¡Qué no he dado yo, á fin de tener una sola cosa: ese vivo plantel de mis pensamientos y esa luz matinal de mis más altas esperanzas!—Un día buscó el creador copartícipes é hijos de *su* esperanza, y resultó que no podía encontrarlos sino empezando por crearlos él.—Yo estoy, pues, en medio de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de entre ellos: por amor á sus hijos Zaratustra debe completarse á sí propio.—Porque no ama uno con todo el corazón más que á su hijo y su obra; y donde hay un gran amor de sí, es señal de fecundidad: he ahí lo que yo he notado.—Mis hijos, árboles de mi jardín y de mi tierra mejor, se hallan aún en su primera primavera, apiñados unos con otros y sacudidos en masa por el viento.—¡Y, en verdad, donde existen juntos tales árboles, *existen* Islas Bienaventuradas!—Pero un día quiero transplantarlos separa-

damente, para que aprendan la soledad, la altivez y la precaución.—Nudoso y retorcido, con flexible dureza, debe erguirse cada uno cerca del mar, como faro vivo de la vida invencible.—Allá, donde se precipitan en el mar las tempestades, donde la falda de la montaña se baña en las ondas, allí deberá estar de centinela cada uno día y noche, para *su* prueba y reconocimiento.—Es menester que sea reconocido y probado, para que se sepa si es de mi raza y de mi origen, si es dueño de una larga voluntad, silencioso hasta cuando hable y condescendiente en términos de que *tome* cuando dé... á fin de que llegue á ser un dia mi compañero y colaborador, uno de los que escriban mi voluntad en mis tablas para el pleno cumplimiento de todas las cosas.—Y por él y sus semejantes debo yo completarme á *mí* mismo: por eso me sustraigo ahora á mi ventura, ofreciéndome á todos los infortunios para *mi* última prueba y reconocimiento.—Y ya era tiempo, en verdad, de que yo partiese. La sombra del viajero, el tedio más prolongado y ia hora más silenciosa, todos me han dicho: «¡No hay momento que perder!»—El viento ha soplado por el agujero de la cerradura y me ha dicho: «¡Ven!» La puerta se ha abierto disimuladamente y ha dicho: «¡Anda!»—Pero yo estaba encadenado por el amor á mis hijos: el ansia de amor me tendía ese lazo para que fuese presa de mis hijos y me perdiese por ellos.—Ansiar es ya para mi haberme perdido. *¡Yo os tengo, hijos míos!* En esta posesión todo debe ser certidumbre, y nada anhelo.—Pero el sol de mi amor me abrasaba; Zaratustra se asaba en su propio jugo. En esto pasaron por mí sombras y dudas.—Ya deseaba el frio y el invierno: «¡Oh! ¡Que el frío y el invierno vuelvan á hacerme tiritar y á dar diente con diente!» suspiraba yo. Entonces se levantaron en mí

brumas glaciales.—Mi pasado rompió sus tumbas; más de un dolor enterrado vivo se despertó: no había hecho más que dormirse envuelto en sudarios.—Asi todo me gritaba en signos: «¡Ya es tiempo!» Pero yo no oía; hasta que, al fin, empezó á agitarse mi abismo, y me mordió mi pensamiento.—¡Ay! ¡Pensamiento que vienes de mi abismo, tú que eres *mi* pensamiento, ¿cuándo encontraré fuerzas para oirte cavar y no temblar?—¡A la garganta me llegan los latidos del corazón en cuanto oigo que cavas! ¡Tu mismo silencio de abismo quiere ahogarme!—Jamás me he atrevido aún á llamarte á la *superficie:* ¡ya era bastante que te llevara conmigo! No he tenido aún fuerza suficiente para la última audacia y temeridad del león.—Bastante terrible ha sido ya siempre tu peso para mi; ¡pero un dia he de encontrar la fuerza y la voz del león para hacerte subir á la superficie!—Cuando yo haya conseguido este triunfo, conseguiré otro mayor, y una *victoria* será el sello de mi plenitud.—Entre tanto, vago por mares inciertos acariciado por el azar seductor; miro hacia atrás y hacia adelante, y todavía no descubro fin.—Aún no ha llegado la hora de mi postrera lucha—¿ó llega en este instante quizá?—¡En verdad que me miran con pérfida belleza el mar y la vida que me circundan!—¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh ventura de la víspera! ¡Oh puerto en pleno mar! ¡Oh paz en la incertidumbre! ¡Cómo desconfío de todos vosotros!—¡De veras desconfío de vuestra pérfida belleza! Me parezco al amante que desconfía de la sonrisa demasiado dulce. —Como rechaza á la amada el celoso, tierno hasta en su dureza, así rechazo yo esta hora venturosa.—¡Lejos de mí, hora venturosa! ¡Contigo he sido bienaventurado á mi pesar! Aquí me encuentro, pronto á mi más profundo dolor: ¡has venido á destiempo!—

¡Lejos de mí, hora venturosa! ¡Busca más bien asilo allá, entre mis hijos! ¡Ve corriendo! ¡Bendícelos antes del crepúsculo y dales *mi* felicidad!—Ya se acerca la noche; el sol se pone. ¡Se fué mi ventura!»

Asi hablaba Zaratustra. Y esperó su desventura toda la noche; pero esperó en balde. La noche permaneció serena y silenciosa, y la felicidad se le acercaba más cada vez. Sin embargo, hacia la mañana se echó á reir interiormente y dijo en tono irónico: «La felicidad corre tras mí. Eso se debe á que yo no corro tras las mujeres. Porque la felicidad es una mujer.»

AL AMANECER.——¡Oh cielo extendido sobre mí! ¡Cielo claro, v profundo! ¡Abismo de luz! ¡Al contemplarte, me estremecen divinos anhelos!—Lanzarme á tu altura: ¡he ahí *mí* profundidad! Cobijarme en tu pureza: ¡he ahí *mí* inocencia!—En su belleza está velado el dios: *así* ocultas tus estrellas. No hablas: *así* me anuncias tu sabiduría.—Mudo has surgido hoy para mí sobre el hirviente mar; tu amor y tu pudor se revelan á mi alma hirviente.—Bello, has venido hacia mí, velado en tu belleza; mudo, me has hablado á mí, revelándose en tu sabiduría: ¡Oh! ¡Cómo no adiviné todos los pudores de tu alma! Has venido hacia mí, *antes* que el sol, ¡hacia mí el más solitario!—Somos amigos de siempre: nuestras penas, nuestros terrones y el fondo de nuestro ser nos son comunes: hasta el sol nos es común.—No nos hablamos, porque sabemos demasiadas cosas: callamos, y por sonrisas nos entendemos.—¿No eres tú la luz de mi fuego? ¿No eres tú el alma hermana de mi inteligencia?—Todo lo hemos aprendido juntos; juntos hemos aprendido á elevarnos, por encima de nosotros, hacia nosotros mismos, y á sonreir, sin nubes, hacia abajo, con lím-

pidos ojos, desde remotas lejanías, cuando á nuestros pies se desvanecen como llovizna vapososa la imposición, el fin y la falta.—Y cuando yo caminaba solo, ¿de *qué* tenía hambre mi alma por las noches y en los senderos del error? Y cuando yo escalaba montes, ¿á *quién* buscaba en las cimas sino á ti?—Y todos mis viajes y todas mis ascensiones no eran más que un expediente y recurso de la torpeza. ¡Lo que quiere mi voluntad toda es *volar*, volar hacia tí!

¿Y á qué odiaba yo más que á las nubes y todo lo que te empaña? ¡Y odiaba hasta mi propio odio, porque te empañaba!—Tengo ojeriza á las nubes, á esos gatos monteses que van arrastrándose; nos quitan á ti y á mí lo que nos es común: la inmensa é infinita afirmación de las cosas.—Nosotros tenemos ojeriza á las rastreras nubes, á esos seres de términos medios y de componendas, á esos seres mixtos é indecisos que no saben ni bendecir ni maldecir con todo su corazón.—¡Mejor querría estar metido en un tonel ó en un abismo. sin ver el cielo, que verte á tí, cielo de luz, empañado por las nubes que pasan!—Muchas veces he sentido deseos de ensartarlas con fulgurantes hilos de oro y timbalear como el trueno sobre su panza de caldera: timbalear de cólera, puesto que me roban á mí tu afirmación y á tí la *mía*, cielo puro, cielo sereno, abismo de luz.—Porque prefiero el ruído y el trueno y las execraciones del mal tiempo á esa calma mesurada dudosa de gatos. Y, entre los hombres también, lo que más odio son esos seres mixtos é indecisos, que andan sigilosamente, esas nubes que pasan, dudando y vacilando.—«Quien no sabe bendecir debe *aprender* á maldecir!» De un luminoso cielo me ha caído esta enseñanza luminosa; aun en las noches obscuras brilla esta estrella en mi cielo.—¡Pero yo bendigo y afirmo siempre, con tal que tú estés alrededor

de mí, cielo puro, cielo sereno, abismo de luz! A todos los abismos llevo entonces mi bienhechora afirmación.—Yo he llegado á ser el que bendice y afirma; y para eso he luchado mucho; yo he sido un luchador á fin de tener un día las manos libres para bendecir.—Y mi bendición consiste en estar por encima de cada cosa como su propio cielo, su redonda techumbre, su bóveda cerúlea y su eterna serenidad: ¡y bienaventurado el que así bendice!—Porque todas las cosas son bautizadas en la fuente de la eternidad, más allá del bien y del mal; pero el bien y el mal mismos no son mas que sombras interpuestas, húmedas aflicciones y nubes de paso.—Bendición hay ciertamente, y no maldición, cuando yo enseño: «Sobre todas las cosas se encuentra el cielo Azar, el cielo Inocencia, el cielo Acaso, el cielo Ufanía.—«Por azar»—esa es la más antigua nobleza del mundo; yo se la he restituído á todas las cosas; yo las he librado de la servidumbre del fin.—Esa libertad y esa serenidad celestes las he puesto como bóvedas cerúleas sobre todas las cosas, al enseñar que sobre ellas, y por ellas, ninguna «voluntad eterna» quería.—Yo he puesto, en vez de esta voluntad, esa petulancia y esa locura, cuando he enseñado: «Hay una cosa imposible dondequiera, y esa cosa es la racionalidad.»—*Un poco* de razón, un grano de sensatez, disperso de estrella en estrella, es levadura indudablemente mezclada á todas las cosas: ¡á causa de la locura se halla mezclada á todas las cosas la insensatez!—Un poco de sensatez es posible; pero yo he encontrado en todas las cosas esta bienhechora certidumbre: prefieren *bailar* sobre los pies del acaso.—¡Oh cielo puro y excelso! Tu pureza consiste ahora para mí en que no hay ninguna araña ni tela de araña eterna de la razón: en que eres un salón de baile para los azares divinos, una mesa divina para los

divinos dados y jugadores de dados.—Pero, ¿te sonrojas? ¿He dicho cosas indecibles? ¿He maldecido queriendo bendecirte?—¿O lo que hace que te sonrojes es la vergüenza de ser dos? ¿Me mandas que me vaya y me calle, porque ahora viene el *día?*—El mundo es profundo, y más profundo de lo que pensó jamás el día. No todo puede tener la palabra delante del día. Pero el día viene: ¡Separémonos, pues!—¡Oh, cielo extendido sobre mí, cielo púdico y encendido! ¡Oh, felicidad antecedente á la salida del sol! El día viene: Separémonos!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LA VIRTUD APOCADORA.——1.—Cuando Zaratustra volvió á la tierra firme, no se fué derecho á su montaña y su caverna, sino que hizo muchas correrías y preguntas para informarse de una porción de cosas; y decía de si mismo bromeando: «¡He aquí un río que, por mil tornos, retrocede á su nacimiento!» Porque quería saber lo que habia sido del *hombre* durante su ausencia: si se habia hecho más grande ó más pequeño. Y un día divisó una hilera de casas nuevas; entonces se asombró y dijo: «¿Qué significan esas casas? ¡En verdad, ningún alma grande las ha edificado como símbolo de si misma!—¿Las habría sacado de su caja de juguetes un niño idiota? ¡Pues que las vuelva á meter en la caja otro niño!—¡Y esos aposentos y desvanes! ¿Pueden ahí entrar y salir *hombres?* Me parecen hechos para gusanos de seda, ó para gatos golosos, que quizá se dejan también comer.»

Y Zaratustra se paró á reflexionar. Por fin dijo con tristeza: «*¡Todo* se ha vuelto más pequeño!—Por todas partes veo puertas más bajas: el que es de *mi* especie aún puede quizá pasar por ellas, pero... ¡tiene

que agacharse!—¡Oh! ¡cuándo volveré á mi patria donde no tendré ya que encorvarme... ante los *pequeños!*» Y Zaratustra suspiró y miró á lo lejos.—El mismo día pronunció su discurso sobre la virtud apocadora.

2.—«Paso por en medio de este pueblo y abro los ojos: no me perdonan estas gentes que no envidie sus virtudes.—Quieren morderme, porque les digo que las gentes pequeñas necesitan virtudes pequeñas, y porque me es difícil concebir que sean *necesarias* las gentes pequeñas.—Soy aquí como gallo en corral extraño, que hasta las gallinas tratan de picarle; pero yo no guardo rencores por eso á tales gallinas.—Soy indulgente con ellas como con toda pequeña molestia; ser espinoso con los pequeños me parece un proceder digno de erizos.—Todos hablan de mí cuando están sentados por la noche en torno del hogar—hablan de mí, pero ¡nadie piensa en mí!—He aquí el nuevo silencio que he aprendido á conocer: el ruido que mueven alrededor de mi extiende un manto sobre mis pensamientos.—Ellos vociferan: «¿Qué nos quiere esa sombría nube? ¡Andemos con cuidado, no nos traiga una epidemia!»—Y ultimamente una mujer tiró de su hijo que quería aproximarse á mi: «¡Apartad los niños!—gritó.—¡Tales ojos queman las almas de los niños!»—Cuando yo hablo, ellos tosen; creen que la tos es una objeción contra los vientos recios—¡no columbran nada del susurro de mi felicidad!—«No tenemos aún tiempo para Zaratustra—he ahí su objeción.—Pero ¿qué importa un tiempo que «no tiene tiempo» para Zaratustra?—Aunque me glorificasen, ¿cómo podría adormecerme en *sus* loores? Su alabanza es para mí un cinturón de espinas: me punza, aun después de quitármele.—Y también he aprendido esto entre ellos: el que alaba hace como que devuel-

ve, pero en rigor quiere que se le dé más.—¡Preguntad á mi pie si le agrada esa manera de alabar y de atraer! Verdaderamente, á ese son y compás no quiere ni bailar ni estarse quieto.—Procuraban alabarme su modesta virtud y atraerme hacia ella; quisieran arrastrar mi pie al son de la modesta felicidad.—Yo paso por en medio de ese pueblo y abro los ojos: se han empequeñecido y siguen empequeñeciéndose. *Se debe eso á su doctrina de la felicidad y de la virtud.* —Es que son también modestos en su virtud—porque quieren tener sus conveniencias, y sólo una virtud modesta se compadece con las conveniencias.—Aprenden también á andar á su modo y á andar hacia adelante: es lo que yo llamo ir *renqueando*.—Asi son un obstáculo para todos los que van deprisa.—Y los hay que van hacia adelante, mirando hacia atrás, con el pescuezo estirado: de buena gana me toparía con tales cuerpos.—Los pies y los ojos no deben mentir ni desmentirse. Pero entre las gentes pequeñas hay muchas mentiras.—Algunos de ellos *quieren*, pero la mayoría no son más que *queridos*. Algunos son sinceros, pero los más son malos cómicos.—Hay entre ellos cómicos sin saberlo y cómicos sin quererlo—los sinceros son siempre raros, sobre todo los cómicos sinceros.—Lo varonil escasea: por eso se masculinizan las mujeres. Porque sólo el que es bastante hombre *emancipará* en la mujer... á la *mujer*.—Y he aquí lo peor de las hipocresías que he encontrado entre los hombres: aun los que mandan fingen las virtudes de los que obedecen.—«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos»—así salmodia aquí también la hipocresía de los gobernantes—y ¡ay, cuando el primer amo no es más que el primer servidor!—¡Ay! Mi curiosa mirada se ha detenido también en su hipocresía, y he adivinado su felicidad de moscas y su zumbido

en torno de las vidrieras soleadas.—Cuanta bondad veo, pura flaqueza; cuanta justicia y piedad, flaqueza pura.—Son corrientes, leales y benévolos unos para con otros, como son corrientes, leales y benévolos unos para con otros los granos de arena.—Abrazar modestamente una pequeña felicidad es lo que llaman «¡resignación!», y á la vez miran ya de soslayo modestamente hacia otra pequeña felicidad.—En el fondo de su sencillez no tienen más que un deseo: que nadie les haga daño. Por eso son amables con todos, y les hacen bien.—Pero eso es *cobardía*—annque se llame «virtud».—Y cuando aciertan á hablar con rudeza esos pequeños, *yo* no oigo en su voz más que su ronquera—¡porque toda ráfaga de viento los pone roncos!—Son hábiles; sus virtudes tienen habiles dedos. Pero les faltan puños; sus dedos no saben desaparecer tras los puños.—La virtud es para ellos lo que modera y domestica; así han hecho del lobo un perro, y del hombre mismo el mejor animal doméstico del hombre.—«Nosotros hemos colocado nuestra silla en el *medio* mismo (eso me dice su sonrisita), á igual distancia de los gladiadores moribundos que de los refocilados cerdos.»—Pero eso es *mediocridad*—aunque se llame moderación.

3.—Yo paso por en medio de este pueblo y dejo caer muchas palabras; pero no saben tomar ni retener.—Se asombran de que yo no haya venido á anatematizar los apetitos y los vicios: y á la verdad, no he venido tampoco para poner en guardia contra los cacos.—Se asombran de que yo no esté pronto á afinar y aguzar su sutileza: ¡cómo si no tuviesen aun bastantes sabios sutiles, cuyas voces rechinan como pizarrines á mis oídos!—Y cuando grito: «Maldecid á todos los demonios cobardes que hay en vosotros, á esos que siempre están dispuestos á gemir, cruzar las

manos y adorar», entonces claman ellos: «Zaratustra es impío.»—Y sus predicadores de resignación son los quc más vociferan, pero precisamente á ellos es á quienes me agrada gritar al oído: ¡Sí! *Yo soy* Zaratustra, el impío!—¡Los predicadores de resignación! Donde quiera que haya ruindad, enfermedad y tiña, se arrastran como piojos; y sólo por asco no los aplasto. —¡Pues bien! He aqaí el sermón que predico á *su* oído: yo soy Zaratustra, el impío que dice: «¿Quién hay más impío que yo, para regocijarme con su enseñanza?»—Yo soy Zaratustra, el impio: ¿dónde encontraré mis semejantes? Mís semejantes son todos los que se dan á sí propios su voluntad y se desprenden de toda resignación.—Yo soy Zaratustra, el impío: yo cuezco en *mi* olla todo evento. Y sólo cuando está en su punto le doy la bienvenida como sustento *mío*. Y más de un accidente se ha acercado á mi con aires de señor; pero *mi voluntad* le habló de una manera más dominante aún, y al punto se ponía de rodillas ante mí, suplicándome que le diese asilo y le acogiese cordialmente y diciéndome en tono adulador: «¡Mira, Zaratustra: sólo un amigo puede acercarse así á un amigo!»—Pero ¡á qué hablar cuando nadie tiene *mis* oídos! ¡Así quiero gritar á todos los vientos:—¡Gentes pequeñas, cada vez os empequeñecéis más! ¡Gentes acomodaticias, os estáis desmigajando! Y acabaréis por iros á pique con vuestra infinidad de menguadas virtudes, de menguadas omisiones y de menguada resignación.—¡Vuestro suelo es demasiado fofo y muelle! Y para que un árbol se haga *grande*, tiene que abrazarse á duras peñas con duras raíces.—Hasta lo que omitís ayuda á tejer la tela del porvenir de los hombres; hasta vuestra nada es una tela de araña y una araña que vive de la sangre del porvenir.—Y cuando tomáis es como si hurtaséis, menguados vir-

tuosos; sin embargo, aun entre pillos dice el *honor:* «No hay que hurtar sino allí donde no se puede saquear.»—«Esto se da»—tal es también una doctrina de la resignación. Pero yo os digo á los que amáis vuestras comodidades: *eso se toma y* tomará siempre más aún de vosotros.—¡Ay! ¡qué no acabéis de una vez con esa voluntad á medias! ¡que no sepáis ser decididos así para la pereza como para la acción!—¡Ay! ¡qué no comprendáis estas palabras mías: «Haced siempre lo que queráis; pero sed desde luego de los que *pueden querer!*»—«Amad siempre á vuestro prójimo como á vosotros mismos; pero sed desde luego de los que se *aman á sí mismos*—de los que se aman con el gran amor, de los que se aman con el gran desdén.» Así hablaba Zaratustra el impío.

Pero ¡á qué hablar cuando nadie tiene *mis* oídos! Aún es hora demasiado temprana para mí.—Yo soy entre esta gente mi propio precursor, mi propio canto del gallo en las oscuras calles.—¡Pero llega *su* hora! ¡Llega también la mía! De hora en hora se vuelven más pequeños, más pobres, más estériles—¡pobre hierba! pobre tierra!—¡*Pronto* estarán delante de mí como hierba seca, como una estepa, y verdaderamente fatigados de sí mismos, y sedientos de fuego más que de agua!—¡Oh bendita hora del rayo! ¡Oh misterio de antes del medio día! Alguna vez habré de convertirlos en corrientes de fuego y en profetas de lenguas de llamas.—Profetizarán aún con lenguas de llamás: ¡Ya viene, ya se acerca el *Gran Medio Día!*»

Así hablaba Zaratustra.

EN EL MONTE DE LAS OLIVAS.——El invierno, mal huésped, ha penetrado en mi vivíenda; tengo las manos amoratadas del estrujón de su amistad.—Yo honro á ese huésped maligno, pero me gus-

ta dejarle solo, zafarme de él; y corriendo *bien*, acaba uno por zafarse.—Calientes los pies y el pensamiento, corro adonde el viento calla—hacia el rincón soleado de mi monte de las olivas.—Allí me río de mi rígido huésped, y le estoy agradecido por quitarme de encima las moscas y hacer callar una porción de ruiditos.—Porque á él no le agrada oir zumbar una mosca, y hasta la calle deja tan solitaria, que la luz de la luna llega á tener miedo de la noche —Es un huésped duro: pero yo le honro, y no rezo al Dios panzudo del fuego, como hacen los afeminados.—¡Vale más dar un poco diente con diente que adorar ídolos!—tal es mi condición.—Y estoy á mal sobre todo con los dioses del fuego, con el espíritu ardiente, férvido y taciturno.—Cuando amo, amo en invierno mejor que en estío; ahora me burlo mejor y más animosamente de mis amigos desde que el invierno entra en mi casa.—Animosamente, aun al llegar á arrebujarme en la cama, puesto que entonces rie y gallardea mi felicidad recogida, y también rie mi ensueño engañador.—¿Yo... arrastrarme? Jamás me he arrastrado en mi vida ante los poderosos; y, si mentí alguna vez, fué por amor. Por eso estoy á gusto aun en una cama de invierno.—Un lecho humilde me calienta más que un lecho magnífico, porque yo soy celoso de mi pobreza. Y en invierno es cuando mi pobreza me es más fiel.—Inauguro cada día con una malignidad: me burlo del invierno con un baño frío: eso hace refunfuñar á mi severo huésped.—Me gusta también cosquillearle con una velita, para que permita al fin al cielo salir del alba cenicienta.—Porque cuando yo soy más malo es de madrugada, á primera hora, cuando rechinan los cubos en el pozo y relinchan los caballos por las calles grises.—Entonces espero con impaciencia que se levante el cielo luminoso,

el cielo invernal de barba nivea, el viejo de cabeza blanca,—el silencioso cielo invernal que hasta sobre su sol guarda silencio á veces.—¿Aprendí yo de él el largo silencio luminoso? ¿Le aprendió él de mí? ¿O cada uno de nosotros le ha inventado por sí mismo?.—El origen de todas las cosas buenas es múltiple; todas las cosas retozonas saltan de placer á la existencia: ¡cómo no lo harán más que una vez!—También el largo silencio es una buena cosa, llena de travesura. Y mirar, á semejanza de un cielo de invierno, con serena faz de ojos redondos; callar, como hace él, su sol y su inflexible voluntad de sol: ese arte y esa malicia del invierno las he aprendido yo *bien*.—Mi arte y mi más cara malicia se cifra en que mi silencio haya aprendido á no delatarse por el silencio.—Con palabras y soniqueo de dados me entretengo en embaucar á la gente solemne que anda en acecho: quiero que mi voluntad y mi fin se sustraigan á esos severos atisbadores.—Para que nadie pueda ver mi fondo íntimo y mi última voluntad, he inventado el largo y claro silencio.—Yo he encontrado más de un inteligente que velaba su semblante y enturbiaba su agua, para que nadie pudiese mirar al través y al fondo.—Pero á él cabalmenie es al que acudían los astutos desconfiados: ¡se le pescaban sus peces más ocultos!—Pero los claros, los bravos, los transparentes, esos son para mi los silenciosos más astutos: su fondo es tan *profundo* que ni el agua mas límpida le denuncia.—¡Silencioso cielo invernal de barba nívea, blanca cabeza de redondos ojos que te alzas sobre mí! ¡Oh símbolo divino de mi alma y de la travesura de mi alma!—¿Y no es *menester* que yo me esconda como quien ha tragado oro, para que no me abran el alma?—¿No *es menester* que yo lleve zancos, para que no reparen en la longitud de mis

piernas todos esos tristoños envidiosos que me rodean?—Todas esas almas ahumadas, apolilladas, consumidas, enmohecidas, agriadas, ¿cómo *podrían* soportar, con su envidia, mi ventura?—Por eso las revelo solamente el invierno y el hielo de mís costumbres; pero *no* las descubro que ciñen aún mi montaña todas las zonas solares.—Solo oyen silbar mis tempestades de invierno; pero *no* saben que paso tambien por mares cálidos como lánguido, pesado y ardoroso viento Sur.—Mis azares y reveses les inspiran lástima; pero *mis* palabras dicen: «Dejad venir á mí el azar: es inocente como un niño.»—¡Cómo *podrían* soportar mi ventura, si yo no rodease mi ventura de accidentes y miserias invernales, de tocas de oso blanco y mantos de cielo de nieve! ¡Si no tuviese lástima de su *compasión*, de la compasión de esos tristes envidiosos! ¡si no suspirase y tiritase delante de ellos, *dejándome* envolver pacientemenle en su compasión!—Tal es la sabia y caritativa malicia de mi alma: *no oculta* su invierno y sus vientos helados; no oculta siquiera sus sabañones.—La soledad de unos es la huida de la enfermedad; la de otros es la huída *ante* la enfermedad.—¡Que me oiga tiritar y suspirar ante el frío del invierno toda esa pobretería bellaca y envidiosa que me rodea! Con tales tiritones y suspiros huyo de sus cuartos caldeados.—Que me compadezcan y tengan lástima por mis sabañones. «¡Acabará por *helarse* con el hielo de su conocimiento!», así gimen.—Entre tanto, yo corro de acá para allá, con los pies calientes, por mi monte de las Olivas; en el retiro soleado de mi monte de las Olivas canto y me burlo de toda compasión.»

Así cantaba Zaratustra.

DE PASO.——Atravesando así lentamente muchos pueblos y ciudades, volvía Zaratustra por rodeos hacia su montaña y su caverna. Y hete aquí que, yendo de paso, llegó también de improviso á la puerta de la *gran ciudad;* pero aqui saltó sobre él, impidiéndole el acceso con los brazos extendidos, un loco furioso. Era el mismo loco á quien el pueblo llamaba «el mono de Zaratustra»: porque imitaba un poco el giro y la cadencia de su frase, y le gustaba explotar también el tesoro de su sabiduría. El loco, pues, habló así á Zaratustra: «¡Oh Zaratustra! esta es la gran ciudad: aquí no tienes tú que buscar nada y puedes perderlo todo.—¿Para qué querrías meterte en este fango? ¡Ten lástima de tus pies! ¡Escupe á la puerta de la ciudad y vuelve sobre tus pasos!—Este es un infierno para los pensamientos solitarios. Aquí se cuece vivos á los grandes pensamientos y se los reduce á papilla.—Aquí se pudren todos los grandes sentimientos; aquí no puede oirse más que el chasquido de las pasioncillas resecas.—¿No sientes ya el olor de los mataderos y de ios bodegones del espíritu? ¿No humea esta ciudad con los vapores de los espíritus sacrificados?—¿No ves las almas colgadas como pingajos desmazalados y sucios?—¡Y de esos pingajos, no obstante, hacen periódicos!—¿No oyes cómo se trueca aquí el ingenio en juego de palabras? ¡Escupe repugnantes enjuagaduras verbales!—¡Y de esas enjuagaduras hacen periódicos los de acá!—Se provocan y no saben á qué. Se acaloran y no saben por qué. Cencerrean con su hojalata y campanillean con su oro.—Sienten frío y buscan calor en las bebidas fuertes; se acaloran y buscan frescura en los espíritus frígidos; la opinión pública los consume y pone febriles.—Todos los apetitos y todos los vicios han hecho asiento aquí; pero hay también virtuosos, hay

muchas virtudes hábiles y laboriosas—virtudes con dedos de pendolistas, con espaldas de plomo, con pedazos de cuero adornados de crucecitas y padres de muchachas emborradas y sin asentaderas.—También hay aquí mucha devoción, mucha lisonja cortesana y muchas bajezas ante el dios de los ejércitos.—«De arriba» llueven las estrellitas y los magnánimos salibazos; hacia arriba van los deseos de todos los pechos desprovistos de estrellas.—La luna tiene su corte, y la corte sus satélites; pero el pueblo pordiosero y las hábiles virtudes pordioseras rezan á todo lo que viene de la corte.—«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos»—así rezan al soberano todas las virtudes hábiles, para que la estrella merecida se enganche al fin al pecho escuálido.—Pero la luna gira alrededor de todo lo terrestre; así también gira el soberano alrededor de lo más terrestre, á saber: el oro de los tenderos.—El dios de los ejércitos, no es el dios de las barras de oro; el soberano propone, pero el tendero... dispone.—¡En nombre de todo lo claro, fuerte y bueno que hay en ti, Zaratustra, escupe á esta ciudad de los tenderos y vuelve pies atrás!—Aquí corre sangre viciada, pobre y espumosa por todas las venas; escupe á la gran ciudad, que es el gran vertedero en donde se acumula toda la hez.—Escupe á la ciudad de las almas deprimidas y de los pechos estrechos, de los ojos puntiagudos y de los dedos viscosos; á la ciudad de los importunos y de los impertinentes, de los escritorzuelos y de los vocingleros, de los ambiciosos exasperados; á la ciudad en donde se reune todo lo carcomido, desconceptuado, sensual, sombrío, podrido, ulcerado y conjurado: «¡escupe á la gran ciudad y vuelve sobre tus pasos!»

Pero en este punto Zaratustra interrumpió al loco furioso y le tapó la boca. «¡Acaba de callarte!—excla-

mó Zaratustra.—¡Ya hace tiempo que me estás empachando con tu lenguaje y tus modales.—¿Por qué has vivido tanto tiempo á orillas del pantano, hasta el punto de convertirte tú mismo en rana y sapo?—¿No corre ahora en tus propias venas una sangre de pantano, viciada y espumosa, para que hayas aprendido á chillar y á blasfemar así?—¿Por qué no te has ido al bosque? ¿Por qué no has labrado la tierra? ¿No está el mar lleno de verdes islas?—Yo desdeño tu desdén: y ya que me previenes, ¿por qué no te has prevenido á ti mismo?—Sólo del amor ha de surgir mi desdén y mi ave anunciadora, ¡no del pantano!—Te llaman mi mono, loco rabioso; pero yo te llamo mi cerdo gruñón. Con tu gruñido acabas por estropearme mi elogio de la locura.—¿Qué fué lo que te hizo gruñir en un principio? Que nadie te *adulara* bastante. Por eso te sentaste al lado de esas inmundicias, á fin de tener razones para gruñir: á fin de tener numerosas razones de *venganza*. Porque la venganza, loco vanidoso, es toda tu espuma: ¡te he calado perfectamente!—Pero tu lengua de loco me perjudica á *mí*, aun en aquello en que tienes razón. ¡Y así *tuviese* razón mil veces la palabra de Zaratustra, *tú* me quitarías siempre la razón con mi propia palabra!»

Así hablaba Zaratustra; y, mirando á la gran ciudad, suspiró y calló largo rato. Por fin dijo: «Yo estoy disgustado también en esta gran ciudad, y no sólo de este loco. Aquí y allí no hay nada que mejorar, nada que empeorar.—¡Ay de esta gran ciudad! ¡Ya quisiera ver la columna de fuego en que ha de consumirse!—Porque tales columnas de fuego han de preceder al gran mediodía. Pero esto tiene su tiempo y su propio destino.—A tí, loco, te doy esta enseñanza á guisa de despedida: ¡donde ya no se puede amar, se debe... *pasar!*»

Así hablaba Zaratustra, y pasó por delante del loco y de la gran ciudad.

DE LOS TRÁNSFUGAS.——1.—¡Ay! ¿como ya está mustio y gris en esta pradera todo lo que hace poco estaba aún verde y lleno de color? ¡Y cuánta miel de esperanza llevé de aquí á mi colmena!—Todos estos corazones juveniles se han hecho ya viejos —¡y ni viejos siquiera! simplemente fatigados, comunes y cómodos. Lo explican diciendo: «Hemos vuelto á ser piadosos.»—Aún no ha mucho los ví á primera hora andar briosamente; pero las piernas del conocimiento se les han fatigado y ahora calumnian hasta sus bríos de la mañana.—A la verdad, más de uno alzaba antes las piernas como un bailarín: la risa le hacía señas en mi sabiduría; pero después reflexionó, y acabo de verle encorvado... arrastrandose hacia la cruz.—Antes revoloteaban alrededor de la luz y de la libertad como mosquitos y jóvenes poetas. Un poco más viejos, un poco más fríos, y ya están acurrucados al amor de la lumbre como santurrones.—¿Han desfallecido porque me ha tragrado la soledad como una ballena? ¿Habrían prestado oído en *balde*, durante largo tiempo, á mis trompetas y mis gritos de heraldo?—¡Ay! siempre son muy pocos los que tienen un corazón de largo aliento y larga impetuosidad; y son también los únicos de espíritu perseverante. Todo el resto es *cobardía.*—Y el resto es siempre la gran masa, lo ordinario, lo superfluo, los que están de más. ¡Todos esos son cobardes!—El que sea de mi temple tropezará en su camino aventuras como las mías; de suerte que sus primeros compañeros deberán ser cadáveres y acróbatas.—Pero sus segundos compañeros se llamarán sus *creyentes:* un enjambre animado, mucho amor, mucha locura, mucha veneración infan-

til.—A esos creyentes no deberá ligar su corazón el que sea de mi índole entre los hombres; en esas primaveras y en esos prados de variados colores no debe creer el que conoce la flaca y fugitiva condición humana.—Si *pudiesen* de otra manera, *querrían* también de otra manera. Las cosas á medias pejudican al todo. Cuando hay hojas que se marchitan, ¡por qué se quejaría uno! -¡Déjalas caer, Zaratustra, y no te quejes! Al contrario! bárrelas con el soplo de tus vientos, ¡barre esas ojas, Zaratustra! ¡Váyase cuanto antes de ti todo lo *marchito!*

2.—«Hemos vuelto á ser piadosos»—así confiesan los trásfugas; y muchos de ellos son aún demasiado cobardes para confesar así.—A estos es á los que miro yo á los ojos, á estos es á los que digo yo en su cara sonrojada: ¡vosotros sois de los que *rezan* de nuevo!—¡Es una vergüenza rezar!—No para todo el mundo; pero sí para ti y para mí, y para cuantos tienen su conciencia en la cabeza. ¡Para *ti*, es una vergüenza rezar!—Bien lo sabes tú: el cobarde demonio que dentro de tí se complace en juntar las manos y en cruzar los brazos y que desearía tener una vida más fácil, ese cobarde demonio te ha dicho: «*¡Hay* un Dios!»—Pero *así* formas parte de los que temen la luz, de aquellos á quienes la luz no deja nunca reposo; ahora tienes que hundir á diario la cabeza más profundamente en la noche y en las brumas.—Y en verdad que has elegido bien tu hora: porque las aves nocturnas han vuelto á tomar su vuelo. Ha llegado la hora de los seres que temen la luz, la hora del descanso en que... no se *descansa*.—Lo oigo y lo huelo: ha llegado la hora de las acciones y de la caza, pero no de una caza infernal, sino mansa, suave, humeando por los rincones sin hacer más ruido que el murmullo del rezo: caza de santurrones llenos de alma: ¡todas

las ratoneras de los corazones están preparadas nuevamente! Y donde quiera que alzo una cortina se precipita fuera una mariposa nocturna,—¿Estaba acurrucada allí con otra mariposa nocturna? Porque en todas partes barrunto pequeñas comunidades ocultas; y dondequiera que hay escondrijos hay nuevos beatos y olor de beatos.—Están sentados en compañía durante noches enteras y se dicen: «¡Volvamos á ser como los niños é invoquemos al Señor!» Los piadosos confiteros les han echado á perder la boca y el estómago.—O contemplan durante largas noches alguna astuta araña en acecho, que predica la astucia á las arañas mismas. enseñando: «¡Bueno es tejer debajo de las cruces!»—O se pasan sentados días enteros, provistos de cañas de pescar, á orillas de los pantanos, y creen qne aquello es ser *profundo;* pero el que pesca donde no hay peces, me parece que no es ni siquiera superficial.—O aprenden alegremente á tocar el arpa con un coplista que desearía insinuarse en el corazón de las jovenzuelas: porque está cansado de las viejas y de sus alabanzas.—O aprenden á espeluznarse con un sabio medio trastornado que aguarda en cuartos obscuros á que aparezcan los espíritus... ¡mientras su espíritu desaparece enteramente!—O escuchan á un viejo charlatán, músico ambulante á quien vientos tristes han enseñado entonaciones quejumbrosas; ahora silva á semejanza del viento y predica la compunción en tono compungido.—Y algunos hasta se han hecho serenos; por eso saben tocar los cuernos, rondar la noche y despertar antiguas cosas ha mucho tiempo dormidas.—Ayer noche, á orillas de las tapias del jardín, oí yo algunas palabras á propósito de esas cosas añejas: procedían de esos viejos serenos, tristes y secos.—«Como á padre, no vela bastante por sus hijos: padres humanos lo hacen mejor que él.»—«Es

demasiado viejo. No se ocupa ya nada de sus hijos» —así respondió el otro sereno.—«¿Pero *tiene* hijos? ¡Nadie puede probarlo, si él mismo no lo prueba! Hace mucho querría yo que lo probase una vez á fondo.» —«¿Probar? ¿Ha probado *ese* jamás alguna cosa? Le son difíciles las pruebas; tiene mucho empeño en que se *crea* en él.»—«¡Sí, sí! ¡La fe le salva, la fe en sí propio! ¡Es la condición de los viejos! ¡A nosotros nos pasa lo mismo!»—Así se hablaron los dos serenos, enemigos de la luz; después tocaron los cuernos tristemente: he ahí lo que pasó ayer noche á orillas de las tapias viejas del jardín.—En cuanto á mí, mi corazón se retorcía de risa; quería estallar, pero no sabía cómo, y me desternillaba.—A la verdad, mi muerte será ahogarme de risa, viendo asnos borrachos y oyendo así á serenos dudar de Dios.—¿No pasó *hace mucho* el tiempo, aun para semejantes dudas? ¿Quién tendría el derecho de despertar todavía de su sueño á tan añejas cosas enemigas de la luz?—Hace mucho que se acabaron los antiguos dioses, ¡y en verdad que tuvieron un buen y alegre fin divino!— No pasaron por el «crepúsculo» para ir hacia la muerte—¡es una mentira decirlo!—Al contrario: se mataron á sí propios á fuerza de... ¡reir!—Eso pasó cuando llegaron á pronunciarse por un dios las palabras más impías—las palabras: ¡No hay más que un Dios! ¡Tú no tendrás otros dioses á mí lado!—Un dios viejo, colérico y celoso, se propasó hasta ese punto.—Entonces todos los dioses se echaron á reir, y, agitándose en sus asientos, exclamaron: «¿No estriba precisamente la divinidad en que haya dioses, pero no Dios?» Que el que tenga oídos para oir, oiga.»

Así hablaba Zaratustra en la ciudad que amaba y que se llama la «Vaca pintoja». Porque de allí no había ya más que dos días de marcha para volver á su

caverna al lado de sus animales; y siempre se le alegraba el alma al aproximarse su regreso.

EL REGRESO.——¡Oh soledad! ¡Patria mía! ¡He vivido mucho tiempo salvaje en salvajes países extraños para no volver á ti con lágrimas!—Ahora amenázame con el dedo como una madre, sonríeme como sonríe una madre, y di tan solo: «¿Quién era el que se escapó en otro tiempo de mi lado como un torbellino? ¿El que, al marcharse, exclamó: «¡Harto tiempo hice compañía á la soledad; conviene olvidar el silencio!» ¿Es *eso*, sin duda, lo que has aprendido ahora?—¡Oh Zaratustra! lo sé todo; y sé que tú, único, te sentías más *abandonado* entre la multitud que lo estuviste jamás conmigo.—Una cosa es el abandono y otra la soledad: *¡eso* es lo que has aprendido ahora! Y que entre los hombres serás siempre salvaje y extraño—salvaje y extraño, aun cuando te amen; porque ¡ante todo quieren que se les *guarden consideraciones!* Pero aquí estás en tu patria y en tu casa: aquí puedes decirlo todo y explayarte completamente; aquí nadie se avergüenza de sentimientos ocultos y tenaces.—Aquí todas las cosas se acercan á tu palabra con caricias y te miman: porque quieren subir á tu espalda. Montado en todos los símbolos cabalgas aquí hacia todas las verdades. Aquí puedes hablar á todas las cosas con rectitud y franqueza; y, á a verdad, les suena como un elogio el que se las hable á todas con rectitud.

«Muy distinto es el abandono. Porque, ¿te acuerdas, Zaratustra? Cuando tu ave se puso á gritar por encima de ti, estando tú en el bosque, indeciso, sin saber dónde ir, cerca de un cadáver; cuando decías: ¡que mis animales me guíen! he encontrado más peligro entre los hombre que entre los animales: *¡aquello*

era abandono!—¿Y te acuerdas, Zaratustra? Cuando estabas sentado en tu isla, fuente de vino entre vacíos cubos, dando de beber sin tasa á los sedientos, hasta que al fin tú fuiste el único sediento entre beodos, y decías de noche lamentándote: «¿No es mayor goce tomar que »dar? ¿No es mayor goce aún robar que tomar?»: *¡aquello* era abandono!—¿Y te acuerdas, Zaratustra? Cuando llegó tu hora más silenciosa y te sacó de ti mismo; cuando te cuchicheó malignamente: «¡Habla y sucumbe!»; cuando te disgustó de tu espera y de tu silencio y abatió tu decaído ánimo: *¡aquello* era abandono!»

¡Oh soledad! ¡patria mía! ¡Qué celestial y afectuosamente me habla tu voz!—Nosotros no nos interrogamos, no nos quejamos el uno al otro; abiertamente pasamos juntos por las abiertas puertas.—Porque en ti todo está abierto é iluminado; y las horas mismas se deslizan aquí más ligeras; pues en la obscuridad el tiempo os parece más pesado que á la luz.—Aquí se me revela la esencia y la expresiòn de todas las cosas: todo o que es quiere expresarse aquí y todo lo que está en vías de ser, quiere aprender á hablar de mí. —¡Allá todo discurso es vano! La mejor sabiduría es olvidar y pasar: *¡eso* es lo que he aprendido ahora!—El que quisiera comprenderlo todo entre los hombres, tendría que cogerlo todo; mas, para eso, tengo yo demasiado limpias las manos.—A mi no me agrada ya respirar su aliento. ¡Ay! ¡que haya yo vivido tanto tiempo entre su ruído y su mal aliento!—¡Oh bendita soledad! ¡oh puros aromas! ¡cómo aspira este silencio el aire puro á plenos pulmones! ¡Cómo escucha este bendito silencio! —En cambio, allá todo habla y nada se oye. Que uno anuncie su saber á son de campana, los tenderos apagarán el sonido en la plaza pública con el ruido de sus monedas.—Entre ellos todo

habla; nadie sabe ya comprender. Todo cae al agua; nada cae ya en fuentes profundas.—Entre ellos todo habla; nada se logra y concluye ya. Todo cacarea; pero ¿quién quiere aún quedarse en el nido empollando los huevos?—Entre ellos todo habla, todo se diluye. Y lo que ayer era aún demasiado duro, para el tiempo mismo y para sus dientes, hoy cuelga, desgarrado y roido, de la boca de los hombres del día.—Entre ellos todo habla, todo se divulga. Y lo que antiguamente se llamaba misterio y secreto de las almas profundas, pertenece hoy á las trompetas del arroyo.—¡Oh singular naturaleza humana! ¡bullicio en calles obscuras! Ahora quedas tras de mí; ¡mi mayor peligro queda atrás!—Las contemplaciones y la compasión fueron siempre mi mayor riesgo, y todos los seres humanos quieren ser contemplados y compadecidos.—Con verdades disimuladas, con manos locas y alocado corazón, rico en mentirillas piadosas: así he vivido siempre entre los hombres.—Yo estaba entre ellos disfrazado, dispuesto á *desconocerme* para *sufrirlos*, complaciéndome en decirme para convencerme: «¡Loco, tú no conoces á los hombres!»—se olvida lo que son los hombres cuando se vive entre ellos. Hay demasiados primeros términos entre los hombres; ¿de qué servirían *allí* las vistas lejanas y penetrantes?—Y si ellos me desconocían, yo, loco, los miraba aún con más indulgencia que á mí—acostumbrado, como estaba, á ser duro conmigo mismo,—y hasta me vengaba en mí frecuentemente de esa indulgencia.—Picado de moscas venenosas y roído, como la piedra, por las numerosas gotas de la maldad, así estaba yo entre ellos, y me decía aún: «¡Todo lo pequeño es inocente de su pequeñez!»—Los que se llaman «los buenos», especialmente, son los que me han parecido las moscas más venenosas: pican con toda

inocencia: mienten con toda inocencia. ¡Cómo *podrían* ser justos para conmigo!—La piedad enseña á mentir á los que viven entre los hombres. La piedad pone la atmósfera cargada para todas las almas libres. Porque la estolidez de los buenos es insondable.—Ocultarme á mí mismo y ocultar mi riqueza: *eso* es lo que he aprendido allá; porque el rico se me mostraba pobre de espíritu.—La mentira de mi compasión fué mirar y olfatear en cada uno lo que era *bastante* espíritu para él y lo que era ya para él *demasiado* espíritu.—A sus rígidos sabios los he llamado sabios, no rígidos; así he aprendido á tragar palabras.—A sus sepultureros los he llamado investigadores y escrutadores; así he aprendido á trocar las palabras.—Los sepultureros cogen enfermedades á fuerza de cavar fosas. Bajo viejos escombros duermen exhalaciones insanas. No hay que remover los cenagales. Hay que vivir en los montes.—¡Con nariz satisfecha respiro de nuevo la libertad de los montes! ¡Por fin se ha librado mi nariz del olor de todos los seres humanos!—Cosquilleada por el aire vivo como por vinos espumosos, mi alma *estornuda*, y exclama gozosa: «¡A tu salud!»

Así hablaba Zaratustra.

DE LOS TRES MALES.——1.—En sueños, en mi último sueño de madrugada, me encontraba hoy en un promontorio... más allá del mundo; tenía una balanza en la mano y *pesaba* el mundo.—¡Oh! ¿Por qné vino la aurora demasiado pronto para mí? ¡Me despertó el ardor de la muy celosa! Siempre es celosa ella del ardor de mis ensueños matinales.—Medible para el que tiene tiempo, pesable para un buen pesador; asequible para alas vigorosas, adivinable para divinos cascanueces: así vió mi sueño el mundo.—Mi sueño, un atrevido navegante, medio bajel, medio rá-

faga de viento, silencioso como la mariposa, impaciente como el halcón; ¡qué paciencia y qué sosiego ha tenido hoy para pesar el mundo!—¿Le habría hablado en secreto mi sabiduría, mi sabiduría del día, risueña y despierta, que se burla de todos los «mundos infinitos»? Porque dice: «Donde hay fuerza se enseñorea también el *número*, que es el que tiene más fuerza.»—¡Con qué seguridad miró mi sueño este mundo infinito! No era curiosidad, ni indiscreción, ni temor, ni súplica.—Como si una gran manzana se ofreciera á mi mano, una manzana do oro, madura, de fresca y suave piel: así se me ofreció el mundo.—Como si un árbol me hiciese señas—un árbol de ramas dilatadas, de voluntad firme, encorvado como para brindar con su apoyo al fatigado viajero:—así se hallaba el mundo sobre mi promontorio.—Como si graciosas manos me alargasen un cofrecillo—un cofrecillo abierto para deleite de los ojos púdicos y reverentes: —así salió el mundo á mi encuentro.—No enígma bastante para ahuyentar el amor de los hombres; no solución bastante para adormecer la sabiduría de los hombres; una cosa humanamente buena, tal me pareció hoy el mundo de que tanto se maldice.—¡Qué agradecido estoy á mi sueño de la mañana por haber pesado asi el mundo á primera hora! ¡Como una cosa humanamente buena ha venido á mí ese ensueño y ese consolador del corazón!—Y para proceder como él, y para que me sirva de ejemplo lo mejor suyo, quiero poner ahora en la balanza los tres males mayores y pesar humanamente bien.

El que enseñó á bendecir enseñó también á maldecir: ¿cuáles son las tres cosas más maldecidas en el mundo? Esas son las que quiero poner en la balanza. —*La voluptuosidad, el deseo de dominación, el egoísmo:* esas tres cosas han sido las más maldecidas

y calumniadas hasta aquí; esas tres cosas son las que quiero pesar humanamente bien.—¡Pues bueno! He aquí mi promontorio, y he ahí el mar: con mil caricias viene hacia mí corriendo el mar rizoso, ese perro viejo y fiel, monstruo de cien cabezas, á quien yo quiero.—Pues aquí he de tener la balanza sobre el mar undoso; y elijo también un testigo que mira—eres tú, árbol solitario, de fuerte perfume y de ancha bóveda, ¡árbol querido de mí!—¿Por qué puente va el presente hacia el porvenir? ¿Cuál es la fuerza que compele á lo alto á descender hacia lo bajo? ¿Y qué es lo que obligó á la cosa más alta á crecer más aún? —Ahora la balanza está inmóvil y con equilibrio: he echado en ella tres pesadas preguntas; el otro platillo sostiene tres pesadas respuestas.

2.—Voluptuosidad es, para todos los despreciadores del cuerpo ceñidos de cilicio, su aguijón y mortificación, y el «mundo» maldito para todos los que creen en ultramundos: porque la voluptuosidad se ríe y burla de todos los heréticos.—Voluptuosidad es, para la canalla, el fuego lento en que se la quema; para toda la madera carcomida y todos los trabajos hediondos, el gran horno ardiente.—Voluptuosidad es, para los corazones libres, algo inocente y libre, las delicias del jardín de la tierra, la rebosante gratitud del porvenir por el presente.—Voluptuosidad no es un veneno dulzón más que para los mustios; pero para los que tienen la voluntad del león, es el mayor cordial, el vino de los vinos, que se economiza religiosamente. — Voluptuosidad es la mayor felicidad simbólica para la ventura y la esperanza superior. Porque hay muchas cosas á que es prometido el matrimonio, y más que el matrimonio; muchas cosas, que son más extrañas para sí, que el hombre para la mujer; ¿y quién ha comprendido nunca enteramente hasta

qué punto son *extraños*, uno para otro, el hombre y la mujer?—Voluptuosidad... pero quiero poner cercas alrededor de mis pensamientos y también alrededor de mis palabras, para que no invadan mis jardines los cochinos y los exaltados.—Deseo de dominar: el azote punzante de los más duros de todos los corazones endurecidos, el martirio espantoso que se reserva al más cruel, la llama sombría de las hogueras vivas.—Deseo de dominar: el avieso acial que se pone á los pueblos más vanos, el que se burla de todas las virtudes inciertas, el que cabalga sobre todos los orgullos. —Deseo de dominar: el terremoto que rompe y disgrega todo lo caduco y hueco, el airado destructor de todos los sepulcros blanqueados, el signo de interrogación que surge al lado de respuestas prematuras.—Deseo de dominar: ante cuya mirada se arrastra y humilla el hombre, descendiendo por debajo de la culebra y del cochino, hasta que al fin clama en él el gran desprecio.—Deseo de dominar: el terrible maestro que enseña el gran desprecio, que predica á la cara de ciudades y de imperios: «¡Quieta allá!», hasta que al fin exclaman ellos mismos: «¡Afuera yo!»—Deseo de dominar: que sube también hacia los puros y los solitarios para atraerlos, que sube hacia las alturas de la satisfacción de sí, ardiente como un amor que pinta en el cielo terrestre seductoras beatitudes purpúreas.—Deseo de dominar... pero ¡quién querria llamar á eso un *Deseo*, cuando hacia abajo es hacia donde la altura aspira al poder! ¡Nada hay de febril ni de enfermizo en semejantes deseos y descensos!

¡Que la altura solitaria no se condene á eterna soledad ni esté contenta de sí! ¡Bajen las montañas hacia los valles y los vientos de las alturas hacia los llanos!—¡Oh! ¡quién encontraría el verdadero nombre para bautizar y honrar semejante deseo! «Virtud da-

divosa»—así llamó en otro tiempo Zaratrustra á ese algo inefable.—Y entonces también—¡por primera vez ciertamente! – elogió su palabra el *egoísmo*, el buen y sano egoísmo que brota del alma poderosa,—del alma poderosa á que corresponde el cuerpo elevado, bello, victorioso y reconfortante, á cuyo alrededor todo se trueca en espejo: el cuerpo flexible y persuasivo, el danzarín cuyo símbolo y expresión es el alma contenta de sí misma. El propio contento de tales cuerpos y tales almas, se llama: «virtud».—Con sus asertos sobre el bien y el mal, esa alegría se protege á sí propia como si se rodease de bosques sagrados; con los nombres de su ventura, destierra lejos de sí todo lo despreciable.—Destierra lejos de sí todo lo cobarde; ella dice: ¡Malo *es lo que es* cobarde! Despreciable le parece el que pena, suspira y se queja siempre y rebaña hasta las menores utilidades.—Desprecia también toda sabiduría malaventurada: porque hay también sabiduría que florece en la obscuridad, una sabiduría de sombra nocturna, como la que suspira siempre: «¡Todo es vano!»—No tiene en estima la medrosa desconfianza, ni al que quiere juramentos en vez de miradas y manos; ni tampoco á la sabiduría demasiado desconfiada: porque todo eso es propio de almas cobardes.—Más bajo le parece aún el obsequioso, el perro que se tumba enseguida de espaldas, el humilde; y también hay sabiduría humilde, rastrera, piadosa y obsequiosa.—Pero odia hasta asquearse al que nunca quiere defenderse, al que se traga los escupitajos venenosos y las miradas aviesas, al pacientísimo que todo lo soporta y con todo se contenta: porque eso es propio de la ralea servil.—Si hay alguien que es servil ante los dioses y los pies divinos ó ante los hombres y ante estúpidas opiniones de hombres, ¡á *todo* servilismo escupe á la cara ese ben-

dito egoísmo!—Malo: así llama á todo lo que es bajo, ruin y servil, á los ojos entornados y sumisos, á los corazones contritos y á esas criaturas falsas y rastreras que besan con labiazos cobardes.—Y pseudo-sabiduría: asi llama á las insulseces pretenciosas de la gente servil, de los viejos y de los aburridos, y sobre todo á la absurda locura pedante de los sacerdotes.—Los falsos sabios, todos los sacerdotes, los hastiados del mundo, la gente de alma afeminada y servil, ¡oh! ¡cómo han perseguido siempre al egoismo con sus mañas!—¡Y precisamente debía ser virtud, y llamarse virtud, el perseguir al egoísmo! ¡Y todos esos cobardes y todas esas arañas cansadas de vivir deseaban eximirse, con buenas razones, del apego á la propia persona!—Mas para todos ellos viene ahora la luz, la espada de la justicia, el *gran mediodía*: ¡allí se pondrán de manifiesto muchas cosas!—Y el que glorifica al Yo y santifica al egoísmo, ese, el adivino, dice en verdad lo que sabe: «*¡Ved: ya viene, ya se acerca el gran medíodía!*»

Asi hablaba Zaratustra.

DEL ESPÍRITU DE LA PESADEZ.——1.—Mi boca es la del pueblo: hablo demasiado grosera y llanamente para los remilgados. Pero aún parece más extraña mi palabra á los escritorzuchos.—Mi mano es una mano de loco: ¡pobres de todas las mesas y de todas las paredes y de todo lo que ofrezca espacio para adornos y chafarrinones de loco!—Mi pie es casco de caballo; con él troto y galopo por montes y por valles, de acá para allá; y en el transporte de toda rápida carrera soy de la piel del diablo.—Mi estómago es quizá estómago de águila. Porque prefiere á todo la carne de cordero. Pero seguramente es estómago

de ave.—Sustentado con cosas inocentes y con poco, pronto á volar é impaciente por tomar el vuelo: así soy. ¡Cómo no he de tener algo de ave!—Y soy como un ave, sobre todo porque soy enemigo del espíritu de la pesadez: ¡enemigo á muerte de veras, enemigo jurado, enemigo nato! ¡Dónde no ha volado ya mi enemistad!—Sobre esto podría entonar un canto... y *quiero* entonarle, aunque esté solo en una casa vacía y tenga que cantársele á mis propios oídos.—Son muchos los cantores que no tienen expedita la garganta, elocuente la mano, expresiva la mirada y despierto el corazón más que cuando está llena la casa: no me parezco á esos.

2.—El que enseñe á volar á los hombres del porvenir habrá removido todas las lindes; para él las lindes mismas volarán por los aires; bautizará de nuevo á la tierra—la llamará «la ligera».—El avestruz corre más deprisa que el más veloz corcel; pero también hunde aún pesadamente la cabeza en la pesada tierra: lo mismo el hombre que no sabe aún volar.—La tierra y la vida le parecen pesadas, ¡y eso es lo que *quiere* el espíritu de la pesadez! Pero el que desee ser ligero como un ave debe amarse á sí mismo: así enseño *yo*.—No amarse, ciertamente, con el amor de los enfermos y calenturientos: porque en esos hasta el amor propio huele mal.—Hay que aprender á amarse á sí mismo con un amor sano, para aprender á soportarse y no echarse á rondar fuera de sí.—Tal ronda se llama «amor al prójimo»; con esa expresión es con la que más se ha mentido y fingido, especialmente por parte de aquellos á quienes todo el mundo soporta con trabajo.—Y no es un mandamiento para hoy y para mañana este de *aprender* á amarse. Es, al contrario, la más sutil, la más astuta, la última y la más paciente de todas las artes.—Porque toda propiedad

está bien oculta para su poseedor; y, de todos los tesoros, el que más tarde se descubre es el que os pertenece en propiedad: esa es la obra del espíritu de la pesadez.—Casi en la cuna se nos dota ya de pesadas palabras y pesados valores: «bien» y «mal»—así se llama ese patrimonio.—Por él se nos perdona vivir. —Y si los hombres dejan venir hacia sí á los niños, es para impedir á tiempo que se amen á sí propios: tal es la obra del espíritu de la pesadez.—¡Y nosotros... arrastramos fielmente aquello con que se nos carga, sobre duros hombros y por áridos montes! Y si sudamos, se nos dice: «¡Paciencia; la vida es una carga pesada!»—¡Pero lo único pesado de llevar para el hombre es el hombre mismo! Es que él arrastra sobre sus hombros demasiadas cosas extrañas. Semejante al camello, se arrodilla y se deja cargar bien.—Sobre todo, el hombre fuerte y resistente, lleno de veneración: ese carga sobre sus hombros demasiadas palabras y valores *extraños* y pesados: ¡por eso la vida le parece un desierto!—¡Y realmente muchas cosas que os son *propias* son también pesadas de llevar! El interior del hombre se parece mucho á la ostra: repelente, escurridizo y difícil de coger; de modo que una noble concha de nobles adornos se ve obligada á interceder por el resto. Entonces hay que aprender ese arte: *¡poseer* corteza, una bella apariencia y una sabia ceguedad!—Mucho se engaña uno también acerca del hombre por haber mucha corteza pobre y triste de excesivo espesor. Hay mucha fuerza y bondad ocultas que jamás se adivinan; los manjares más exquisitos no encuentran aficionados.—Las mujeres, más delicadas, lo saben: un poco más, un poco menos de carnes—¡oh! ¡cuánto destino hay en tan poca cosa!— El hombre es difícil de descubrir, y más aún para él mismo: la inteligencia miente á menudo acerca del co-

razón. He ahí la obra del espíritu de la pesadez.—Pero se ha descubierto á sí mismo el que dice: Este es *mi* bien y *mi* mal. «Bien para todos, mal para todos.»—En verdad, tampoco me agradan aquellos para quienes todas las cosas son buenas, y que llaman á este mundo el mejor de los mundos. Yo los llamo los omnisatisfechos.—La facilidad de gustarlo todo no es el mejor de los gustos. Yo alabo las lenguas delicadas y los estómagos escrupulosos que han aprendido á decir: «*Yo*» y «Sí» y «No».—Pero mascarlo y digerirlo todo... ¡eso es hacer como los cochinos! ¡Decir siempre *Sí*, eso sólo el asno y los de su especie lo aprenden!—Lo que *mi* gusto desea es el amarillo intenso y el rojo caliente; mezcla sangre con todos los colores.—Pero el que revoca su casa de blanco revela con eso que tiene una alma revocada de blanco.—Unós enamorados de momias, otros de fantasmas, y todos igualmente enemigos de la carne y de la sangre, ¡qué contrarios son todos á mi gusto! Porque á mi me gusta la sangre.—Y no quiero estar donde todo el mundo escupe: ese es ahora *mi* gusto—preferiría vivir entre perjuros y ladrones. Nadie tiene oro en la boca.—Pero aún me repugnan más los lamedores de escupitajos; y al animal más repugnante que he visto entre los hombres le he llamado parásito: no queria amar, y quería vivir del amor.—Llamo desgraciados á todos los que no tienen que elegir más que entre dos cosas: hacerse animales feroces ó feroces domadores de animales; no quisiera yo levantar mi tienda á su lado.—Llamo desgraciados también á los que tienen que estar siempre *de espera*—son opuestos á mí todos esos aduaneros y tenderos y reyes y demás guardianes de paises y de tiendas.—Yo también he aprendido profundamente á esperar, pero á esperarme á *mí*. Y he aprendido sobre todo á tenerme en pie,

á andar, á correr, á saltar, á trepar y á bailar.—Porque mi doctrina es esta: el que quiere aprender á volar un día debe aprender desde luego á tenerse en pie, á andar, á correr, á saltar, á trepar y á bailar: ¡no se aprende á volar de buenas á primeras!—Con escalas de cuerda he aprendido á escalar más de una ventana, con ágiles piernas trepé á elevados mástiles. No me parecía escasa ventura encontrarme subido en los altos mástiles del conocimiento, oscilando como una llamita: una lucecilla tan sólo, pero un gran consuelo, no obstante, para las naves encalladas y los náufragos.—Yo he llegado á mi verdad por muchos caminos y de muchas maneras: no he subido por una sola escala á la altura desde donde mis ojos miran á lo lejos.

Y jamás he preguntado el camino sin violentarme —¡siempre fuí opuesto á eso!—Siempre preferí interrogar y someter á prueba á los caminos mismos.—Probando é interrogando, esa fué toda mi manera de caminar; y, naturalmente, hay que *aprender* también á responder á semejantes preguntas. He ahí mi gusto—no es un gusto bueno ni malo; pero es *mi* gusto, y no tengo que ocultarle ni avergonzarme de él.—«Tal es ahora *mi* camino; *¿dónde* está el vuestro?» Eso es lo que yo respondía á los que me preguntaban por «el camino». Porque *el* camino... el camino no existe.»

Así hablaba Zaratustra.

DE LAS ANTIGUAS Y LAS NUEVAS TABLAS.

——1.—«Aquí aguardo sentado, rodeado de antiguas tablas rotas y también de tablas nuevas á medio escribir. ¿Cuándo llegará mi hora?—la hora de mi descenso, de mi declinación: porque yo quiero volver otra vez al lado de los hombres.—Eso es lo que ahora

espero: pues ante todo han de venir los signos indicadores de que ha llegado *mi* hora—el león risueño con el enjambre de palomas.—Entre tanto, como quien tiene tiempo, me hablo á mí mismo. Nadie me cuenta cosas nuevas; así, pues, me cuento yo á mí mismo.

2.—Cuando vine al lado de los hombres, los hallé encastillados en una añeja presunción: todos creían saber desde hacía mucho tiempo lo que es bien y mal para el hombre.—Toda discusión sobre la virtud les parecía cosa vieja y cansada, y el que queria dormir tranquilamente hablaba aún del «bien» y del «mal» antes de ir á acostarse.—Yo sacudí la torpeza de ese sueño cuando: *¡Nadie sabe aún* lo que es bien y mal..., si no es el creador!—Sólo el que crea el fin de los hombres y el que da su sentido y su porvenir á la tierra, sólo él *crea* el bien y el mal de todas las cosas.—Y yo les he ordenado que derriben sus antiguas cátedras; y, dondequiera que existía esa añeja presunción, les he mandado que se rían de sus grandes maestros de virtud, de sus santos, de sus poetas y de sus salvadores del mundo.—Les he mandado que se rían de sus sabios austeros, cuidando de ponerles en guardia contra los negros espantajos plantados en el árbol de la vida.—Me he sentado á orillas de su gran calle de tumbas, entre la carroña y los buitres, y me he reído de todo su pasado y del mustio esplendor de ese pasado ruinoso. —A semejanza de los predicadores de cuaresma y de los locos, he fulminado anatemas contra sus grandezas y pequeñeces.—¡Qué pequeño es lo mejor de ellos! ¡Qué pequeño igualmente lo peor!—Así me reía.—Mi sabio anhelo también gritaba y reía en mí: ese anhelo de alas ruidosas, de una sabiduría verdaderemente salvaje nacida en las montañas.—Con frecuencia me ha llevado muy lejos, más allá, hacia lo alto, en medio de la risa; yo entonces

volaba estremeciéndome como una flecha al través de los éxtasis ébrios de sol: volaba á remotos futuros que ningún sueño ha visto, á Mediodías más cálidos que los que ha podido soñar jamás la fantasía—allá donde los dioses bailadores se avergüenzan de todos los vestidos,—á fin de hablar en parábolas, y balbucear y cojear como los poetas: ¡Verdaderamente me avergüenzo de tener que ser aún poeta!—Volaba á donde todo porvenir me parecía bailes y travesuras divinas, á donde el mundo suelto y desenfrenado se refugiaba en sí mismo: como un eterno huirse y buscarse de muchos dioses, como una bendita contradicción, una repetición y un regreso hacia sí de muchos dioses: A donde todo tiempo me parecía una deliciosa burla de los instantes, á donde la necesidad era la libertad misma, que jugueteaba gozosa con el aguijón de la libertad: A donde he vuelto á encontrar también mi antiguo demonio y enemigo nato, el espíritu de la pesadez y todo lo que él creó: la coacción, la ley, la necesidad, la consecuencia, el fin, la voluntad, el bien y el mal.—Porque ¿no es menester que haya cosas *sobre* las cuales se pueda bailar y pasar bailando? ¿No es menester que haya, á causa de los ligeros y de los más ligeros, topos y *pesados* enanos?

3.—También allá recogí en mi camino la palabra «Superhombre» y esta doctrina: «El hombre es una cosa que debe ser superada; el hombre ha de ser un puente, y no un fin: gozoso de su mediodía y de su tarde, cual camino hacía nuevas auroras—la palabra de Zaratustra sobre el gran Mediodía, con lo demás que suspendí por encima de los hombres, como una segunda puesta de púrpura.—Les hice ver también nuevas estrellas y nuevas noches; y sobre las nubes y el día y la noche extendí la risa como un tapiz de variados matices.—Les he enseñado todos *mis* pensa-

mientos y todas *mis* aspiraciones: á concentrar y unir todo lo que en el hombre no es más que fragmento y enigma y pavoroso azar.—Como poeta, como adivino de enigmas, como redentor del azar, les he enseñado á ser creadores del porvenir y á salvar, creando, todo lo que *fué*.—Salvar el pasado en el hombre y transformar todo «lo que fué» hasta que la voluntad diga: «¡Pero así quería yo que fuese! ¡Así he de quererlo!»

He ahí lo que he llamado su salvación; sólo á eso les he enseñado á llamar salvación.—Ahora espero la *mía*, para tornar por última vez al lado de ellos.—Porque *una* vez más quiero volver al lado de los hombres: *entre ellos* quiero desaparecer, y ofrecerles, al morir, el más rico de mis dones.—Eso lo he aprendido del sol, de ese opulento sol, de inagotable riqueza, que, al ponerse, derrama su oro en el mar, de tal modo, que hasta los más pobres pescadores reman entonces con *dorados* remos! Lo ví una vez, y, mientras lo veía, no se cansaban de correr mis lágrimas...

A la manera del sol quiere desaparecer también Zaratustra: ahora se sienta aquí á esperar, rodeado de antiguas tablas rotas y de tablas nuevas... á medio escribir.

4.—Mirad: aquí tenéis una nueva tabla; pero ¿dónde están mis hermanos para llevarla conmigo al valle y á los corazones de carne?—Así lo exige mi gran amor á los más lejanos: *¡no mires por tu prójimo!* El hombre es una cosa que debe ser superada.—Puede uno llegar á superarse por múltiples medios y caminos: eso es cosa *tuya*. Sólo un bufón piensa: «También se puede *saltar* por encima del hombre.»—¡Supérate á ti mismo, aun en tu prójimo, y no permitas que te den un derecho que tú puedas tomarte!—Lo que tú

haces nadie puede volvértelo á hacer. Sábelo: no hay recompensa.—El que no puede mandarse debe obedecer. Y hay quienes *saben* mandarse, pero que distan mucho aún de saber también obedecerse.

5.—Tal es la condición de las almas nobles: no quieren tener nada *gratuitamente*, y, menos que todo, la vida.—El que forma parte del populacho quiere vivir gratuítamente; pero nosotros, á quienes se ha dado la vida, reflexionamos siempre en *lo* mejor que podríamos dar *á cambio*.—Y en verdad que es noble lenguaje el que dice: «¡Lo que la vida nos ha prometido á *nosotros* queremos cumplírselo *nosotros*... á la vida!»—No se debe querer gozar allí donde no se hace gozar. ¡Fijaos; no se debe *querer* gozar!—Porque el goce y la inocencia son las dos cosas más púdicas: ninguna de las dos quiere ser buscada. Hay que *poseerlas*; pero vale más aún *buscar* la falta y el dolor.

6.—Hermanos míos, el que es una primicia será siempre sacrificado; y nosotros ahora somos primicias.—Todos sangramos en el altar secreto de los sacrificios, todos nos quemamos y asamos en honor de los viejos ídolos.—Lo mejor de nosotros es joven aún: excita á los paladares viejos.—Nuestra carne es tierna, nuestra piel no es más que una piel de cordero: ¡cómo no hemos de tentar á viejos sacerdotes idólatras!—*En nosotros mismos* alienta aún el viejo sacerdote idólatra que se prepara á celebrar un festín con lo mejor que tenemos. ¡Ay, hermanos míos! ¡cómo no han de ser sacrificados los precursores!—Pero así lo quiere nuestra condición, y yo amo á los que no quieren conservarse. Amo con todo mi corazón á los que desaparecen, porque pasan al otro lado.

7.—¡Ser verídicos... pocos lo *saben!* ¡Y el que lo sabe no quiere serlo, especialmente, los buenos.—¡Vaya con los buenos! *Los hombres buenos no dicen*

nunca la verdad; ser bueno de tal manera es una enfermedad para el espíritu.—Los buenos ceden, se rinden, su memoria repite como un eco y su razón obedece; ¡pero el que obedece *no se oye á sí mismo!*—Todo lo que llama malo los buenos debe reunirse para que nazca *una* verdad. ¡Oh, hermanos míos! ¿sois bastante malos para *esa* verdad?—La audacia temeraria, la prolongada desconfianza, el cruel *No*, la aversión, la incisión en lo vivo... ¡qué raro es que todo *eso* se reuna! Sin embargo, de tales semillas... nace la verdad.—*¡Al lado* de la conciencia réproba creció todo saber hasta el presente! ¡Romped, rompedme las antiguas tablas, los que aspiráis al conocimiento!

8.—Cuando hay maderos tendidos sobre el agua, cuando hay puentecillos y parapetos al través del río, entonces no se dará crédito á nadie que diga: «todo corre».—Al contrario: hasta los imbéciles le contradicen. «¡Cómo! (exclaman). ¿Qué todo corre? ¡Pues los maderos y parapetos están sobre el río!»—«Por encima del río todo es sólido; todos los valores de las cosas, los puentes, los conceptos, todo «bien» y «mal», ¡todo eso es *sólido!*»—Y cuando viene el crudo invierno, el domador de los ríos, los más maliciosos aprenden á desconfiar; y no son sólo los imbéciles los que dicen entonces: «¿No estaría todo *inmóvil?*—«En el fondo todo permanece inmóvil»: he ahí una verdadera enseñanza de invierno, una buena cosa para los tiempos estériles, un buen consuelo para el sueño invernal y los sedentarios.—«En el fondo todo permanece inmóvil»; pero el viento del deshielo protesta *contra* esa palabra.—¡El viento del deshielo, un toro que no labra, un toro furioso y destructor, que rompe el hielo con astas coléricas! El hielo, por su parte... *¡rompe los puentecillos!*—¡Oh hermanos míos! ¿no *corre to-*

do ahora? ¿No han caído al agua todos los parapetos y todos los puentecillos? ¿Quién se *sostendrá* ya sobre el «bien» y el «mal»?

«¡Ay de nosotros! ¡gloria á nosotros! ¡El viento del deshielo sopla!» Predicad así al través de todas las calles, hermanos míos.

9.—Hay una añeja locura que se llama bien y mal. La rueda de esa locura ha girado hasta el presente alrededor de los adivinos y de los astrólogos.—En otro tiempo se *creía* en los adivinos y en los astrólogos: y *por eso* se creía: «todo es fatalidad: ¡tú debes, porque es necesario!»—Después se desconfió de todos los adivinos y de todos los astrólogos, y *por eso* se creyó: «todo es libertad: ¡puedes, porque quieres!»—¡Oh hermanos míos! sobre las estrellas y sobre el porvenir no se ha hecho hasta el presente más que conjeturar, sin saber nunca; y *por eso* sobre el bien y el mal no se ha hecho más que conjeturar, sin saber nunca.

10.—«¡No robarás! ¡No matarás!» Estas palabras se llamaban santas en otro tiempo: ante ellas doblaba la gente las rodillas y la cabeza, y se descalzaba.—Pero yo os pregunto: ¿Dónde hubo jamás en el mundo mejores salteadores y asesinos que esas santas palabras?—¿No hay en la vida misma robo y asesinato? Y, al santificar esas palabras, ¿no se ha asesinado á la *verdad* misma?—¿O era predicar la muerte santificar todo lo que contradecía y desaconsejaba la vida? —¡Oh hermanos míos! romped, rompedme las antiguas tablas.

11.—Compadezco todo lo pasado al ver su abandono á merced del arbitrio, de las disposiciones, de los desvaríos de cada generación que viene y mira todo lo que fué como puente de sí misma.—Podría venir un gran déspota, un genio maléfico, que violen-

tase arbitrariamente todo lo pasado, hasta que llegara á ser para él un puente, un pronóstico, un heraldo y un canto de gallo.—Mas he aquí el otro peligro y mi otra compasión: los pensamientos del que forma parte del populacho se remontan hasta el abuelo; pero con el abuelo acaba el tiempo.—Así todo el pasado queda en el abandono: porque un día podría suceder que el populacho se hiciese amo y que todo el tiempo se ahogase en aguas someras.—Por eso, hermanos míos, hace falta una nueva *nobleza*, adversaria de todo populacho y de todo despotismo, y que escriba de nuevo, en nuevas tablas, la palabra «noble».—¡Porque se necesitan muchos nobles *para que haya nobleza*! O como dije en otro tiempo en parábola: «¡La divinidad consiste precisamente en que haya muchos dioses, pero no Dios!»

12.—¡Oh hermanos míos! al enseñaros que debéis ser para mí creadores y educadores—sembradores del porvenir,—os invisto de una nueva nobleza; no, en verdad, de una nobleza que podáis comprar como mercachifles y con oro de mercachifles: porque todo lo que tiene precio, poco valor tiene.—¡No será el origen de donde venís lo que os honre en adelante, sino el término adonde vais! Vuestra voluntad y vuestro paso que quiere ir más allá que vosotros mismos: ¡cífrese en eso vuestro nuevo honor!—No en que hayáis servido á un príncipe—¡qué importan ya los príncipes!—ó en que hayáis venido á ser muralla de lo que existe para que lo que existe sea más sólido.—No en que vuestro linaje se haya hecho cortesano en la corte, y en que hayáis aprendido, como el flamenco, á estar de pie durante largas horas á orillas del estanque—porque *saber* estar de pie es un mérito en los cortesanos; y todos los cortesanos creen que tener el *permiso* de sentarse forma parte de la felicidad

después de la muerte.—Ni tampoco en que un espíritu que llaman santo condujese á vuestros ascendientes á tierras prometidas, que no alabo *yo:* porque en el pais donde ha brotado el peor de todos los árboles—la cruz—¡no hay nada que alabar!—Y, en verdad, donde quiera que ese «Espíritu Santo» condujese á sus caballeros, tales cortejos iban siempre... *precedidos* de cabras, de gansos, de locos y de tarambanas.—¡Oh hermanos míos! ¡no es hacia atrás hacia donde debe mirar vuestra nobleza, sino hacia *afuera!* ¡Debéis ser expulsados de todas las patrias y de todos los países de vuestros ascendientes!—Debéis amar al país de vuestros *hijos:* sea este amor vuestra nobleza—el país inexplorado en medio de lejanos mares, ¡ese es el que digo á vuestras velas que busquen y vuelvan á buscar!—Debéis *redimiros* en vuestros hijos de ser hijos de vuestros padres: *¡así* libertaréis á todo el pasado! ¡Yo pongo por encima de vosotros esta nueva tabla!

13.—¿Por qué vivir? ¡todo es vano! Vivir... es trillar paja; vivir... es quemarse sin llegar á calentarse.»—Esas viejas cantilenas pasan aún por «sabiduría»: son añejas, trascienden á rancias; *por eso* se las honra más. También la podredumbre ennoblece.—Podían hablar asi niños, que *temen* el fuego, porque los ha quemado. Hay mucha puerilidad en los antiguos libros de la sabiduría.—Y el que trilla siempre paja ¡cómo tendría el derecho de burlarse cuando se trilla el trigo! ¡Habría que amordazar á tales locos!—Esos se sientan á la mesa sin llevar nada, ni siquiera un buen apetito, y blasfeman ahora: «¡Todo es vano!»—Pero comer y beber bien, hermanos míos, no es en verdad un arte vano. ¡Romped, rompedme las tablas de los eternamente descontentos!

14.—«Para los puros todo es puro»—así habla el

pueblo.—Pero yo os digo: ¡para los puercos todo es puerco!—Por eso los fanáticos y los que inclinan la cerviz, que también tienen caído el corazón, exclaman: «¡Hasta el mundo es un monstruo fangoso!»—Porque todos esos tienen sucio el espíritu, especialmente los que no se dan paz ni reposo mientras no hayan visto el mundo *por detrás*—¡esos creyentes en el mundo posterior!—A *ellos* les digo yo en su cara, aunque no suene muy bien: el mundo se parece al hombre en que tiene su parte trasera; *¡eso* es muy verdad!—Hay en el mundo mucho fango: *¡eso* es muy verdad! ¡pero no por eso es el mundo un mónstruo fangoso!—La sabiduría quiere que haya en el mundo muchas cosas que huelen mal: ¡el asco mismo crea alas y fuerzas que presienten manantiales!—Aun en los mejores hay algo que repugna, ¡y el mejor mismo es cosa que debe superarse!—¡Oh hermanos míos! ¡conviene á la sabiduría que haya mucho fango en el mundo!

15.—He oído á piadosos creyentes en ultra-mundos decir á su conciencia palabras como esas, y, en verdad, sin malicia ni broma—aunque no haya nada más falso en la tierra, ni nada peor: «¡Dejad al mundo ser el mundo! ¡No mováis siquiera un dedo contra él!—Dejad que se estrangule y traspase, que se desuelle y pulverice á las gentes; no mováis siquiera un dedo para oponeros á ello. Así aprenden á renunciar al mundo.—Y á tu propia razón deberías abatirla y extrangularla: porque esa razón es de este mundo; así aprendes tú mismo á renunciar al mundo.»—¡Romped, rompedme, hermanos míos, esas viejas tablas de los devotos! ¡Aniquilad las palabras de los calumniadores del mundo!

16.—«El que aprende mucho olvida todos los deseos violentos»—así se murmura hoy en todas las

calles obscuras.—«La sabiduría fatiga; nada vale la pena; no debo codiciar»—*yo* he encontrado suspendida esta nueva tabla, aun sobre las plazas públicas. —¡Romped, hermanos míos, romped también esa *nueva* tabla! La han suspendido los hastiados del mundo, los predicadores de la muerte y los carceleros: porque es también un llamamiento al servilismo. —Ellos han aprendido mal, y no las cosas mejores, y todo demasiado pronto y demasiado aprisa: han *comido* mal, y se les ha revuelto el estómago—¡que un estómago revuelto es ese espíritu que aconseja la muerte! Porque el espíritu, hermanos míos, *es* verdaderamente un estómago.—La vida es una fuente de alegría! mas, para el que deja hablar á su estómago empachado, padre de la tristeza, todas las fuentes están emponzoñadas.—Conocer es un *goce* para el que tiene voluntad de león. Pero el que se ha fatigado sufre el yugo de una voluntad extraña; todas las olas juegan con él.—Y así hacen todos los débiles: se pierden en su camino. Y su cansancio acaba por preguntarse: «¿Por qué habíamos de seguir este camino? ¡Todo es igual!»—A *ellos* es á quienes agrada oir predicar: «¡Nada vale la pena! ¡No debéis querer!» Y, eso, sin embargo, es un llamamiento al servilismo. —¡Oh hermanos míos! Zaratustra llega como una ráfaga de viento fresco para todos los que están fatigados de su camino; ¡aún ha de hacer estornudar á muchas narices!—¡Mi hálito libre sopla al través de los muros, penetrando en las prisiones y en los espíritus presos!

La voluntad liberta, porque la libertad es creadora: tal enseño yo. ¡Y *sólo* para crear necesitais aprender!—¡Y sólo de mí necesitáis *aprender* á aprender, aprender bien!—Que el que tenga oídos oiga.

17.—La barca está pronta; boga allá, á la otra

parte, quizá hacia la gran nada. ¿Pero quién quiere embarcarse hacia ese «quizá»?—¡Ninguno de vosotros quiere embarcarse en la barca de la muerte! ¡Cómo queréis entonces estar *fatigados del mundo!* —¡Fatigados del mundo! ¡Y no estáis desprendidos siquiera de la tierra! ¡Yo siempre os he visto deseosos de la tierra, enamorados de vuestra propia fatiga de la tierra!—No en vano tenéis el labio pendiente: ¡aún le pesa un deseillo terreno! Y en vuestra mirada ¿no flota una nubecilla de alegría terrena que no habéis olvidado aún?—Hay en la tierra muchas buenas invenciones, unas útiles, otras agradables: por eso hay que amar á la tierra.—Y algunas invenciones son tan buenas, que son como el seno de la mujer, útiles y agradables juntamente.—¡Pero á vosotros, fatigados del mundo y perezosos, hay que sacudiros con varas! ¡A varazos hay que avivaros las piernas!—Porque, si no sois enfermos y seres gastados, de quienes está fatigada la tierra, sois perezosos ladinos ó gatos golosos y cazurros que sólo buscan su placer. Y si no queréis volver á *correr* alegremente, es preciso que desaparezcáis.—No hay que empeñarse en ser médico de los incurables: así enseña Zaratustra. ¡Desapareced, pues!—Pero se necesita más *valor* para dar remate que para hacer un verso nuevo: eso lo saben todos los médicos y todos los poetas.

18.—¡Oh hermanos míos! Hay tablas creadas por la fatiga y tablas creadas por la pereza, la podrida pereza: aunque hablan del mismo modo, quieren ser oídas de modos diferentes.—¡Ved ese alicaído! No dista más que un paso de su término; pero, á causa de su fatiga, el valiente se ha tumbado mohino en la arena.—De puro rendido, bosteza á la vista de su camino, de la tierra, de su fin y de sí propio: ¡no quiere dar un paso más ese valiente!—Ahora el sol

le derrite, y los perros querían lamerle el sudor; pero allí se está tumbado tercamente y prefiere consumirse.—¡Consumirse á un paso de su fin! ¡A tal héroe será menester que le llevéis de los pelos hacia su cielo!—Más vale, en verdad, que le dejéis donde se ha tumbado para que le venga el sueño, el sueño consolador, con un rumor de lluvia refrigerante.—Dejadle acostado hasta que despierte de suyo—hasta que rechace de suyo toda fatiga y todo lo que en él enseñaba la fatiga.—Lo único que habéis de hacer, hermanos míos, es echar lejos de él los perros, los perezosos cazurros y toda esa plaga invasora.—¡Toda la plaga invasora de la gente «ilustrada» que se alimenta del sudor de los héroes!

19.—Yo trazo en torno de mí círculos y santas fronteras: cada vez son menos los que suben conmigo por montañas más elevadas cada vez: yo levanto una cadena de montes cada vez más santos.—Pero adondequiera que deseéis subir conmigo, hermanos míos, ¡cuidad de que no haya *parásitos* que suban con vosotros!—Un parásito es un gusano rastrero é insinuante que quiere engordarse con todas vuestras intimidades enfermas y heridas.—Y *ese* es su arte: adivinar dónde están fatigadas las almas que suben. En vuestra aflicción y en vuestro descontento, en vuestro frágil pudor, construye su repugnante nido.—Donde el fuerte es débil, donde el noble es demasiado indulgente, allí construye su repugnante nido: el parásito habita donde el grande tiene riconcillos enfermos.—¿Cuál es la especie de seres más alta y cuál la más baja? El parásito es la especie más baja, pero el que es de la especie más alta es el que alimenta más parásitos.—Porque el alma que tiene la escala más larga y puede descender más abajo, ¿cómo no llevaría so-

bre sí el mayor número de parásitos?—El alma más vasta, que puede correr, extraviarse y errar más lejos en sí misma; la más necesaria, que se precipita por placer en el azar:—El alma que es y se sumerge en la corriente del venir á ser; el alma que posee y *quiere* el querer y el deseo:—El alma que se huye á sí misma y que se alcanza á sí misma en el más amplio círculo; el alma más sensata á quien la locura invita más dulcemente:—El alma que se ama más á sí misma, en quien todas las cosas tienen su ascenso y su descenso, su flujo y su reflujo... ¡oh! ¿cómo el *alma más alta* no tendría los peores parásitos?

20.—¡Oh hermanos míos! ¿Me mostraré cruel diciéndoos que lo que cae es menester aún empujarlo?—Todo lo que es de hoy cae y se descompone: ¿quién, pues, querría retenerlo? Yo, por mi parte, *quiero* aún empujarlo.—¿Conocéis la voluptuosidad que precipita las piedras en profundidades á pico? Ved esos hombres de hoy: mirad cómo ¡ruedan á mis profundidades!—¡Yo soy un preludio para mejores tañedores, hermanos míos! ¡Un ejemplo! *¡Obrad* según mi ejemplo!—Y á quien no enseñéis á volar, enseñadle... *¡á caer más deprisa!*

21.—Me gustan los valientes; pero no basta ser buena espada: ¡hay que saber también *á quién* se hiere!—Y muchas veces hay más valentía en abstenerse y en pasar adelante, *á fin* de reservarse para un enemigo más digno.—Vosotros no debéis tener más que enemigos dignos de odio. pero no enemigos dignos de desprecio: es menester que estéis orgullosos de vuestro enemigo; ya una vez os lo he enseñado.—Es menester que os reservéis para el enemigo más digno, amigos míos; por eso hay muchos ante los cuales debéis pasar, sobre todo, ante la canalla numerosa que os apedrea los oídos, hablándoos del pueblo y de

las naciones.—¡Guardad vuestros ojos de su «pro» y de su «contra»! Hay ahí mucha justicia é injusticia: ver tal cosa subleva.—Verla y embestir es todo uno: ¡Marchaos, pues, á los bosques y dad paz á vuestra espada!—¡Seguid *vuestros* caminos! ¡Y dejad á los pueblos y naciones seguir los suyos!—¡Caminos obscuros, en verdad, donde no brilla ya ninguna esperanza!—¡Reine el mercachifle donde todo lo que brilla no es màs que oro de mercachifle! No es ya tiempo de reyes: lo que hoy se llama pueblo no merece rey.—Mirad, si no, cómo imitan ahora las naciones à los mercachifles: ¡rebañan las menores utilidades en todas las barreduras!—Se espían, se acechan—á eso es á lo que llaman «buena vecindad.» ¡Dichosos tiempos aquellos en que un pueblo se decía: «¡Sobre naciones quiero yo *enseñorearme!*»—Porque, hermanos míos, lo mejor debe reinar, lo mejor *quiere* también reinar. Y donde se oye otra doctrina es que *falta* lo mejor.

22.—Si *éstos* tuviesen el pan de balde, ¡mal haya! ¿tras de qué andarían gritando? ¿De qué se ocuparían si no fuese de su subsistencia? ¡Y es necesario que tengan dura vida!—Son animales rapaces: en su «trabajo» hay rapto también; en sus «ganancias»... hay también astucia. ¡Por eso deben tener dura vida!—Deben, pues, hacerse mejores animales rapaces, más finos y astutos, animales más *semejantes al hombre:* porque el hombre es el mejor animal rapaz.—El hombre ha arrebatado ya sus virtudes á todos los animales; por eso, de todos los animales, el hombre es el que ha tenido la vida más dura.—Sólo las aves están aún por encima de él. Y si el hombre aprendiese también á volar, ¡oh! *¡á qué altura* volaría su rapacidad!

23.—Así quiero yo al hombre y á la mujer; el uno apto para la guerra; la otra apta para dar á luz; pero

los dos aptos para bailar con cabeza y piernas.—¡Y que cada día en que no se haya bailado una vez al menos sea perdido para nosotros! ¡Y que toda verdad que no traiga al menos una risa nos parezca falsa!

24.—Tocante á la manera como «anudáis» vuestros matrimonios, cuidad de que no sea un mal *nudo*. —¿Habéis anudado demasiado deprisa? ¡Pues de ahí *se sigue* un rompimiento!—¡Y vale más aún romper el vínculo que doblegarse y mentir! He aquí lo que me ha dicho una mujer: «Es verdad que yo he roto los lazos del matrimonio, pero los lazos del matrimonio me habían roto antes á mí.»—Siempre vi que los mal avenidos se hallaban sedientos de la peor venganza: se vengan en todo el mundo de no poder ya andar separadamente.—Por eso quiero que los que son de buena fe digan: «Nosotros nos amamos: *¡procuremos* guardarnos afecto! O bien, ¿sería una equivocación nuestra promesa?»—«¡Dadnos un plazo, una corta unión para que veamos si somos capaces de una larga unión! ¡Es una grave cosa ser siempre dos!»—Así aconsejo á todos los que son de buena fe; ¡y á que se reduciría mi amor al Superhombre y á todo lo que debe venir, si aconsejase y hablase de otro modo!—Y no debéis sólo multiplicaros, sino *elevaros*. ¡Oh hermanos míos! ¡que os ayude para eso el jardín del matrimonio!

25.—El que conoce á fondo los antiguos orígenes, ese acabará por buscar las fuentes del porvenir y nuevos orígenes.—Hermanos míos, no pasará ya mucho tiempo sin que broten nuevos pueblos, sin que nuevos manantiales mujan en nuevas profundidades.—Porque el terremoto hunde muchas fuentes y crea mucha sed: eleva también á la luz fuerzas interiores y secretas.—El temblor de tierra revela nuevos manantiales. En el cataclismo de los pueblos antiguos

surgen manantiales nuevos.—Y si uno exclama: «Mirad: aquí tenéis *una* fuente para muchos sedientos, *un* corazón para muchos desmayados, *una* voluntad para muchos instrumentos,» en torno de ese se reune un *pueblo*, es decir: muchos hombres que hacen la prueba.—Quién sabe mandar y quién debe obedecer *es lo que allí se ensaya.* ¡Ay! ¡con cuántas investigaciones, adivinaciones, consejos, experiencias y tentativas nuevas!

La sociedad humana es una tentativa: he ahí lo que yo enseño—una larga investigación; pero busca al que manda.—¡Una tentativa, hermanos míos, y *no* un «contrato»! ¡Romped, romped con tales palabras de los corazones cobardes y de los amigos de componendas!

26.—¡Oh hermanos míos! ¿en quién se encuentra el mayor peligro de todo porvenir humano? ¿No es en los buenos y los justos?—¿En los que dicen y sienten en su corazón: «Nosotros sabemos ya lo que es bueno y justo, y lo poseemos; ¡desgraciados de los que quieran aún buscar aquí!»—¡Y por mucho mal que puedan hacer los malos, el que hacen los buenos es el más nocivo de todos!—¡Y por mucho mal que puedan hacer los calumniadores del mundo, el que hacen los buenos es el más nocivo de todos!—Hermanos míos, alguien miró una vez el corazón de los buenos y de los justos, y dijo: «Son los fariseos.» Pero no se le comprendió.—Los buenos y los justos mismos no debían comprenderle: su espíritu es un prisionero de su conciencia.—Pero la verdad es ésta: es *forzoso* que los buenos sean fariseos: ¡no tienen elección!—¡Es *forzoso* que los buenos crucifiquen al que se invente su propia virtud! ¡Esa *es* la verdad!—Otro que descubrió su país—el país, el corazón y el terreno de los buenos y de los justos—fué el que preguntó:

«¿A quién odian más?»—Al *creador* es á quien más odian: al que rompa tablas y añejos valores, al destructor—á ese es á quien llaman criminal.—Porque los buenos... no *pueden* crear: son siempre el principio del fin:—Crucifican al que escribe nuevos valores en tablas nuevas; sacrifican *para sí* el porvenir—¡crucifican todo el porvenir de los hombres!—Los buenos fueron siempre el principio del fin.

27.—Hermanos míos, ¿habéis comprendido también esta palabra? ¿y lo que dije un día del «último hombre?»—¿En quién se encuentran los mayores peligros para el porvenir de los hombres? ¿No es en los buenos y los justos?—*¡Acabad, acabad con los buenos y los justos!* Hermanos míos, ¿habéis comprendido también esta palabra?

28.—¿Huís de mi? ¿Os asustáis? ¿Tembláis ante esta palabra?—Hermanos míos, hasta que os he dicho que acabéis con los buenos y con las tablas de los buenos no he embarcado al hombre en su plena mar. —Y ahora sólo es cuando le sobreviene el gran terror, la gran mirada inquieta, la gran enfermedad, la gran náusea, el gran mareo.—Los buenos os han enseñado cosas engañadoras y falsas seguridades; habíais nacido entre las mentiras de los buenos y os habíais guarecido en ellas. Los buenos han falseado y desnaturalizado radicalmenie todas las cosas.—Pero el que descubrió el país «hombre» descubrió al mismo tiempo el país «porvenir de los hombres». ¡Ahora debéis ser para mí bravos y pacientes marineros!—¡Marchad derechos á tiempo, hermanos míos; aprended á marchar derechos! El mar está alborotado; hay muchos que necesitan de vosotros para enderezarse. El mar brama: todo está en el mar. ¡Ea! ¡Andando, viejos corazones de marineros!—¡Qué importa la patria! ¡Nosotros queremos gobernar *allá abajo*, en

donde está el *país de nuestros hijos!* Allá, á lo lejos, más fogoso que el mar, se desencadena nuestro gran deseo.

29.—«¿Por qué tan duro?—dijo un día al diamante el carbón común.—¿No somos próximos parientes?» ¿Por qué tan blandos? Así os pregunto *yo*, hermanos míos: ¿no sois, pues, mis hermanos?—¿Por qué tan blandos, tan plegadizos, tan flojos? ¿Por qué hay tanta renuncia, tanta abdicación en vuestros corazones? ¿tan poco destino en vuestra mirada?—Y si no queréis ser destinos, si no queréis ser inexorables, ¿cómo podríais un día *vencer* conmigo?—Y si vuestra dureza no quiere centellear y cortar y sajar, ¿cómo podríais un día *crear* conmigo?—Porque los creadores son duros. Y debe pareceros beatitud imprimir vuestra mano sobre siglos como sobre blanda cera, y escribir sobre la voluntad de milenarios, como sobre bronce—más duros que el bronce, más nobles que el bronce.—Sólo el más duro es el más noble.—Hermanos mios, yo coloco sobre vosotros esta nueva tabla: ¡HACEOS DUROS!

30.—¡Oh tú, voluntad, necesidad *mía*, tregua de toda miseria! ¡Guárdame de todas las pequeñas victorias!—¡Azar de mi alma, á quien llamo destino! ¡Tú que estás en mí y por encima de mí, guárdame y resérvame para *un* gran destino.—Y tu última grandeza, voluntad mía, conservala para el fin—¡para que seas implacable *en* tu victoria! ¡Ay! ¡Quién no sucumbe á su victoria!—¡Ay! ¿Qué ojos no se han obscurecido en esa embriaguez de crepúsculo? ¿qué pie no ha tropezado y perdido su firmeza en la victoria?—Para estar preparado y maduro cuando llegue el gran mediodía: preparado y maduro como el bronce candente, como la nube henchida de relámpagos y el seno henchido de leche:—Preparado para mí mismo y mi vo-

luntad más oculta: un arco anhelante de su flecha, una flecha anhelante de su estrella:—Una estrella preparada y madura en su mediodía, ardiente y traspasada, gozosa de la flecha celeste que la destruye:—Sol é implacable voluntad de sol, pronta á destruir en la victoria!—¡Oh voluntad, necesidad *mía*, tregua de toda miseria! ¡resérvame para *una* gran victoria!

Asi hablaba Zaratustra.

EL CONVALECIENTE.——1.—Una mañana, poco tiempo después de la vuelta á su caverna, Zaratustra saltó de su lecho como un loco; empezó á gritar con voz terrible, gesticulando como si algun *otro* acostado en el mismo lecho no quisiese levantarse; y la voz de Zaratustra retumbaba en tales términos; que sus animales se acercaron á él espantados, y de todos los escondrijos próximos á la caverna de Zaratustra todos los animales huían, volando, revoloteando, arrastrándose y saltando, según tenían patas ó alas. Pero Zaratustra pronunció estas palabras: «¡Sube, pensamiento vertiginoso, sal de mi profundidad! Yo soy tu gallo y tu crepúsculo matutino, dormido gusano: ¡levántate! ¡Mi voz acabará por despertarte! — ¡Destápate los oídos! ¡Escucha! ¡Porque yo quiero oirte! ¡Levántate! ¡Hay aquí bastante trueno para que hasta las tumbas aprendan á oir!—¡Borra de tus ojos el sueño y todo lo que es míope y ciego! Escúchame también con tus ojos: mi voz es un remedio aun para los ciegos de nacimiento.—Y cuando llegues á estar despierto; lo estarás eternamente. No acostumbro yo á despertar á tatarabuelos para decirles que se vuelvan á dormir.—¿Te rebulles, te estiras é hipeas? ¡Levántate! No has de hipear; ¡has de hablarme! ¡Te llama Zaratustra, Zaratustra el impío!—Yo Zaratustra, el afirmador de la vida, el afirmador del dolor, el afirmador del círculo,

te llamo á tí, ¡al más profundo de mis pensamientos! —¡Dichoso de mí! Vienes... te oigo. Mi abismo *habla*. ¡He vuelto hacia la luz mi última profundidad!— ¡Dichoso de mí! ¡Ven! Dame la mano... ¡Ah! ¡Deja! ¡Ah, ah!... ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!... ¡Desgraciado de mí!»

2.—Apenas había dicho Zaratustra estas palabras, cayó en el suelo desmayado, y permaneció como muerto largo rato. Cuando volvió en sí, estaba pálido y tembloroso, y siguió tendido sin querer comer ni beber en mucho tiempo. Duró eso siete dias; pero sus animales no le abandonaron de dia ni de noche, salvo el águila que á veces se elevaba á los aires en busca de sustento; y el ave depositaba en el lecho de Zaratustra todo lo que encontraba y llegaba á coger: de modo que Zaratustra acabó por estar acostado entre bayas amarillas y rojas, racimos, manzanas, hierbas aromáticas y piñas. Pero á sus pies estaban tendidas dos ovejas que el águila había robado trabajosamente á sus pastores.—Por fin, al cabo de siete días, Zaratustra se incorporó, tomó una piña en la mano, se puso á olerla y le agradó el olor. Los animales creyeron entonces que había llegado la hora de hablarle.—«Zaratustra (dijeron): hace siete días que estás tendido ahí con ojos pesados; ¿no quieres al fin tenerte en pie?—Sal de la caverna: el mundo te aguarda como un verjel. El viento juega con los pesados perfumes que quieren venir á tu encuentro, y todos los riachuelos quisieran correr tras de ti.—Por ti suspiran todas las cosas, viendo que te has quedado solo durante siete días. ¡Sal de la caverna! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!—¿Te ha sorprendido alguna nueva certidumbre, amarga y pesada? Te has tendido ahí como una masa que fermenta; tu alma se hinchaba y rebosaba por todas partes.»





«Animales míos (respondió Zaratustra): seguid charlando así, y dejadme escuchar. Vuestra charla me reconforta: donde se charla, el mundo me parece dilatarse ante mí como un verjel.—¡Qué agradable es que haya palabras y sonidos! ¿No son las palabras y los sonidos los arcos iris y puentes ilusorios entre las cosas eternamente separadas?—A cada alma pertenece otro mundo; para cada alma toda otra alma es un ultra-mundo.—Entre las cosas más semejantes es donde es más bella la ilusión: porque sobre el abismo más pequeño es donde es más difícil lanzar un puente. —Para mí... ¿cómo habría algo fuera de mí? ¡No hay afuera! Pero todos los sonidos nos hacen olvidar eso. ¡Qué agradable es que podamos olvidarlo!—¿No han sido dados á las cosas los nombres y los sonidos para que el hombre se recree en las cosas? Hablar es una bella locura: hablando, baila el hombre sobre todas las cosas.—¡Qué dulce es toda palabra! ¡Qué dulces parecen todas las mentiras de los sonidos! Los sonidos hacen bailar nuestro amor en variados arcos iris.»

«Zaratustra (dijeron entonces los animales): para los que piensan como nosotros, todas las cosas bailan; van, se alargan la mano, se ríen, huyen... y vuelven.—Todo va, todo vuelve, la rueda de la existencia gira eternamente. Todo muere; todo vuelve á florecer; eternamente corren las estaciones de la existencia.—Todo se destruye, todo se reconstruye; eternamente se edifica la misma casa de la existencia. Todo se separa, todo se saluda de nuevo; el anillo de la existencia se conserva eternamente fiel á si mismo. —A cada momento principia la existencia; alrededor de cada *aquí* gira la bola *allá*. El Centro está en todas partes. La senda de la eternidad es tortuosa.»

«¡Ah, pícaros organillos! (contestó Zaratustra vol-

viendo á sonreir). ¡Qué bien sabéis lo que debía cumplirse en siete días!—¡Y cómo se deslizó aquel monstruo á mi garganta para ahogarme! Pero de una dentellada le corté la cabeza y la escupí lejos de mí. —¡Y vosotros habéis sacado ya de esto un estribillo! Pero ahora yo estoy tendido aquí fatigado de haber mordido y escupido, enfermo aún de mi propia liberación.—*¡Y vosotros habéis sido espectadores de todo eso*! ¡Oh animales míos! ¿también vosotros sois crueles? ¿Habéis querido contemplar mi gran dolor, como hacen los hombres? Porque el hombre es el más cruel de todos los animales.—Hasta ahora, como se ha sentido más á gusto sobre la tierra es asistiendo á tragedias, á lidias de toros y á crucifixiones; y cuando inventó el infierno, ese fué su cielo en la tierra. —Cuando clama el gran hombre, en seguida acude corriendo el pequeño, con la lengua á fuera de ansia. ¡Y á eso llama su «compasión»!—Ved el hombre pequeño, sobre todo el poeta... ¡Con que ardor acusan sus palabras á la vida! Escuchadle, pero no os olvidéis de oir el placer que hay en toda acusación.—A esos acusadores de la vida los deja pegados la vida en un abrir y cerrar de ojos. «¿Conque me amas?—dice la desvergonzada—pues aguarda un poco; no tengo aún tiempo para tí.»—El hombre es el animal más cruel para consigo, y siempre que oigáis á uno llamarse «pecador» ó «penitente» ó hablar de «su cruz», no os olvidéis de oir la voluptuosidad que respiran esas quejas y esas acusaciones.—Y yo mismo... ¿es que yo quiero ser con esto el acusador del hombre? ¡Ay, animales míos! el mayor mal es necesario para el mayor bien del hombre: eso es lo único que he aprendido hasta ahora:—El mayor mal es la mejor *fuerza* del hombre, la piedra más dura para el más alto creador; es menester que el hombre se haga me-

jor y más malo.—Yo no me he visto clavado en *esta* cruz del martirio por saber que el hombre es malo sino por haber gritado como nadie ha gritado todavía: «¡Ah, qué pequeño es lo peor de él! ¡Ah, qué pequeño es lo mejor de él!»—El gran hastío del hombre es lo que me ahogaba y se me había atravesado en la garganta; y también lo que predecía el adivino: «¡Todo es igual; nada vale la pena; el saber ahoga!»—Ante mí se arrastraba un largo crepúsculo, una mortal tristeza ebria y fatigada, que hablaba bostezando: «Eternamente vuelve el hombre de que estás hastiado, el hombre pequeño»—así bostezaba mi tristeza, arrastrando los pies sin poder dormirse.—La tierra humana se transformaba para mí en caverna; su pecho se hundía; todo lo vivo era para mí podredumbre, huesos humanos y pasado ruinoso.—Mis suspiros reposaban en todas las tumbas humanas y no podían volver á levantarse; mis suspiros y mis preguntas gemían, se ahogaban, roían y quejaban noche y día: «¡Ay, el hombre vuelve eternamente! ¡El hombre pequeño vuelve eternamente!»—Al más grande y al más pequeño de los hombres, los he visto desnudos: ¡demasiado semejantes el uno al otro!... ¡Demasiados humanos—aun el más grande!—¡Demasiado pequeño el más grande!—¡Ese era mi hastío del hombre!—¡Y la eterna vuelta, aún del más pequeño!—¡Ese era mi hastío de toda existencia!—«¡Ay! ¡hastío! ¡hastío! ¡hastío!»—así hablaba Zaratustra, suspirando y estremeciéndose, porque se acordaba de su enfermedad. Pero sus animales no le dejaron proseguir.

«¡No hables más, convaleciente! (le respondieron sus animales). Sal de aquí; ve adonde te espera el mundo cual un verjel.—¡Anda al lado de los rosales, de las abejas y de los enjambres de palomas! ¡Pero, sobre todo, al lado de las aves canoras, para aprender

su *canto!*—Porque el canto es lo que cuadra á convalecientes: que hable el que goce de salud. Y si el que goza de salud quiere cantos, han de ser otros que los del convaleciente.»

«¡Ah! ¡Pícaros organillos, callaos! (respondió Zaratustra, riéndose de sus animales). ¡Qué bien sabéis el consuelo que me he inventado en siete días!—Tener que cantar nuevamente: *ese* es el consuelo que he inventado para mí, *esa* es la curación. ¿Queréis sacar también de eso un estribillo?»

«Deja de hablar (volvieron á decirle sus animales): ¡prepárate una lira, convaleciente, una lira nueva!—Porque, mira, Zaratustra: para tus nuevos cantos, hace falta una lira nueva.—Canta y espláyate, Zaratustra; cura tu alma con cantos nuevos, para que puedas sustentar tu gran destino, que no ha sido aún el destino de nadie.—Porque tus animales saben bien quién eres, Zaratustra, y lo que debes llegar a ser: *tú eres el maestro del eterno retorno de las cosas:* ¡ese es ahora *tu* destino!—Tú has de ser el primero que enseñe esta doctrina—¡como ese gran destino no será también tu mayor peligro y tu enfermedad!—Mira, nosotros sabemos lo que enseñas: que todas las cosas vuelven eternamente y nosotros mismos con ellas, que nosotros hemos existido ya infinidad de veces y todas las cosas con nosotros.—Enseñas que hay un gran año de revueltas, un mónstruo de año, que, á semejanza de un reloj de arena, tiene siempre que volverse de nuevo para correr y vaciarse de nuevo; de suerte que todos esos años son iguales á sí mismos, en grande y en pequeño; del mismo modo que nosotros en todo gran año, somos iguales á nosotros mismos, en grande y en pequeño.—Y si tú quisieses morir ahora, Zaratustra, sabemos también cómo te hablarías á ti mismo—pero ¡tus animales te suplican

que no mueras aún!—Hablarías sin temblar y más bien respirarías de alegría, porque tú, el más paciente, te verías libre de un gran peso. «Me muero, desaparezco (dirías); dentro de un instante no seré ya nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos.—Pero el nudo de las causas en que me encuentro cogido volverá y... ¡tornará á crearme! Yo mismo formo parte de las causas del eterno retorno de las cosas.—Volveré con este sol, con esta tierra, con este águila, con esta serpiente—*no* para una vida nueva, ni para una vida mejor ó análoga:—Volveré eternamente para esta misma vida, igual en grande y también en pequeño, á fin de enseñar otra vez el eterno retorno de todas las cosas, á fin de repetir otra vez las palabras del gran mediodía de la tierra y de los hombres, á fin de adoctrinar de nuevo á los hombres sobre el Superhombre.—He dicho mi palabra y por ella sucumbo: Así lo quiere mi destino eterno—¡desaparezco como anunciador!—Ha llegado la hora: la hora en que se bendice á sí mismo el que desaparece. Así... *acaba* «el ocaso de Zaratustra».

Después de pronunciar estas palabras, callaron los animales, aguardando á que Zaratustra les dijese alguna cosa; pero Zaratustra no se dió cuenta de que callaban. Estaba tendido tranquilamente, con los ojos cerrados, como si durmiera, aunque no dormía: porque conversaba con su alma. Pero el águila y la serpiente, cuando le vieron tan silencioso, respetaron el gran silencio que le rodeaba y se retiraron con precaución.

DEL GRAN ANHELO.——Alma mía, yo te he enseñado á decir «hoy» «un día» y «en otro tiempo», y á pasar bailando por encima de todo *aquí*, *allá* y *acullá*.—Alma mía, yo te he librado de todos los es-

condrijos; he alejado de tí el polvo, las arañas y la media luz.—Alma mía, te he lavado del pudorcito y de la virtud meticulosa y te he inclinado á estar desnuda ante los ojos del sol.—Con la tempestad que se llama «espíritu» soplé sobre tu mar revuelto, y expulsé de él todas las nubes y hasta extrangulé al extrangulador que se llama «pecado».—Alma mía, te he dado el derecho de decir «no», como la tempestad, y de decir «sí», como el cielo despejado; ahora estás tranquila como la luz y pasas al través de las tempestades negadoras.—Alma mía, te he devuelto la libertad sobre lo creado y lo increado: ¿y quién conoce como tú la voluptuosidad del porvenir?—Alma mía, te he enseñado el desprecio que no viene como la carcoma, el gran desprecio amante, que ama más donde más desprecia.—Alma mía, te he enseñado á persuadir de tal modo que las causas mismas se te rinden: bien así como el sol que persuade al mismo mar para que suba á su altura.—Alma mía, he apartado de ti toda obediencia, toda genuflexión y todo servilismo; yo mismo te he dado el nombre de «tregua de miserias» y de «destino».—Alma mía, te he dado nombres nuevos y juguetes vistosos, te he llamado «destino», y «circunferencia de las circunferencias», y «ombligo del tiempo», y «bóveda cerúlea».—Alma mía, he dado á beber á tu dominio terrestre toda la sabiduría, así los vinos nuevos como los más añejos y fuertes de la sabiduría—los de tiempo inmemorial.—Alma mía, he derramado en ti todo sol y toda noche, todos los silencios y todos los anhelos: entonces has crecido para mí como una viña.—Alma mía, ahora estás ahí, repleta y pesada, como vid de ubres henchidas, de dorados racimos exuberantes—exuberante y abrumada de dicha, esperando en medio de la abundancia y avergonzada de tu expectación.—¡Alma

mía, ahora no hay ya en ninguna parte alma más amante, más amplia y comprensiva! ¿Dónde estarían el porvenir y el pasado más cerca el uno del otro que en ti?—Alma mía, te lo he dado todo, por ti he vaciado mis manos... ¡y ahora! Ahora me dices sonriendo, llena de melancolía: «¿Quién de nosotros dos debe dar las gracias?—¿No es el donante quien debe estar agradecido al que ha tenido á bien tomar? ¿No es una necesidad el dar? ¿No es... lástima tomar?»—Alma mía, comprendo la sonrisa de tu melancolía: ¡tu exuberancia tiende ahora las manos anhelantes!—Tu plenitud dirige sus miradas á los mares mugientes, busca y espera: ¡el deseo infinito de la plenitud lanza una mirada al través del cielo sonriente de tus ojos!—Y en verdad, alma mía, ¿quién vería tu sonrisa sin deshacerse en lágrimas? Los mismos ángeles se deshacen en lágrimas viendo la excesiva bondad de tu sonrisa.—Tu bondad, tu bondad harto grande, no quiere lamentarse ni llorar; y, sin embargo, alma mía, tu sonrisa desea las lágrimas, y tu trémula boca los sollozos.—«¿No es todo llanto una queja, y toda queja una acusación?» Así te hablas á ti misma; y por eso prefieres sonreir, alma mía, á derramar tu pena—á derramar en torrentes de lágrimas toda la pena que te causa tu plenitud y toda la ansiedad que hace á la viña suspirar por el viñador y la podadera del viñador.—Pero, si no quieres llorar, llorar hasta lo último tu melancolía purpúrea, será preciso que *cantes*, alma mía.—Ya ves: yo, que he predicho esto, yo mismo sonrío.—Será preciso que cantes con voz mugiente, hasta que todos los mares se queden silenciosos, para escuchar tu gran anhelo:—Hasta que en anhelantes y callados mares se balancee la barca, la dorada maravilla, en derredor de cuyo oro bullen todas las cosas buenas, malignas y maravillosas, y

muchos animales, grandes y pequeños, y cuanto posee piernas ligeras y maravillosas para poder correr por senderos de violetas hacia la áurea maravilla, hacia la barca voluntaria y hacia su dueño. Pero él es el viñador que aguarda con su podadera de diamante, tu gran libertador, alma mía, el inefable... para quien sólo los cantos del porvenir sabrán encontrar nombres. ¡Y, en verdad, ya tu aliento tiene el perfume de los cantos del porvenir, ya ardes y sueñas, ya bebe tu sed en todos los pozos consoladores de graves ecos, ya descansa tu melancolía en la beatitud de los cantos del porvenir!—Alma mía, todo te lo he dado, hasta mi último bien, y mis manos se han vaciado por ti: *¡haberte dicho que cantes* fué mi último don!—Puesto que yo te he dicho que cantes, responde pues, responde; *¿quién* de nosotros dos debe dar gracias ahora? - Pero no: ¡canta para mí, canta, alma mía! ¡Y déjame darte las gracias!»

Así hablaba Zaratustra.

EL OTRO CANTO DE BAILE.——1.—«Acabo de mirarte á los ojos, vida; he visto relucir oro en tus ojos nocturnos, y esa voluptuosidad me ha paralizado el corazón: ¡he visto brillar una barca de oro en aguas nocturnas, una barquilla dorada que se hundía y reaparecía haciendo señas!—Tú dirigías una mirada hacia mis pies, locos por bailar, una mirada arrulladora, derretida, risueña é interrogadora.—Dos veces tan sólo agitaste con tus manecitas tus crótalos y ya me bailaban ébrios los pies.—Los talones se empinaban; los dedos escuchaban para comprenderte—el bailarín ¿no lleva los oídos en los dedos de los pies?—Salté á tu encuentro; tú retrocediste ante mi impulso, y hacia mí serpenteaba tu voladora y fugitiva cabellera.—De

un brinco me alejé de ti y de tus serpientes; tú te erguías ya, medio vuelta, con los ojos henchidos de deseos.—Con torcidas miradas me enseñas sendas turtuosas; por tortuosas sendas aprende astucias mi pie.—Te temo cuando estás cerca; te amo cuando estás lejos; tu huida me atrae; tus pesquisas me detienen. Sufro; pero, por tí, ¡qué no sufriría yo de buen grado!—¡Oh tú, cuya frialdad enciende, cuyo odio seduce, cuya huída ata, cuyas burlas... conmueven! ¡Quién no te odiaría, gran atadora, arrolladora, seductora, escudriñadora y descubridora! ¡Quién no te amaría, inocente, impaciente, arrebatada pecadora de ojos infantiles!—¿Dónde me arrastras ahora, indómito prodigio? ¡Conque vuelves á huir de mí, dulce esquiva, dulce ingrata! - Bailando sigo tus menores huellas, ¿Dónde estás? ¡Dame la mano! ¡O aunque sólo sea un dedo!—¡Hay por ahí cavernas y espesuras; nos vamos á extraviar! ¡Alto! ¡Detente! ¿No ves revolotear buhos y murciélagos?—¡Eh, tú, buho! ¡Murciélago! ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde estamos? De los perros has aprendido á aullar y gañir.—Graciosamente me enseñabas los blancos dientecitos, tus malvados ojos me asaeteaban al través de tus rizadas melenas.—¡Qué danza por montes y por valles! Yo soy el cazador; ¿quieres tú ser mi perro ó mi gamuza?—¡Ahora á mi lado! ¡y vivo, endiablada saltarina! ¡Arriba ahora! ¡Y á la otra parte!—¡Mal haya! ¡Al saltar, he caido yo!—¡Mira còmo estoy tendido aquí! ¡mira, altanera, cómo imploro tu gracia! ¡Yo quisiera seguir contigo... sendas más agradables!—¡las sendas del amor al través de esmaltadas espesuras! ¡ó las que allá costean el lago, donde nadan y bailan dorados peces!—¿Estás rendida ahora? Allá abajo hay ovejas y arreboles vespertinos. ¿No es buena cosa dormir cuando tañen la flauta los pastores?—¿Tan rendida

estás? Voy á llevarte allí; deja siquiera caer los brazos. ¿Y tienes sed?... Algo podría yo darte; pero tu boca no quiere beberlo. ¡Maldita serpiente esta! ¡hechicera escurrediza! veloz y ágil. ¿En dónde te has metido? ¡Siento en mi cara dos marcas de tu mano, dos manchas rojas.—¡Estoy harto de veras de seguirte siempre como cándido corderillo! ¡Hechicera, para tí he cantado yo hasta ahora; ahora para *mí* debes tú... gritar!—¡Debes bailar y gritar al compás de mi látigo!—¿Pero no he olvidado el látigo?—¡No!

2.—He aquí lo que respondió entonces la vida, tapándose los delicados oídos: «¡Oh, Zaratustra! ¡No restalles tan espantosamente el látigo! Tú lo sabes bien: el ruído asesina los pensamientos... ¡y ahora me asaltan tan tiernos pensamientos!—Nosotros no somos buenos ni malos para nada. Allende el bien y el mal hemos encontrado nuestra isla y nuestra verde pradera—¡los dos solos las hemos encontrado! ¡Por eso nos debemos amar el uno al otro!— Y aunque no nos amemos con toda el alma ¿es cosa de enojarse, cuando no se aman las personas con toda el alma?—Y que yo te amo, que te amo muchas veces con exceso, de sobra lo sabes; y la razón es que estoy celosa de tu sabiduría. ¡Ah! ¡esa vieja loca de sabiduría!—Si alguna vez te dejase tu sabiduría, ¡ay! también mi amor te dejaría al punto.»

Entonces la vida miró pensativa detrás y alrededor de sí, y dijo en voz baja: «¡Oh, Zaratustra, tú no me eres bastante fiel! —Falta mucho para que me ames tanto como dices; sé que piensas dejarme pronto.—Hay un viejo bordón pesado, pesadísimo, que resuena de noche hasta allá arriba, hasta tu caverna: cuando oyes á esa campana dar la hora á media noche, entre una y doce piensas—lo sé, Zaratustra—¡piensas dejarme pronto!»

«Sí (respondí titubeando); pero tú lo sabes tam bién»... Y le dije una cosa al oído, pegado á su enmarañada cabellera, á sus dorados y revoltosos mechones.

«*¿Sabes* tú eso Zaratustra? Nadie sabe eso...»

Y nos miramos, y dirigimos nuestras miradas á la verde pradera por donde pasaba la frescura de la tarde, y lloramos juntos. Entonces la vida era para mí más cara que lo ha sido nunca toda mi sabiduría.»

Así hablaba Zaratustra.

3.—*¡Una!:* ¡Alerta, hombre!—*¡Dos!:* ¿Qué dice la media noche profunda?—*¡Tres!*: «He dormido, he dormido...—*¡Cuatro!:* »De un profundo sueño he despertado.—*¡Cinco!:* »El mundo es profundo.—*¡Seis!:* »Y más profundo de lo que el día pensaba.—*¡Siete!:* »Profundo es su dolor...—*¡Ocho!:* «La alegría... más profunda que la aflicción.—*¡Nueve!:* »El dolor dice: ¡Pasa y acaba!—*¡Diez!:* »Pero toda alegría quiere la eternidad...—*¡Once!:* »¡Quiere la profunda eternidad! —*¡Doce!*»

LOS SIETE SELLOS Ó LA CANCIÓN DEL ALFA Y LA OMEGA.——1.—Si yo soy un adivino, lleno de ese espíritu adivinatorio que camina por una alta cresta entre dos mares—que camina entre el pasado y el porvenir, como una densa nube, enemiga de todas las sofocantes escorias, de todo lo cansado que no puede morir ni vivir; dispuesto á desgarrar su obscuro seno con el relámpago, dispuesto á fulminar el rayo de claridad redentora, henchido de relámpagos afirmativos que se ríen de sus afirmaciones, pronta á exalaciones adivinadoras—aun que ¡dichoso el que así está henchido! ¡por más que le sea forzoso cernerse sobre la cumbre, como pesada tormenta, el que un día debe encender la luz del porvenir!—Si así soy

yo, ¡oh! ¿cómo no he de estar anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—el anillo del retorno de las cosas?—Jamás aún he encontrado mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad!—Sí; YO TE AMO, ETERNIDAD!

2.—Si alguna vez mi cólera ha profanado tumbas, removido lindes y precipitado viejas tablas rotas en escarpadas profundidades:—Si mi burla ha barrido alguna vez palabras podridas, si he venido á ser como una escoba para las arañas y como un viento purificador para viejas y enmohecidas cavernas sepulcrales: —Si alguna vez estuve sentado, lleno de alegría, en el sitio donde yacen dioses antiguos, bendiciendo y amando al mundo al lado de los monumentos de antiguos calumniadores del mundo—porque hasta las iglesias y las tumbas de los dioses amaré con tal el cielo mire serenamente al través de sus rotas bóvedas, ya que á mí me gusta reposar sobre las iglesias destruidas cual la hierba y las rojas amapolas:—¡Oh! ¿cómo no estaría ahelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—el anillo del retorno?—Jamás encontré aún mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad!—Sí; YO TE AMO, ETERNIDAD!

3.—Si alguna vez llegaron hacia mi reminisencias del soplo creador y de esa necesidad divina que obliga aun á los azares á bailar las danzas de las estrellas:—Si alguna vez me reí con la risa del relámpago creador, al cual sigue rezongando, pero obediente, el prolongado trueno de la acción:—Si alguna vez jugué á los dados con dioses, en la mesa divina de la tierra, haciendo que la tierra temblase y se rompiese, despidiendo ríos de llamas—porque la tierra es una mesa divina, que tiembla con nuevas palabras creadoras y

con un ruido de dados divinos:—¡Oh! ¿cómo no estaría yo anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—el anillo del retorno? —Jamás he encontrado aún mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad! - Sí; YO TE AMO, ETERNIDAD!

4.—Si alguna vez he bebido un largo trago de ese cántaro espumoso de especias y mixturas, donde están bien mezcladas todas las cosas:—Si mi mano ha mezclado alguna vez lo más remoto con lo más próximo, y el fuego con el ingenio, y la alegría con la pena, y las cosas peores con las mejores:—Yo yo mismo soy un grano de esa sal redentora, que hace que todas las cosas se mezclen bien en el cántaro de las mixturas—porque existe una sal que liga el bien con el mal; y hasta lo peor es digno de servir de especia y de hacer que se desborde la espuma del cántaro:—¡Oh! ¿cómo no estaría yo anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—el anillo del retorno?—Jamás he encontrado aún mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad!—Sí; YO TE AMO, ETERNIDAD!

5.—Si yo amo el mar y todo lo que al mar se parece, y más que nunca cuando me contradice fogoso: —Si existe en mí esa pasión investigadora que impele la vela hacia lo desconocido; si hay en mi pasión, algo de la pasión del navegante:—Si alguna vez exclamó mi alegría: «Las costas han desaparecido; ahora ha caido mi última cadena; en torno mío bulle la inmensidad sin límites; lejos de mí centellean el tiempo y el espacio, ¡vamos! ¡en marcha, viejo corazón!»—¡Oh! ¿cómo no estaría anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—el anillo del retorno? —Jamás he encontrado aún mujer de quien quisiera

tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad!—Sí; YO TE AMO, ETERNIDAD!

6.—Si mi virtud es una virtud de bailarín, si muchas veces he saltado á dos pies en medio de arrobamientos de oro y de esmeralda:—Si mi maldad es una maldad risueña que se halla en su centro entre enramadas de rosas y setos de azucenas—porque en la risa se junta todo lo que es malo, pero santificado y absuelto por su prop a beatitud:—Y si es mi alfa y omega que todo lo pesado se haga ligero, todo cuerpo bailarín, todo espíritu ave, por más que tal sea mi alfa y mi omega ¡oh! ¿cómo no estaría anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—del anillo del retorno de las cosas?—Jàmás he encontrado aún mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo eternidad! —Sí; YO TE AMO, ETERNIDAD!

7.—Si alguna vez he desplegado cielos tranquilos por encima de mí, volando con mis propias alas en mi propio cielo:—Si he nadado retozando en profundas lontananzas de luz; si la sabiduría alada de mi libertad ha venido á decirme: «¡Mira! ¡No hay arriba ni abajo! ¡Lánzate alrededor, hacia adelante, hacia atrás, ligero como eres! ¡Canta! ¡No hables más! ¿No están hechas todas las palabras para los que son pesados? ¿No mienten todas las palabras al que es ligero? ¡Canta! ¡No hables más:!»—¡Oh! ¿Cómo no estaría yo anhelante de la eternidad, anhelante del nupcial anillo de los anillos—del anillo del suceder y del retorno?—Jamás he encontrado aún mujer de quien quisiera tener hijos, si no es esta mujer á quien amo: ¡porque yo te amo, eternidad!—¡Sí; YO TE AMO ETERNIDAD!

CUARTA Y ULTIMA PARTE

¡Ay! ¿Dónde se hicieron más locuras en la tierra que entre los que compadecen, y qué hizo más daño en la tierra que la locura de los que compadecen?—¡Pobres de los que aman sin tener una altura que esté por encima de su piedad!—El diablo me dijo un día así: «Dios tiene también su infierno: es su amor por los hombres».—Y, últimamente, le oí decir estas palabras: «Dios ha muerto; su piedad por los hombres es lo que le ha matado.»

(Así hablaba Zaratustra, segunda parte, pág. 80.)

LA OFRENDA DE LA MIEL.——Y volvieron á pasar meses y años por el alma de Zaratustra, sin que él lo advirtiese; pero sus cabellos blanqueaban. Un día que estaba sentado en una piedra delante de su caverna, mirando afuera en silencio —porque desde aquel punto se veía el mar allá, á lo lejos, á la otra parte de les abismos tortuosos—sus animales pensativos andaban dando vueltas en torno suyo y acabaron por ponerse delante de él.—«Zaratustra (dijeron): ¿buscas tu felicidad con los ojos?»—«¡Qué importa la felicidad! (respondió él). Hace mucho que no aspiro ya á la felicidad; aspiro á mi obra.»—«Zaratustra (replicaron los animales): dices eso co-

mo quien está saturado de bien. ¿No estás tendido en un lago azulado de ventura?»—«¡Picarillos! (contestó Zaratustra, sonriendo). ¡Qué bien habéis elegido la parábola! Pero también sabéis que es pesada mi felicidad y que no es como líquida onda: me impele y no quiere dejarme, adhiriéndose como pez derretida.»

Sus animales volvieron á dar vueltas, pensativos, á su alrededor, y se colocaron nuevamente delante de él. «Zaratustra (dijeron): ¿entonces eso es lo que *explica* por qué te obscureces y amarilleas cada vez más, aunque tus cabellos aparentan ser blancos? ¡Míralo: estás ahí consumiéndote en tu pez!»—«¿Qué decís? (exclamó Zaratustra, riendo). En verdad que he blasfemado al hablar de pez. Lo que me sucede, sucede á todos los frutos que maduran. La *miel* que hay en mis venas es lo que pone más espesa mi sangre y torna más silenciosa mi alma.»—«Así debe ser, Zaratustra (afirmaron sus animales, arrimándose á él): pero ¿no quieres hoy subir á una alta montaña? El aire es diáfano, y hoy se ve el mundo mejor que nunca.» —«Sí, animales míos (contestó Zaratustra): aconsejáis á maravilla y con arreglo á mi deseo en un todo. ¡Quiero subir hoy á una alta montaña! Pero procurad que haya allí miel á mi alcance, miel de doradas colmenas, amarilla y blanca y buena y de glacial frescura. Porque sabed que allá arriba quiero hacer la ofrenda de la miel.»

Cuando Zaratustra llegó á la cumbre, despidió á los animales que le habían acompañado, y vió que se encontraba solo; entonces se rió con toda el alma, miró en derredor y dijo así: «He hablado de ofrendas y de ofrendas de miel; pero eso no era más que un ardid de mi discurso y una útil locura. Aquí arriba ya puedo hablar más libremente que delante de los retiros de los ermitaños y de los animales domésticos de

los ermitaños.—¿Qué hablaba yo de ofrendas y sacrificios? Yo, que derrocho cuanto se me da con mil manos, ¡cómo me atrevería aún á llamar á eso... sacrificio!—Y cuando pedí miel lo que pedía era un cebo, dulce mucílago, de que son golosos los osos gruñones y las aves prodigiosas y fieras:—El mejor cebo, como le necesitan cazadores y pescadores. Porque, si el mundo es á modo de sombrío bosque poblado de animales, jardín de delicias de todos los feroces cazadores, aun me parece que se asemeja más á un mar rico y sin fondo—un mar lleno de peces y cangrejos que los mismos dioses codieiarán hasta el punto de hacerse pescadores y echar sus redes: ¡tan rico es el mundo en prodigios grandes y pequeños!—Sobre todo el mundo de los hombres, el mar de los hombres; hacia *él* lanzo yo mi dorado sedal diciendo: ¡Abrete, abismo humano!—¡Abrete y arrójame peces y relucientes cangrejos! ¡Con mi mejor cebo pesco hoy para mí los peces humanos más prodigiosos!—Yo lanzo á lo lejos mi felicidad, la arrojo á todas las lontananzas, entre el Oriente, el Mediodía y el Occidente, para ver si habrá muchos peces humanos que aprendan á tirar de ese cebo.—Hasta que, mordiendo mi agudo y oculto anzuelo, tengan que subir á *mi* altura, hacia el más maligno de los pescadores de hombres, los más vistosos gobios de las profundidades.—Porque yo soy, originaria y fundamentalmente, fuerza que tira, que atrae, que levanta, que eleva; un enderezador, un corrector y educador, que no en balde se dijo á sí propio en otro tiempo: «¡Hazte quien eres!»—Así, pues, que los hombres *suban* ahora á mi lado: porque yo espero aún los signos que me digan que ha llegado el momento de mi descenso; yo no desaparezco aún entre los hombres.—Por eso, astuto y burlón, espero aquí, en las altas montañas, ni im-

paciente ni paciente, sino, más bien, como quien ha olvidado la paciencia..., puesto que no «padece» ya.—Mi destino me deja tiempo. ¿Me habrá olvidado ó es que se entretiene en cazar moscas, sentado á la sombra detrás de una gran piedra?—Y, á la verdad, estoy agradecido á mi destino eterno, que no me hostiga ni empuja y que me deja tiempo para bromas y malignidades; así que hoy he trepado á esta alta montaña para coger peces.—¿Se vió jamás un hombre pescando en altas montanas? Pero, aunque lo que yo quiero allá arriba sea una locura, aún vale más que si allá abajo me volviese solemne y me pusiese verde y amarillo á fuerza de esperar—henchido de cólera á fuerza de esperar, como una santa tempestad rugiente que viene de la montaña, como un impaciente que grita á los valles: «¡Oid ú os sacudo con el azote de Dios!»—No es que á mí me irriten semejantes colérícos; tan sólo me hacen reir. ¡Comprendo que estén impacientes esos tambores ruidosos que han de tener la palabra hoy ó nunca!—Pero yo y mi destino no hablamos al «hoy», ni hablamos tampoco al «nunca»; tenemos paciencia para hablar, y tiempo, mucho tiempo, para ello. Porque *él* habrá de venir un día y no de pasada. —¿Quién habrá de venir un día y no de pasada? Nuestro gran azar: es decir, nuestro grande y lejano Reinado del Hombre, el Reinado de Zaratustra que dura mil años...—Si esa «lontananza» está lejos aun, ¡qué me importa! No por eso es menos sólida para mí... Confiadamente me afirmo con los dos píes sobre esta base—sobre una base eterna, sobre duras rocas primitivas, sobre estos antiguos montes, los más altos y duros, á que todos los vientos se acercan como á un límite meteorológico, para informarse sobre los puntos de origen y destino.—¡Ríete aquí, ríe, luminosa y sana malignidad mía! ¡Lanza desde las altas montañas

tu centelleante risa burlona! ¡Atrae con tu centelleo á los más hermosos peces humanos!—Y cuanto me pertenece á mí en todos los mares, lo que es *mío* en todas las cosas, eso péscalo para mí, tráemelo aquí arriba: es lo que espera el más malo de todos los pecadores.—¡Lejos, lejos, anzuelo mío! ¡Desciende, vete al fondo, cebo de mi dicha! ¡Escurre tu más dulce rocío, miel de mi corazón! Muerde, anzuelo, en el vientre de toda negra cuita.—¡Lejos, lejos; ojos míos! ¡Cuántos mares alrededor de mí, cuánto porvenir humano en la aurora! Y por encima de mí... ¡qué sonrosado silencio! ¡Qué silencio sin nubes!»

EL GRITO DE ANGUSTIA.——Al otro día Zaratustra estaba sentado de nuevo en su piedra delante de la caverna, mientras sus animales andaban por el mundo en busca de nuevos sustentos... y también de nueva miel; porque Zaratustra había derrochado y disipado hasta el último grano de la miel vieja. Pero, estando sentado allí, con un palo en la mano, siguiendo el contorno de la sombra que su cuerpo proyectaba en el suelo, sumido en meditación profunda—y no, en verdad, sobre sí mismo, ni sobre su sombra,—se estremeció de repente y se quedó sobrecogido de terror: porque había visto otra sombra al lado de la suya. Y levantándose y volviéndose rápidamente, vió en pie á su lado al adivino, al mismo á quien una vez había dado de comer y de beber en su mesa, el proclamador de la gran laxitud que enseñaba: «Todo es igual; nada vale la pena; el mundo no tiene sentido; el saber ahoga.» Pero su cara se había transformado desde entonces: y Zaratustra se aterró de nuevo, al mirarle á los ojos: hasta tal punto se leían en aquel semblante funestas predicciones. — El adivino, que comprendió lo que agitaba el alma de Zaratustra, se

pasó la mano por la cara, como si hubiese querido borrar lo que en ella había. Zaratustra hizo lo mismo, por su parte. Cuando de esa suerte se serenaron y cobraron ánimos los dos, se dieron las manos en señal de que querían reconocerse.—«Bien venido seas, adivino de la gran laxitud (dijo Zaratustra); no en balde fuiste una vez mi huésped y comensal. Come y bebe hoy también en mi morada, y perdona que se sienta á la mesa contigo un viejo alegre.»—«¿Un viejo alegre? (respondió el adivino, meneando la cabeza). Quienquiera que seas ó desees ser, Zaratustra, no lo serás ya mucho tiempo aquí arriba; dentro de poco tu barca no estará ya al abrigo.»—«Pero estoy yo al abrigo?—preguntó Zaratustra riendo.—«En torno de tu montaña (respondió el adivino) suben y suben las olas, las olas de la inmensa miseria y de la aflicción: no tardarán en levantar tu barca y arrastrarte con ella.»—Zaratustra calló y se asombró.—«¿No oyes nada aún? (continuó el adivino). ¿No sube del abismo un zumbido, un rumor sordo?»—Zaratustra siguió callado y escuchó. Oyó entonces un grito prolongado que los abismos se lanzaban y devolvían, porque ninguno de ellos quería retenerle: tan funesto era su son. —«Siniestro agorero (dijo al fin Zaratustra): ése es un grito de angustia, y grito de un hombre; probablemente sale de un mar negro. Pero ¡qué me importa la angustia de los hombres! El último pecado que me está reservado... ¿sabes cuál es su nombre?»—«*¡Compasión!* (respondió el adivino, cuyo corazón se desbordaba, alzando las dos manos). ¡Oh, Zaratustra! ¡Yo vengo para hacerte cometer tu último pecado!»

Apenas pronunciadas estas palabras, volvió á resonar el grito, más prolongado y angustioso que antes, y ya mucho más cerca. «¿Oyes, oyes Zaratustra? (exclamó el adivino). A ti se dirige el grito, á ti es á

quien llama: ¡ven, ven, ven, ya es tiempo, no hay un momento que perder!—Pero Zaratustra callaba, túrbado y alterado. Por fin preguntó, como quien vacila interiormente: «Y ese que me llama allá abajo ¿quién es?»—«Bien lo sabes (contestó vivamente el adivino. ¿Por qué te ocultas? ¡El *hombre superior* es quien te llama en su socorro!»—«¡El hombre superior! (gritó Zaratustra con espanto). ¿Y qué quiere? ¿Qué quiere el hombre superior? ¿Qué quiere *él* aqui?»—y su piel se cubrió de sudor.

No respondió el adivino á la angustia de Zaratustra: escuchaba y volvía á escuchar, inclinado hacia el abismo. Pero, como el silencio se prolongase mucho, volvió atrás los ojos, y vió á Zaratustra de pie y temblando.—«Zaratustra (empezó á decir con triste voz): no tienes tú trazas de brincar de alegría. Y aunque quisieses bailar delante de mí y dar todos tus brincos y respingos, nadie podría decirme: «¡Mira! ¡ahí tienes el baile del último hombre alegre!»—En vano subirá á esta altura quien buscase aquí á *ese* hombre: encontraría cavernas y grutas, escondrijos para gente perseguida; pero no pozos de felicidad, ni tesoros, ni nuevos filones áureos de dicha.—¡Dicha!... ¡cómo encontrarla entre tales sepultados, entre tales eremitas! ¿He de buscar aún la última felicidad en las Islas Bienaventuradas y á lo lejos entre olvidados mares?—¡Pero todo es igual, nada vale la pena, son en balde todas las pesquisas, no hay ya tampoco Islas Bienaventuradas!»

Así suspiró el adivino; pero al oir su último suspiro, Zaratustra recobró su serenidad y su aplomo, como una persona que vuelve á la luz, saliendo de una sima profunda. «¡No! ¡No! ¡Mil veces no! (exclamó con voz firme, acariciándose la barba)! ¡*Eso* lo sé yo mucho mejor que tú! ¡Aún hay Islas Bienaventuradas!—¡No

digas una palabra llorón, saco de tristezas!—Acaba de gañir, nube lluviosa de la mañana! ¿No me ves ya mojado por tu tristeza y rociado como un perro?—Ahora me sacudo y huyo lejos de ti para secarme. ¡No te asombres, pues *mi* corral está aquí.¿No te parezco cortés?—Por lo que atañe á tu hombre superior ¡sea! voy corriendo á buscarle á esos bosques: de *allí* ha surgido su grito. Quizá le amenaza una fiera. —Está én *mi* dominio: ¡no quiero que le ocurra aquí ninguna desgracia. Y, á la verdad, en mi dominio hay muchas fieras!»

Dicho esto, Zaratustra se dispuso á partir. Entonces exclamó el adivino: «¡Eres un pícaro, Zaratustra! —Bien lo sé: ¡lo que tú quieres es librarte de mí! ¡Prefieres escaparte á los bosques para perseguir animales monteses! —Pero ¿de qué te servirá? A la noche volverás á encontrarme: estaré sentado en tu propia caverna, con la paciencia y la pesadez de un leño—¡sentado allí esperándote!»—«¡Sea así! (exclamó Zaratustra marchándose). ¡Y lo que me pertenece en la caverna te pertenece á ti también, que eres mi huésped! —Pero, si encontrases miel todavía, lámela hasta lo último, oso gruñón, y dulcifica tu alma. Y á la noche vamos á estar alegres: ¡alegres y contentos de que haya acabado este día! Y tú mismo debes acompañar mis cantos con tus bailes, como si fueses mi oso amaestrado.—¡No lo crees! ¿Meneas la cabeza? ¡Anda de ahí, viejo oso! Yo también soy un adivino.»

Así hablaba Zaratustra.

CONVERSACIÓN CON LOS REYES.——1.— No había transcurrido una hora desde que Zaratustra andaba caminando por sus montañas y sus bosques, cuando de pronto vió un singular cortejo. En medio

del camino que él quería bajar se adelantaban dos reyes adornados de coronas y de púrpuras, abigarrados como flamencos. Delante de ellos iba un asno cargado. «¿Qué quieren esos reyes en mi reino?» dijo asombrado Zaratustra á su corazón, y se escondió al punto detrás de una espesura. Pero cuando los reyes estuvieron muy cerca de él, añadió á media voz como quien se habla á sí mismo: «¡Cosa rara! ¡muy rara! ¿Cómo compaginar esto? ¡Veo dos reyes... y sólo *un* asno!»—En esto se pararon los dos reyes, sonrieron y dirigieron la vista á la parte donde se oía la voz; luego se miraron el uno al otro: «Esas cosas manifestó el rey de la derecha, se piensan también allá entre nosotros, pero no se dicen.»—El rey de la izquierda contestó, encogiéndose de hombros: «Debe ser un cabrero ó un ermitaño, que ha vivido demasiado tiempo entre breñas y árboles. Porque la falta de toda sociedad perjudica también á las buenas costumbres.»—«¡Las buenas costumbres! (repuso el otro rey con enojo y amargura). Pues ¿de qué queremos librarnos nosotros sino de las «buenas costumbres», de nuestra «buena sociedad?»—Antes vivir entre ermitaños y pastores que con nuestra chusma dorada, falsa y acicalada—aunque se llame la «buena sociedad», aunque se llame «nobleza». Allí todo es falso y podrido, empezando por la sangre, gracias á añejas y malignas enfermedades y á peores curanderos.—El mejor para mí, y el qué prefiero hoy aún es un campesino sano, tosco, astuto, tenaz, resistente: es hoy la especie más noble.—El campesino es hoy el mejor; y la especie campesina debería ser soberana. Pero vivimos en el reinado del populacho—yo no me dejo ya ofuscar.—Populacho quiere decir: revoltijo.—Revoltijo populachero: allí todo está mezclado con todo—el santo y el bandido, el hidalgo y el judío y todos los

animales del arca de Noé.—¡Las buenas costumbres! Entre nosotros todo es falso y podrido. Nadie sabe ya venerar. De *eso* precisamente es de lo que debemos librarnos. Son perros melosos é importunos: doran las palmas.—¡El digusto que me ahoga es que nosotros mismos los reyes, nos hayamos vuelto falsos y nos cubramos y disfracemos con el fausto envejecido de nuestros ascendientes: que seamos medallas para los más tontos y los más astutos y para todos los que trafican hoy con el poder!—Nosotros no *somos* los primeros y necesitamos *aparentar* que lo somos: al fin nos hemos cansado y hartado de esta supercheria.—Nos hemos apartado de la canalla, de todos esos moscones que vociferan y garrapatean, del olor de los tenderos, de la brega, de la ambición, y del aliento pestilente. ¡Puf! ¡nada de vivir entre la canalla! ¡nada de pasar por los primeros entre la canalla! ¡Horror! ¡horror! ¡horror! ¡Qué importamos ya nosotros los reyes!»—«Vuelve á afligirte tu añeja dolencia (dijo en este punto el rey de la izquierda), vuelven tus repugnancias, pobre hermano. Pero ya lo sabes: hay alguien que nos escucha.»—Inmediatamente Zaratustra, que había sido todo ojos y todo oídos, se levantó de su escondite, se dirigió hacia los reyes y empezó á decir: «El que os escucha, el que gusta de escucharos á vosotros los reyes, se llama Zaratustra.—Yo soy Zaratustra que un día dijo: «¡Qué importan ya los reyes! Perdonadme; pero me he regocijado cuando os habéis dicho el uno al otro: «¡Qué importamos ya nosotros los reyes!»—Pero aquí estáis en *mí* reino y bajo mi dominio: ¿qué podéis buscar en mi reino? Quizá, no obstante, hayáis *encontrado* en el camino lo que *yo* busco: yo busco al hombre superior.»—Al oir esto, los reyes se golpearon el pecho y dijeron á una: «¡Nos

han conocido!—Con la espada de esa palabra cortas la más profunda oscuridad de nuestros corazones. Has descubierto nuestra angustia. Precisamente vamos en busca del hombre superior, el hombre superior á nosotros, aunque somos reyes.—A él es á quien traemos este asno. Porque el hombre más alto debe ser también en la tierra el señor más alto.—No hay calamidad más dura en todos los destinos humanos que cuando los poderosos de la tierra no son al mismo tiempo los primeros hombres. Entonces todo se vuelve falso y monstruoso, todo va al revés.—Y cuando son los últimos, y más bien animales que hombres, entonces sube y sube de precio el populacho, y á la postre la virtud populachera acaba por decir: «Ya veis: ¡yo sola soy la virtud!»—«¿Qué acabo de oir? (respondió Zaratustra)—¡Qué sabiduría en reyes! Estoy entusiasmado, y ya me dan ganas de hacer sobre esto unos versos que tal vez no suenen bien en los oídos de todo el mundo. Hace mucho tiempo que he olvidado tener consideraciones con las orejas largas. ¡Vamos! ¡Adelante!» (El asno dijo claramente y con mala intención: I. A.; y Zaratustra entonó los siguientes versos):

Antíguamente (creo que en el año uno)
Dijo ébria la sibila (sin haber probado el vino);
¡Malhaya! ¡Esto ahora para mal!
¡Decadencia! ¡Jamás cayó tan bajo el mundo!
En prostituta y burdel ha degenerado Roma;
El Cesar se ha convertido en bestia,
Y hasta Dios se ha hecho judío.

Los reyes se deleitaron con esos versos de Zaratustra, y el de la derecha dijo: «Zaratustra, ¡qué bien hemos hecho en ponernos en camino para verte!—Porque tus enemigos nos han enseñado tu imagen en su espejo: allí tenía la estampa de un demonio de risa sar-

cástica; de modo que nos diste miedo.—Pero ¿de qué servía? Siempre volvías á penetrar con tus máximas en nuestros oídos y en nuestros corazones. De modo que acabamos por decir: ¡qué importa la cara que tiene!—Es menester *oir* al que enseña: «¡Debéis amar la paz como un medio de guerras nuevas, y la paz corta más que la larga»—Jamás pronunció nadie palabras tan guerreras: «¿Qué es lo que es bueno? bueno es ser valiente. La buena guerra santifica todas las cosas.» ¡Oh Zaratustra! A esas palabras hirvió en nuestros cuerpos la sangre de nuestros padres: fueron como las palabras de la primavera á viejos toneles de vino.—Cuando se cruzaban las espadas como serpientes teñidas de rojo, nuestros padres amaban la vida; el sol de la paz les parecía blando y tibio, pero la paz prolongada les daba vergüenza.—¡Cómo suspiraban nuestros padres cuando veían en la pared espadas lustrosas y secas. Tenían sed de guerra, á semejanza de esas espadas. Porque una espadas quiere beber sangre y centellea con su ardiente deseo.»

Cuando los reyes hablaron y charlaron así, ardorosamente, de la felicidad de sus padres, Zaratustra sintió grandes tentaciones de burlarse de sus ardimientos: porque, evidentemente, eran reyes muy pacíficos los que veía delante de sí, con sus viejos y finos semblantes. Pero se dominó. «¡Vamos! ¡En marcha!—dijo.—Estáis en el camino; allá arriba se encuentra la caverna de Zaratustra; y este día debe tener una larga tarde. Pero urge separarnos: me llama lejos de vosotros un grito de angustia.—Mi caverna se verá honrada, si allí se sientan reyes y se dignan esperar: ¡verdad es que tendréis que esperar mucho!—Pero ¡qué importa! ¿Dónde se aprende á esperar hoy mejor que en los corrales? Y toda la virtud de los reyes, la

única que les ha quedado, ¿no se llama hoy: *saber esperar?»*

Así hablaba Zaratustra.

LA SANGUIJUELA.——Zaratustra continuó pensativo su camino, bajando más cada vez, atravesando bosques y pasando por delante de ciénagas; pero, como acontece á todos los que cavilan en cosas difíciles pisó por equivocación sobre un hombre. Y de pronto le saltaron á la cara un grito de dolor, dos juramentos y veinte injurias terribles; con lo cual, asustado, alzó el bastón y se disponia á golpear á la persona pisoteada. Pero en el mismo instante recobró el juicio, y su corazón se echó á reir de la locura que acababa de cometer. «Perdóname—dijo al hombre á quien había pisado, y que acababa de levantarse colérico, para volver á sentarse en seguida;—perdóname y oye ante todo una parábola.—Asi como un viajero que sueña en cosas lejanas por un camino solitario, tropieza por descuido con un perro que dormita acostado al sol; y uno y otro se levantan y encaran bruscamente, cual mortales enemigos, mortalmente asustados: así nos ha pasado á nosotros.—¡Y sin embargo! Así y todo... poco ha faltado para que se acaricien ese solitario y ese perro! ¿No están solitarios los dos?»

«Quienquiera que seas—contestó con enojo el pisoteado,—todavía te acercas demasiado á mí, no sólo con el pie, sino con tu parábola.—Mírame: ¿soy por ventura un perro?» Y, al decir esto, el que estaba sentado se levantó, sacando del pantano el brazo desnudo. Porque en un principio estaba tumbado cuan largo era, oculto é imposible de conocer, como quien acecha caza en los pantanos.

«Pero ¿qué es lo que haces?—exclamó Zaratustra asustado, porque veía correr mucha sangre por el

brazo desnudo.—¿Qué te ha sucedido? ¿te ha mordido un mal bicho, infeliz?»—El que sangraba se reía, lleno aun de cólera. «¿Qué tienes tú que ver con eso? —exclamó, queriendo proseguir su camino.—Aquí estoy en mis dominios. Pregúnteme quien quiera; yo no responderé á un zote.»—«Te engañas (dijo Zaratustra, reteniéndole, lleno de compasión), te engañas: no estás aquí en tu reino, sino en el mío; y aqui no debe ocurrir á nadie ninguna desgracia.—Llámame siempre como quieras; yo soy el que debo ser. Me llamo á mí mismo Zaratustra.—¡Vamos! Por allá arriba pasa el camino que conduce á la caverna de Zaratustra: no está muy lejos. ¿No quieres venir á mi albergue para curarte las heridas?—No has sido afortunado en este mundo, infeliz: ¡primero te mordió el bicho; después... te pisó el hombre!...»

Pero, cuando el hombre oyó el nombre de Zaratustra, se transformó. «¡Qué me pasa! (exclamó). *¿Quién* es quien me preocupa aún en la vida sino este hombre único, Zaratustra, y ese animal único que bebe sangre, la sanguijuela?—Por culpa de la sanguijuela estaba yo tendido ahí, á orillas del pantano cómo un pescador y ya mi brazo extendido había sido mordido diez veces, cuando se puso á morder mi sangre una sanguijuela más hermosa, el mismo Zaratustra.—¡Oh ventura! ¡Oh portento! ¡Bendito sea este día que me ha traído á este pantano! ¡Bendita sea la mejor ventosa, la más viva que vive hoy! ¡Bendita sea la gran sanguijuela de las conciencias, Zaratustra!»

Asi hablaba el pisoteado, y Zaratustra se regocijó de sus palabras y de su porte fino y respetuoso. «¿Quién eres? (preguntó, alargándole la mano). Entre nosotros quedan muchas cosas por aclarar y despejar; me parece que ya nace el día puro y luminoso.» —«Yo soy el *espíritu concienzudo* (contestó el inte-

rrogado); y en las cosas del espíritu es difícil que nadie se conduzca de una manera más severa, más estrecha y más dura que yo, excepto aquel de quien la he aprendido, el mismo Zaratustra!—¡Antes no saber nada que saber muchas cosas á medias! ¡Antes ser un loco á su propia guisa que sabio con arreglo á la opinión de los demás! Yo, por mí, voy al fondo:—¿Qué importa que sea pequeño ó grande? ¿Que se llame pantano ó cielo?—Un trozo de tierra como la mano me basta, con tal que sea verdaderamente tierra firme.—En un trozo de tierra como la mano puede uno tenerse de pie. En el verdadero saber concienzudo no hay nada grande ni pequeño.»—«¿Entonces tú eres quizá el que trata de conocer la sanguijuela? (preguntó Zaratustra). ¿Tú, el concienzudo, escudriñas la sanguijuela en busca de sus últimos fundamentos?»—«¡Oh Zaratustra! (respondió el pisoteado). ¡Eso sería una monstruosidad! ¡Cómo se atrevería á intentarlo! —Lo que yo domino y conozco es el *cerebro* de la sanguijuela: ¡ese es *mi* universo!—¡Y es también un universo! Pero perdona que aquí se delate mi orgullo porque en ese dominio no tengo semejante. Por eso dije: «ese es mi dominio.»—¡Cuánto tiempo ha que persigo esta cosa única, el cerebro de la sanguijuela, para que no se me escape más la verdad escurridiza! ¡Ese es *mi* reino!—Por eso he echado á un lado todo lo demás; por eso todo lo demás ha venido á serme indiferente; y contigua á mi ciencia se extiende mi negra ignorancia.—Mi conciencia intelectual me exige que sepa *una* cosa y que ignore todo lo restante: estoy harto de todas las inteligencias á medias, de todos los nebulosos, flotantes y visionarios.—Donde cesa mi probidad soy ciego y quiero ser ciego. Donde quiero saber, sin embargo, quiero también ser probo, es decir, duro, severo, estrecho, cruel, implaca-

ble.—Lo que tú dijiste un dia Zaratustra: «que la inteligencia es la vida que saja la vida misma», es lo que me ha conducido y atraído á tu doctrina. Y en verdad, con mi propia sangre he acrecentado mi propía ciencia».—«Como salta á la vista»—interrumpió Zaratustra; y seguía corriendo la sangre por el brazo desnudo del concienzudo. Porque se habían agarrado á él diez sanguijuelas,—«Singular personaje, ¡cuánto me enseña este espectáculo, es decir: tú mismo! Yo no me atrevería quizá á insinuarlo todo en tus oídos severos.—¡Vaya! ¡Separémonos aquí! Pero me agradaría volver á encontrarte. Allá arriba está el camino que lleva á mi caverna. Allí debes ser esta noche bienvenido entre mis huéspedes.—Quisiera también reparar en tu cuerpo el que Zaratustra te haya pisoteado: en eso medito. Pero urge separarnos: me llama lejos de ti un grito de angustia.»

Así hablaba Zaratustra.

EL ENCANTADOR.——Pero á la vuelta de un peñascal vió Zaratustra, no lejos de él, á la parte abajo del camino, un hombre que accionaba como un loco furioso y que acabó por precipitarse de bruces en el suelo. «¡Alto! (dijo entonces Zaratustra á su corazón). Ese debe ser el hombre superior; de él procedía aquel siniestro grito de angustia. Quiero ver si puedo socorrerle.» Pero, cuando llegó al sitio en que estaba tendido el hombre, encontró un viejo tembloroso, con la mirada fija; y, á pesar de todo el trabajo que se tomó Zaratustra por levantarle, fueron vanos sus esfuerzos. El infeliz no pareció notar que hubiese alguien junto á él; al contrario, no cesaba de mirar de una parte á otra haciendo gestos conmovedores como quien se ve abandonado y aislado del mundo entero. Pero, al fin, después de muchos tem-

blores, sobresaltos y contorsiones, comenzó á lamentarse de esta suerte:

¿Quién me da calor? ¿Quien me ama?
¡Venid manos calientes!
¡Venid corazones ardientes!
Tendido, tembloroso,
como un moribundo á quien se calienten los pies,
estremecido ¡ay! por ignoradas fiebres,
tiritando ante las punzantes flechas de la helada,
    ¡acosado por tí, pensamiento!
¡desfigurado! ¡velado! ¡espantoso!
¡cazador oculto tras las nubes!
herido por tí,
ojo burlon que en la obscuridad me miras;
así yazgo
me encorvo y me retuerzo, tormentado
por todos los eternos martirios,
    herido por tí,
cruelísimo cazador,
por tí, *dios*... desconocido...

¡Hiere más profundamente!
¡Hiere otra vez!
¡Traspasa, desgarra este corazón!
¿Por qué martirizarme
con flechas despuntadas?
¿Qué miras aún tú,
no cansado de humanos tormentos
con esos ojos maliciosos de fulgores divinos?
¿Conque no quieres matar,
sino martirizar, tan sólo martirizar?
¿Por qué martirizarme á *mí*,
dios maligno, *dios* incógnito?

    ¡Ah! ¡Conque
te acercas arrastrándote
aunque sea de noche?
¿Qué quieres?
¡Habla!
¡Me acosas y me estrechas!
¡Te acercas demasiado!
Me oyes respirar...
Espías mi corazón...
¡Celoso! ¡Mas que celoso!
¿De qué tienes celos?
¡Apártate! ¡Quita allá!
¿A qué esa escala?

¿Quieres *entrar*,
penetrar en mi corazón,
penetrar mis pensamientos
mas recónditos?
¡Insolente! ¡Perdido! ¡Ladron!
¿Qué quieres robar?
¿Qué quieres oir?
¡Oh, *dios* verdugo!
¿Qué te propones arrancar
con tus torturas?
¿Debo, cual un perro,
lamer tus pies,
humillarme, arrastrarme
y ofrecerte mi amor?

¡En vano!
¡Punza otra vez,
cruelísimo aguijón!
¡oh, cazador, el más cruel de los crueles!
Yo no soy un perro; sólo soy tu caza
y tu más altivo prisionero.
¡Salteador oculto tras las nubes...!
¡Habla de una vez!
¡Deja de esconderte tras los relámpagos! ¡Habla, incógnito!
¿Qué quieres tú de *mí*, puesto ahí de acecho en el camino?

¡Cómo!
¡Un rescate!
¿Qué quieres de rescate?
Pide mucho; te lo aconseja mi orgullo;
y habla poco; te lo aconseja mi altivez.

¡Ah! ¡Conque
soy *yo mismo* que tú quieres?
¿Yo? ¿Todo *yo*?

¡Ay!
¿Y me martirizas, loco?
¿Y torturas mi orgullo?
Dame *amor*—¿Quién me amará?
¿Quién me calentará?—
Procúrame manos calientes...
Procúrame corazones ardientes.
Date á mí, al más solitario
á quien el hielo ¡ay! el hielo
hace suspirar siete veces
hasta por los mismos enemigos:
Date, entrégate á mi;
date *tú*
cruelísimo enemigo!

¡Se fué!
¡Hasta él huye
mi único compañero,
mi mayor enemigo,
mi desconocido,
mi *dios* verdugo!

¡No!
¡Vuelve!
¡Vuelve con tus suplicios!
¡Ea! vuelve,
¡Torna al solitario más humilde!
Todas mis lágrimas corren
en tu busca
y por *tí* se despierta
la postrera llama de mi corazón.
¡Oh! ¡Vuelve,
Dios incógnito! ¡*Dolor mío!*
Ultima ventura mía.

2.—Pero en este punto Zaratustra no pudo contenerse más tiempo, cogió el bastón y dió con todas sus fuerzas al que se lamentaba. «Detente (le gritó con risa airada), detente, histrión! ¡falso monedero! ¡embustero inveterado! ¡Te conozco bien!—He de prenderte fuego á las piernas, siniestro hechicero: ¡sé yo asar muy bien á los de tu ralea!»—«¡Para! (dijo el viejo levantándose de un brinco). ¡No me pegues más, Zaratustra! ¡Todo ello no ha sido más que una broma!—Esas cosas forman parte de mi arte: he querido ponerte á prueba á ti mismo, al darte esa prueba. ¡Y en verdad que has penetrado bien mis pensamientos!—Pero tú también... no es pequeña la prueba que has dado de ti mismo. ¡Eres *duro*, sabio Zaratustra! Hieres duramente con tus «verdades»; ¡tu bastón nudoso me obliga á confesar... *esta* verdad!»—«¡No me adules, histrión! (respondió Zaratustra, siempre irritado y con semblante sombrío). Eres falso; ¿por qué hablas... de verdad?—Pavo real, mar de variedad, ¿que *es* lo que representabas delante de mí, siniestro encantador? ¿*En quién* debía yo creer cuando así te

lamentabas?»—«*Yo* representaba el *expiador del espíritu* (dijo el viejo): tú mismo inventaste en otro tiempo esa expresión:—el poeta y el encantador que acaba por volver su espíritu contra sí mismo, el transformado, aquel á quien hielan su mala ciencia y su mala conciencia.—Y confiesalo francamente: ¡te has tomado tiempo, Zaratustra, para descubrir mis artificios y mentiras! Tú *creías* en mi miseria, cuando me tenías la cabeza con las manos; te he oído gemir: «¡Se le ha amado muy poco, demasiado poco!» El haberte engañado hasta ese punto es lo que regocijaba intimamente á mi malignidad.»—«A otros más finos que yo debes haber engañado (contestó con dureza Zaratustra). Yo no estoy en guardia contra los engañadores; yo no *debo* tomar precauciones: así lo quiere mi suerte.—Pero tú... *tienes que* engañar: ¡te conozco de sobra para saberlo! Tus palabras han de tener siempre un doble, un triple, un cuádruple sentido. ¡Aun lo que me has confesado no era bastante verdadero, ni bastante falso para mí!—¡Vil monedero falso, qué otra cosa habías de hacer! Hasta tu enfermedad acicalarías, si te presentases desnudo delante del médico.—Así acabas de dorar tu mentira delante de mí, cuando decías: «¡No lo he hecho *más que* por broma!» Había también *seriedad* en eso; ¡tú *eres* algo como un expiador del espíritu!—Te calo yo perfectamente: tú te has hecho el encantador de todo el mundo; pero, respecto de ti, no te queda ya mentira ni astucia; te has desencantado á tí mismo.—Has cosechado el hastío como tu única verdad. Ninguna palabra es ya verdadera en tí, salvo el hastío pegado á tu boca.»—«¡Pero quién eres tú! (exclamó el viejo encantador en este punto con voz altanera). ¿Quién tiene el derecho de hablarme así *á mí*, que soy el más grande de los vivientes de hoy?» Y relampaguearon

sus ojos mirando á Zaratustra. Pero al momento se transformó y dijo con tristeza: «¡Zaratustra, estoy harto; mis artes me hastían, yo no soy *grande!* ¿A qué fingir? Pero bien lo sabes tú: ¡yo he buscado la grandeza!—Yo quería representar un gran hombre, y á muchos he convencido; pero esa mentira ha sido superior á mis fuerzas. Contra ella me estrello.—Zaratustra, en mí todo es mentira; pero que sucumbo... ¡eso es *positivo!*»—«Te honra (contestó Zaratustra sombrío y desviando hacia el suelo la mirada), te honra el haber buscado la grandeza, pero te vende también. Tú no eres grande.—Siniestro encantador, lo mejor y más honroso que respeto en tí, es que te hayas hastiado de ti mismo y que hayas exclamado: «No soy grande.»—En atención á *eso* te honro como un expiador del espíritu; aunque sólo haya sido por un instante, en ese instante has sido verídico.—Pero dime: ¿qué buscas tú aquí en *mis* bosques y entre *mis* breñas? Y si te habías interpuesto en mi camino para acecharme, ¿qué prueba querías de mí? ¿En qué querías tentarme?»

Así hablaba Zaratustra y sus ojos centelleaban. El viejo encantador hizo una pausa y después dijo: «¿Pero yo te he tentado? Yo no hago más que... buscar.—¡Zaratustra, yo busco alguien que sea sincero, recto, sencillo, ageno al fingimiento, un hombre de toda providad, un vaso de sabiduría, un santo del conocimiento, un gran hombre!—¿Acaso no lo sabes, Zaratustra? *¡Busco á Zaratustra!*»

Entonces medió un largo silencio entre los dos. Zaratustra, ensimismándose profundamente, cerró los ojos; luego, volviéndose al encantador, le cogió de la mano, y dijo cortés y astutamente: «¡Está bien! Allá arriba se encuentra el camino que lleva á la caverna de Zaratustra. En mi caverna puedes buscar al que

desearías encontrarte.—Y aconséjate de mis animales de mi águila y de mi serpiente: ellos deben ayudarte á buscar, pues mi caverna es grande.—Verdad es que yo mismo... no he visto aún ningún gran hombre. Para lo grande, el ojo del más sutil es hoy aun demasiado grosero. Este es el reinado del populacho.—¡He visto ya á tantos estirarse é hincharse al par que el pueblo gritaba: «Ved: ese es un gran hombre!» Pero ¿de qué sirven todos los fuelles? De allí no sale más que viento.—La rana que se hincha demasiado acaba por estallar, y sale entonces viento. Pinchar el vientre de un hinchado es lo que yo llamo una honesta distracción. ¡Oid esto, hijos míos!—Nuestro hoy pertenece al populacho: ¡quién puede *saber* aun lo que es grande y pequeño! ¿Quién buscaría aún con éxito la grandeza? Un loco á lo sumo; y los locos son afortunados.—¡Tú buscas los grandes hombres, loco singular! ¿Quién te ha *enseñado* tal cosa? ¿Es hoy tiempo oportuno para eso? ¡Oh buscador maligno! ¿por qué me tientas?»

Así hablaba Zaratustra, con el corazón consolado; y, riendo, prosiguió su camino.

FUERA DE SERVICIO. —— Pero, á poco de librarse del encantador, Zaratustra vió otra persona sentada á orillas del camino que él seguía, un hombre alto y negro, de rostro pálido y delgado: *éste* le contrarió de una manera extraordinaria. «¡Mal va! dijo á su corazón: veo aflicción enmascarada, que parece cosa de sacerdotes. ¿Qué quieren *éstos* en mi reino? —¡Cómo! Apenas me he sacudido ese encantador, y ya pasa por mi camino otro nigromante—un mago que impone las manos, un sombrío milagrero por la gracia de Dios, un compungido difamador del mundo. ¡Que el diablo le lleve!—Pero el diablo no está nunca

donde debía: ¡siempre llega tarde ese maldito enano, ese pateta!»—Así juraba Zaratustra, impaciente y pensando en la manera de pasar por delante del hombre negro, mirando á otra parte. Pero las cosas sucedieron de otro modo: porque en el mismo instante le vió el que estaba sentado; y como quien tiene una suerte inesperada, se puso en pie de un salto y se dirigió hacia Zaratustra.—«¡Quien quiera que seas—dijo—viajero errante, ayuda á un extraviado que anda haciendo pesquisas, á un viejo á quien podría suceder aquí alguna desgracia!—Este es para mí un mundo extraño y lejano; he oído también rugidos de fieras; y el que hubiese podido darme asilo, ese no existe ya.—He buscado el último hombre piadoso, un santo y un ermitaño, único que en su bosque no había oído decir aún lo que todo el mundo sabe hoy.»—«¿Qué *es lo que* todo el mundo sabe hoy? (preguntó Zaratustra). ¿Quizá que no vive ya el Dios antiguo, el Dios en que antes creía todo el mundo?»—«Tú lo dijiste (contestó tristemente el viejo). Y yo serví á ese Dios antiguo hasta su última hora.—Pero ahora estoy fuera de servicio; me encuentro sin amo, y, á pesar de eso, no soy libre. De modo que nunca me complazco ya, si no es en mis recuerdos.—Por eso he subido á estas montañas, para volver á celebrar al fin una fiesta, como conviene á un antiguo Papa y padre de la Iglesia—porque ¡sábete que soy el último Papa!—una fiesta de piadoso recuerdo y de culto á Dios.—Murió el más piadoso de los hombres, ese santo del bosque, que alababa sin cesar á su Dios con cantos y murmullos. —No le encontré ya cuando descubrí la choza; pero vi allí dos lobos que aullaban á causa de su muerte—porque todos los animales le querían.—Al ver aquello huí.—¿Vine, pues, en balde á estos bosques y á estas montañas? En consecuencia, mi corazón se ha decidi-

do á buscar otro, al más piadoso de todos los que no creen en Dios, á Zaratustra!»—Así habló el viejo y fijó una mirada penetrante en el que estaba de pie delante de él. Zaratustra cogió la mano del antiguo Papa, y la contempló largo rato con admiración. «¡Mira, pues, venerable (dijo luego), qué mano alargada tan hermosa! Es la mano de quien ha dado siempre la bendición. Pero ahora estrecha al que tú buscas, á mí, á Zaratustra.—Yo soy Zaratustra, el impío que dijo: ¿quién es más impío que yo, á fin de regocijarme con su enseñanza?»—Asi hablaba Zaratustra, penetrando con su mirada en los pensamientos más recónditos del viejo Papa. Por último, éste empezó á decir: «El que más le amaba y poseía es también el que más le ha perdido.—Mira: creo que ahora el más impío de nosotros soy yo. Pero ¡quién podría regocijarse de eso!» —«¿Tú le has servido hasta el fín? (preguntó Zaratustra pensativo, después de un largo y profundo silencio). ¿Sabes *cómo* murió? ¿Es cierto lo que se dice de que le ahogó la compasión? ¿el ver al *hombre* suspendido en la cruz y el no poder soportar que el amor por los hombres viniera á ser su infierno y á la postre su muerte?»—Pero el anciano Papa no respondió, sino que desvió la vista con espanto y con expresión dolorosa y sombria.—«Déjale ir—añadió Zaratustra después de una larga reflexión, clavando siempre sus ojos en los del viejo.—Déjale ir; ha concluído. Y aunque te honre no decir más que bien de ese muerto, tú sabes lo mismo que yo *quién* era, y que seguía caminos singulares.»—«Aquí, entre tres ojos (dijo, tranquilizado el Papa, que de un ojo era ciego), de las cosas de Dios yo estoy más al corriente que el mismo Zaratustra, pues tengo el derecho de estarlo.—Largos años le ha servido mi amor; mi voluntad seguía la suya por dondequiera. Pero un buen servidor lo sa-

be todo y hasta ciertas cosas que su amo se oculta á sí mismo.—Era un dios oculto, lleno de misterios. Ni aun un hijo alcanzó sino por vías excusadas. A las puertas de su creencia se halla el adulterio.—El que le alaba como el dios de amor no se forma ideas bastante elevadas sobre el amor mismo. Ese dios, ¿no querría también ser juez? Pues el que ama, ama por encima del castigo y de la recompensa.—Cuando joven, ese dios de Oriente era duro y estaba sediento de venganza; se creó un infierno para deleite de sus favoritos.—Pero al fin se hizo viejo y blando y tierno y compasivo, asemejándose más á un abuelo que á un padre, y más aun á una abuela decrépita.—Allá estaba mustio, sentado al amor de la lumbre, preocupado de la flaqueza de sus piernas, cansado del mundo, cansado de querer, y un día acabó por ahogarse de exceso de piedad.»—«Anciano Papa (interrumpió Zaratustra), ¿has visto tú *eso* con tus propios ojos? Bien ha podido pasar así: *así* y también de otra manera. Cuando mueren los dioses, mueren siempre de varias clases de muerte.—Pero, de esta ó de la otra manera, ¡ya no existe! Era contrario al gusto de mis ojos y de mis oídos; yo no quería imputarle nada peór.—A mí me gusta todo lo que tiene la mirada clara y habla francamente. Pero él—bien lo sabes, anciano sacerdote,—tenía algo de tu ralea, de la ralea de los sacerdotes: era equívoco.—Era también confuso. ¡Qué no nos ha echado en cara ese colérico por comprenderle mal! Pero ¿por qué no hablaba más claro?—Y si la culpa era de nuestros oídos, ¿por qué nos dió oídos que le oyen mal? Si había cieno en nuestros oídos, ¿quién le puso en ellos?—Le salieron mal demasiadas cosas á ese alfarero, que no había acabado su aprendizaje. Pero eso de vengarse en sus cacharros y en sus hechuras porque le habían salido mal fue un peca-

do contra el *buen gusto.*—Hay también un buen gusto en la piedad; ese *buen gusto* ha acabado por decir: «¡Quitadnos *semejante* dios! ¡Vale más no tener ninguno, vale más crear cada cual los destinos á su capricho, vale más ser loco, vale más ser dios uno mismo!»—«¡Qué oigo! (dijo en este punto el Papa, aguzando el oído). Zararustra, con tal incredulidad, tú eres más piadoso de lo que crees. Debe haber habido algún dios que te haya convertido á tu impiedad.—¿No es tu piedad misma la que te impide creer en un Dios? ¡Y tu lealtad excesiva te conducirá aún más allá del bien y del mal!—¿Ves tú lo que te está reservado? Tú tienes ojos, una mano y una boca, que están predestinados á bendecir de toda eternidad. No se bendice sólo con la mano.—A tu lado, aunque quieras ser el más impío, percibo un secreto aroma de dilatadas bendiciones, un olor benéfico al par que doloroso para mí.—¡Permíteme ser tu huésped por una sola noche, Zaratustra! ¡En ninguna parte de la tierra me sentiré mejor que á tu lado!»—«¡Amén! ¡Así sea! (exclamó Zaratustra con gran asombro). Allá arriba está el camino que lleva á la caverna de Zaratustra.—De buena gana te conduciría yo mismo, venerable, porque amo á todos los hombres piadosos. Pero ahora me llama con apremio lejos de ti un grito de angustia.—En mis dominios no debe pasar nada malo á nadie: mi caverna es un buen puerto. Y yo querría sobre todo poner en tierra firme y con pie derecho á todos los tristes.—Pero ¿quién podrá arrancarte de los hombros *tu* melancolía? Yo soy demasiado débil para eso. En verdad, podríamos esperar mucho hasta que alguien te resucitase tu dios.—Porque ese dios antiguo no vive ya: está muerto y muy muerto.»

Así hablaba Zaratustra.

EL HOMBRE MÁS FEO.——Y volvieron á correr las piernas de Zaratustra por las montañas y las selvas, y sus ojos escudriñaban sin cesar; pero en ninguna parte veía al que quería ver, al que clamaba socorro, atormentado por honda angustia. Caminaba, no obstante, muy gozoso y lleno de gratitud. «¡Qué buenas cosas (dijo), me ha dado este día, para resarcirme de haberle empezado tan mal! ¡Qué singulares interlocutores he encontrado!—He de rumiar mucho tiempo sus palabras como si fuesen buenos granos; mis dientes deberán reducirlas y molerlas una y otra vez, hasta que me corran por el alma como leche.»—Pero, cuando el camino dió vuelta á un nuevo peñón, cambió de pronto el paisaje, y Zaratustra entró en un reino de la muerte. Surgían allí negros y rojos peñascos, y no había hierba, árboles ni canto de pájaros. Porque era un valle que todos los animales rehuían, incluso las fieras; sólo una especie muy fea de culebrones verdes iba á morir allá, cuando envejecía. Por eso los pastores llamaban á aquel valle: *Sepulcro de serpientes*.—Zaratustra se abismó en negros recuerdos, porque le parecía haberse encontrado ya en aquel valle. Y agobiaron su espíritu cosas tan pesadas, que fué acortando, acortando el paso, hasta que acabó por pararse. Mas, al abrir los ojos, vió algo sentado á orillas del camino, algo que á duras penas tenía la forma de un hombre, algo inexpresable. Y Zaratustra sintió una gran vergüenza por haber visto con sus ojos semejante cosa. Sonrojándose hasta la raíz del pelo, apartó los ojos y alzó el pie para alejarse de aquel nefasto sitio. Pero entonces el tétrico desierto se pobló de ruídos: porque subió del suelo un gorgorito como el que hace el agua por de noche en caños tapados; y ese ruido acabó por tornarse humana voz y humana palabra. La voz decía:

«¡Zaratustra, Zaratustra! ¡Adivina mi enigma! ¡Habla, habla! ¿Cuál es la *venganza contra el testigo?*—Yo te atraigo hacia atrás; aquí hay hielo resbaladizo. ¡Cuidado, cuidado no se rompa las piernas tu orgullo!—¡Tú te crees sabio, orgulloso Zaratustra! ¡Pues acierta el enigna, acierta el enigma que yo soy! Habla pues, ¿quién soy *yo?*»—Cuando Zaratustra oyó estas palabras, ¿qué pensáis que pasó en su alma? *Se vió dominado por la compasión*, y se desplomó de golpe como una encina que, después de resistir mucho tiempo á los leñadores, cae de súbito y pesadamente, con espanto de los mismos que querían abatirla. Volvió luego á levantarse del suelo, y su semblante se puso duro.—«Te conozco bien (dijo con voz de bronce); *tú eres el asesino de Dios*. Déjame marcharme.—¡Tú no has *soportado* al que *te* veía siempre con tus asquerosidades, ¡oh, tú, el más feo de los hombres! ¡Te has vengado de ese testigo!»—Así hablaba Zaratustra, y quiso marcharse; pero el inexpresable le asió de la vestidura y empezó á gorgotear de nuevo y á buscar sus expresiones. «¡Quédate!—dijo al fin.—¡Quédate! ¡No pases de largo! Yo he comprendido cuál fué el hacha que te derribó. ¡Gloria á tí, Zaratustra, que estás de nuevo en pie!—Has adivinado—lo sé perfectamente—cuáles eran los sentimientos del que mató á Dios, del asesino de Dios.—¡Quédate! Siéntate aquí junto á mí; no será en balde. —¿A quién quería yo encontrar siuo á tí? Quédate y siéntate. ¡Pero no me mires! ¡Respeta así... mi fealdad!—Me persiguen; ahora *tú* eres mi último refugio. *No* es que me persigan con su odio ó sus esbirros. ¡Oh! ¡yo me burlaría de tales persecuciones! Estaría orgulloso y satisfecho.—¿Todo el triunfo no ha sido hasta aquí de los que eran bien perseguidos? Y el que persigue bien aprende fácilmente á *seguir*—¿no va

ya... detrás? Pero se trata de *compasión*...—De su compasión es de lo que huyo, viniendo á refugiarme en ti. Defiéndeme, Zaratustra, último refugio mío, único ser que me ha adivinado.—Tú has adivinado los sentimientos del que mató á Dios. ¡Quédate! Y si eres tan impaciente que quieres marcharte, no tomes el camino por donde yo vine. *Ese* camino es malo.—¿Me guardas rencor porque desde hace mucho tiempo desuello las palabras? ¿porque ya te doy consejos? Pues sabe que yo, el más feo de los hombres, soy también el que tiene el pie más grande y más pesado. Por dondequiera que he andado *yo*, es malo el camino. Yo aplasto y destruyo todos los caminos.—Pero he visto bien que pasabas delante de mí en silencio y que te sonrojabas: en eso conocí que eras Zaratustra. —Cualquier otro me hubiese arrojado su limosna, su compasión, con la mirada y la palabra. Pero no soy yo bastante mendigo para eso: tú lo has adivinado.—¡Yo soy demasiado *rico* para eso, rico en cosas grandes y formidables, las más feas y las más inexpresables! ¡Tu vergüenza, Zaratustra, me hace *honor!*—Me ha costado trabajo salir de la muchedumbre de los compasivos, para encontrar al único que enseña hoy que «la compasión es importuna»—para encontrarte á ti, Zaratustra.—Sea piedad de un Dios ó piedad de los hombres, la compasión es contraria al pudor. Y no querer ayudar puede ser más noble que esa virtud que asalta presurosa y solícita.—Pero *eso* es lo que toda la genle pequeña llama hoy la virtud misma, la compasión; esa gente no guarda respeto ante la gran desgracia, la gran fealdad y la gran deformidad.—Mi mirada pasa por encima de los pequeños como la de un perro por encima de los bullentes rebaños de ovejas. Son gentecillas de buena voluntad, grises y lanosas.—Como una garza mira desdeñosamente el liso

estanque, con la cabeza echada hacia atrás, así miro yo el hervidero de las onditas, de las voluntades y de las almas grises y pequeñas.—Se ha dado la razón demasiado tiempo á esas gentecillas, y *asi* se ha acabado por darles de igual modo el poder; por eso enseñan: «No es bueno más que lo que las gentecillas llaman bueno.»—Y hoy se llama «verdad» lo que decía el predicador que salió de las filas de esa gente, aquel santo raro, aquel abogado de los pequeños que atestiguaba de sí propio «yo soy la verdad».—Y aquel hombre inmodesto, que, al decir «yo soy la verdad», enseñó un error más que mediano, aquel fué la causa de que hace ya mucho se pavoneen las gentecillas.—¿Se respondió nunca más cortésmente á una persona falta de modestia? Sin embargo, Zaratustra, tú pasaste delante de él diciendo: «¡No! ¡No! ¡Mil veces no!» —Tú diste la voz de alerta contra su error; tú fuiste el primero que dió la voz de alerta contra la compasión—no á todos, no á ninguno, sino á ti y á tu especie!—Tú te avergüenzas de la vergüenza de los grandes sufrimientos; y cuando dices: «de la compasión viene una gran nube, ¡alerta, humanos!» y cuando enseñas: «todos los creadores son duros, todo gran amor está por encima de su compasión», ¡qué bien me pareces conocer los signos del tiempo, Zaratustra! —Pero tú mismo... ¡guárdate también de *tu propia* piedad! Porque hay muchos que están en camino hacia tí, muchos de los que sufren, de los que dudan, de los que desesperan, de los que se ahogan y hielan... —Yo te pongo también en guardia contra mí. Has adivinado mi mejor y mi peor enigma, me has adivinado á mí mismo y lo que he hecho. Conozco el hacha que te derriba.—Sin embargo, *fué preciso* que él muriese: veía con ojos que lo veían *todo;* veía las profundidades y los abismos del hombre, toda su

oculta ignominia y fealdad.—Su compasión no conocía la vergüenza: se deslizaba á mis sucios rincones. Fué preciso que muriese el más curioso, el más importuno, el más compasivo.—Siempre *me* veía: yo quise vengarme de semejante testigo ó dejar de vivir. —El Dios que lo veía todo, *aun el hombre*, ¡ese Dios debía morir! El hombre no *soporta* que viva semejante testigo.

Así hablaba el hombre más feo. Pero Zaratustra se levantó y se dispuso á partir: porque estaba helado hasta los tuétanos.—«Tú, inexpresable (dijo), me has puesto en guardia contra tu camino. Para recompensarte te recomiendo el mío. Mira: allá arriba está la caverna de Zaratustra.—Mi caverna es grande y profunda y tiene muchos rincones; el más retirado encuentra allí su escondite. Y cerca hay cien revueltas y cien escapatorias para los animales que se arrastran, que revolotean y que saltan.—¿Tú, que te ves rechazado, y que te has rechazado á ti mismo, no quieres vivir más en medio de los hombres y de la compasión de los hombres? ¡Pues bien! ¡haz como yo! Así aprenderás también de mí; sólo el que obra aprende.—¡Y habla desde luego y en primer lugar á mis animales! ¡Sean para nosotros dos los verdaderos consejeros el animal más altivo y el animal más astuto!»

Así habló Zaratustra, y prosiguió su camino más meditabundo y más despacio aún que antes: porque se preguntaba muchas cosas y le costaba trabajo responderse.—«¡Qué pobre es el hombre! (pensaba interiormente). ¡Qué feo, qué agonizante y cuán lleno de oculta vergüenza!—Me dicen que el hombre se ama á sí propio. ¡Ay! ¡Qué grande debe ser ese amor de sí! ¡Cuánto desprecio tiene en contra suya!—También ese se amaba despreciándose: es para mí un gran enamorado y un gran despreciador.—Nunca tropecé con

nadie que se despreciara más profundamente. También *eso* es altura. ¡Oh infortunio! ¿Sería *ese* quizá el hombre superior cuyo grito oí?—Yo amo á los grandes despreciadores. Pero el hombre es una cosa que debe ser superada.»

EL MENDIGO VOLUNTARIO.— Cuando Zaratustra se alejó del más feo de los hombres tuvo frío y se sintió solo: porque tantas cosas heladas y solitarias cruzaron por su espíritu que hasta los miembros se le quedaron fríos. Pero, subiendo más y más cada vez por montes y por valles, ya pasando á orillas de verdes praderas, ya atravesando áridos pedregales, donde probablemente se había abierto su lecho en otras épocas un río impetuoso, se sintió de repente más vivo y animado.—«¿Qué es eso? (se preguntó). Algo cálido y vivo me reconforta; debo tenerlo cerca. —Ya estoy .menos solo; presiento á compañeros y hermanos rondando inconscientemente en torno mío; su cálido aliento remueve mi alma.»—Pero cuando miró alrededor buscando los consoladores de su soledad, vió que eran vacas, que estaban unas al lado de otras en una altura; la cercanía y el olor de esos animales habían reanimado su corazón. Pero las vacas parecían escuchar atentamente á alguien que hablase, y no hacían caso del que se acercaba. Ya muy próximo á ellas, Zaratustra oyó salir de en medio claramente una voz de hombre, y era visible que todas volvían la cabeza hacia su interlocutor.—Entonces Zaratustra se lanzó á la altura corriendo y dispersó á los animales, porque temía que hubiese ocurrido alguna desgracia á alguien, cosa que difícilmente hubiera podido remediar la compasión de las vacas. Pero se había equivocado: porque lo que vió fué un hombre sentado en el suelo, que parecía exhortar á

los animales á no tener miedo de él. Era un hombre apacible, un predicador de las montañas, cuyos ojos predicaban la bondad misma. «¿Qué buscas aquí?» exclamó Zaratustra con asombro:—«¿Que qué busco aquí? (contestó el hombre). ¡Lo mismo que tú, aguafiestas! ¡Es decir: la felicidad en la tierra!—Por eso quería aprender de estas vacas. Porque, para que lo sepas, hace ya media mañana que las estoy hablando, é iban á responderme. ¿Por qué las alborotas tú?—Si no volvemos hacia atrás y no hacemos como las vacas, no podemos entrar en el reino de los cielos. Especialmente una cosa deberíamos aprender de ellas, y es rumiar.—Porque, ¿de qué serviría que el hombre ganase el mundo entero, si no aprendiese *una* cosa, si no aprendiese á rumiar? Tampoco se libraría su gran aflicción, de esa gran aflicción que se llama hoy *hastío*. ¿Quién no tiene hoy el corazón, la boca y los ojos llenos de hastío? ¡Tú también! ¡Tú también! ¡Pero mira esas vacas!»

Así habló el predicador de la montaña; después volvió los ojos hacia Zaratustra—porque hasta aquel momento los había fijado amorosamente en los animales.—Entonces se transformó. «¿Con quién estoy hablando?—exclamó asustado saltando del suelo.—Este es el hombre sin hastío, Zaratustra en persona, el que ha triunfado del gran hastío; esos son los ojos, esa es la boca, ese es el corazón del mismo Zaratustra.»—Y, hablando así, besó las manos de aquel á quien hablaba, con ojos rebosantes, y se conducía en un todo como una persona á quien cae del cielo inopinadamente un precioso regalo o algún tesoro. Entre tanto, las vacas contemplaban todo aquello con admiración.—«¡No hables de mí, hombre singular y atractivo! (respondió Zaratustra, rehuyendo sus caricias). ¡Háblame ante todo de tí! ¿No eres tú el mendigo

voluntario, que en otro tiempo arrojó lejos de sí una gran riqueza?—¿No eres el que, avergonzado de la riqueza y de los ricos, huyó hacia los más pobres para darles su abundancia y su corazón, bien que esos no quisieron recibirte?»—«Ciertamente, no me recibieron (dijo el mendigo voluntario); ya lo sabes. Por eso me he venido á la postre con los animales y con estas vacas.»—«Así has aprendido (interrumpió Zaratustra) que es mucho más difícil dar bien que tomar bien, que dar bien es un *arte* y la última y más astuta maestría de la bondad.»—«Especialmente en nuestros dias (contestó el mendigo voluntario), especialmente hoy en que todo lo bajo se levanta fieramente, orgulloso de su ralea: de la ralea populachera.—Porque ya sabes que ha venido la hora de la gran insurrección del populacho y de los esclavos, la insurrección funesta, larga y lenta; que crece, y crece de contínuo.—Ahora los pequeños se rebelan contra todos los beneficios y los dones menudos; ¡y que anden con cuidado los que sean demasiado ricos!—¡Desgraciado del que se asemeje á frascos panzudos que chorrean poco á poco por angostos golletes, porque á frascos así es á los que hoy se quiere romper el cuello.—Codicia ansiosa, envidia acerba, venganza reconcentrada, orgullo plebeyo: todo eso me ha saltado al rostro. No es ya verdad que los pobres sean bienaventurados. El reino de los cielos está entre las vacas.»—«¿Y por qué no entre los ricos?» preguntó tentadoramente Zaratustra, impidiendo que ias vacas acariciasen con su aliento al hombre apacible.—«¿Por qué me tientas? (respondió éste). Tú mismo lo sabes mucho mejor que yo. ¿Qué es lo que me ha impelido hacia los más pobres, Zaratustra? ¿No era la adversión que sentía en presencia de los más ricos de los nuestros? ¿en presencia de los forzados de la riqueza que recogen sus

beneficios de todas las barreduras, con ojos fríos y miradas concupiscentes? ¿en presencia de esa chusma que despide fetidez hacia el cielo? ¿en presencia de ese dorado y falso populacho, cuyos ascendientes eran gente de uñas largas, aves carnívoras ó traperos, con mujeres complacientes, lascivas y olvidadizas, no muy distintas de rameras?—¡Populacho arriba! ¡Populacho abajo! ¡Qué significan ya hoy los «pobres» y los «ricos»! Yo he olvidado esa diferencia, y he acabado por huir lejos, más lejos cada vez, hasta venirme con estas vacas.»

Así habló el hombre apacible, y, al pronunciar estas palabras, respiraba ruidosamente, bañado en sudor: tanto que las vacas volvieron á asombrarse. Pero Zaratustra, mientras el hombre hablaba así duramente, le miraba de hito en hito, sonriendo y moviendo silenciosamente la cabeza.—«Predicador de la montaña, te estàs violentando, al emplear expresiones tan duras. Tu boca y tus ojos no han nacido para semejantes durezas.—Y tu estómago tampoco, á lo que me parece: tal cólera y tal odio y tal efervescencia se le resisten. Tu estómago necesita de cosas más dulces: tú no eres carnívoro.—Más bien me pareces herbívoro. Quizá mueles grano. En todo caso, no estás hecho para los goces carnívoros y te gusta la miel.»—«Me adivinaste perfectamente (respondió el mendigo voluntario con el corazón aliviado). Me gusta la miel y también muelo grano, porque he buscado lo que tiene buen gusto y purifica el aliento; y también lo que invierte mucho tiempo, una tarea diaria y una ocupación para la boca de dulces perezosos y holgazanes. —Estas vacas han ido ciertamente mucho más lejos: han inventado el rumiar y tumbarse al sol. Así se guardan de todos los pensamientos pesados que hinchan las entrañas.»—«Pues entonces (dijo Zaratustra)

deberías ver también á mis animales, á mi águila y á mi serpiente, que no tienen hoy rival en la tierra.

Mira: he aquí el camino que lleva á mi caverna: sé su huésped por esta noche. Y habla con mis animales de la felicidad de los animales... hasta que vuelva yo. Porque ahora me llama á toda prisa lejos de ti un grito de angustia. También encontrarás en mi albergue miel nueva, panales de dorada miel de glacial frescura: ¡cómela!—Pero ahora despídete presuroso de tus vacas, hombre singular y atractivo, aunque haya de costarte trabajó, por ser tus mejores amigos y maestros!»—«A excepción de uno solo, á quien prefiero aún (respondió el mendigo voluntario). ¡Tú eres bueno, y mejor aún que una vaca, Zaratustra!»—«¡Vete, vete! ¡Vil adulador! (exclamó Zaratustra colérico). ¿Por qué me halagas con tal miel de alabanzas y de lisonjas? ¡Vete, vete lejos de mí!» gritó otra vez, blandiendo el bastón en dirección al mendigo zalamero. Pero éste se escurrió con presteza.

LA SOMBRA.——Pero apenas había huído el mendigo voluntario, cuando Zaratustra, sólo otra vez consigo mismo, oyó detrás una voz nueva que gritaba: «¡Detente, Zaratustra! ¡Espérame! ¡Soy yo, Zaratustra, yo, tu sombra!» Pero Zaratustra no esperó, porque se apoderó de él un despecho repentino al ver la gran muchedumbre que se agolpaba en sus montañas. «¿Qué se ha hecho de mi soledad?—dijo.—Es demasiado; estas montañas hormiguean; mi reino no es ya de *este* mundo; necesito nuevas montañas.—¿Me llama mi sombra? ¡Qué importa mi sombra! ¡Que corre tras de mí! ¡yo delante de ella'»—Así hablaba Zaratustra á su corazón huyendo. Pero el que estaba detrás de él le seguía; de manera que había tres corriendo los unos tras los otros: primero el mendigo

voluntario, luego Zaratustra y en tercero y último lugar su sombra. No hacía mucho que corrían así cuando Zaratustra entró en razón, se dió cuenta de su locura, y de una sola sacudida arrojó lejos de sí todo su despecho y todo su enojo.—«¡Cómo (exclamó). ¿No acontecieron siempre entre nosotros, los santos y ermitaños, las cosas más risibles?—¡En verdad que mi locura ha crecido en las montañas! ¡Ahora oigo sonar, unas tras otras, seis viejas piernas de locos!—¿Pero Zaratustra tiene el derecho de asustarse de una sombra? Y acabo por creer que ella tiene las piernas más largas que las mías.»

Así hablaba Zaratustra, riéndose con ojos y entrañas. Se detuvo, se volvió de golpe, y casi arrojó al suelo á la sombra que le perseguía: tan pegada iba á sus talones y tan débil era. Porque, al examinarla con los ojos, se espantó, como si se le hubiese aparecido de repente un fantasma: tan flaco, negruzco y hueco era su perseguidor, y tan acabado parecía.—«¿Quién eres? (preguntó impetuosamente Zaratustra). ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué te llamas mi sombra? No me agradas.»—«Perdóname (contestó la sombra) que sea yo; y, si no te agrado, ¡enhorabuena, Zaratustra!, eso dice mucho en tu abono y en favor de tu buen gusto. —Yo soy un viajero que ha ya mucho te he venido pisando los talones; siempre en camino, pero sin punto adonde ir y sin hogar; de suerte que me asemejo al judío errante, salvo que no soy ni judío ni eterno. — Cómo! ¿He de estar siempre en camino? ¿He de verme arrastrado sin tregua por el remolino de todos los vientos? ¡Oh tierra, te me vuelves demasiado redonda!—Ya me he posado en todas las superficies; á semejanza del cansado polvo, me he adormecido en los espejos y en las vidrieras: Todo toma de mí; nada me da; yo adelgazo—parezco casi una sombra.—

Pero á quien he seguido y perseguido màs tiempo es á ti, Zaratustra; y, aunque me he ocultado de tí, fuí, sin embargo, tu mejor sombra: dondequiera que tú parabas, paraba yo también.—Contigo he vagado por los más lejanos y fríos mundos, como un fantasma que se complace en correr por encima de techos invernales y de nieve.—Contigo he aspirado á todo lo prohibido, á todo lo peor y más lejano; y, si alguna virtud hay en mí, es que no temo ninguna prohibición. —Contigo he aniquilado lo que alguna vez adoró mi corazón, he derribado todas las lindes y todas las imágenes, corriendo en pos de los deseos más peligrosos—realmente, he pasado una vez por todos los crímenes.—Contigo he olvidado la fé en las palabras, los valores y los grandes nombres. Cuando el diablo muda de piel, ¿no arroja al mismo tiempo su nombre? Porque ese nombre no es tampoco más que piel. El diablo mismo no es quizá... más que una piel.—«Nada es verdad; todo es permitido»: así me he consolado á mí propio. Me he lanzado á las aguas más frías de corazón y de cabeza. ¡Ay! ¡Cuántas veces me he visto desnudo, y encarnado como un cangrejo!—¡Ay! ¿á dónde se ha ido todo lo que es bueno, y toda vergüenza, y toda fe en los buenos? ¡Ay! ¿adónde se ha ido aquella inocencia engañadora que antes poseí, la inocencia de los buenos y de sus nobles mentiras?—Con harta frecuencia he pisado los talones á la verdad, y ella me ha saltado entonces á la cara. A veces creia mentir, y es el caso que sólo entonces tocaba la verdad.—Demasiadas cosas se han aclarado para mí; ahora ya no me importan. Nada vive ya de lo que yo amo—¿Cómo podría amarme aún á mi mismo?—«Vivir como me plazca, ó no vivir de ningún modo»: eso es lo que quiero, eso es lo que quiere también el más santo. Pero ¡oh desventura! ¿Cómo podría *yo* compla-

cerme aún?—¿Tengo *yo* todavía... un fin? ¿Un puerto adonde vuele *mi* vela?—¿Un buen viento? ¡Ay! Sólo el que sabe adonde va sabe también cual es su buen viento, cuál es su viento próspero.—¿Qué me queda? Un corazón fatigado é impertinente, una voluntad inestable, alas estremecidas, un espinazo roto. —Ese afán en pos de *mi* morada, bien lo sabes Zaratustra, ese afán ha sido *mi* obsesión: me devora.— «*¿Dónde* está... *mi* morada?» Eso es lo que pregunto, lo que busco, lo que he buscado, y no encontré. ¡Oh eterno «en todas partes»! ¡Oh eterno «en ninguna parte!» ¡Oh eterno... «en vano!»

Así hablaba la sombra, y el rostro de Zaratustra se alargaba al oirla. «¡Tú eres mi sombra!—dijo al fin con tristeza.—¡No es pequeño tu peligro, espíritu libre y viajero! Has tenido un mal día: ¡cuidado no vaya seguido de una noche peor!—Vagabundos como tú acaban por encontrarse bien hasta en una cárcel. ¿Has visto alguna vez cómo duermen los criminales presos? Duermen tranquilamente: gozan de su nueva seguridad.—¡Mira no acabe por apoderarse de ti una fe estrecha, una ilusión dura y severa! Porque ahora te tienta y seduce todo lo que es estrecho y sólido.— Has perdido el fin; desgraciado! ¿cómo podrías consolarte de esa pérdida? ¡Así has perdido también el camino!—¡Pobre vagabundo, espíritu voluble, mariposa fatigada! ¿Quieres tener esta noche un descanso y un asilo? ¡Sube á mi caverna!—Por allá arriba va el camino que lleva á mi caverna. Y ahora quiero volver á huir de ti en seguida, porque la sombra me envuelve.—Quiero correr solo para que vuelva á clarear alrededor de mí. Por eso tengo aún que menear alegremente las piernas durante mucho tiempo. Sin embargo, esta noche... ¡se bailará en mi morada!»

Así hablaba Zaratustra.

A MEDIODIA.—Y Zaratustra corrió y corrió sin parar, pero no tropezó ya con nadie. Iba solo, volviendo á encontrarse siempre consigo mismo, disfrutando de su soledad, saboreando su soledad, y pensando en buenas cosas durante horas enteras. No obstante, al mediodía, cuando el sol se hallaba exactamente encima de su cabeza, Zaratustra pasó por delante de un añoso árbol retorcido y nudoso, abrazado tan totalmente por el rico amor de una viña que quedaba oculto á sí propio: de ese árbol colgaban en abundancia dorados racimos que incitaban al viajero. Zaratustra tuvo ganas de calmar un poco de sed que sentía arrancando un gajo de uvas; y ya extendía la mano para hacerlo cuando le acometió otro deseo más violento aún: el deseo de echarse al pie del árbol, en pleno mediodía, para dormir.—Así lo hizo Zaratustra; y en cuanto estuvo tendido en medio del silencio y del misterio de la esmaltada hierba, olvidó su poco de sed y se quedó adormecido. Porque, como dice el proverbio de Zaratustra: baza mayor quita menor. Sus ojos, sin embargo, permanecieron abiertos: es que no se cansaban de mirar y de alabar el árbol y el amor de la viña. Pero, entre sueños, Zaratustra habló así á su corazón: «¡Silencio! ¡Silencio! ¿No acaba de consumarse el mundo? ¿Qué es lo que me sucede?—Cual viento delicioso que baila invisible sobre las lentejuelas del mar, leve y ligero como una pluma, así baila el sueño en mí.—No me cierra los ojos; deja despierta mi alma. Es ligero, en verdad, ligero como una pluma.—Me persuade, no sé cómo; me toca interiormente con mano cariñosa; me domina. Sí: me domina, en términos que mi alma se dilata.—¡Cómo se estira rendida mi alma singular! ¿Ha venido para ella, en plena mitad del día, la noche de un día séptimo? ¿Ha errado ya feliz harto tiempo entre las cosas

buenas y maduras?—¡Se estira á la larga, más á la larga cada vez! Esta acostada tranquilamente mi alma singular. Ha gustado ya demasiadas cosas buenas; esta tristeza dorada la oprime; tuerce el gesto.—Como barca que ha entrado en su más tranquila bahía, se arrima ahora á la tierra, fatigada de los largos viajes y de los mares inseguros. ¿No es la tierra más fiel?—Como una de esas barcas, se acuesta y arrima á tierra: porque basta entonces que una araña tienda su hilo desde la tierra hasta ella. No hace falta aqui cable más fuerte.—Como una de esas barcas fatigadas, en la más tranquila bahía, así ahora reposo yo también cerca de la tierra, fiel, confiado, esperando, ligado á la tierra por los más ténues hilos.—¡Oh ventura! ¡Oh ventura! ¿Quieres cantar, alma mia? Estás echada en la hierba, y hete aquí la hora secreta y solemne en que ningún pastor tañe la flauta.—¡Guárdate! El calor del mediodía reposa en las praderas. ¡No cantes! ¡Silencio! El mundo se ha consumado.—¡No cantes, ave de las praderas, alma mía! ¡No murmures siquiera! Mira bien... ¡silencio! El venerable mediodía duerme; mueve la boca: ¿no bebe en este instante una gota de felicidad? ¿Una añeja gota de felicidad dorada, de dorado vino? Su felicidad se desliza por él y se sonríe. Así sonríe un dios. ¡Silencio!—«¡Cuán poco basta para la felicidad!»—así decía yo en otras épocas, creyéndome sabio.—Pero era una blasfemia: *esto* es lo que he aprendido ahora. Los locos sabios dicen cosas mejores.—Lo mínimo, precisamente, lo más ténue, lo más ligero, el roce de un lagarto, un soplo, un ¡cht! un abrir y cerrar de ojos, lo *poco* es lo caracteristico de la *mejor* felicidad. ¡Silencio —¿Qué me ha sucedido? ¡Escucha! ¿Es que ha herido el tiempo? ¿No caigo yo? ¿No he caído—¡escucha!—en el pozo de la eternidad?—¿Qué me sucede? ¡Silencio! ¿Estoy

herido—¡desventurado de mí!—en el corazón? ¡En el corazón! ¡Oh, desgárrate, desgárrate, corazón mío, después de tal felicidad, después de tal golpe!—¡Conque no acaba de consumarse el mundo, redondo y maduro? ¡Oh redonda y dorada madurez! ¿Adónde va á volar? ¿Es que corro yo en su seguimiento? ¡Cht!—¡Silencio... (y en este punto Zaratustra se estiró y sintió que dormía).—«¡Levántate, dormilón, perezoso! (se dijo á si mismo). Vamos, viejas piernas. Es tiempo, es más que tiempo; aún os queda por andar una buena parte del camino.—Os habéis entregado al sueño ¿Durante cuánto tiempo? ¡Una media eternidad! ¡Vamos, levántate tu ahora, viejo corazón! ¿Cuánto tiempo necesitarás, después de semejante sueño, para despertarte?»—(Pero ya se dormía de nuevo, y su alma le resistía y se defendía y volvía á tenderse á la larga.) ¡Déjame! (dijo Zaratustra). ¡Silencio! ¿No acaba de consumarse el mundo? ¡O esa bola «redonda y dorada!»—¡Levántate, ladronzuela, perezosilla ¿Qué es eso de estar siempre estirándose, bostezando, suspirando, cayendo en el fondo de los pozos profundos?—¿Quién eres tú, pues? ¡Oh alma mía!» (y en este momento se asustó, porque del cielo caía un rayo de sol sobre su rostro.—«¡Oh cielo! (dijo con un suspiro, incorporándose). ¿Me miras? ¿Escuchas mi alma singular?—¿Cuándo beberás esta gota de rocío que ha caído sobre todas las cosas de este mundo? ¿Cuándo beberás esta alma singular?—¿Cuándo, pozo de la eternidad, alegre abismo de mediodía que hace estremecer, cuándo absorberás mi alma en ti?»

Así hablaba Zaratustra al pie del árbol y se levantó como saliendo de una extraña embriaguez; y á todo esto el sol se hallaba aún exactamente encima

de su cabeza: de lo cual podría inferirse con razón que Zaratustra no había dormido mucho.

LA SALUTACIÓN.—Era ya muy entrada la tarde cuando Zaratustra, después de largas é infructuosas pesquisas y de correrías estériles, volvió á su caverna. Pero, en el momento en que apenas se hallaba á veinte pasos de la entrada, sucedió lo que menos podía esperar entonces: volvió á oir el gran *grito de angustia*. Y ¡cosa asombrosa! el grito salía de su propia caverna. Era un grito prolongado, singular y múltiple, y Zaratustra distinguía en él perfectamente muchas voces, aunque á distancia pareciese proceder de una sola boca.—Entonces Zaratustra se precipitó en su caverna. ¡Qué espectáculo le esperaba tras de aquel concierto! Allí estaban reunidos todos los que había encontrado durante el día: el rey de la derecha y el rey de la izquierda, el viejo encantador, el Papa, el mendigo voluntaria, la sombra, el concienzudo, el lúgubre adivino y el asno. El hombre más feo se había puesto una corona en la cabeza y se había ceñido dos bandas de púrpura—porque le gustaba disfrazarse y engalanarse, como á todos los feos.—Pero, en medio de esa triste reunión, el águila de Zaratustra estaba en pie, inquieta y con las plumas erizadas, porque había de responder á demasiadas cosas para las cuales no tenía respuesta su orgullo; y la astuta serpiente se le habia enroscado alrededor del cuello—Zaratustra miró todo esto con gran asombro; luego examinó separadamente á cada uno de sus huéspedes con benévola curiosidad, leyendo en sus almas y volviendo á asombrarse. En el interín, los allí reunidos se habían levantado de sus asientos, aguardando respetuosamente á que Zaratustra tomase la palabra. Zaratustra habló así: «¡Hombres singulares que des-

esperáis! ¿fué vuestro grito de angustia el que yo he oído? Pues ya sé dónde buscar al que hoy he buscado en vano, al *hombre superior.*—¡Está sentado en mi propia caverna! Pero ¡por qué asombrarme! ¿No le he atraído yo mismo hacia mí con ofrendas de miel y con la maligna tentación de mi felicidad?—Pero vosotros, los que proferís gritos de angustia; me parece que andáis muy mal avenidos; vuestros corazones se entristecen unos á otros al veros reunidos aquí. Hacía falta ante todo que viniese alguien: alguien que os hiciese reir de nuevo, un gracioso, un danzante, un veleta, un tronera, algún tramposo, ¿no es eso?—¡Perdónenme los que desesperan que emplee delante de ellos tan frívolas palabras, indignas, en verdad, de tales huéspedes! Pero no adivináis *lo* que llena de petulancia mi corazón.—¡Perdonadme! Sois vosotros mismos y el espectáculo que me ofrecéis. Porque todo el que mira á un desesperado cobra alientos. Para consolar á un desesperado... cualquiera se cree bastante fuerte.—A mí me habéis dado vosotros esa fuerza—un don precioso, huéspedes ilustres, ¡un verdadero presente de huéspedes!—Pues bien: no os enfadéis si, á mi vez, os ofrezco el mío.—Este es mi reino y mi dominio; pero lo que me pertenece debe ser vuestro por esta tarde y esta noche. ¡Que os sirvan mis animales, y sea mi caverna vuestro lugar de reposo!—Cobijados en mi albergue, ninguno de vosotros debe desesperar: yo protejo á todo el mundo contra los animales salvajes de mis dominios. Seguridad, ¡esa es la primera cosa que os ofrezco!—La segunda es mi dedo meñique. Y si os doy el dedo meñique, tomaréis la mano entera ¡vaya! y el corazón al par. ¡Sed bien venidos aquí; salud, huéspedes míos!»

Así hablaba Zaratustra, con amorosa y maligna

sonrisa. Después de esa salutación, sus huéspedes volvieron á inclinarse, guardando respetuoso silencio; pero el rey de la derecha respondió en nombre de todos: «En la manera de ofrecernos tu mano y tu saludo, Zaratustra, conocemos que eres Zaratustra. Te has bajado delante de nosotros; un poco más, hubiese cedido en mengua de nuestro respeto.—Pero ¿quién sabría, como tú, bajarse con tal orgullo? *Esto* nos levanta á nosotros mismos, reconfortando nuestros ojos y nuestros corazones.—Sólo por contemplar tal cosa subiríamos con gusto á montañas más altas que ésta. Porque hemos venido ávidos de espectáculo: queríamos ver lo que aclara ojos turbios.—Y ahora ya se acabaron todos nuestros gritos de angustia. Ya están abiertos y extasiados nuestros sentidos y nuestros corazones. Un poco más, y nuestro ánimo rayará en desenfado.—En la tierra, Zaratustra, no crece nada más regocijador que una elevada y firme voluntad. Una elevada y firme voluntad es la planta más hermosa de la tierra. Semejante árbol anima un paisaje entero.—Yo comparo á un pino, Zaratustra, al que crece, como tú, esbelto, silencioso, duro, solitario, hecho de la madera más flexible, soberbio, queriendo, en fin, tocar *su* señorío con verdes y vigorosas ramas, dirigiendo enérgicas preguntas á los vientos, á las tempestades, á cuanto es familiar á las alturas, y respondiendo más enérgicamente aún, imperativo y victorioso. ¡Ah! ¿Qnién no subiría á las alturas para contemplar semejantes plantas?—La vista de tu árbol, Zaratustra, anima al triste y abatido, y también serena al inquieto y cura su corazón.—Y, ciertamente, hacia tu montaña y tú árból se dirigen hoy muchas miradas; en camino se ha puesto un gran deseo, y hay muchos que han aprendido á preguntar: ¿quién es Zaratustra?—Y todos aquellos en cuyos oídos llegaste á

destilar tu miel y tus canciones, todos los escondidos, todos los solitarios, han dicho de repente á su corazón: «¿Vive aún Zaratustra? ¡No vale ya la pena de vivir: ¡todo es igual; todo es en vano, si no vivimos con Zaratustra!—«¿Por qué no viene el que se anunció hace tanto tiempo? (así pregunta un gran número). ¿Le ha devorado la soledad? ¿O es que somos nosotros los que debemos ir á buscarle?»—Ahora la soledad misma se ablanda y rompe, como tumba que se abre y no puede ya retener sus muertos. Por todas partes se ven resucitados.—Ahora las olas suben y suben alrededor de tu montaña, Zaratustra. Y, á pesar de la elevación de tu altura, es menester que muchos suban hacia ti; tu barca no debe permanecer ya mucho tiempo al abrigo.—Y el que hayamos venido á tu caverna nosotros, los que desesperábamos y no desesperamos ya, no es sino un signo y un presagio de que hay en camino otros mejores que nosotros.—Porque en camino hacia ti se halla también el último resto de Dios entre los hombres; es decir: todos los hombres del gran anhelo, del gran hastío, de la gran saciedad: Todos los que no quieren vivir sin poder aprender á *esperar* nuevamente—¡á aprender de ti, Zaratustra, la *gran* esperanza!»

Así habló el rey de la derecha cogiendo la mano de Zaratustra para besarla; pero Zaratustra se sustrajo á su veneración y retrocedió espantado, silencioso y hundiéndose de repente como en una lontananza. A los poeos instantes, sin embargo, estaba de retorno con sus huéspedes, y, mirándolos con ojos claros y escrutadores, dijo: «Huéspedes míos, hombres superiores, quiero hablaros en alemán y claramente: no es á *vosotros* á quien yo esperaba en estas montañas.»—(«¿En alemán y claramente? ¡Dios nos asista!—dijo entonces aparte el rey de la izquierda.—¡Ya se ve

que este sabio de Oriente no conoce á esos buenos alemanes! Querrá decir «en alemán y rudamente». ¡Bueno! ¡Hoy no es ese aun el peor de los gustos!»)— «Puede que todos seais hombres superiores (continuó Zaratustra); mas, para mí,no sois bastante altos ni bastante fuertes.—«Para mí» significa: lo implacable que calla en mí, pero que no callará siempre. Y si me pertenecéis, no es, sin embargo, como mi brazo derecho.—Porque el que anda con piernas enfermas y frágiles, como vosotros, quiere, ante todo, sépalo ó no, que le *contemplen*.—Pero yo no guardo contemplaciones con mis brazos y mis piernas, *yo no guardo contemplaciones con mis guerreros:* ¿cómo podríais ser buenos para *mi* guerra?—Con vosotros echaría á perder todas las victorias y hay entre vosotros quienes caerían con sólo oir el redoble de mis tambores.—Tampoco sois para mí bastante hermosos y bien nacidos. Yo necesito para mis doctrinas limpios y bruñidos espejos; en vuestra superficie se desnaturaliza ya mi propia imagen. —Sobre vuestros hombros pesan muchas cargas, muchos recuerdos; por vuestros rincones andan sentados muchos enanos malignos. También en vosotros hay populacho oculto. Y aunque seais elevados y de especie superior, se encierran en vosotros muchas cosas torcidas y deformes. No hay herrero en el mundo capaz de reformaros y enderezaros.—No sois más que puentes: ¡pase por vosotros á la otra parte gente más elevada! Representáis escalones: no os enojéis, pues, contra el que suba por encima de vosotros hacia *su* altura.— Quizá de vuestra simiente nazca un día para mí un verdadero hijo, un heredero completo; pero éste aun se halla lejano. En cuanto á vosotros, no sois los seres á quienes pertenecen mi nombre y mis bienes de este mundo.—No es á vosotros á quienes espero yo

en estas montañas, no es con vosotros con quienes tengo el derecho de bajar por última vez. Vosotros no sois sino signos precursores, anuncios de que están en camino hacia mí otros más elevados—*no* los hombres del gran anhelo, del gran hastío, de la gran saciedad y lo que habéis llamado «resto de Dios sobre la tierra».—¡No, no! ¡Mil veces no! *Otros* aguardo en estas montañas, y sin ellos no quiero moverme de aquí: aguardo otros más altos, más fuertes, más victoriosos, más alegres, rectangulares de cuerpo y de alma: ¡es preciso que vengan los *leones risueños!*—Huéspedes mios, hombres singulares: ¿nada habéis oído aún de mis hijos? ¿No habéis oído que se hallan en camino hacia mí?—Habladme de mis jardines, de mis islas Bienaventuradas, de mi bella y nueva especie—¿por qué no me habláis dé eso?—Yo imploro de vuestro amor esta fineza: que me habléis de mis hijos Para eso soy rico, para eso me he empobrecido. ¡Qué no he dado yo! ¡Qué no daría por tener una cosa: *esos* hijos, *esas* plantaciones vivas, *esos* árboles de la vida de mi voluntad y de mi más alta esperanza!»

Así hablaba Zaratustra, é interrumpió de repente su discurso, porque le asaltó su anhelo, y cerró los ojos y la boca: tan grande era el movimiento de su corazón. Y todos sus huéspedes guardaban silencio también, y permanecían inmóviles y confusos, salvo el viejo adivino que hacía señas con las manos y con el gesto.

LA CENA.——Sucedió, pues, que el adivino interrumpió la salutación de Zaratustra y de sus huéspedes; se adelantó presuroso como quien no tiene tiempo que perder, asió de la mano á Zaratustra y exclamó: «¡Pero Zaratustra!—Unas cosas son más nece-

sarias que otras, según dices tú mismo. Pues bien: ahora hay una cosa que es más necesaria para mí que todas las demás.—Lo prometido es deuda: ¿no me has invitado á una *comida?* Hay aqui muchos que han hecho largas caminatas, y es de suponer que no querrás satisfacerlos con palabras.—Todos habéis hablado ya de sobra de morir de frío, de ahogarse, de asfixiarse y de otras miserias del cuerpo; pero nadie se ha acordado de *mí* míseria: el temor de morir de hambre.»—(Así habló el adivino; pero, al oir estas palabras, huyeron espantados los animales de Zaratustra; porque vieron que con lo que habían llevado durante el día no tendría bastante el adivino para él sólo).—«Nadie se ha acordado del temor de morir de sed (prosiguió el adivino). Y aunque oigo correr el agua copiosa é infatigablemente, como los discursos de la sabiduría, ¡yo, por mi parte, quiero *vino!*—No todos son, como Zaratustra, bebedores natos de agua. El agua no es buena tampoco para gente rendida y alicaída: *nosotros* necesitamos vino—¡sólo el vino trae una curación súbita y una salud repentina!»

A esta sazón, en tanto que el adivino pedía vino, el rey de la izquierda, el silencioso, tomó también la palabra: «Del vino (dijo) nos hemos cuidado *nosotros*, yo y mi hermano, el rey de la derecha; vino tenemos bastante—toda una carga de burro.—No falta, pues, más que pan.»—«¿Pan? (exclamó Zaratustra riendo). Pan cabalmente no tienen los solitarios. Pero el hombre no vive sólo de pan, sino también de buena carne de corderos. Aquí tengo dos.—A descuartizarlos deprisa y á prepararlos aromatizados con salvia: que así me gusta la carne de cordero. Y no nos faltan raíces ni frutos que satisfarían aun á gastrónomos y paladares delicados, ni nueces y otros enigmas que romper.—Vamos, pues, á hacer al momento una bue-

na comida. Pero el que quiera comer con nosotros tiene que poner manos á la obra, incluso los reyes. Porque en los dominios de Zaratustra hasta un rey puede ser cocinero.»

La proposición era á gusto de todos; el mendigo voluntario era el único que se oponía á la carne, al vino y á las especias.—«¡Oigan al glotón de Zaratustra! (dijo en son de broma). ¿Se viene á las cavernas y á las altas montañas para celebrar semejantes festines?—Ahora sí que comprendo lo que nos enseñó en otra ocasión: «¡Bendita sea la pequeña pobreza!» Y por qué quiere suprimir los mendigos.»—«Ten buen humor, como yo (respondió Zaratustra). ¡Guarda tus costumbres, hombre excelente! ¡Mastica tu grano, bebe tu agua, alaba tu cocina, con tal que estés contento!—Sólo soy ley para los míos, y no para todo el mundo. Pero el que forma parte de los míos ha de tener huesos fuertes y piernas ligeras; ha de ser animado para las guerras y festines; ni sombrío ni soñador; dispuesto á las cosas más difíciles; alegre, sano y robusto.—Lo mejor que existe nos pertenece á los míos y á mí, y, si no nos lo dan, nos lo tomamos: ¡el mejor alimento, el más puro, los pensamientos más fuertes, las mujeres más hermosas!»—Así hablaba Zaratustra; pero el rey de la derecha contestó: «¡Es singular! ¿Se han oído nunca cosas tan juiciosas en boca de un sabio?—De veras, es muy singular que un sabio sea tan inteligente en estas cosas y no tenga nada de burro.»—Así habló con asombro el rey de la derecha, y el asno concluyó malignamente su discursón con un I-A. Este fué el principio de esa larga comida que se llama «la Cena» en los libros de historias. Durante esa comida no se habló de otra cosa que *del hombre superior*.

DEL HOMBRE SUPERIOR.—1.—Cuando me vine por primera vez con los hombres cometí la locura del solitario, la gran locura: me fuí á la plaza pública.—Y como hablaba á todos, no hablaba á nadie. Pero de noche tenía por compañeros volatineros y cadáveres; y casi un cadáver era yo mismo.—La nueva mañana trájome una nueva verdad; aprendí á decir entonces: «¡Qué me importan la plaza pública y el populacho y el ruído del populacho y las orejas largas del populacho!»—Hombres superiores, aprended esto de mí: en la plaza pública nadie cree en el hombre superior. Y si os empeñáis en hablar allí, ¡sea! Pero el populacho guiña el ojo: «Todos somos iguales.»—«Hombres superiores—asi guiña el ojo el populacho: —no hay hombres superiores; todos somos iguales; un hombre no es más que otro ante Dios ¡todos somos iguales!»—¡Ante Dios! Pero ahora ese Dios ha muerto; y ante el populacho nosotros no queremos ser iguales. ¡Hombres superiores, alejaos de la plaza pública!

2.—¡Ante Dios! ¡Pero ahora ese Dios ha muerto! Hombres superiores, ese Dios ha sido vuestro mayor peligro.—No habéis resucitado sino desde que él yace en la tumba. Sólo ahora vuelve el gran mediodía: ¡ahora el hombre superior se hace *amo*—¿Habéis comprendido esta palabra, hermanos míos? Os asustáis: ¿se apodera el vértigo de vuestro corazón? ¿Se abre aquí para vosotros el abismo? ¿Os ladra el perro del infierno?—¡Ea, vamos, hombres superiores! Sólo ahora va á dar á luz la montaña del porvenir humano. Dios ha muerto: ahora *nosotros* queremos que viva el Superhombre.

3.—Los más preocupados preguntan hoy: «¿Cómo se conserva el hombre? Pero Zaratustra pregunta—y es el primero y el único que lo hace:—«¿Cómo será

superado el hombre?»—El Superhombre es lo que me preocupa; *él* es para mí lo primero y lo único, y *no* el hombre: no el prójimo, no el más pobre, no el más afligido, no el mejor.—Hermanos míos, lo que yo puedo amar en el hombre es que es una transición y un acabamiento. Y en vosotros también hay muchas cosas que me hacen amar y esperar.—Vosotros habéis menospreciado, hombre superiores: eso es lo que me hace esperar. Porque los grandes despreciadores son también los grandes veneradores.—Habéis, desesperado, cosa que merece gran respeto. Porque no habéis aprendido á rendiros, no habéis aprendido las ñoñerías de la prudencia.—Hoy los pequeños se han hecho los amos: todos predican la resignación y la modestia, y la prudencia, y la aplicación, y los miramientos, y el largo etcétera de las virtudes pacatas.

- Lo que es de laya mujèril, lo que procede de servil condición y sobre todo la turba plebeya: ¡*eso* quiere ahora señorearse de todo el destino humano. ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!—*Eso* pregunta una y otra vez, sin cansarse: «¿Cómo se conserva el hombre mejor, más tiempo, más agradablemente?» De esa suerte son hoy los dueños.—¡Oh hermanos míos! Sojuzgadme á esos dueños de hoy, sojuzgadme á esa gentecilla: es el mayor peligro del Superhombre!—¡Hombres superiores, domeñadme las virtudes nimias, los miramientos con los granos de arena, el bulle bulle de hormigas, la ruin complacencia, «la felicidad de los más!»—Y desesperad antes que rendiros. ¡Y de veras os amo, hombres superiores, porque no sabéis vivir hoy día! ¡Pues así vivís... mejor!

4.—¿Tenéis valor, hermanos míos? ¿Estáis resueltos? *No* hablo de valor ante testigos, sino de valor de solitarios, valor de águilas, de que no es ya espectador ningún dios.—Las almas frías, los mulos,

los ciegos, los borrachos no tienen lo que yo llamo corazón. Corazón tiene el que conoce el miedo, pero *domeña* al miedo; el que ve el abismo, pero con *arrogancia*.—El que ve el abismo, pero con ojos de águila; el que *aferra* el abismo con garras de águila: ese tiene valor.

5.—«El hombre es malo»—así hablaban todos los más sabios para consuelo mío. ¡Ay! ¡Si eso fuese verdad hoy aún! Porque el mal es la mejor fuerza del hombre.—«El hombre debe hacerse mejor y más malo»: eso es lo que *yo* enseño, por mi parte. El mayor mal es necesario para el mayor bien del Superhombre.—Padecer por los pecados de los hombres podía ser bueno para aquel predicador de los humildes. Pero yo me regocijo del gran pecado como de mi gran *consuelo*.—Pero estas cosas no se dicen para las orejas lagas; ni toda palabra conviene tampoco á toda boca. Estas cosas sutiles y lejanas: no deben cogerlas las patas de carneros.

6. — Hombres superiores: ¿creéis que estoy yo aquí para hacer bien lo que vosotros habéis hecho mal?—¿O que yo quiero en adelante acostaros más cómodamente á los que sufrís? ¿O enseñaros á vosotros, los que andáis errantes, extraviados y perdidos en la montaña, senderos más fáciles?—¡No! ¡No! ¡Mil veces no! Hace falta que mueran cada vez más y mejores de vuestra especie: porque hace falta que vuestro destino sea más malo y más duro cada vez. Sólo así, fijaos, sólo así crece el hombre hacia la altura en que el rayo le hiere y aniquila.—Mi inteligencia y mi anhelo tienden á lo raro, á lo durable, á lo lejano: ¡qué me importaría vuestra pequeña, común y breve miseria!—Para mí no sufrís aún bastante, pues sufrís por vosotros; no habéis sufrido aún por el *hombre*.

¡Mentiríais, si dijeseis lo contrario! Vosotros no sufrís por lo que yo he sufrido.

7.—No me basta que el rayo no dañe ya. No quiero yo desviarle; quiero que aprenda á trabajar para *mí*. —Mi sabiduría se acumula hace mucho tiempo como un nublado; cada vez se torna más tranquila y sombría. Así hace toda sabiduría que ha de llegar á engendrar el rayo.—Para estos hombres de hoy no quiero ser ni llamarme *luz*. A *estos*... quiero cegarlos. ¡Rayo de mi sabiduría, desójalos!

8.—No queráis nada superior á vuestras fuerzas: adolecen de una falsedad deplorable los que quieren cosas superiores á sus fuerzas.—¡Sobre todo cuando quieren grandes cosas! Porque esos monederos falsos, esos cómicos sutiles, despiertan la desconfianza hacia las grandes cosas, y acaban por ser falsos ante sí propios, gente de mirada atravesada, seres carcomientos y revocados, cubiertos con un disfraz de palabras solemnes, de virtudes aparatosas, de obras de relumbrón.—¡Mucho cuidado con ellos, hombres superiores! Nada es hoy para mí más precioso y más raro que la probidad.—¿No pertenece este hoy al populacho? Pues el populacho no sabe lo que es grande, lo que es pequeño, lo que es recto y honrado: es inocentemente tortuoso; miente siempre.

9.—¡Hombres superiores! ¡Hombres animosos! ¡Hombres francos! ¡Abrigad hoy una saludable desconfianza! Y tened secretas vuestras razones. Porque este hoy pertenece al populacho.—Lo que el populacho no aprendió á creer sin razón ¿quién podría derribarlo á sus ojos con razones?—En la plaza pública se convence con gestos. Las razones inspiran desconfianza al populacho.—Y si alguna vez triunfa allí la verdad, preguntáos con saludable desconfianza: «¿Qué gran error ha combatido en pro de ella?»—

¡Guardáos también de los doctos! ¡Os odian, porque son estériles! Tienen ojos frios y secos, ante los cuales todo pájaro aparece desplumado.—Esos se alaban de no mentir; pero la incapacidad de mentir está aún muy lejos del amor á la verdad. ¡Guardaos'—La falta de fiebre dista mucho de ser conocimiento! Yo no creo en los espíritus refrigerados. El que puede mentir no sabe lo que es la verdad.

10.—¡Si queréis subir, servíos de vuestras piernas! ¡No os hagáis *llevar* en alto, no os sentéis sobre la espalda y la cabeza de otro!—¡Pero tú has montado á caballo! ¿Galopas ahora á buen paso hacia tu fin? ¡Bueno, amigo mío! ¡Pero tu pie cojo va también á caballo.—Cuando llegues á tu fin, cuando te bajes del caballo, hombre superior, tropezarás precisamente en tu *altura*.

11.—¡Hombres superiores, hombres que creáis! No se concibe más que el propio hijo.—¡No os dejéis inducir á error! ¿Quién es, pues, *vuestro* prójimo? ¡Conque hacéis las cosas «por el prójimo!» ¡No creáis, sin embargo, por él!—¡Hombres que creáis, olvidad ese *por!* Vuestra virtud quiere precisamente que no hagáis nada «por» y «á causa de» y «porque». Es necesario que cerréis los oídos á esas palabritas falsas. —El «por el prójimo» no es más que la virtud de los pequeños, de los que dicen «tal para cual» y «una mano lava la otra»: esa gente no tiene el derecho ni la fuerza de *vuestro* egoísmo.—¡En vuestro egoismo, creadores, hay la previsión y precaución de la mujer embarazada! Lo que nadie ha visto aún con los ojos, el fruto, eso es lo que todo vuestro amor protege, conserva y nutre.—¡Allí donde está todo vuestro amor, en vuestro hijo, allí está también toda vuestra virtud! Vuestra obra, vuestra voluntad, he ahí *vuestro* «prójimo:» ¡no os dejéis inducir á falsos valores!

12.—¡Hombres superiores, hombres que creáis! Quienquiera que ha de dar á luz está enfermo; pero el que ha dado luz se halla impuro.—Preguntad á las mujeres: no se da luz por gusto. El dolor hace cacarear á las gallinas y á los poetas.—En vosotros, los que creáis, hay muchas impurezas.—Es que debistéis ser madres.—Un nuevo hijo: ¡oh! ¡Cuántas nuevas impurezas han venido al mundo! ¡Apartaos! ¡El que da á luz debe lavarse el alma.

13.—¡No queráis ser más virtuosas de lo que consientan vuestras fuerzas! Y no exijáis de vosotros nada que sea inverosímil.—Seguid las huellas que trazó ya la virtud de vuestros padres. ¿Cómo querrías subir mucho, si la voluntad de vuestros padres no subiese con vosotros?—¡Pero el que quiera ser el primero guárdese bien de no ser el último! ¡Y no pongáis la santidad en donde estén los vicios de vuestros padres!—¿Qué pasaría si exigiese de si la castidad, aquel cuyos progenitores fueron aficionados á las mujeres, á los vinos fuertes y á los jabalíes?—¡Sería una locura! Mucho me parece eso para semejante hombre, si es hombre de una sola mujer, ó de dos, ó de tres.—Y si fundase conventos y escribiese encima de la puerta: «Camino del santo», yo diría de todos modos: ¡Para qué! ¡Es una nueva locura!—Se ha fundado para sí mismo una casa de corrección y un refugio: ¡Buen provecho! Pero yo no creo en eso.—En la soledad crece lo que cada cual lleva consigo, incluso la bestia interior. Por lo mismo, hay que apartar á muchos de la soledad.—¿Ha habido hasta el presente en la tierra algo más impuro que un santo del destierro? Alrededor de tales seres no andaba desencadenado el diablo solo, sino también el cochino.

14.—Tímidos, avergonzados, encogidos, como el tigre que marra una embestida, así os he visto zafa-

ros á menudo, hombres superiores. Habías marrado una *jugada*.—Pero, ¿qué os importa á vosotros, jugadores de dados? ¿No habéis aprendido á jugar y á burlaros cómo hay que jugar y burlarse? ¿No estamos sentados siempre á una gran mesa de burla y de juego?—¿Y porque se os hayan malogrado grandes cosas, sois seres malogrados vosotros? Y si lo sois vosotros, ¿lo es por eso el hombre? Y aun que lo sea el hombre ¿qué importa? ¡Adelante!

15.—Cuanto más elevada en su género es una cosa, más raro es su logro. Vosotros, hombres superiores, que os encontráis aquí, ¿no sois todos seres malogrados?—¡Animo! ¡qué importa! ¡Cuántas cosas son posibles aún! ¡Aprended á reiros de vosotros como hay que reir!—¡Qué mucho que falléis y que no acertéis sino á medias vosotros, que estáis medio tronchados! ¿No se revuelve y forcejea en vosotros el *porvenir* del hombre?—Lo más lejano y profundo que hay en el hombre, su altura estelar y su fuerza inmensa, todas esas cosas, ¿no chocan unas contra otras en vuestra hirviente marmita?—¡Qué mucho si más de una marmita se rompe! ¡Aprended á reiros de vosotros mismos como hay que reir! ¡Oh hombres superiores! ¡cuántas cosas son posibles aún!—Y realmente, ¡cuántas cosas se han logrado ya! ¡Qué rica es esta tierra en cositas buenas y perfectas y afortunadas!—Rodeaos de cositas buenas y perfectas, hombres superiores. Su dorada madurez cura el corazón. Las cosas perfectas nos enseñan á esperar.

16.—¿Cuál fué hasta el presente en la tierra el pecado más grande? ¿No fué la palabra del que dijo: «¡pobres de los que ríen aquí!»?—¿Es que no encontraba él en la tierra ningún motivo de risa? Mal buscó entonces. Hasta un niño encuentra aquí motivos.—Ese... no amaba bastante; si no, ¡nos hubiese amado

también á nosotros, los risueños! Pero nos odiaba y anatematizaba, prometiéndonos gemidos y rechinamientos de dientes.—¿No hay, pues, más que maldecir porque no se ame? A mi ver, es una cosa de mal gusto. Y eso es lo que hizo aquel intolerante. Había salido del populacho.—No amaba él bastante; si no, se hubiera irritado menos porque no se le amara. Todo gran amor no *quiere* amor: quiere más.—¡Apartaos del camino de todos esos intolerantes! Es una ralea pobre y enferma, una ralea plebeya: mira á esta vida malignamente, y quiere hechizar la tierra.—¡Apartaos del camino de todos esos intolerantes! Les pesan los pies y el corazón: no saben bailar. ¡Cómo ha de ser ligera la tierra para tal gente!

17.—Todas las cosas buenas se acercan á su fin de una manera tortuosa. Como los gatos, arquean el lomo y roncan interiormente, regodeándose con su próxima felicidad: todas las cosas buenas ríen.—El modo de andar de una persona revela ya si sigue *su* camino. ¡Miradme andar á mí! Pero el que consigue su objeto baila.—Y, ciertamente, no me he convertido yo en estatua ni me encuentro plantado como una columna, tieso, entumecido, petrificado: á mí me gusta la carrera veloz.—Y aunque haya en la tierra cenagales y densa turbación, el que tiene pies ligeros corre y baila por encima del fango como sobre hielo barrido.—¡Elevad, elevad más cada vez vuestros corazones, hermanos míos! Y no os olvideis tampoco de las piernas. ¡Alzad también las piernas, buenos bailarines; y más aún: probad de teneros de cabeza!

18.—Esta corona del risueño, esta corona de rosas, yo mismo me la he ceñido, yo he canonizado mi risa. No he encontrado nadie, capaz de otro tanto.—Yo, Zaratustra el danzarín, Zaratustra el ligero, el

que agita sus alas, pronto á volar, haciendo señas á todas las aves, presto y ágil, divinamente ligero; yo, Zaratustra el adivino, Zaratustra el risueño, ni impaciente ni intolerante, aficionado á los saltos y respingos, yo mismo me he ceñido esta corona.

19.—¡Elevad, elevad más cada vez vuestros corazones, hermanos míos! ¡Y no os olvidéis tampoco de las piernas! ¡Alzad las piernas, buenos bailarines; y más aún: probad de teneros de cabeza!—También conocen la dicha animales pesados; hay patojos de nacimiento, que forcejean singularmente al modo de un elefante que se esforzara en tenerse de cabeza.—Pero vale más estar loco de alegría que de tristeza, vale más bailar torpemente que andar renqueando. Aprended, pues, de mí la sabiduría: aun la peor de las cosas tiene dos buenos reversos; aun la peor de las cosas tiene buenas piernas para bailar: aprended, pues, vosotros, hombres superiores, á afirmaros sobre buenas piernas.—¡Olvidad la melancolía y todas las tristezas del populacho! ¡Qué tristes me parecen hoy los arlequines plebeyos! Pero este hoy pertenece al populacho.

20.—Haced como el viento cuando se precipita de las cavernas montañosas: quiere bailar á su guisa. Los mares tiemblan y saltan á su paso.—¡Loado sea el que da alas á los burros y ordeña á las leonas, ese espíritu bueno é indómito que viene como un huracán para todo lo que es de hoy y para todo el populacho! —¡Loado sea el enemigo de todas las hojas marchitas y de toda cizaña: ese espíritu de tempestad, ese espíritu salvaje, bueno y libre que baila en los cenagales y las tristezas como en medio de praderas! —¡Bendito sea el que odia á los perros trasijados del populacho y á toda esa ralea malograda y sombría! ¡Bendito sea ese espíritu de todos los espíritus libres, la tempestad

risueña que sopla el polvo en los ojos de todos los que ven negro y están ulcerados!—Hombres superiores, lo peor que tenéis es que no habéis aprendido á bailar como hay que bailar: ¡á bailar por encima de vuestras cabezas! ¡Qué importa que no hayáis sido afortunados! — ¡Cuántas cosas son posibles aún! *¡Aprended*, pues á reir por encima de vosotros! ¡Elevad, elevad más cada vez vuestros corazones, buenos bailarines' ¡Y no olvidéis tampoco la buena risa! —¡Esta corona del risueño, esta corona de rosas, á vosotros, hermanos mios, os la arrojo! Yo he canonizado la risa: *¡aprended*, pues, á reir, hombres superiores!

EL CANTO DE LA MELANCOLÍA.—1.—Cuando Zaratustra pronunció estos discursos, se hallaba junto á la entrada de su caverna; pero, con las últimas palabras, desapareció de delante de sus huéspedes y huyó por un momento al aire libre.—«¡Oh aromas puros! (exclamó). ¡Oh tranquilidad bienhechora! Pero ¿en dónde están mis animales? ¡Venid, venid, águila y serpiente mías!—¿Qué me decís de esos hombres superiores? ¿Verdad que no *huelen* bien? ¡Oh aromas puros! ¡Sólo ahora sé y siento cuánto os amo, animales míos!»—Y Zaratustra volvió á decir: «¡Cuánto os amo, animales míos!» El águila y la serpiente, por su parte, se pegaron á él cuando pronunció esas palabras y se pusieron á mirarle. Así, juntos los tres, aspiraban silenciosamente el aire puro. Porque allí fuera era mejor el aire que donde estaban los hombres superiores.

2.—A poco de haber salido Zaratustra de la caverna, el viejo encantador se levantó, y, mirando malignamente, dijo: «Se ha marchado. Pues bien, hombres superiores, (permitidme halagaros con este

nombre de alabanza y de lisonja, como hizo él) ya se apodera de mí mi espíritu maligno y falaz, mi espíritu de encantador, mi demonio de melancolía, que es, de todo en todo, el adversario de ese Zaratustra. ¡perdonadle! Ahora *quiere* realizar sus encantamientos delante de vosotros; es cabalmente *su* hora. En vano lucho con este mal espíritu.—A todos vosotros, sean los que quieran los honores que queráis adjudicaros con palabras—ora os llaméis «los espíritus libres», ora «los verídicos», ya «los expiadores del espíritu», ya «desencadenados», ó bien «los del gran anhelo;»—á todos los aquejados, como yo, del *gran hastío*, para quienes ha muerto el antiguo dios y para quienes no existe aún en la cuna, envuelto en mantillas, ningún dios nuevo: á todos vosotros os es propicio mi espíritu maligno, mi demonio encantador.—Yo os conozco, hombres superiores, y conozco también á ese duende, que amo, á mi pesar, á ese Zaratustra. Las más de las veces me parece como una bella larva de santo, como un nuevo y singular disfraz, en que se complace mi espíritu maligno, el demonio de la melancolía: creo á menudo que amo á Zaratustra á causa de mi espíritu maligno.—Pero lo cierto es que se apodera de mí y me domina ese espíritu maligno, ese espíritu de melancolía, ese demonio del crepúsculo; y aún le da la tentación... ¡Abrid los ojos, hombres superiores!... le da la tentación de venir *desnudo*, no sé todavía si como hombre ó como mujer; pero viene, me domina, ¡mísero de mí! ¡abrid vuestros sentidos!—El día se extingue; para todas las cosas, aun para las mejores; viene ahora el crepúsculo. ¡Oid y ved, hombres superiores, qué demonio, hombre ó mujer, es este espíritu de la melancolía del crepúsculo!»

Así habló el viejo encantador; luego miró malignamente en torno suyo y cogió el arpa.

3.—En la serena atmósfera,
cuando el rocío consolador,
baja á la tierra
invisible y silencioso...
(Puesto que el rocío consolador calza
zapatos blandos, como todos los dulces consoladores)
Recuerda entonces, recuerda corazón ardiente
la sed que tenías,
sed de lágrimas divinas y gotas de rocío,
sed que te abrasaba y fatigaba.
Recuerda las praderas, las sendas doradas
por los malignos rayos del sol poniente.
Recuerda como al través de los árboles espesos llegaban [á tí,
rayos ardientes, deslumbradores y malignos de sol.
«¡Con que tú el pretendiente de la *verdad*, eh?» así se bur-[laban.
¡No! ¡Un simple poeta!
Un animal taimado, rapaz y rastrero,
que tiene que mentir,
que tiene que mentir á sabiendas, deliberamente;
un animal ansioso de presa,
enmascarado con colorines,
máscara para sí propio,
presa para sí mismo.—

¿Pretendiente de la verdad *eso?*
¡Bah! ¡Un pobre loco! ¡Un simple poeta!
¡Un parlanchin pintoresco
perorando tras una máscara abigarrada de demente,
y divagando por engañosos puentes de palabras,
por falaces arcos iris;
errando y cerniéndose de acá para allá,
en cielos ilusorios.
¡Un loco *solamente!* ¡Un poeta *solamente!*

¿Pretendiente de la verdad... *eso?*
Ni silencioso, rígido, terso y frio,
como una imágen,
como una estátua divina;
ni plantado delante los templos
cual guardián de los umbrales de un dios.
¡No! ¡Enemigo de tales monumentos de virtud,
más bien avenido con los desiertos que con los templos,
lleno de marrullerías felinas,
saltas por todas las ventanas,
en busca de aventuras;

husmeas todos los bosques vírgenes
presa de rabia y ambición,
¡ah! como corres al través la espesura virgen,
y las pintadas fieras;
fresco, colorado y hermoso como el pecado,
con labios sensuales, [mente cruel.
soberanamente burlón. soberanamente infernal, soberana-
¡Ah! como corres rapaz, taimado, *embustero*...

Pareces una áliga, que mira,
continuamente en el abismo,
en *su* abismo.
¡Oh! como baja,
como cae, como se hunde, girando,
en profundidades cada vez más hondas!
Luego,
se abalanza
como una flecha
plegadas las alas,
sobre *corderos*,
¡Qué modo de precipitarse de golpe
ansiosa de corderos...
detestando las almas de corderos
furibunda contra lo que tiene trazas virtuosas,
mesura ovejil, lana rizada
y gris, y benevolencias de cordero!

Así son
como de pantera, como de águila,
las ansias del poeta.
Así son *tus* anhelos bajo mil disfraces
¡loco! ¡poeta!

Tú que en el hombre viste
un *Dios* como un *cordero*...
Desgarrar el Dios en el hombre
como el cordero en el hombre
y *reír* al desgarrarle,..

¡Esa, esa es tu felicidad!
¡La felicidad de un águila y una pantera,
la felicidad de un poeta y un loco!»

Asi, como en atmósfera serena,
cuando ya la media luna,
desliza sus rayos verdes y ambiciosos,
entre la púrpura del crepúsculo!...
Huyendo del sol,
acechando á cada paso furtivamente

los bosquecillos de rosas
hasta confundirse
en la obscuridad de la noche...
Así caí yo mismo, en otro tiempo,
de mi locura de verdad,
de mis deseos de sol,
fatigado del día, enfermo de luz;
así caí hacia el ocaso, hacia las sombras...
abrasado
por la sed de una verdad.
¿Te acuerdas, tú, te acuerdas, corazón ardoroso,
cuán sediento estabas entonces?
¡Sea yo desterrado
de toda verdad!
¡Sea loco, solamente! ¡Sea sólo un poeta!

DE LA CIENCIA.——Así cantaba el hechicero, y todos los allí reunidos cayeron como pájaros en la red de su astuta y melancólica voluptuosidad. El único que no se dejó coger fué el concienzudo, que, arrebatándole el arpa de las manos, gritó: «¡Aire! ¡Dejad que entre aire puro! ¡Haced que entre Zaratustra! ¡Inficionas esta caverna y pones sofocante la atmósfera, encantador maligno!—¡Hombre falso y refinado, tu seducción conduce á deseos y á desiertos desconocidos! ¡Y ¡ay! si hombres como tú dan en hablar de la verdad con aires de importancia!—¡Ay de todos los espíritus libres que no estén prevenidos contra *semejantes* encantadores! ¡Adiós su libertad! ¡Porque tú enseñas la vuelta á las prisiones y á ellas conduces!—En tu queja, demonio melancólico, se oye un reclamo: te pareces á aquellos cuyo elogio de la castidad invita secretamente á voluptuosidades.»

Así habló el concienzudo; pero el viejo encantador miraba en torno de sí, gozando de su victoria y gracias á eso devoraba el despecho que le causaba el concienzudo. «Cállate—dijo con voz modesta:—las buenas canciones piden buenos ecos; después de buenas canciones hay que callar largo rato.—Así hacen

todos estos, los hombres superiores. ¿Pero tú probablemente no has comprendido gran cosa de mi canto? Poco espíritu encantador tienes tú.»—«Me honras—repuso el concienzudo,—al distinguirme de tí: ¡muy bien! Pero vosotros, ¿qué miro? todavía seguís sentados ahí con miradas anhelantes. ¡Oh almas libres! ¡qué ha sido, pues, de vuestra libertad' Casi creo que os parecéis á los que han visto bailar durante mucho tiempo á perversas muchachas desnudas: ¡vuestras mismas almas se ponen á bailar!—Debe haber en vosotros, hombres superiores, mucho más de lo que llama el hechicero su maligno espíritu de encantamento y supercheria; forzoso es que seamos diferentes.—Y, á la verdad, antes de volver Zaratustra á su caverna, hemos hablado y pensado juntos lo bastante para que yo sepa que *somos* diferentes.—Vosotros y yo *buscamos* también aquí arriba cosas diferentes. Pues yo busco más *certidumbre*: por eso he venido cerca de Zaratustra. Porque es la torre y la voluntad más firme, hoy que todo vacila, y tiembla la tierra.—Pero en cuanto á vosotros, al ver los ojos que ponéis, casi apostaría que buscáis *más incertidumbre*, más estremecimientos, más peligros, más temblores de tierra.—Me parece—y perdonad mi presunción, hombres superiores—me parece que anheláis la vida más lamentable y peligrosa, que á *mí* me inspira el mayor temor; la vida de los animales salvajes, los bosques, las cavernas, las montañas abruptas y los laberintos. Y no son los que más os agradan los que os conducen *fuera* del peligro, sino los que os llevan fuera de todos los caminos, los seductores. Pero si tales anhelos son *verdaderos* en vosotros, me parece, de todas suertes, *imposibles*.—Porque el sentimiento innato y primordial es el temor; por el temor se explica todo: el pecado original y la virtud original. *Mi* mis-

ma virtud ha nacido del temor; se llama: ciencia.—Y el temor que más tiempo ha labrado en el hombre es el temor á los animales salvajes, incluso el animal que el hombre oculta y teme en sí—el que llama Zaratustra «la bestia interior».—Este añejo temor, afinado y espiritualizado á la postre, hoy me parece que se llama: «*Ciencia*».

Así hablaba el concienzudo; pero Zaratustra, que en aquel mismo instante volvía á la caverna, y que había oído y adivinado la última parte del discurso, arrojó al concienzudo un puñado de rosas, riéndose de sus «verdades».—«¡Cómo! (exclamó). ¿Qué es lo que acabo de oir? De veras me parece que estás loco ó que lo estoy yo, é inmediatamente voy á poner tu verdad cabeza abajo.—Porque el *temor* es nuestra excepción. El valor, en cambio, y la pasión por las aventuras, por lo incierto, por las cosas no afrontadas aún: el *valor* me parece toda la historia primitiva del hombre.—Envidió y arrebató á los animales más salvajes y valerosos todas sus virtudes: sólo así se hizo hombre.—*Ese* valor, afinado y espiritualizado á la postre, ese valor humano, con las alas del águila y la astucia de la serpiente, me parece que hoy se llama...»—«*¡Zaratustra!*» exclamaron á una todos los reunidos, soltando una carcajada; pero algo surgió de ellos que parecía una nube negra. También el encantador se echó á reir y dijo en tono malicioso: «¡Vaya! ¡Se marchó mi espíritu maligno!—¿Y no os previne yo mismo contra él, cuando os decía que es un impostor, un espíritu de mentira y de fraude?—Sobre todo, cuando aparece desnudo. Pero ¿qué puedo hacer *yo* contra sus malicias? ¿Soy *yo* el que le he creado y el que ha creado el mundo?—¡Ea! ¡volvamos á ser buenos y joviales! Y aunque Zaratustra ponga ceño (¡miradle como me odia!) antes de que llegue la

noche aprenderá otra vez á amarme y alabarme: no puede estar mucho tiempo sin hacer semejantes locuras.—*Este* ama á sus enemigos: es quien mejor conoce ese arte, entre todos los que he encontrado. ¡Pero se venga de ellos... en sus amigos!»

Así habló el viejo encantador, y los hombres superiores le aclamaron; de suerte que Zaratustra, andando á la redonda, fué estrechando con malignidad y amor las manos de sus amigos, como quien tiene algo que reparar y de que disculparse cerca de todos. Pero, cuando llegó á la puerta de la caverna, volvió á anhelar el aire puro del exterior y la compañía de sus animales, y quiso salir.

ENTRE LAS HIJAS DEL DESIERTO. — 1.— «¡No te marches! (dijo entonces el viajero que se llamaba la sombra de Zaratustra). Quédate con nosotros, porque, si no, podría volver á invadirnos la antigua y abrumadora aflicción.—Ya el viejo encantador nos ha prodigado lo peor de su cosecha; y mira: el Papa, tan piadoso, tiene los ojos bañados en lágrimas, y ya ha vuelto á embarcarse en el mar de la melancolía.—Estos reyes podrán poner aún buena cara delante de nosotros: son, entre todos nosotros, los que mejor han aprendido hoy tal arte. Pero apuesto á que, si no tuviesen testigos, también en ellos volvería á las tornas la mala jugada—la mala jugada de las nubes de paso, de la húmeda melancolía, del cielo velado, de los soles robados, de los vientos de otoño que rugen: la mala jugada de nuestros alaridos y de nuestros gritos de angustia. ¡Zaratustra, quédate con nosotros! ¡Hay aquí mucha miseria escondida que querría hablar, mucha noche, muchas nubes, mucho aire espeso! —Tú nos has nutrido de fuertes alimentos viriles y de máximas fortificantes: ¡no permitas que, para postre,

nos sorprendan de nuevo los espíritus de la molicie, los espíritus afeminados!—¡Sólo tú sabes fortificar y purificar el ambiente que te circunda! ¿He encontrado yo jamás en la tierra aire tan puro como en tu caverna y tus dominios?—Sin embargo, he visto muchos países; mi nariz ha aprendido á examinar y apreciar aires múltiples; pero donde mi nariz experimenta su mayor deleite es á tu lado.—A no ser... á no ser... ¡Oh perdóname un antiguo recuerdo! Perdóname un antiguo canto de sobremesa que compuse en otros días entre las hijas del desierto.—Porque allí también habia aire puro y límpido de Oriente; allí es donde más lejos estuve de la vieja Europa, nebulosa, húmeda y melancólica.—Yo amaba entonces á esas hijas de Oriente y de otros reinos de cielo azulado donde no se ciernen nubes ni pensamientos.—Vosotros no podéis figuraros lo hechiceras que estaban sentadas allá, cuando no bailaban: profundas, pero sin pensamientos, eomo secretitos, como enigmas engalanados, como nueces de postre—abigarradas y extrañas verdaderamente, pero sin nubes: enigmas que se dejan adivinar. En honor de esas doncellas inventé entonces un salmo de sobremesa.»

Así habló el viajero que se llamaba la sombra de Zaratustra; y antes de que nadie pudiera responderle cogió el arpa del viejo encantador, cruzó las piernas y miró tranquilamente en torno suyo, aspirando el aire por la nariz con expresión interrogadora, como quien gusta aire nuevo en nuevos países. Luego empezó á cantar con voz que parecía un rugido.

2.—*El desierto crece. ¡Ay del que oculta desiertos!*

¡Ah!
¡Solemne!
¡Príncipe digno,
de una solemnidad africana!



Digno de un león,
ó de un bramador moral...
Pero nada para vosotras,
amigas arrebatadoras,
á cuyos pies
me es dado á mí, europeo,
sentarme entre palmeras. Selah.

¡Maravilloso, en verdad!
Heme aquí, ahora,
muy cerca, y á la vez,
muy lejos del desierto;
sin la menor asolación,
absorbido,
por el más diminuto de los oasis...
Precisamente abrió la boca bostezando,
la boquita encantadora,
la más perfumada de todas las boquitas,
y yo caí dentro,
profundamente, entre vosotras
arrebatadoras amigas. Selah.

¡Bendita, bendita aquella ballena,
si tan buena quiso ser
con su huésped... ¿Comprendeis
mi docta alusión?...
¡Bendito su vientre,
si fué de este modo,
tan grato vientre de oasis
como éste!; cosa que dudo
porque vengo de Europa,
incrédula, más que todas las esposas.
¡Dios la mejore!
¡Amen!

Heme aquí, pues, ahora,
en el más diminuto de los oasis
semejante á un dátil
sazonado, almibarado, de áureo jugo,
ansioso de una boquita redonda de doncella,
y más aún de dientes incisivos
virginales,
frescos y blancos como la nieve:
ya que por ellos pena
el corazón de los ardientes dátiles. Selah.

Semejante á tales frutos meridionales,
harto semejante,
aquí estoy

cercado de alados insectillos
que danzan y juegan á mi vera,
al par que de pensamientos y anhelos
más diminutos aún
más locos y más malévolos:
aquí estoy, asediado por vosotras
gatitas, doncellas mudas,
y llenas de presentimientos
Dudu y Suleika...
esfingeizado, para condensar en *una* palabra nueva
muchas significaciones.
(¡Dios me perdone
tal pecado lingüístico!)
Aquí estoy, aspirando el mejor de los aires,
verdadero aire de paraiso,
aire diáfano, tenue y dorado,
aire tan bueno, como jamás lo hubo
debajo la luna.
¿Fué por casualidad
ó por presunción,
que eso ocurrió
tal como cuentan los antiguos poetas?
Yo, escéptico, lo dudo,
porque vengo de Europa,
incrédula más que todas las esposas.
¡Dios la mejore!
¡Amen!

Saboreando este aire hermoso,
con las narices dilatadas como cubiletes,
sin porvenir, sin recuerdo,
así estoy aquí
arrebatadoras amigas,
y contemplo á la palmera,
como, remedando á una danzante,
arquea, dobla y balancea las caderas...
(Así hace uno á fuerza de contemplarla)
exactamente igual que una bailarina
que ya se ha sostenido mucho y con insistencia peligrosa
sobre *una* pierna.
¿Olvidó, según parece,
la *otra?*
Pues en balde he buscado
la alhaja gemela...
(es decir, la otra pierna)
en las santas inmediaciones
de sus graciosas y arrebatadoras
faldas emperifolladas y ondulantes como abanicos.

Sí, bellas amigas,
si quereis creerme completamente
os diré que la he *perdido*...
Ja, ja, ja, ¡adios!
¡Se fué
para siempre
la otra pierna!
¡Oh! ¡Lástima de graciosa piernecita!
¿Donde puede parar, abandonada y triste,
esa pierna solitaria?
¿Aterrada quizá
por fiero león monstruoso
de rubias guedejas? O ya
roída, mascullada... ¡Horror! ¡horror!
¡Miserablemente mascullada! Selah.

¡Oh! ¡No lloreis,
corazones tiernos!
¡No lloreis
corazones de dátiles, senos de leche,
corazones dulces!
¡Sé hombre Suleika! ¡Valor! ¡Valor!
¡No llores más
pálida Dudu!
¿Por ventura falta aquí
algún confortante ó algún cordial?
¿Una máxima llena de unción?
¿Una exhortación solemne?...

¡Oh! ¡Arriba dignidad!
¡Sopla, sopla de nuevo
fuelle de la virtud!
¡Oh!
¡Bramar aún otra vez,
bramar moralmente,
bramar como león moral ante las hijas del desierto!
¡Porque los alaridos de la virtud,
arrebatadoras jóvenes
son sobre todo,
la pasión ardiente, el hambre voraz del europeo!

Y ved ya en mi
el europeo.
No puedo remediarlo.
¡Que Dios me asista!
Amen.
El desierto crece. ¡Ay del que oculta desiertos!

EL DESPERTAR.——1.—Después del canto del viajero y de la sombra, la caverna se llenó súbitamente de risas y ruido; y como todos los huéspedes hablaban á la vez, y el asno mismo, con tal animación, no podía ya estarse quieto, Zaratustra experimentó cierto enojo y cierta comezón burlona contra sus visitas, aunque se holgase de su regocijo, por creerle un signo de curación. Deslizóse, pues, afuera, al aire libre, y habló á sus animales.—«¿Dónde ha ido á parar ahora su angustia (dijo, calmándose lentamente). ¡Paréceme que han olvidado en mi mansión sus gritos de angustia!, aunque, desgraciadamente, no han perdido aún la costumbre de gritar.»—Y Zaratustra se tapó los oídos, porque en aquel momento formaban una extraña mezcla los I-A del asno y la algazara de aquellos hombres superiores.—«Están alegres (prosiguió), y ¿quien sabe? quizá á expensas de su huésped; aunque, si han aprendido á reir de mí, no es *mi* risa, sin embargo, la que han aprendido.—Pero ¡qué importa! Son viejos: se curan á su manera, ríen á su manera; cosas peores han soportado mis oídos sin impacientarse.—Esta jornada es una victoria: ¡ya retrocede, ya huye el *espíritu de la pesadez*, mi antiguo enemigo mortal! ¡Qué bien quiere acabar este día, que tan mal y tan malignamente comenzó!—Y *quiere* acabar. Ya viene el crepúsculo: atraviesa á caballo el mar el buen jinete. ¡Cómo se mece el bienaventurado que torna en su silla de púrpura!—El cielo mira sereno; el mundo se dílata profundamente: ¡hombres singulares que os habéis acercado á mí, vale la pena de vivir cerca de mí!»

Así hablaba Zaratustra. Y á la sazón volvieron á salir de la caverna los gritos y las risas de los hombres superiores. Entonces Zaratustra empezó de nuevo: «Pican; mi cebo hace su efecto: también huye de

ellos el enemigo, el espíritu de la pesadez. Ya aprenden á reirse de sí mismos: ¿oigo bien?—Mi sustento de hombres, mis sabrosas y rigurosas máximas surten efecto; y en verdad que no los he alimentado con legumbres que hinchan. Sino con un alimento de guerreros, con un alimento de conquistadores: he despertado nuevos deseos.—Nuevas esperanzas revelan sus brazos y sus piernas: su corazón se estira. Encuentran nuevas palabras; pronto respirará desenfado su espíritu.—Comprendo que este alimento no sea para niños, ni para mujercitas lánguidas, jóvenes ni viejas. Hacen falta otros medios para convencer á sus entrañas: no soy yo su médico ni su maestro.—El *tedio* huye de esos hombres superiores ¡bien! esa es mi victoria. En mi reino se sienten seguros, pierden toda necia vergüenza, se explayan.—Explayan sus corazones; tornan para ellos buenas horas; se huelgan y rumian de nuevo: se hacen *agradecidos.—Eso es* lo que miro como la mejor señal: se hacen agradecidos No pasará mucho sin que inventen fiestas y erijan monumentos conmemorativos á sus antiguas alegrías. —¡Son *convalecientes*!» Así hablaba Zaratustra con intima fruición y mirando hacia afuera. Sus animales se arrimaron á él, haciendo honor á su felicidad y á su silencio.

2.—Pero de repente se sobresaltó el oído de Zaratustra: porque la caverna, animada hasta entonces por la bulla y la risa, se quedó de pronto en un silencio sepulcral. Pero la nariz de Zaratustra sintió un olor agradable de humo y de incienso, como si se hubiesen puesto piñas á la lumbre.—«¿Qué sucede? ¿Qué hacen?» se preguntó acercándose á la entrada para mirar á sus convidados sin ser visto. Pero ¡oh maravilla de las maravillas! ¡qué es lo que vió entonces con sus propios ojos!—«¡Se han vuelto *piadosos*

todos! *¡rezan!* ¡están locos!» dijo con asombro sin límites. Y efectivamente: todos aquellos hombres superiores (los dos reyes, el expapa, el siniestro encantador, el mendigo voluntario, el viajero y la sombra, el viejo adivino, el concienzudo y el más feo de los hombres), todos estaban prosternados de hinojos, como niños y viejas devotas: estaban de hinojos adorando al asno. Y ya el más feo de los hombres empezaba á gorgotear y á soplar, como si quisiera salir de él algo inexpresable; pero cuando al fin rompió á hablar, resultó que salmodiaba una piadosa y singular letanía en loor del adorado é incensando burro. Y he aquí cuál fué esa letanía: «¡Amén! Y honra y prez y sabiduría y gratitud y alabanzas y fuerzas sean con nuestro Dios, de eternidad en eternidad!»—Y el asno rebuznaba I-A. *

«El lleva nuestras cargas; se ha hecho servidor; es paciente y nunca dice no. Y el que ama á su Dios le castiga.»—Y el asno rebuznaba I-A.

«No habla sino para decir siempre *sí* al mundo que ha creado: así canta las alabanzas de su mundo. Su astucia es la que no habla: por lo mismo, rara vez se equivoca.»—Y el asno rebuznaba I-A.

«Oscurecido pasa por el mundo. El color de su cuerpo, con que envuelve su virtud, es gris. Si tiene talento, le oculta; pero todos ven sus largas orejas.» —Y el asno rebuznaba I-A.

«¡Qué recóndita sabiduría eso de tener orejas largas, y decir siempre sí y nunca no! ¿No ha creado el mundo á su imagen, es decir: todo lo bestia posible?» —Y el asno rebuznaba I-A.

«Tú sigues caminos derechos y caminos torcidos; lo que los hombres llaman derecho ó torcido, poco te importa. Tu reino se encuentra allende el bien y el

* I-A en alemán quiere decir Sí.

mal. Tu inocencia es no saber lo que se llama inocencia.»—Y el asno rebuznaba I-A.

«Mira cómo tú no rechazas á nadie de tu lado, ni á los mendigos ni á los reyes. Dejas venir á ti á los niños, y, si los pícaros quieren seducirte, les dices simplemente I-A.»—Y el asno rebuznaba I-A.

«A ti te gustan las burras y los higos frescos, y no eres dengoso para la comida. Un cardo te cosquillea las entrañas cuando tienes hambre. En eso estriba la sabiduría de un dios.»—Y el asno rebuznaba I-A.

LA FIESTA DEL ASNO.—1.—Pero en este punto de la letanía, Zaratustra no pudo contenerse más tiempo. Gritó á su vez: I-A, con voz más recia aún que la del asno, y se plantó de un brinco en medio de sus enloquecidos huéspedes. «Pero ¿qué hacéis ahí, hijos de los hombres? (exclamó, alzando del suelo á los que rezaban). ¡Pobres de vosotros, si cualquiera que no fuese Zaratustra os mirase!—Todos creerían que, con vuestra nueva fe, os habíais vuelto los peores blasfemos ó las viejas más insensatas.—Y tú mismo, antiguo Papa, ¿cómo puedes estar de acuerdo contigo, adorando á un burro de esa suerte, como si fuese Dios?»—«Perdona, Zaratustra (respondió el Papa), pero de las cosas de Dios entiendo yo aún más que tú. Y es justo que así sea.—¡Antes adorar á Dios bajo esta forma que no adorarle bajo ninguna! Reflexiona en estas palabras, eminente amigo; pronto adivinarás que encierran sabiduría.—El que dijo: «Dios es espíritu» es el que dió hasta el presente en la tierra el paso y el salto más grande hacia la incredulidad. ¡No son esas palabras fáciles de reparar en la tierra!—Mi viejo corazón salta y retoza al ver que todavía hay algo que adorar sobre la tierra. ¡Perdona, Zaratustra, el viejo corazón de un Papa piadoso!»

—«¿Y tú (dijo Zaratustra al viajero y á la sombra) te llamas y te figuras ser un espíritu libre? ¿Y te entregas aquí á semejanles idolatrías y mojigangas?—En verdad que haces aquí cosas peores que las que hacías al lado de las muchachas morenas y malignas, nuevo y maligno creyente.»—«Todo esto es bastante triste (contestó el viajero y la sombra), tienes razón; pero yo ¿qué puedo hacer? Digas lo que quieras, Zaratustra, el Dios antiguo revive.—El más feo de los hombres es la causa de todo: él le ha resucitado. Y si dice que antiguamente le mató, la *muerte* entre los dioses no es nunca más que un prejuicio.»—«¿Y tú, viejo encantador maligno, qué has hecho? (prosiguió Zaratustra). ¿Quién va á creer en ti en estos tiempos de libertad, si tú crees en semejantes borricadas divinas?—Acabas de hacer una sandez. ¡Cómo tú, tan astuto, has podido hacer semejante sandez!»—«Tienes razón, Zaratustra (respondió el astuto encantador): era una sandez, y me ha costado bastante cara.» —«¡Y tú también (dijo Zaratustra al concienzudo) reflexiona y ponte el dedo en la nariz! ¿No hay en esto nada que turbe tu conciencia? ¿No es demasiado limpio tu espíritu para tales adoraciones y para el tufo de tales beatos?»—«Algo hay en este espectáculo (respondió el concienzudo, llevándo el dedo á la nariz), algo hay en este espectáculo que hace bien á mi conciencia.—Quizá no tengo el derecho de creer en Dios; pero es lo cierto que, bajo esta forma, Dios me parece aún altamente digno de fe.—Dios debe ser eterno, según el testimonio de los más piadosos: quien tiene tanto tiempo, se toma tiempo. *De esa suerte*, con toda la lentitud y estupidez que se quiera, puede ir verdaderamente lejos.—Y el que tiene demasiada inteligencia muy bien podría suspirar por la estupidez y la locura mismas. ¡Piensa, si no, en ti

mismo, Zaratustra!—Tú mismo, á la verdad, podrías muy bien volverte asno en fuerza de sabiduría.—¿Un sabio perfecto no gusta de seguir los caminos más tortuosos? La apariencia lo dice, Zaratustra: ¡lo dice *tu* apariencia!»—«Y tú, en fin (dijo Zaratustra, dirigiéndose al más feo de los hombres, que seguía en el suelo alargando los brazos hacia el burro para darle de beber vino), habla, inexpresable: ¡qué es lo que has hecho!.—Me pareces transformado; arden tus ojos; el manto de lo sublime envuelve tu fealdad. Dí: ¿qué has hecho? ¿Es verdad, como esos dicen, que le has resucitado? ¿Y por qué? ¿No estaba muerto y olvidado con razón? Tú si que me pareces despertado: ¿qué has hecho? ¿Qué vuelta es la *tuya*» ¿Cómo te has convertido? ¡Habla, inexpresable!»—«¡Oh Zaratustra! (contestó el más feo de los hombres). ¡Eres un tunante!—Si *aquel* vive aún, ó si revive, ó si murió completamente, ¿quién de nosotros lo sabe mejor? He ahí lo que yo te pregunto.—Pero sé una cosa —y de ti mismo la aprendí en otros días, Zaratustra: —el que quiere matar más completamente se echa á *reir*.—«No con la cólera, sino con la risa se mata.»— Así hablabas tú en otro tiempo.—¡Oh Zaratustra! ¡tú que permaneces oculto, destructor sin cólera, santo peligroso, eres un tunante!»

2.—Pero entonces Zaratustra, asombrado de tales maulerías, volvió á precipitarse á la puerta de su caverna, y, dirigiéndose á todos sus convidados, empezó á gritar con fuerte voz: «¡Taimados locos, truhanes! ¡á qué disimular y ocultaros de mí!—¡Cómo brincaba, sin embargo, de alegría y malicia, vuestro corazón, porque al fin habéis vuelto á ser como niños —es decir: piadosos;—porque al fin habéis vuelto á hacer como hacen los niños; porque habéis vuelto á rezar, á juntar las manos y á decir «amado Dios!»—

Pero ahora salid de *este* cuarto de niños, de esta mi caverna, donde hoy están como en su casa todas las niñerías. ¡Refrescad aquí fuera vuestros ardores infantiles y serenad el tumulto de vuestro corazón!— Es verdad que, si no volvéis á ser como niños, no podréis entrar en *ese* reino de los cielos. (Y Zaratustra señaló arriba con las manos).—Pero nosotros no queremos entrar en el reino de los cielos; nos hemos hecho hombres: *por lo mismo, queremos el reino de la tierra.*

3.—Y volviendo á tomar la palabra, dijo Zaratustra: «¡Oh mis nuevos amigos! ¡Hombres singulares! ¡hombres superiores! ¡cómo me agradáis ahora, desde que os habéis vuelto alegres!—Estáis en pleno florecimiento, y me parece que, para flores como vosotros, hacen falta *fiestas nuevas*, una buena locurilla, un culto y una fiesta del asno, un viejo desatinado y alegre á lo Zaratustra, un torbellino que con su soplo os despeje el alma.—No olvidéis esta noche y esta fiesta del asno, hombres superiores. *Eso* es lo que habéis inventado en mi mansión, y es para mí un buen signo: ¡no hay como convalecientes para inventar semejantes cosas!—Y si volvéis á celebrar esta fiesta del asno, hacedlo por amor á vosotros; hacedlo también por amor á mí. Y hacedlo en memoria *de mí.*»

Así hablaba Zaratustra.

EL CANTO DE EMBRIAGUEZ.——1.—Entretanto, todos habían salido, uno tras otro, y se hallaban al aire libre en el seno de la noche fresca y silenciosa; y Zaratustra llevó de la mano al más feo de los hombres para enseñarle su mundo nocturno, la gran luna redonda y las cascadas argentadas próximas á su caverna. Por fin, hicieron alto juntos todos aquellos viejos de corazón consolado y valeroso, admi-

rándose interiormente de sentirse tan bien en la tierra; la placidez de la noche penetraba en sus corazones más hondamente cada vez. Y Zaratustra pensaba de nuevo para sí: «¡Oh! ¡Cómo me agradan ahora estos hombres superiores!»—pero no lo dijo, porque respetaba su felicidad y su silencio.—Pero entonces vino lo más sorprendente de aquel sorprendente y largo día. El más feo de los hombres empezó por última vez á gorgotear y resollar, y cuando rompió á hablar al fin, salió de sus labios una pregunta lisa y redonda, una buena pregunta profunda y clara que removió el corazón de cuantos la oían. «Amigos míos, todos los que estáis presentes aquí (dijo el más feo de los hombres), ¿qué os parece? Gracias á este día, por primera vez estoy satisfecho de haber vivido la vida entera.—Y no me basta aún hacer tal declaración. Vale la pena de vivir en la tierra: *un* día, *una* fiesta en compañía de Zaratustra me han enseñado á amar la tierra.—¿Era *esto* la vida?—diré á la muerte.—Pues bien: ¡que se repita!—¿Qué os parece, amigos míos? ¿No queréis decir á la muerte, como yo: «¿Era *eso* la vida? Pues por amor á Zaratustra, ¡que se repita!»

Así habló el más feo de los hombres, no lejos de la media noche. ¿Y qué diréis que pasó en aquel instante? En cuanto los hombres superiores oyeron la pregunta, al momento se dieron cuenta de su transformación y curación, y de quién se la había procurado; por lo cual se lanzaron hacia Zaratustra, besándole la mano y atestiguándole su gratitud, respeto y amor, cada cual á su manera: de suerte que unos reían y otros lloraban. El viejo encantador bailaba de placer; y si, como creen ciertos narradores, estaba entonces cargado de vino dulce, más lleno estaba ciertamente de vida dulce, y se había despedido de toda lasitud. Hay aún quienes cuentan que el asno

se puso á bailar á la sazón: porque no en balde le había dado vino el más feo de los hombres. Sucediese eso ó no, poco importa; y si el asno no bailó de veras aquella noche, ocurrieron, no obstante, cosas más grandes y extrañas que el bailar un asno. En resumen, como dice el proverbio de Zaratustra: «¡Qué importa!»

2.—Cuando eso pasó con el más feo de los hombres, Zaratustra estaba como beodo: su mirada se apagaba, balbucía su lengua y vacilaban sus pies. ¿Y quién podría adivinar los pensamientos que en aquel instante cruzaron por el alma de Zaratustra? Pero era visible que su espíritu vagaba hacia atrás y hacia adelante y se cernía muy lejos, como «sobre alta cordillera (según está escrito) que, interpuesta entre dos mares, camina entre el pasado y el porvenir, cual pesada nube.»—En esto, mientras los hombres superiores le sostenían en sus brazos, volvió en sí poco á poco y apartaba con el ademán á sus alarmados veneradores: pero no hablaba. Sin embargo, de pronto volvió rápidamente la cabeza, porque parecía oir alguna cosa; entonces puso el dedo en la boca y dijo: «*¡Venid!*»—E inmediatamente todo quedó tranquilo y en silencio en torno de él; pero de las profundidades subía lentamente el son de una campana. Zaratustra aplicó el oído, como los hombres superiores; después volvió á poner el dedo en la boca y dijo de nuevo: »*¡Venid! ¡Venid! ¡Es cerca de media noche!*»—Y su voz se había transformado.—Pero seguia sin moverse de su sitio. Entonces reinó un silencio mayor aún y una quietud más profunda, y todo el mundo escuchaba hasta el asno y los animales de Zaratustra, el águila y le serpiente, y también la caverna y la gran luna fría y la misma noche. Pero Zaratustra por tercera vez se llevó la mano á los labios y dijo: «*¡Venid!*

¡Venid! ¡Vamos ya! ¡Es la hora: marchemos á la noche!» [1]

3.—Hombres superiores, la media noche se acerca: quiero deciros, pues, una cosa al oído, como me la dijo á mí al oído esa vieja campana: con el mismo secreto, espanto y cordialidad con que me habló á mí esa campana de media nocbe, que ha vivido más que un solo hombre, que contó ya las palpitaciones dolorosas de los corazones de vuestros padres. ¡Ay! ¡ay! ¡cómo suspira! ¡cómo ríe en sueños la venerable y profunda, profundísima, media noche!—¡Silencio! ¡Silencio! Se oyen muchas cosas que no se atreven á alzar la voz durante el día; pero ahora que el aire es puro y que ha callado también el ruído de vuestros corazones, ahora las cosas hablan y se oyen, ahora se deslizan en las almas nocturnas y desveladas. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo suspira! ¡Cómo ríe en sueños!—¿No oyes cómo te habla *á tí* secretamente, con espanto y cordialidad, la venerable y profunda, profundísima media noche?—¡OH HOMBRE! ¡AVIVA EL SESO!

4.—¡Ay de mí! ¿Qué ha sido del tiempo? ¿No he caído en pozos profundos? El mundo duerme.—¡Ay! ¡Ay! El perro aulla; brilla la luna. ¡Antes morir que deciros lo que piensa ahora mi corazón de media noche!—Ya estoy muerto. Todo acabó. Araña: ¿por qué tejes tu tela alrededor de mí? ¿Quieres sangre? ¡Ay! ¡Ay! Cae el rocío, llega la hora—la hora en que tirito y me hielo, la hora que pregunta y pregunta sin cesar: «¿Quién tiene valor para tanto? ¿Quién ha de ser el dueño de la tierra? ¿Quién quiere decir: *así* habéis de correr ríos grandes y pequeños?»—¡Se acerca la hora! ¡Aviva el seso, hombre superior! Este discurso es para oídos finos, para *tus* oídos—¿QUÉ DICE LA PROFUNDA MEDIA NOCHE?

5.—Allá me veo arrebatado; mi alma baila. ¡Cuo-

tidiana tarea! ¡Cuotidiana tarea! ¿Quién debe ser el dueño del mundo?—Fresca es la luna; el viento calla. ¡Ay! ¡Ay! ¿Habéis volado ya á bastante altura? Habéis bailado: pero una pierna no es un ala.—Buenos bailarines, ahora pasó toda alegría: el vino se ha convertido en heces; las tumbas balbucean.—No habéis volado á bastante altura; ahora las tumbas balbucean: «¡Pero salvad los muertos! ¿Por qué es de noche tanto tiempo? ¿No nos embriaga la luna!—¡Salvad las tumbas, hombres superiores! ¡Despertad los cadáveres! ¡Ay! ¿Por qué roe el gusano todavía? Se acerca, se acerca la hora; zumba la campana; aún resuella el corazón; el gusano, el gusano del corazón, roe todavía. ¡Ay! ¡Ay! EL MUNDO ES PROFUNDO.

6.—¡Dulce lira! ¡Dulce lira! ¡Adoro tu son, tu embriagado son de sapo! ¡Qué de antiguo y de lejos—de los estanques del amor—llega á mí ese sonido!—¡Vieja campana! ¡Dulce lira! Todos los dolores te han desgarrado el corazón: el dolor del padre, el dolor de los antepasados, el dolor de los primeros padres; tu discurso alcanza ya la madurez como el dorado otoño y la tarde, como mi corazón de solitario; ahora hablas: el mundo mismo ha madurado; la uva negrea; al presente quiere morir, morir de felicidad. ¿No lo barruntáis, hombres superiores?—Secretamente sube un perfume y olor de eternidad, un aroma—como de dorado vino delicioso—de añeja ventura.—Ventura embriagadora de morir, ventura de media noche, que canta: ¡el mundo es profundo Y MÁS PROFUNDO DE LO QUE PENSABA EL DÍA!

7.—¡Déjame! ¡Déjame! Soy demasiado puro para ti. ¡No me toques! ¿No acaba de consumarse mi mundo?—Mi piel es demasiado pura para tus manos. ¡Déjame, torpe y sombrío dia! ¿No es más clara la media noche?—Dueños de la tierra deben ser los más puros,

los menos conocidos, los más fuertes, las almas de media noche, que son más claras y profundas que todos los dias.—¡Oh dia! ¿Andas á tientas tras de mi? ¿Exploras mi felicidad? ¿Soy yo para tí rico, solitario, un tesoro escondido, un arca de oro?—¡Oh mundo! ¿Soy *yo* lo que quieres? ¿Soy mundano para ti? ¿Soy espiritual para ti? ¿Soy divino para ti? Dia y mundo, sois demasiado torpes: tened manos más sensatas, coged una felicidad más profunda, un infortunio más profundo, coged un dios cualquiera; no me cojáis á mi. Mi desdicha y mi dicha son profundas, día singular; pero no soy un dios, ni el infierno de un dios: PROFUNDO ES SU DOLOR.

8.—El dolor de Díos es más profundo, mundo singular! ¡Busca el dolor de Dios; no me busques á mí! ¿Qué soy yo? Una dulce lira llena de embríaguez: una lira de media noche, una campana plañidera á quien nadie comprende, pero que *debe* hablar delante de los sordos, hombres superiores. Porque vosotros no me comprendéis.—¡Se acabó! ¡Se acabó! ¡Oh juventud! ¡Oh medio día! ¡Oh tarde! Ahora ha venido el crepúsculo y la noche y la media noche; aulla el perro, el viento—¿no es un perro el viento?—gime, ladra, aulla. ¡Ay! ¡ay! ¡cómo suspira! ¡cómo ríe, cómo extertora y gime la media noche!—¡Qué sobriamente habla ahora esa ebria poetisa! ¿Se le pasó la embriaguez? ¿ha trasnochado? ¿rumía?—La vieja y profunda media noche rumía en sueños su dolor y màs aún su alegria: pues, si el dolor es profundo, LÀ ALEGRÍA ES MÁS PROFUNDA QUE LA PENA.

9.—¿Por qué me alabas, viña? ¡Yo te podé, sin embargo! Soy cruel; sangras: ¿qué quiere tu alabanza de mi ébria crueldad?—«¡Todo lo consumado, todo lo maduro quiere morir!» Así hablas tú. ¡Bendita, bendita sea la podadera del viñador! Pero todo lo que no

está maduro quiere vivir, ¡oh desdicha!—El dolor dice: «¡Pasa! ¡vete, dolor!» Pero todo lo que sufre quiere vivir para madurar, regocijarse y anhelar— anhelar lo más lejano, lo más alto, lo más luminoso. «Quiero herederos (así habla todo lo que sufre), quiero hijos; no me quiero *á mí.*—Pero la alegría no quiere ni herederos ni hijos; la alegría se quiere á si misma, quiere la eternidad, quiere el retorno, lo quiere todo igual á sí eternamente.—El dolor díce: «¡Desgárrate, sangra, corazón! ¡Andad, piernas! ¡Volad, alas! ¡adelante! ¡arriba, dolor!» ¡Vamos, pues viejo corazón mío! EL DOLOR DICE: ¡PASA Y ACABA!

10.—¿Qué os parece, hombres superiores? ¿Soy un adivino? ¿Soy un soñador? ¿Soy un beodo? ¿Un intérprete de sueños? ¿Una campana de media noche? ¿Una gota de rocío? ¿Un vapor y un perfume de la eternidad? ¿No lo oís? ¿No lo percibís? Mi mundo acaba de consumarse: la media noche es también medio día, el dolor es también una alegría, la maldición es también una bendición, la noche es también un sol... Alejaos ó se os demostrará como un sabio es también un loco.—¿Dijisteis «sí» alguna vez á una alegría? ¡Oh amigos míos! entonces dijisteis «sí» tambien á *todos* los dolores. Todas las cosas están encadenadas, trabadas, prendadas: si quisisteis algún día que una vez fuese dos veces, si dijisteis algún día: «¡Me places, felicidad! ¡Momento! ¡Soplo!», entonces quisistéis que *todo* volviera.—Todo de nuevo, todo eternamente, todo encadenado, trabado, prendado: así *amastéis* el mundo. Vosotros, los eternos, le amáis eternamente y siempre, y decís también al dolor: ¡pasa, pero vuelve! ¡PORQUE TODA ALEGRÍA QUIERE LA ETERNIDAD!

11.—Toda alegría quiere la eternidad de todas las cosas: quiere miel, quiere heces, quiere embriagada

media noche; quiere tnmbas, quiere el consuelo de las lágrimas de las tumbas, quiere el dorado crepúsculo... —*¡Qué* no quiere la alegría! Es más sedienta, más cordial, más hambrienta, más terrible, más secreta que todo dolor: se quiere *á sí misma*, se muerde *á sí misma*, se agita en ella la voluntad del anillo; quiere amor, quiere odio, nada en la abundancia, da, arroja lejos de sí, mendiga que alguien quiera tomarla, da las gracias á quien la toma, querría ser odiada: es tan rica que tiene sed de dolor, de infierno, de odio, de vergüenza, de lo lisiado, del *mundo*—porque este mundo ¡oh! ¡Ya le conocéis!—Hombres superiores, por vosotros suspira la alegría, la desenfrenada, la bienaventurada: ¡suspira por vuestro dolor, malogrados! Toda alegría eterna suspira por las cosas malogradas.—Pues toda alegria se quiere á sí misma: ¡por eso quiere también la pena! ¡Oh felicidad! ¡oh dolor! ¡Desgárrate, corazón! Aprendedlo, hombres superiores: la alegría quiere la eternidad: La alegría quiere la eternidad de *todas* las cosas: ¡QUIERE LA PROFUNDA ETERNIDAD!

12.—¿Habéis aprendido ahora mi canto? ¿Habéis adivinado lo que quiero decir? ¡Ea, pues, hombres superiores! ¡entonad mi canto á la redonda!—Entonad ahora vosotros el canto cuyo título es «Otra vez», y cuyo sentido es «por toda la eternidad». ¡Entonad, hombres superiores, entonad á la redonda el canto de Zaratustra!

«¡HOMBRE, AVIVA EL SESO!»

«¿QUÉ DICE LA PROFUNDA MEDIA NOCHE?»

«HE DORMIDO, HE DORMIDO.»

»DE UN PROFUNDO SUEÑO HE DESPERTADO.»

»EL MUNDO ES PROFUNDO, MÁS PROFUNDO DE LO QUE PENSABA EL DÍA.

»PROFUNDO ES SU DOLOR, Y LA AREGRÍA MAS PROFUNDA QUE LA PENA.»

»EL DOLOR DICE: ¡PASA Y ACABA!»

»PERO TODA ALEGRÍA QUIERE LA ETERNIDAD: ¡QUIERE LA PROFUNDA ETERNIDAD!»

EL SIGNO.—A la mañana siguiente Zaratustra saltó de su yacija, se ciñó los riñones y salió de la caverna, ardiente y vigoroso como el sol matutino que sale de los sombríos montes.—«Gran astro (dijo, como en otra ocasión), ojo profundo de dicha, ¡qué sería toda tu felicidad, si te faltasen *aquellos* á quienes iluminas!—Y si ellos permaneciesen en sus aposentos, cuando tú estás despierto ya y vienes á dar y á repartir, ¡cómo se heriría tu altivo pudor!—Pues bien: esos hombres superiores duermen aún mientras *yo* estoy depierto: ¡no son mis verdaderos compañeros! No son los que espero yo aquí, en mis montañas.—Quiero empezar mi labor, mi día; pero ellos no comprenden cuáles son los signos de mi alborada: mis pasos no son para ellos una voz despertadora.—Duermen todavía en mi caverna, aún saborea su ensueño mis cantos de embriaguez. Falta á sus miembros oído que me escuche, oído *obediente*.»

Zaratustra había dicho esto á su corazón cuando el sol salía. Después dirigio á las alturas una mirada interrogadora; porque oía por encima de sí la llamada penetrante de su águila. «¡Bien! (gritó hacia arriba). Así me place y conviene. Mis animales están despiertos, porque estoy despierto yo.—Mi águila está despierta, y honra al sol, como yo. Con garras de águila coge la nueva luz. Vosotros sois mis verdaderos animales: tenéis mi cariño.—¡Pero me faltan aún mis verdaderos hombres!»

Así hablaba Zaratustra, cuando he aquí que de re-

pente se sintió rodeado como por infinidad de aves que revolotearan en torno de él: el ruído de tantas alas y el tropel que asediaba su cabeza eran tan grandes, que cerró los ojos. Y verdaderamente sentía caer sobre él algo así como una nube de flechas disparada sobre un nuevo enemigo. Pero no; era una nube de amor, y sobre un amigo nuevo.—«¿Qué pasa?» se preguntó asombrado Zaratustra, y se dejó caer pausadamente en la piedra grande que había á la entrada de su caverna. Pero, agitando las manos en torno y por encima y por debajo de sí, para sustraerse á las caricias de las aves, le sucedió una cosa más singular aún: y fué que, sin darse cuenta, puso la mano sobre tibias y tupidas guedejas, y al mismo tiempo sonó delante de él un rugido—un suave y prolongado rugido de león.—«*El signo viene*», dijo Zaratustra, y se transformó su corazón. Y cuando vió claro delante de sí, hallábase tendido á sus pies un corpulento animal rubio, que arrimaba la cabeza á sus rodillas, y no quería apartarse de él como un perro cariñoso que vuelve á encontrar á su antiguo amo. Pero las palomas no eran menos cariñosas que el león, y cada vez que pasaba alguna por encima de su hocico, el león sacudía la cabeza con asombro y se echaba á reir.—Al ver todo eso, Zaratustra no dijo más que una cosa: «*Mis hijos están cerca*», y después enmudeció completamente. Pero sentía aliviado su corazón, y de sus ojos corrían lágrimas que le regaban las manos. Y allí permanecía inmóvil, sin preocuparse de nada, sin defenderse siquiera contra los animales. A todo esto, las palomas volaban de acá para allá, se posaban sobre sus hombros, acariciaban sus blancos cabellos, y eran infatigables en su ternura y fruición. Entre tanto, el león vigoroso lamía incesantemente las lágrimas que rodaban por las manos de Zaratustra, rugiendo y mur-

murando con timidez. Eso hicieron aquellos animales. —Todo ello podría durar mucho ó poco: porque, hablando propiamente, *no* hay tiempo en la tierra para tales cosas. En el interín, los hombres superiores se habían despertado en la caverna, y se disponían á ir en procesión al encuentro de Zaratustra para ofrecerle su saludo matinal: porque, al despertarse, habían notado que no estaba ya entre ellos. Pero, cuando llegaban á la puerta de la caverna; precedidos por el rumor de sus pisadas, el león aguzó el oído con fiereza, y, apartándose de pronto de Zaratustra, se abalanzó á la caverna, rugiendo furiosamente. Los hombres superiores, al oirle rugir, empezaron á gritar como con una sola boca, y, retrocediendo, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.—Zaratustra, por su parte, aturdido y distraído, se levantó de su asiento, miró en torno de sí, asombrado, interrogó á su corazón, reflexionó y permaneció solo. «Pero ¿qué es lo que he oído? (dijo al fin lentamente). ¿Qué acaba de pasarme?»--Y ya recobraba la memoria, comprendió de una ojeada todo lo que había ocurrido entre ayer y hoy. «Ahí está la piedra *donde* ayer mañana me senté (dijo acariciándose la barba), y aquí se me acercó el adivino, y oí por primera vez el grito que acabo de oir, el gran grito de angustia. — Hombres superiores, *vuestra* angustia es lo que me predecia ayer mañana ese viejo adivino; á vuestra angustia quiso atraerme á fin de tentarme: «¡Oh Zaratustra! (me dijo). Vengo para inducirte á tu último pecado.»—«¿A mi último pecado (exclamó Zaratustra riéndose con cólera de sus propias palabras). ¿Qué es lo que me está reservado todavía como mi último pecado?—Y otra vez se replegó sobre sí mismo, volviendo á sentarse en la piedra para reflexionar. De repente se irguió:

¡Compasión! ¡La compasión con el hombre supe-

rior! (exclamó, y trocóse en bronce su semblante). ¡Vaya! ¡Pasó el tiempo de *eso!* ¿Qué importan mi pasión y mi compasión? ¿Aspiro yo á la *felicidad?* ¡Yo aspiro á mi *obra*! ¡Ea, pues! El león ha venido, mis hijos están cerca, Zaratustra ha madurado, llegó mi hora.—Esta es *mi* alborada, *mí* día empieza: *¡sube, pues, sube, gran mediodía!*»

Asi hablaba Zaratustra, y se alejó de su caverna, ardiente y vigoroso, como el sol matinal que sale de los sombríos montes.

FIN



INDICE

Pág.



En prensa

Pompeyo Gener y Braulio Omedes

EL SEÑOR MINISTRO

Drama

